ALMACEN DE LAS SEÑORITAS

Vda de Ch. Bouret

ALMACÉN

DE LAS

SEÑORITAS

928-16 — Paris. Librería e Imprenta de la Vda de Ch. Bouret.

20497

ALMACÉN

DE LAS

SEÑORITAS

POR

LA Sª. Dª. E. SERRANO DE WILSON

OBRA DEDICADA

Á LAS JÓVENES ESPAÑOLAS Y AMERICANAS

CONTIENE LECCIONES DE DIFERENTES LABORES, HISTORIA, EJEMPLOS MORALES, CONSEJOS, ETC.

CON 100 GRABADOS EN EL TEXTO

Y 12 LÁMINAS PARA TODA CLASE DE BORDADOS

DÉCIMAQUINTA EDICIÓN

LIBRERÍA CIENTÍFICA Y LITERARIA
El Ateneo
PEDRO GARCIA
B. AIRES
FLORIDA 371-BUO. CORDOBA 2089

LIBRERÍA DE LA Vda DE C. BOURET

PARÍS
23, RUE VISCONTI, 23

MÉXICO
45, AVENIDA CINCO DE MAYO, 45

1916

Propiedad del editor.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

A LAS SEÑORITAS

ESPAÑOLAS Y AMERICANAS

INTRODUCCION

Enseñar al que no sabe, es sin duda una de las obras mas santas: desgraciado aquel que no pueda enseñar algo bueno. Yo puedo, gracias al Criador, enseñar algo, no de lo poco que he inventado, sí de lo poco que aprendí de mis mayores; y como esta enseñanza es una deuda que tengo con la humanidad, á la humanidad quiero devolver lo que me ha dado, y por esto escribo. No aspiro á mas en el mundo que á ser útil á mis semejantes, y para hacer bien no se necesita otro recurso ni caudal que quererlo; en una palabra: *la voluntad*. Llevada de esta idea, me propongo escribir este libro para la infancia, que si bien temo que no llene su objeto, tengo al menos la seguridad de que las personas sensatas aplaudirán mi pensamiento: esto pues será mi recompensa, porque escribir para el público no es, particularmente en nuestro

pais, el medio mas á propósito de captarse el respeto, ni llegar á ser rico. Pero dejemos las digresiones, y entremos en la materia culminante.

Es el caso, mis caras y pequeñas lectoras, que en mis viajes he visto mucho y recibido muchas lecciones de experiencia respecto al corazon humano. He frecuentado tambien muchas casas de mi categoria y de otras diferentes, y me he convencido de que la buena educacion, y no otra cosa, es la base de la felicidad de la familia y del individuo en particular; convenciéndome al propio tiempo de que las buenas costumbres no se adquieren si no es en la infancia; porque una vez habituado el hombre ó la mujer á lo malo, camina al extravío sin poderse detener, como el torrente hácia el mar: y al contrario, formando el corazon bajo la base de sólida religion y moral, resiste largo tiempo a todos los embates del mal consejo, del mal ejemplo, y aun del mal instinto. Así lo vereis, mis pequeñas lectoras, en las páginas de esta obra que es el libro de la experiencia: escuchad.

No hace mucho tiempo que una buena madre de familia me decia, que consagrar mi pluma á instruir la juventud, seria una cosa muy benemérita. Esta familia distinguida y acomodada estaba compuesta de un matrimonio, una hija casada con un excelente sugeto, siendo estos dos padres de cinco hijos, á saber: Luisa, niña de ocho años; Carlota, de siete; Margarita, de seis; Angela, de trece, y Luis, de diez. Todos estos hermanos eran educados de igual modo y amados de sus padres en el mismo grado, pero cada uno tenia diferentes caracteres y tendencias particulares como vereis en tiempo conveniente.

Esta numerosa familia me sirvió de libro para estudiar el corazon humano. Su método de vida arreglado daba desde

luego á conocer el buen juicio de los jefes de ella, y el desvelo que les inspiraba la presente y futura felicidad de sus hijos. Severos con estos, pero afectuosos y dulces, no les dejaban pasar falta sin reprension, ni obra digna sin recompensa: por lo demás, no obstante que todos los hijos asistian diariamente á las academias, sus padres se constituyeron en sus profesores, y en cada una de las largas noches del invierno se explicaba una materia de instruccion, ya por el padre ó los abuelos, ya por el niño Luis, cuyo talento y aplicacion le elevaban á la altura de un pequeño profesor, capaz de instruir con su explicacion y deleitar con la sencillez de su lenguaje: en una palabra, á esa hora era la casa una verdadera academia, que atraia las visitas de muchas personas juiciosas que gozaban al presenciar estas escenas de familia, en que resaltaba ese amor puro y desinteresado, que no tiene igual, ni es posible que se pueda recompensar nunca suficientemente: es decir, el cariño paternal. Entre las personas que frecuentaban, habia una señora parienta de la casa, á quien acompañaban sus dos niñas Carolina y Enriqueta, la una de edad de nueve años y la otra de doce.

De estas escenas he escogido las que me parecen mas á propósito para instruiros divirtiéndoos, y formar, si me es posible, vuestro corazon; y como mi libro va escrito para educacion de las señoritas españolas y americanas, á ellas lo dedico, segura que sus juveniles nombres le servirán de proteccion, y que al recorrer estas páginas, verán en ellas las sanas intenciones de serles útil y mostrarles la carrera de la vida tal como debe ser, pura, virtuosa y justa. Los ejemplos que en ellas hallarán les servirán de guia, y las diferentes lecciones que encierra esta obra, les darán las primeras nociones de educacion, tanto en labores como en lo demás.

Si tomais tan santas lecciones y llega un dia en que recolecteis el fruto de mi trabajo en provecho vuestro, será mi mejor recompensa de las horas que os he dedicado; y de ese modo, el dia en que Dios me pida cuenta de mis acciones, podré exclamar: — *Señor: en tu nombre he ejercido la caridad guiando á la juventud por la senda de tu sábia doctrina.*

LA AUTORA.

PERSONAS QUE HABLAN EN LOS DIÁLOGOS.

LA MADRE.
EL PADRE.
EL ABUELO.
LA ABUELA.
LAS Sitas ANGELA, de trece años de edad.
— ENRIQUETA, de doce años.
— CAROLINA, de nueve años.
— CARLOTA, de siete.
— LUISA, de ocho.
— MARGARITA, de seis.
— LUIS, hermano de esta, de 10 años.

La escena pasa en Paris, en casa de la madre de Angelo.

DIALOGO PRIMERO.

PRELIMINAR.

CARLOTA. — Díme, querida hermanita: ¿no es verdad que ha dicho Enriqueta, que vendria esta noche á jugar con nosotras?

LUISA. — Sí, porque mamá dijo la noche pasada, que esta noche iba á casa de la baronesa de C... con Angela, y que no habria leccion.

MARGARITA. — Pero entre tanto podriamos jugar.

LUISA. — Yo no quiero jugar hasta que venga Carolina.

MARGARITA. — ¿Y porqué?

LUISA. — Porque tú no sabes; y además prefiero irme á estudiar la leccion de dibujo para mañana.

CARLOTA. — Pues yo prefiero jugar á estarme dos horas estudiando historia que me fastidia y que no entiendo.

LUISA. — Pues yo no; porque segun dice mamá, hay que estudiar para llegar á ser como nuestra hermana Angela, que va á todas partes con mamá, y que dicen que á su edad está muy adelantada. ¿Quieres venir, Margarita? Te enseñaré los dibujos y te divertirás mientras vienen Carolina y Enriqueta.

MARGARITA. — Sí, sí: á mí me gusta mucho ver flores y pájaros, y figuras como las que dibuja tu profesor; yo tambien aprenderé á dibujar.

CARLOTA. — Pues yo jugaré con mis muñecas... pero llaman; será sin duda Carolina.

ENRIQUETA. — Buenas tardes, queridas primas: espero que esta noche jugaremos, porque segun dijo tu mamá, debia salir con Angela.

CAROLINA. — Mirad, he traido una caja de juguetes que me

ha comprado mi mamá, porque dice que la he merecido á causa del premio que me han dado en la leccion de música.

ENRIQUETA. — Dí que ha sido porque mamá te prefiere siempre; porque á mí me han dado un premio en historia y en dibujo, y sin embargo nada me ha regalado.

LUISA. — Será porque tú eres mayor que tu hermana; por so deseo yo aplicarme para que mamá me quiera y me regale.

CARLOTA. — Pues yo te aseguro que estoy tan cansada de estudiar historia y leer gramática, que si en mí consistiera, no volveria á tomar un libro.

ENRIQUETA. — Sí, pero de esta manera no llegarias á saber nada: yo á la verdad mas prefiero tambien jugar que estudiar; en el colegio dicen que se necesita estudiar para saber algo; mas juguemos.

MARGARITA. — El otro dia dijo Carolina que habias aprendido un juego muy bonito: ¿quieres enseñármelo?

ENRIQUETA. — Sí, con muchísimo gusto lo haré así por complaceros: ¿teneis esas lindas florecitas que se llaman margaritas?

LUISA. — Sí, justamente hay aquí un ramo que Luis ha comprado ayer.

ENRIQUETA. — Este juego se llama el oráculo de las flores.

CARLOTA. — ¿Y qué es un oráculo?

ENRIQUETA. — Tu abuelo podrá explicártelo mejor que yo: justamente creo que le oigo en la antesala.

ABUELO. — Buenas tardes, queridas niñas; buenas tardes, Enriqueta, ¿estás buena, Carolina?

CAROLINA. — Muy bien, ¿y Vd.? Justamente estábamos hablando de Vd. ¿Podrá Vd. decirnos lo que es un oráculo?

ABUELO. — Sí, con el mayor placer. Oráculo se llama el que lee ó adivina el porvenir: antiguamente se creia en los oráculos de tal manera, que bastaba que ellos pronosticasen una cosa para que se hiciera ó no, si habia de ser feliz ó adversa. Es lo mismo que los *presagios*: en Roma bastaba que el trueno se oyese á derecha ó izquierda, para que los magistrados se separasen sin decidir ó decretar nada. En Etruria, la ninfa

Bigois habia escrito un libro sobre *adivinar los reldmpagos*: este libro se guardaba en el templo de Apolo. Cuando tronaba, el oráculo ó adivino miraba al cielo, y observaba con cuidado de qué lado venia el trueno: si era de la izquierda, el presagio era favorable, porque es mirado como la derecha de los dioses; si tronaba á la derecha, era una señal de desgracia. Los pájaros tenian tambien su significacion. El buitre es el mas inofensivo de los animales, y Hércules le miraba como presagio favorable: efectivamente, no corrompe ninguno de los frutos de la tierra, y se mantiene de carne muerta.

Agripa, rey de Judea, estando prisionero en Roma, estaba apoyado contra un árbol, cuando un buho vino á posarse sobre aquel árbol. Entonces pronosticaron al rey que muy pronto se veria libre. Caton le respondió á un hombre que estaba aterrado porque habia hallado un zapato roido por un raton, que no era ningun prodigio: que el prodigio seria si el zapato hubiera comido al raton. La historia antigua trae mil ejemplos de los adivinos, auguros ó presagios: citaré algunos, y vuestros estudios os harán conocer los demás. Pero hé aquí á Luis que va á explicarnos algunos de estos ejemplos. Luisito, explica á estas niñas lo que leias el otro dia sobre los oráculos ó adivinos.

LUIS. — Rómulo y Remo consultaron los oráculos para saber quién de los dos daria su nombre á la ciudad que acababan de fundar: Remo vió seis buitres, y determinó darle su nombre; pero poco despues Rómulo vió doce buitres, y entonces él le dió su nombre; sin la aparicion de los doce buitres, Roma se hubiera llamado Remuna.

Un águila se posó sobre el escudo de Hieron, y el *adivino* le presagió honores y victorias: efectivamente, Hieron fué rey de Sicilia.

El emperador romano Vitelio estando en Viena, fué rodeado de una bandada de pájaros que parecian querer atacarle. El oráculo le anunció su muerte y sus desgracias. Julio César tuvo, la víspera de ser asesinado en el Senado, varios presagios siniestros.

ABUELO. — Basta, Luis: seria necesario un libro entero

para los oráculos y para los presagios. Hoy dia esa costumbre ha caido completamente, y solas las buenas acciones son las que sirven de guia para el porvenir, porque era una supersticion, y todo eso es contra la sana religion. Ahora, niñas mias, continuad vuestros juegos.

ENRIQUETA. — Ahora bien, nuestro juego se llama el adivino de las flores: tú, Carolina, toma el ramo de margaritas; bien: ahora toma una de esas flores y empieza á deshojarla;

á a primera hoja se dice: *amo la margarita*; á la segunda se dice: *la amo un poco*; á la tercera: *la amo mucho*; despues continúas deshojándola, y se dice: *la amo apasionadamente*; y por último, á la última hoja se dice: *ya no la amo*. ¡Ah!

hé aquí, Carlota, que al decir Carolina *ya no la amo*, ha cogido la última hoja. Ahora te toca á tí, y tienes que volver a, empezar diciendo : *me gusta la margarita, un poco, mucho, apasionadamente, nada*, variando las palabras, como por ejemplo. *mucho, nada, un poco, apasionadamente.* Con que decidme, ¿os gusta?

LUIS. — Es muy bonito, y además muy agradable, porque el lenguaje de las flores es sumamente instructivo.

ABUELO. — Despues, niñas mias, que concluyais de jugar, os contaré un precioso cuento que creo que os agradará.

LUISA. — ¡Ah! sí, abuelito.

CAROLINA. — Con que dime, Carlota, ¿qué dices de la margarita?

CARLOTA. — Que es muy bonito y quisiera aprenderlo; pero, querida amiga, explícanos el otro que me ha dicho Luisa que se llama *la estatua.*

MARGARITA. — Y ¿qué es una estatua, Enriqueta?

ENRIQUETA. — Una estatua es una figura hecha de bronce, de madera ó piedra, es decir, una figura que no tiene vida, como las que hay en el jardin.

LUISA. — Sí, el juego de la estatua es muy bonito : yo creo que podré explicarlo. Una niña se pone de pié sobre una silla, y cada una de las otras le ordena que haga un movimiento ó tome una postura; una dice: — os ordeno que levanteis la cabeza; otra, — os ordeno que bajeis la cabeza, que levanteis los ojos al cielo, que tomeis la postura de Diana cazadora ó de Céres en la siega. La estatua se conforma, hasta que una niña caritativa le dice: os ordeno que deis un salto al suelo; entonces ya está libre.

ENRIQUETA. — Perfectamente aprendido : yo no lo hubiera explicado mejor. Aseguro que es muy bonito; pero ¿no os parece que Angela estará mas divertida que nosotras, porque verá tantas señoras elegantemente vestidas, oirá tocar el piano y cantar? ¡Qué deseos tengo de ser mayor para acompañar á mamá!

CARLOTA. — Yo no sé si Angela estará mejor que nosotras; lo que sé es, que mi mamá me llevó una noche á casa de una

amiga á tomar el té, y me fastidié, porque me trataban como á una niña y nadie hacia caso de mí.

CAROLINA. — Papá dice, que las niñas de nuestra edad deben mejor estar estudiando ó bien ocupadas en juegos, que no ir á tertulias, porque es ridículo en una reunion ver á una niña que, ó bien quiere hacer el papel de tener mas edad de la que en realidad tiene, ó bien se fastidia y concluye por dormirse.

LUISA. — Angela me ha dicho que la otra noche se divirtió mucho porque tocó el piano y la aplaudieron, y además explicó varias cosas de pintura y geografía, lo que hizo que dijeran á mamá que tenia una niña muy instruida y amable.

CARLOTA. — Por eso quieres tú estudiar para llegar á nuestra hermanita.

LUISA. — No es solo por eso: es porque dicen que se debe estudiar, y además porque me gusta mucho.

CARLOTA. — Entonces, ¿para qué quieres los juguetes? Abuelita que te ha comprado una muñeca tan bonita...

LUISA. — Hay tiempo para todo, y además me gusta tener juguetes para divertir á mis amigas.

CAROLINA. — Gracias, ya vendremos mañana para que nos muestres tu muñeca.

ENRIQUETA. — ¿Y porqué no la ha de enseñar esta tarde?

LUISA. — Porque abuelito nos ha prometido, que puesto que esta tarde no están mamá ni Angela y que por consiguiente no tenemos leccion, nos contaria un cuento de una princesa.

TODAS. — Sí, sí, que lo cuente.

ABUELO. — Empiezo pues.

LA PRINCESA DIAMANTINA.

Habia en una de las ciudades de Oriente una buena reina á quien el cielo no habia concedido heredera ó heredero de

su nombre. Paseándose un dia por las orillas de un arroyuelo, encontró una hermosa niña dormida: contemplóla largo rato,

y dirigiéndose á las camareras que la acompañaban, dijo: « ¡qué sorpresa seria la de esta encantadora niña si al despertarse se hallase en mi palacio! porque aquí está expuesta á ser devorada por alguna fiera. ¡Cuán bonita es! ¡Si á lo menos el cielo me hubiese concedido una así! Pero me ocurre una idea: podria llevarla á palacio y tomarla como hija, porque sin duda es la Providencia que me la envia. Dios me recompensará esta buena accion. »

Diciendo esto ordenó que la llevaran á palacio, y la colocaran sobre una magnífica cama.

La niña podria tener cinco años poco mas ó menos; sus cabellos negros y brillantes caian en negros y sedosos rizos; su tez era blanca y sonrosada; sus ojos eran negros como el azabache, y tenian una expresion tal de dulzura é inteligencia, que no se podia mirarla sin simpatizar con ella.

LUISA. — ¿Qué es simpatizar, abuelito?

ABUELO. — Simpatía se llama ese sentimiento que nos ins-

pira amar á una persona á quien casi no conocemos, y hace que tengamos un placer en verla y oirla: así como antipatía es el sentimiento contrario. ¿No decia Carlota que sin saber porqué, el dia en que por primera vez vió á Carolina, sintió tanto separarse de ella, y que se quedó triste y de mal humor? Pues esa es la simpatía.

LUIS. — Sí, como cuando fuí á los baños con papá el año pasado: en la fonda habia dos caballeros que comian en la mesa redonda con nosotros; uno me agradaba en extremo, sin embargo de que no me hacia muchas caricias; y el otro que me regalaba siempre dulces y juguetes, no me gustaba ni aun verle.

ABUELO. — Porque el uno era simpático, y el otro tenia en la fisonomía algo de antipático.

MARGARITA. — Abuelito, continúe el cuento de la niña, porque es muy bonito.

ABUELO. — Sí, hija mia, á tu edad es casi la sola cosa en que se piensa, la imaginacion empieza á ejercitarse con los cuentos, y es uno de los primeros deseos que se despiertan en la niñez. Deciamos, que la niña á quien llamaremos *Diamantina* por la blancura y pureza de sus dientes, fué conducida á palacio. ¿Y cuál no fué su asombro al despertarse y hallarse en una cama de oro y seda y rodeada de señoras ricamente vestidas? Su primer movimiento fué la admiracion, el segundo fué el terror, rompiendo en llanto y ocultándose la cara con sus pequeñas manos. La reina se acercó á la cama, y tomándola en sus brazos, le dijo: « No temas, hija mia, yo te amo porque eres muy bonita, y te serviré de madre. » Desde aquel dia la niña fué mirada como hija de la reina, y varias encantadoras vinieron para leer el porvenir á la princesa. Una le dió el talento, otra dijo que si hermosa era entonces, hermosa seria á los quince años, y otra por último, dijo con voz solemne: « Dios la ha conducido aquí para la salvacion del reino, y algun dia su augusta protectora verá que *una buena accion no queda sin recompensa.* »

Diez años se pasaron y Diamantina era un modelo de gracias y de entendimiento: sabia bordar, coser, cantar; en fin,

todo lo que debia saber una princesa de su rango; y sobre todo, montaba á caballo admirablemente, y todos sus paseos eran para proteger á los desvalidos. Príncipes poderosos pedian su mano, pero ella no queria separarse de aquella que le habia servido de madre; y esta, fiada en la prediccion de la célebre hechicera, esperaba de Diamantina la salvacion de su reino. Por fin la profecía se cumplió.

Habia en el vecino reino un rey muy guerrero, que nunca dejaba en paz á sus vecinos: mucho tiempo hacia que deseaba apoderarse del reino de la protectora de Diamantina. Este rey, á quien sus súbditos llamaban Deseado, porque cuando nació no habia heredero, y el reino, caso de la muerte del rey su padre estaba expuesto á una guerra; este rey creyó que, puesto que el vecino reino no tenia príncipe ninguno, era tiempo de que él le declarase la guerra, como así fué. Un dia, un heraldo acompañado de las gentes de armas anunció que la guerra estaba declarada. El terror fué general en la córte de Diamantina, y no sabian á qué general encomendar el mando del ejército. Entre los jefes de palacio habia un jóven, casi un niño, en el que nadie pensaba para tan ardua empresa. Enamorado de Diamantina sin que su respeto le hubiera permitido decírselo, cuando se anunció al son del clarin la fatal nueva, tomó una gran resolucion. Dirigióse á las habitaciones de Diamantina, y se hizo anunciar y admitir á su presencia — « Princesa, le dijo, veo en vuestro semblante la pena de que todo el reino participa, mucho mas cuando no se sabe qué general elegir; pero escuchadme. Vos podeis todo en el ánimo de la reina: elegid vos misma al general que mande las tropas; yo os propondré uno valiente, y que tiene la conviccion de vencer al rey Deseado. — ¿Quién es ese general? decidmelo, y corramos á anunciarle al pueblo. — Ese general soy yo. — ¿Vos? imposible; contestó la princesa, no porque creyera que el jóven no fuera valiente y capaz de sostener la bandera de su pais, sino porque era tan jóven! Pero tanto fué el entusiasmo que la princesa leyó en sus ojos, tal era la expresion de sus pupilas que denotaban la sed de gloria, que decidiéndose de repente, le dijo: Acepto lo

que me preponeis, pero pongo una condicion. — Decid, señora; vuestras condiciones son leyes. — Pues bien, sereis el general que mande las tropas, pero yo seré el generalísimo, es decir, la que ordene y mande. — Señora, exponer vuestra preciosa vida, los peligros de una guerra... — Nada, tal es mi resolucion. — El jóven inclinó la cabeza, dirigiéndose con la princesa al cuarto de la reina.

Primeramente explicó la conversacion habida, y despues

de muchas dificultades, la reina concedió á Diamantina lo que pedia, sin embargo de que esta prometió exponerse lo

menos posible. Fué tambien convenido que nadie sabria nada de aquel rasgo de valor y de amor al pais que la habia adoptado, y que tomaria el traje de hombre diciendo que era un general extranjero. Así se hizo, y ya vereis el resultado que tuvo el plan concebido por la princesa.

Pero, niñas mias, la velada se ha prolongado demasiado; por consiguiente, mañana veremos el fin de nuestro cuento.

LUISA. — ¡Ay, papá! qué impaciente voy á estar hasta saber si la pobre Diamantina ganó la batalla, sí ó no.

ENRIQUETA. — Yo me hubiera estado toda la noche escuchando: pero puesto que no puede ser, no hagamos mas que conformarnos.

CAROLINA. — Pues ¿y yo? papá me ha dicho que me va á comprar un libro con cuentos: entonces sí que yo podré contaros.

MARGARITA. — Diga Vd., abuelito, ¿y á mí me comprará Vd. cuentos?

ABUELO. — Sí, hija mia, para que leas mucho y los aprendas de memoria.

CARLOTA. — Pues á mí me gusta escucharlos, pero no tendria paciencia para aprenderlos.

LUIS. — ¿Y porqué?

CARLOTA. — Porque no me gusta leer.

ABUELO. — No digas eso, niña; la persona que dice que no le gusta leer, denota mal gusto é ignorancia, puesto que los libros, y sobre todo los libros morales y de religion son la fuente de las ciencias.

ENRIQUETA. — Con que hasta mañana, que vendremos temprano para ver el fin de Diamantina.

TODOS. — Hasta mañana.

DIALOGO SEGUNDO.

CAROLINA. — Buenas noches tengan Vds.
TODOS. — Muy buenas, Carolina.
ABUELO. — ¿Y tu hermana Enriqueta está mala?
CAROLINA. — No señor, pero no ha querido venir.
ABUELO. — ¿Y porqué?
CAROLINA. — Porque dice que le gusta mas bailar en el jardin de casa con las amigas, que venir aquí á oir la misma

cosa que en el colegio; mi hermana nunca tendrá formalidad ni sabrá nada.

ABUELO. — El mal será para ella: lo que siento es que el tiempo vuela, y que dentro de poco será una mujer completa y no sabrá estar en sociedad; porque una señorita sin instruccion hace un papel ridículo en todas partes.

CAROLINA. — Mamá la reprende, pero nada adelanta, porque cada dia es mas desobediente.

ABUELO. — ¡Ah! la desobediencia de una mujer nos perdió á todos.

CAROLINA. — ¿A todos? ¿Y qué mujer fué esta?

ABUELO. — ¿Cómo que quién fué? ¿Pues no lo sabes? Eva.

CAROLINA. — ¡Ah! sí, es verdad, pero ya no me acordaba que me lo habian explicado en el colegio. Por cierto que dicen que si no hubiese sido desobediente, el Señor no se hubiera enfadado tanto con ella: ¿es verdad esto, abuelito?

ABUELO. — Sí, porque Dios es infinitamente bueno, justo y sabio, y por lo mismo que es justo castiga á los malos.

CAROLINA. — Me alegro que me recordeis esto, y quisiera que me lo volviérais á explicar, porque aunque lo he oido bien, sin embargo no he podido explicárselo á una amiga mia que me lo ha preguntado, porque aunque ella es mayor que yo, no tiene instruccion por falta de memoria.

ABUELO. — ¿Con que ya quieres tú echártelas de profesora?

CAROLINA. — ¡Ah! no, Dios me libre; pero como en esto creo hacer una buena accion, la verdad, deseo comprender bien ese cuento.

ABUELO. — ¿Cómo cuento?

CAROLINA. — O historia, que es lo mismo.

LA MADRE. — No es lo mismo, hija mia; de cuento á historia hay una gran diferencia.

ABUELO. — Y tan grande, que mas no puede ser. Te lo explicaré, escúchame.

CAROLINA. — Escucho.

ABUELO. — Cuento es la relacion de un acontecimiento que se inventa en la imaginacion, pero que no ha ocurrido, aun cuando pueda ser verosímil.

LUISA. — ¿Qué es verosímil?

ABUELO. — Verosímil es una cosa que puede suceder ó ha-

ber sucedido; eso es lo que se llama cuento, inventar una cosa. Historia es la relacion de un *hecho consumado* ó acontecimiento ocurrido. Así, por ejemplo, las fábulas de Esopo son cuentos, aunque divierten é instruyen, y el pecado de Adan y Eva de que hablamos es una historia.

CAROLINA. — Bien me alegro que Vd. me lo explique, porque estaba confundida.

ABUELO. — Oidme pues. El primer dia crió Dios el cielo y la tierra. Esta empero estaba informe y vacía, y las tinieblas cubrian la superficie del abismo, y el espíritu de Dios se movia sobre las aguas.

Dijo pues el Señor: sea hecha la luz, y la luz quedó hecha. Y vió Dios que la claridad podria ser útil á la creacion, y dividió la luz de las tinieblas. A la luz llamó *dia*, y á las tinieblas *noche*: y así de la tarde aquella y de la mañana siguiente resultó el primer dia. Dijo asimismo Dios: hágase un firmamento á una grande extension en medio de las aguas que separe unas de otras. É hizo el Criador el firmamento, y separó las aguas que estaban debajo de las que estaban arriba, y quedó hecho así. Y al firmamento llamólo *cielo*, con lo que de tarde y mañana se cumplió el dia segundo. Dijo tambien Dios: reúnanse en un lugar las aguas que están debajo del cielo, y aparezca lo árido ó seco. Y así se hizo. Y al elemento árido dióle Dios el nombre de *tierra*, y á las aguas reunidas las llamó *mares*. Y el Criador del mundo conoció que estaba bien hecho, como todo lo que él hace. Y dijo: produzca la tierra yerba verde que dé simiente, y árboles fructíferos que den fruto conforme á su especie, y contengan en sí mismos la simiente sobre la tierra. Y esta produjo yerba verde, y que segun su especie da simiente y árboles frutales, de los cuales cada uno tiene su semilla. Y de aquella tarde y mañana resultó el tercer dia. El cuarto dijo: Háganse las *lumbreras ó cuerpos luminosos* en el firmamento, para que distingan el dia de la noche, y señalen los tiempos ó las estaciones, los dias y los años, para que brillen en el firmamento del cielo y alumbren la tierra. De este modo fué hecho el sol y la luna; el sol para presidir al dia, la luna para presidir á la noche. Tambien hizo las estrellas, y de esta manera distinguió y separó el dia de la noche. El quinto dia crió los reptiles animados que viven en el agua y las aves que vuelan sobre la tierra bajo el firmamento del cielo, todos los animales que viven y se mueven producidos por las aguas segun sus especies, y asimismo todo lo volátil segun su género. Y bendíjolos diciendo: creced y multiplicaos, y henchid las aguas del mar, y multipliquense las aves sobre la tierra.

El sexto dia dijo Dios: produzca la tierra animales vivientes en cada género, animales domésticos, reptiles y bestias salvajes de la tierra segun su especie. Y fué hecho así. Hizo

Dios las bestias salvajes de la tierra segun sus especies, los animales domésticos y todo reptil terrestre segun su especie. Y Dios vió que lo hecho era bueno. Y por fin dijo: hagamos al hombre á imágen y semejanza nuestra, y domine á los peces, y á las aves, y á las bestias, y á toda la tierra, y á todo reptil que se mueve sobre la tierra. Crió pues Dios al hombre á imágen suya, á imágen de Dios le crió, varon y hembra. Así fué la creacion, hijos mios.

CARLOTA. — Abuelito, ¿de qué modo crió al hombre?

ABUELO. — Os lo explicaré: tomó un poco de barro y le hizo; mas faltándole á esta nueva creacion de su potente mano espíritu y movimiento, inteligencia y demás atributos que hoy poseemos, le dió el Señor un divino aliento: y comenzó el hombre á andar, hablar y gozar de todas las facultades de sus sentidos, y el Señor le llamó Adan.

CAROLINA. — ¿Y en qué mas se diferencian el hombre y la mujer de los demás animales?

ABUELO. — En que están dotados de un alma racional, inteligente é incorpórea, que es por lo que se asemeja á Dios. Esta alma es un espíritu inmortal, invisible pero sensible, en el cual recibimos las impresiones del dolor y de los placeres; y este espíritu, cuando abandona el cuerpo, lo deja sin vida, pero él no muere y pasa á la gloria, al purgatorio ó al infierno, segun el castigo ó premio á que por sus obras se ha hecho acreedor.

CAROLINA. — Abuelito, ¿qué sucedió al hombre despues que Dios le crió?

ABUELO. — Sucedió que le puso en un ameno jardin llamado *Paraiso*, donde todo era para este hombre gloria, abundancia y felicidad. Las flores mas preciosas se mezclaban con los árboles mas lozanos y ricos de fruto delicioso: los higos mas sabrosos, las almendras mas finas, las manzanas, y todo cuanto puede haber de mas agradable en el campo, se encontraba allí con profusion. Pero hé aquí, hijas mias, que el Señor queria recibir en recompensa de todos los beneficios que prodigara á Adan á manos llenas, una sola prueba de agradecimiento.

Dios las bestias salvajes de la tierra segun sus especies, los animales domésticos y todo reptil terrestre segun su especie. Y Dios vió que lo hecho era bueno. Y por fin dijo: hagamos al hombre á imágen y semejanza nuestra, y domine á los peces, y á las aves, y á las bestias, y á toda la tierra, y á todo reptil que se mueve sobre la tierra. Crió pues Dios al hombre á imágen suya, á imágen de Dios le crió, varon y hembra. Así fué la creacion, hijos mios.

CARLOTA. — Abuelito, ¿de qué modo crió al hombre?

ABUELO. — Os lo explicaré: tomó un poco de barro y le hizo; mas faltándole á esta nueva creacion de su potente mano espíritu y movimiento, inteligencia y demás atributos que hoy poseemos, le dió el Señor un divino aliento: y comenzó el hombre á andar, hablar y gozar de todas las facultades de sus sentidos, y el Señor le llamó Adan.

CAROLINA. — ¿Y en qué mas se diferencian el hombre y la mujer de los demás animales?

ABUELO. — En que están dotados de un alma racional, inteligente é incorpórea, que es por lo que se asemeja á Dios. Esta alma es un espíritu inmortal, invisible pero sensible, en el cual recibimos las impresiones del dolor y de los placeres; y este espíritu, cuando abandona el cuerpo, lo deja sin vida, pero él no muere y pasa á la gloria, al purgatorio ó al infierno, segun el castigo ó premio á que por sus obras se ha hecho acreedor.

CAROLINA. — Abuelito, ¿qué sucedió al hombre despues que Dios le crió?

ABUELO. — Sucedió que le puso en un ameno jardin llamado *Paraiso*, donde todo era para este hombre gloria, abundancia y felicidad. Las flores mas preciosas se mezclaban con los árboles mas lozanos y ricos de fruto delicioso: los higos mas sabrosos, las almendras mas finas, las manzanas, y todo cuanto puede haber de mas agradable en el campo, se encontraba allí con profusion. Pero hé aquí, hijas mias, que el Señor queria recibir en recompensa de todos los beneficios que prodigara á Adan á manos llenas, una sola prueba de agradecimiento.

Señor llamó á Adan y le dijo : ¿Dónde estás? El cual respondió : he oido tu voz en el Paraiso, y he tenido vergüenza, y me he escondido. El Señor le contestó: ¿Pues quién te ha hecho tener vergüenza sino el haber comido del fruto que yo te habia prohibido? Adan le respondió: — La mujer que tú me diste por compañera me ha dado de aquel árbol, y lo he comido. Indignado el Criador, se dirigió á la mujer y le preguntó: ¿Porqué has hecho eso? — La serpiente me ha engañado, y he comido. Entonces el Señor maldijo á la serpiente, y dijo á la mujer : multiplicaré tus trabajos; y al hombre que la tierra seria maldita por su causa, y con el sudor de su rostro ganaria el pan. Echó á Adan y Eva del Paraiso, y es por la desobediencia que nosotros sus descendientes nos hallamos sujetos á tantas miserias.

CAROLINA. — Eva fué muy ingrata al Señor, porque á él lo debia todo.

LA MADRE. — Por esto es, hijas mias, por lo que tanto os recomendamos la obediencia á los preceptos de Dios, y despues de él á los padres, porque de lo contrario os exponeis á grandes vicisitudes en este mundo y en el otro.

EL PADRE. — Y si no, Luis el otro dia cuando fué á casa de su amigo Enrique...

LUISA. — ¿Qué le sucedió?

EL PADRE. — Que el padre de su amigo les dijo que fueran á jugar al jardin, pero que no se subieran á los árboles porque podrian caer. Sin embargo de esto, Luis vió unos albaricoques y quiso coger algunos : se subió á un árbol, pero la rama cedió bajo su peso y se cayó haciéndose daño; y sin embargo esto fué solo una advertencia de Dios, para que otra vez obedezca á los mayores.

LUIS. — Sí, pero fué con buena intencion, porque eran para traerlos á mamá y á mis hermanas.

ABUELO. — Por eso, como Dios es muy justo, te dió un castigo por la desobediencia, templándolo sin embargo el saber que lo hacias con buena intencion y no por glotonería.

LA MADRE. — Y decidme, hijas mias, ¿porqué creeis que es útil leer las historias?

CARLOTA. — Para aprenderlas y poderlas contar á otros.

LUISA. — No, para ser sábia.

LA MADRE. — Pues no es precisamente para eso. Es para que viendo los vicios ó virtudes que encierran, nos apartemos de aquellos y aprovechemos de estas.

ANGELA. — Efectivamente es así; pero siguiendo esta advertencia de Vd., voy á preguntar á mi hermanita Luisa qué hubiera hecho en el lugar de Eva.

LUISA. — Lo que hubiera hecho habria sido obedecer al Señor, porque teniendo tan exquisitos y abundantes frutos, no hubiera hecho gran sacrificio en no comer de aquellas pícaras manzanas.

LA MADRE. — Sí, hija mia, pero nunca se debe dejar una cosa solamente, porque hay otras muchas; el mérito mayor aun, es cuando estamos faltos de todo: entonces, si se nos presenta una cosa que conozcamos que es un daño, debemos rehusarla, y el mérito es mayor, porque en la abundancia no es un gran sacrificio. ¿No sabeis lo que sucedió á una niña, la cual estando en la miseria se le presentó la ocasion de salir de ella y no quiso aceptarla?

CARLOTA. — ¡Ay mamá! cuéntelo Vd.

CAROLINA. — Sí, sí, porque verdaderamente debe de ser interesante.

LA MADRE. — Vivia no hace mucho tiempo una pobre mujer ciega reducida á pedir limosna, y por solo apoyo y compañía tenia una hija de once años. Esta cuidaba de la pobre ciega y guiaba sus pasos. Un dia que habia salido sola de casa, advirtió que un hombre la seguia, y al pasar por una calle solitaria, le dijo: mi querida niña, podriais hacerme un gran servicio. Tomad este saco de oro y guardadlo: la mitad de lo que hay en él os lo daré, porque yo estoy perseguido por la justicia y podrian encontrármelo. La niña tomó el saco no sabiendo qué hacer, y se volvió á su casa. Al dia siguiente oyó contar el robo acaecido la víspera á uno de sus vecinos; calculando que aquel oro era sin duda el producto de una mala accion, determinó ir á casa del vecino y preguntarle qué cantidad le habian robado. Así lo hizo, y habiendo visto

que era la misma que se encontraba en el saco, se lo devolvió, contándole el cómo habia llegado á sus manos. Aquel caballero agradecido, y viendo la generosa y noble accion en una persona que tenia que pedir limosna, quiso recompensarla: mandó venir á la ciega, le dió cuarto en su casa, y además adoptó por hija suya á la niña. Pocos dias despues fué descubierto el ladron y condenado á presidio. De manera que, si ella no hubiera hecho aquella generosa accion, sin duda se habria visto envuelta en una causa criminal.

LUISA. — Muy bonita historia: esa niña hizo muy bien y mereció lo que hicieron por ella.

CAROLINA. — ¿Sabes, Angela, que estoy mirando con la mayor atencion hace un rato lo que estás bordando, y tengo curiosidad de que me expliques cómo lo haces? ¡Bonito dibujo! ¿gustas decirme qué es?

ANGELA. — Es una banda de tapicería para muebles, y es de un gran efecto. Mira esa silla en que está sentada Carlota: la he bordado yo. (Véase el dibujo número 1°.)

CAROLINA. — Muy bonita es: si tú quisieras me prestarias el dibujo y bordaria un taburete para el santo de mamá.

LUISA. — Creo que es muy difícil.

ANGELA. — Todo lo que se desea aprender se aprende.

MARGARITA. — Pero abuelito nos prometió ayer concluir el cuento de Diamantina.

CARLOTA. — Sí: ¡pobre princesa! que no sabemos si el rey Deseado fué vencido ó la venció.

LA MADRE. — Aun es muy temprano, niñas mias; antes voy á contestar á la pregunta que Carolina me dirigió esta mañana sobre qué género de labores debe saber una señorita para ser un poco instruida. Una señorita de la clase acomodada debe de saber, y es necesario para su porvenir, primero el manejo de una casa, para que aunque tenga criados, sepa mandar lo que hay que hacer. Debe levantarse no muy tarde, porque el sueño entorpece los sentidos. Despues que haya mirado si los quehaceres de la casa están bien hechos, se peinará, y por horas debe estudiar lo que sus profesores le hayan ordenado. Si está en el colegio tiene que ser dulce con sus com-

pañeras, instruirlas si sabe mas que ellas, y ser buena y amable para todas. Una señorita bien educada debe saber leer, escribir, contar, coser, bordar en tapicería, en papel, al pasado, en oro, plata, abalorios, felpas, etc. Además, como adorno, aprenderá á tocar el piano, á cantar, á dibujar, á hacer flores, en fin, una educacion completa, porque no sabe en qué circunstancias se puede hallar; y todas esas habilidades, que un dia le sirvieron de distraccion y de adorno, le pueden luego servir para ganar la subsistencia. ¡Cuántas hemos visto que nacidas en la opulencia, han tenido que contribuir á la vida y á la educacion de sus hermanas con sus talentos! Por esto mismo deben aprenderse tambien por lo menos tres idiomas, además del suyo nativo. Los mas útiles son: el francés, el italiano y el inglés. Esos genios que se han distinguido en las artes y han sido la gloria de su nacion, lo deben á su aplicacion. Esto es, hijas mias, lo que toda señorita debe aprender, y con esa educacion no puede temer el que un dia la desgracia la reduzca á la miseria.

LUISA. — Y diga Vd., mamá, ¿tambien se debe de aprender á bailar?

LA MADRE. — Sí, porque aunque es una cosa meramente de adorno, una señorita en una sociedad se haria ridícula si no supiera bailar. Debe ser modesta, no abusando jamás, ni pidiendo nada mas que á su padre ó hermanos que se hallen en la reunion. Por esta noche basta de leccion, y demos lugar á lo agradable. Vuestro abuelo tendrá la amabilidad de continuar el cuento de Diamantina.

CARLOTA. — Sí, y otro dia nos contará Luis lo que nos ha prometido.

LA MADRE. — ¿Y qué es?

LUIS. — He prometido explicarles las maravillas del arte en la antigüedad, que mi profesor me ha enseñado.

EL PADRE. — Ven, Luisito; dame un beso, porque estoy muy contento de tí. Nada mas laudable que hagas parte á tus hermanitas de lo que tú aprendes. Mañana lo contarás.

MARGARITA. — Abuelo, cuente Vd. el cuento: ¡es tan bonito!

ABUELO. — Voy á continuarlo, pero no me acuerdo en qué quedamos.

CAROLINA. — En que la princesa se vistió de hombre para ir á la guerra.

ABUELO. — Sí, es verdad. Pues bien: la princesa se vistió de hombre, y acompañada de Sarracino, que así se llamaba el valiente paje á quien habian dado el mando de las tropas, se dirigieron al campo enemigo. Al pasar Diamantina por un bosque se le apareció una encantadora y le dijo: ¿A dónde vas, princesa? el amor de tu patria te guia, y sin embargo vas á pelear contra esa misma patria. Atónita se quedó Diamantina al escuchar estas palabras: no sabia qué querian decir; y sin embargo, la impresion que le habian hecho era muy grande. Tres dias le faltaban para llegar á las fronteras del rey Deseado, y en la víspera del tercero un enorme leon quiso devorar á la princesa, quien solo se salvó por la valentia de Sarracino. Todo esto tenia inquieta á la jóven, pensando que tal vez era una accion temeraria dirigirse contra el rey; pero la nacion toda tenia los ojos puestos en ella, y su protectora fiaba en la prediccion. Algunas horas antes de llegar al término de su viaje, oyó gemidos que salian de una casita que se hallaba en medio de los bosques. La princesa se dirigió acompañada de una escolta, deseosa de saber cuál era el motivo de aquellos ayes. La puerta de la casa estaba cerrada, y despues de haber llamado varias veces, se oyó la voz cascada de una vieja, y poco despues se abrió la puerta. La anciana era de alta estatura, y sus cabellos blancos rodeaban su frente, en la que se leian la nobleza y la majestad. Diamantina le preguntó qué era lo que motivaba su dolor, y la pobre mujer sin contestarle la condujo á una habitacion baja, y le mostró una jóven hermosa, y que pálida como el mármol, yacia muerta en una miserable cama. Los vívidos colores de sus megillas se habian marchitado; su hermosos y brillantes ojos habian perdido su mirada; la rigidez de sus músculos denotaba el paso de la muerte, y sin embargo parecia que dormia.

MARGARITA.—¡Ay papá! ¡qué triste es este paso del cuento!

LUISA. — No interrumpas: siempre tienes esa costumbre.
ABUELO. — Diamantina se dirigió á la anciana y le dijo:—

¡Pobre mujer! ¿quién es esa preciosa niña? — Es mi hija. Ayer se levantó para ir al monte, y por la noche la encontré como Vd. ve en el camino.—¿Y no sabe Vd. de qué ha muerto, ó si bien es solo un desmayo? — ¡Oh! no, está muerta y bien muerta: ¡mi solo apoyo en la vejez! todo lo he perdido, honores, riquezas, y no me quedaba mas que ella. — ¿Pues qué no ha estado Vd. siempre en esta casa? Cuénteme Vd. su

pasado : ¿quién sabe si podria yo serle á Vd. útil? — Señor, mi historia no es larga. Viuda del rey del reino vecino, sola y sin grandes apoyos, tuve que ceder á las fuerzas del príncipe Féliz, padre del rey Deseado, el cual me despojó de la herencia de mis mayores.

Al principio dióme habitacion en el palacio, guardándome las consideraciones debidas á mi rango; pero el nacimiento del actual rey me despojó de todo. Temiendo que mis hijas pudieran aprovechar un dia del derecho legítimo que tenian, me mandaron que escogiese una residencia, señalándome una módica pension. Esta tambien me la quitaron poco tiempo despues, y me vine á esta casa con mis dos hijas, una de edad de cinco años y la otra de tres. La mayor me la robaron sin duda un dia, ó fué devorada por alguna fiera, pues no he vuelto á saber de ella; y la otra es la que acaba Vd. de ver en su lecho mortuorio. ¡Si Vd. supiera lo que he pasado! — ¡Pobre mujer! dijo Diamantina: yo aliviaré su suerte; y si, como espero, Dios proteje mis armas, el trono de sus mayores de Vd. volverá á sus legítimos dueños. — ¿Para qué? Yo soy vieja, enferma, y no tengo nadie á quien poder dejar mi herencia. He oido decir que el rey Deseado queria apoderarse de este reino : Dios impedirá esta injusticia.» — Diamantina prometió á la anciana venir á verla; y dejándola una cantidad de dinero, se adelantó al encuentro de aquel rey que se ejercitaba en despojar de la corona á mujeres solas y sin defensa.

Era el rey Deseado hombre atrevido y emprendedor, y por consiguiente no le asustaba la llegada de las tropas de su enemiga. Sabia que las mandaba un general á quien nadie conocia y que se habia ofrecido generosamente. Por fin los ejércitos se encontraron. Sarracino hizo prodigios de valor; y todos los soldados admiraban un general tan jóven. Pero, ¿qué diremos de Diamantina? A su ejemplo los mas cobardes enristraban sus lanzas y sembraban la desolacion y el terror en el campo enemigo. Derrotado el rey Deseado, fué hecho prisionero por la misma Diamantina: esta volvió triunfante con Sarracino, y bien escoltado el rey Deseado los acompañaba tambien. Pero si el júbilo de aquel pais era grande, no

era menor el deseo de conocer al general en jefe que habia hecho prisionero á Deseado; por fin se hizo saber que al dia siguiente se presentaria bajo su verdadero nombre. A la mañana siguiente la reina se presentó á las puertas de palacio, teniendo de la mano á Diamantina. « Aquí teneis á la que debemos la libertad y la gloria : la prediccion está cumplida: es ella, que acompañada de Sarracino, ha ido á combatir. » Inútil es explicar la alegría del pueblo y los vivas que dieron á Diamantina, así como la vergüenza y la rabia de Deseado al saber que habia sido hecho prisionero por una mujer. La legítima reina no fué olvidada, y se mandaron emisarios para que se presentara en palacio. Pero si grande fué su admiracion al ver el valor de Diamantina, no lo fué menor ver una señal encarnada que esta tenia en un brazo, y dando un grito cayó desmayada. Vuelta en sí, le dijo: — « Señora mia, dígame Vd. de gracia si es hija de nuestra buena reina. »—Entonces le contaron el hallazgo de la niña, la prediccion de la hechicera, y cómo esta se habia cumplido. Diamantina le contó el encuentro en el bosque con la encantadora, y las palabras de esta que no habia comprendido la princesa. — Yo te las explicaré, hija mia, pues tú eres mi hija. Sí, tú eres la niña que me fué robada, y la que viste sin vida era tu hermana: de este modo se te explican las palabras de la encantadora, la que te dijo que ibas por tu patria adoptiva y contra tu patria nativa. — Diamantina fué reconocida reina del vecino reino, y en premio de su valor la casaron con Sarracino. La reina su protectora vivió feliz y protegida siempre por Diamantina, quien ayudada por los consejos de su madre y el valor de su marido reinó en paz largos años. — De este modo fué recompensada la buena accion de su madre adoptiva.

CARLOTA. — Y Deseado, ¿qué fué de él?

MARGARITA. — ¡Ay! sí, pues ya no me acordaba. Diga Vd. abuelito, ¿qué fué de él?

ABUELO. — Viéndose prisionero y reducido á estar sujeto toda su vida á otros, murió de sentimiento.

LUISA. — ¡Pobre Deseado! él no habia hecho mucho mal.

LA MADRE. — No, hija mia, pero bastante era desear lo perteneciente á otro y no contentarse con lo que Dios le habia dado, mucho mas, cuando su padre habia usurpado aquel reino. La ambicion es un vicio muy malo. Hay personas que por no contentarse con lo suyo, cometen hartos crímenes por obtener lo ageno. Pues bien, podeis estar seguras que esto nunca aprovecha, y que tarde ó temprano se descubre, y reciben el castigo merecido.

PADRE. — Hijas mias, la hora ha llegado de separarse por hoy: mañana os esperamos, y Angela nos contará la historia de Cain y de Abel.

CAROLINA. — Y tambien nos contarán Vds. algun cuento.

LUISA. — Abuela nos ha dicho que sabia uno muy bonito.

MARGARITA. — Sí, ya me lo ha contado á mí.

CARLOTA. — Pues no es bastante; necesitamos oirlo nosotras.

ABUELA. — Ciertamente que os lo contaré, y despues de aquel otros. Pero Carolina, tú dirás á Enriqueta que venga y que no sea perezosa, porque es una falta muy grave en una señorita.

CAROLINA. — Por no haber venido ha perdido oir el fin de Diamantina; pero á ella no le importa, porque siendo mayor que yo le gusta menos estudiar, y divertirse y jugar le gusta mas.

DIALOGO TERCERO.

LA MADRE. — Esta noche, señoritas, vamos á cumplir nuestra palabra, contándoos el cuento que la abuelita prometió á

Vds. la otra noche: pero antes de todo quiero preguntar á Enriqueta porqué no quiso venir anoche.

ENRIQUETA. — Estaba muy cansada de jugar en el jardin, y quise acostarme temprano.

LA MADRE. — Si juegas todo el dia serás una tonta siempre, y á tu edad ya debes pensar en instruirte.

ENRIQUETA. — Sentí mucho no venir; mucho mas, porque no oí el fin del cuento del otro dia.

CAROLINA. — Yo no falto ninguna noche.

LA MADRE. — Bien hecho, mas tarde te alegrarás, y yo espero que Enrique conocerá esto mismo, porque no hay cosa peor recibida y mas ridícula que una mujer sin instruccion.

CARLOTA. — ¿Y el cuento que abuelita prometió?

LUISA. — Sí, sí, que lo cuente.

MARGARITA. — A mí me gustan mucho los cuentos que abuelita cuenta.

LA MADRE. — Sí, lo prometido se debe de cumplir.

ABUELA. — Escuchad pues con atencion.

LA CABRA, EL SASTRE Y SUS HIJOS.

Habia una vez un sastre que tenia tres hijos y una cabra, á la que llamaremos Bella. Como la edad habia puesto muy débiles los ojos del pobre viejo, y ya no podia trabajar gran cosa, la cabra era su providencia, porque los mantenia con la leche. Pero la pícara se cansó de que la ordeñaran dos veces por dia, y resolvió salir de aquella esclavitud y recobrar su libertad. El sastre sabia que cuanto mas le daban de comer mas leche daba, y siempre recomendaba á sus hijos que estaban encargados por turno de llevarla á pacer, que la condujeran donde mas pasto hubiera. Un dia el mayor la llevó á pastar al cementerio donde crecian yerbas tan altas como ella, y la dejó pacer y saltar cuanto quiso, lo que, como podeis figuraros, la cabra le agradeció mucho. Despues cuando llegó la hora, el jóven preguntó á Bella: — « Dime, ¿has comido bien? — Ya lo creo, nunca he tenido tan buena comida; bée, bée. — Entonces ya podemos volver á casa. » — Y tomándola por el cabestro la llevó al establo y la ató al pesebre. Cuando el sastre vió entrar al mayor de sus hijos, le preguntó: — « ¿Ha comido bien la cabra? » — Ya lo creo, dijo el jóven: ella misma me ha dicho que nunca habia comido tan bien. — El viejo sastre quiso asegurarse por si

mismo : fué al establo, acarició á la cabra, y le dijo : -- Cabra, ¿has comido bien? — La cabra respondió de muy mal

humor : — ¿Cómo quieres que sea así? No he hecho mas que saltar sobre las tumbas, y no he hallado la mas pequeña yerba que comer. Bée, bée.

CARLOTA. — ¡Valiente embustera era la tal cabra!

MARGARITA. — Deja continuar.

ABUELA. — El sastre furioso corrió á la casa, y dijo á su

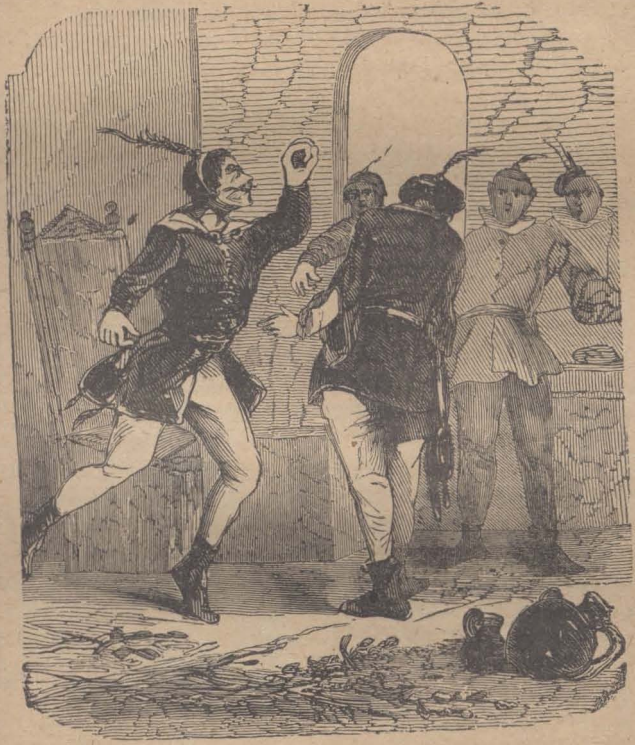
hijo mayor: — ¿Cómo, embustero, me has dicho que Bella habia comido cuanto habia querido, y acaba de decirme que no ha encontrado ni una sola yerba? Aguarda... y el sastre cogió un baston y le dió de palos echándole de casa.

LUIS. — ¡Pobre jóven! ¡qué inhumanidad! y eso que era inocente.

ABUELA. — La mañana siguiente tocó la vez al mas pequeño. Sabiendo lo que le habia sucedido á su hermano, resolvió tomar sus precauciones para que no le sucediera lo mismo. Por consiguiente, escogió en el extremo del jardin un sitio abundantísimo de yerba y dejó allí á la Bella. Esta comió tanto y tan bien, que dejó aquel sitio casi rasado. Por la tarde, cuando volvió el jóven, se aproximó á ella, y le dijo: — Bella, ¿has comido bien? — Perfectamente, le contestó, nunca he comido tan bien. — Entonces volvámonos á casa. — Y la llevó al establo y la ató como lo habia hecho su hermano. — «¿Qué hay? dijo el sastre al verle entrar. — ¡Oh! ha comido á mas no poder.» Pero el sastre que no se fiaba mas en la palabra de su hijo menor que en la del mayor, fué al establo y preguntó á la cabra: — Bella, ¿has comido bien? — ¡Qué tengo de haber comido! No he hecho otra cosa sino saltar sobre montones de tierra, donde no he hallado nada que comer. Bée, bée. — ¡Ah! ¡el infame hace ayunar un animal tan bueno!» Y con esto, volviéndose á casa furioso, el sastre tomó la vara, y pegando á su hijo le echó de casa como habia hecho con el otro.

Al otro dia tocó el turno al tercero. Este quiso no tener nada que echarse en cara: escogió un sitio donde crecian los arbustos mas tiernos y la yerba mas perfumada. Allí hizo pacer á Bella y por la tarde le preguntó: — «Y bien, mi querida cabra, ¿estás satisfecha?» — Y la cabra le respondió: — Como que nunca he comido tan bien. Bée, bée. — Tranquilo con esta contestacion, llevóse la cabra, atóla al pesebre y vino á decirle á su padre: — Lo que es hoy, no se quejará: puede Vd. preguntárselo. — El padre no creyó mas á su tercer hijo que lo habia hecho con los otros dos. Fué al establo y le hizo su pregunta acostumbrada á Bella: — ¡Pobre de mi

contestó esta : ¿cómo quereis que esté satisfecha ? No he visto un solo monton de yerba, y no he hecho mas que saltar sobre rocas. Bée, bée. — ¡Ah! ¡perro mentiroso! exclamó el



sastre : tú eres tan olvidadizo como tus hermanos; pero te aséguro que no te reirás de mí. — Y transportado de cólera pegó de tal manera al niño, que este se escapó de casa; y entonces el pobre sastre halló que el cuarto era muy grande, y estaba frio porque le faltaba la alegría de sus hijos, y se puso

á reflexionar, que no era posible que sus tres hijos el uno despues de otro hubiesen faltado á su deber y hubieran mentido de aquella manera. Sospechó en la malicia de la cabra, y quiso ver por sus propios ojos el sitio donde la habian llevado á pacer. Empezó por el cementerio y vió la yerba completamente segada en un espacio de quince á veinte piés. «¡Ah! dijo; creo que habré hecho mal de pegar á mi hijo mayor: la cabra ha mentido.» Y pensativo fué á visitar el jardin donde su segundo hijo habia llevado á Bella. Tambien conoció donde ella habia comido. «¡Infame animal! exclamó: hé aquí lo que llamas no comer y no encontrar una sola yerba. Pero veamos antes de enfadarnos completamente: y fué al sitio donde el tercer hijo habia llevado la maliciosa cabra. Un segador con la hoz nuevamente afilada no hubiera segado mejor que lo habia hecho ella con sus dientes.

— ¡Ah! exclamó el pobre viejo: verdaderamente que la señorita Bella es una malvada, y ahora va á tener que entendérselas conmigo. — Y diciendo y haciendo, tomó su navaja, su látigo y su jabon; entró en el establo, y sin escuchar el balido de Bella, le jabonó el hocico y la cabeza, y la afeitó de tal manera, que no le quedó un pelo, con los cuales estaba tan orgullosa. Despues le cortó las orejas al rape de la cabeza y le dió tal tunda, que la cabra huyó balando de furor. El pobre sastre volvió á su casa y se encontró mas solo que nunca, porque no tenia ni hijos ni cabra, y se encontraba privado de la ternura de los primeros, que era el pan de su alma, y de la leche de la segunda, que era la manutencion de su cuerpo. Y por todas partes se informó si habian visto á sus hijos; pero nadie los habia visto, ni sabian el camino que habian tomado ni lo que les habia sucedido.

Pero como nosotros lo sabemos, mis queridas niñas, vamos á contároslo empezando por el mayor, de este al mas pequeño, y del mas pequeño al del medio. Escuchad, y sin duda ninguna que si el cuento de la cabra os ha gustado, mas aun os agradaran las aventuras de los tres hermanos.

CARLOTA. — Pero mamá, todavía puedes contarlas esta noche

LA MADRE. — No, hija mia, es necesario no emplear todo el tiempo en lo agradable : hay que dedicar una gran parte de él á lo útil.

CAROLINA. — ¿Pero, mañana lo concluireis?

LA MADRE. — Sin duda ninguna; y ahora Angela va á contarnos la historia de Cain y su hermano Abel.

ANGELA. — Entre otros hijos tuvieron Adan y Eva dos : el uno llamado Cain y el otro llamado Abel. El mayor, que era Cain, tenia por oficio ser jardinero, y Abel se ocupaba de guardar las ovejas de su padre. Ambos hijos eran amados de este, porque los creia igualmente buenos : pero Dios que no puede ser engañado por nadie, conoció el mal fondo de Cain, y no le amaba. Sin embargo, como Dios es sumamente misericordioso, no cesaba de avisarle para que se enmendase, pues llegaba la perversidad de Cain hasta el extremo de estar envidioso de su hermano porque el Señor aceptaba con mas agrado las ofrendas de Abel; este por el contrario, le entregaba los mejores corderos de su rebaño, porque sabia muy bien, que cuanto él tenia era por la misericordia de Dios, y que por lo tanto el principal dueño de su hacienda era ese mismo de quien todo proviene. Cain veia que el rebaño de Abel aumentaba, y que por el contrario el fruto de su jardin cada dia era mas ascaso y deslucido, lo que hizo que se encolerizase y tomase gran envidia de su hermano Abel.

Un dia le dijo el Señor á Cain, á quien veia casi siempre triste : « ¿Porqué estás triste? ¿No sabes que si obras bien recibirás la recompensa, y que si obras mal serás castigado?» En esto comprendió Cain, que la prosperidad de su hermano no era efecto exclusivo de la suerte, como pretenden algunos impios que no sienten el temor del Señor : y esto lejos de traerle á buen camino aumentó su enojo, y meditó dañar á su hermano, por tomar venganza en un inocente de un mal que le proporcionaba solamente su mal proceder.

CAROLINA. — ¿Y porqué quiso dañar á su hermano, que no era culpable de nada!

ABUELO. — Porque los perversos se irritan siempre contra los virtuosos. Continúa, Angela.

ANGELA. — En fin, Cain dijo una tarde á Abel: — ¿quieres venir á pasear conmigo?—Y este, que amaba á su hermano Cain y que no sospechaba que abrigase tal fondo de maldad, aceptó gustoso la invitacion y le dijo: « Bien, hermano. » Salieron en efecto juntos al campo, y luego que se hubieron alejado á cierta distancia y Cain se aseguró que nadie le veia, acometió á su hermano con una quijada de un asno descarnada y puntiaguda, y le mató.

Volvióse el malvado Cain muy creido que nadie le habia visto, cuando Dios que está en todas partes y á quien nada se le puede ocultar, le dijo: — Cain, ¿qué has hecho de tu hermano Abel? — Señor, le respondió el malvado, no le he visto: ¿acaso soy yo su guardian? — Eres un maldito, le replicó el Señor: has muerto á tu hermano; anda, vaga por el mundo, que no hallarás un instante de sosiego. Tu crímen será dia y noche tu tormento, y para que lo sufras por mas tiempo, impediré que nadie te mate. Marchóse en efecto Cain de aquel pais, acompañado de su mujer, de la cual tuvo un sin número de hijos. Aquí teneis pues en resúmen la historia del malvado Cain y del inocente Abel.

CAROLINA. — ¿Qué dice á eso Enriqueta?

ENRIQUETA. — No digo nada, sino que haces mal en hacerme esta pregunta, porque yo no soy envidiosa.

CAROLINA. — ¿Cómo que no? En cuanto mamá me da un abrazo, ya estás disgustada, y algunas veces hasta lloras.

ABUELO. — Vamos, Carolina, esto es que tal vez te lo figuras.

CAROLINA. — No señor, que es cierto, que mi hermana es muy envidiosa.

ENRIQUETA. — Te equivocas, yo conozco que te quiere mamá mas que á mí, pero me conformo, y aun me creo que es porque tú serás mejor que yo.

ABUELO. — Ninguna de las dos teneis razon; escuchadme Las buenas madres, como lo es la vuestra, quieren á todos sus hijos, y para todos les sobra amor. Pero á veces les acarician á unos mas que á otros por causas casi ajenas de su voluntad. Hay ocasiones en que un hijo case enfermo y so

le ve sufrir en una cama todo género de dolores. En ese caso el amor de los padres se exalta por aquel á quien temen perder para siempre. Despues sana, y en la convalecencia se ha seguido acariciándole y queda ya por costumbre, sin que por esto se le ame mas que á los otros.

CAROLINA. — Ya tienes explicada, Enriqueta, la causa de que mamá me acaricia mas que á tí; y en verdad que doy por bien empleado lo que he sufrido, por el buen efecto que ha producido en mamá.

ENRIQUETA. — Pues yo te digo que quisiera haber estado enferma en tu lugar.

CAROLINA. — ¿Luego tienes envidia? ¿Lo ven Vds.?

ABUELA. — Sí, lo veo: hay en efecto en eso algo de envidia, pero muy distante de la de Cain. Siempre en toda clase de envidia existe el peligro de pasar de la envidia disculpable á la que no tiene disculpa. Por ejemplo, cuando se recuerda la muerte de un mártir por la fe de Cristo, no se debe envidiar su gloria, sino su martirio, que le ha hecho merecedor de ella. ¿Y porqué debe pesarnos que le hayan dado su justo premio?

ABUELO. — Ahora, Carolina, te diré que es un vicio muy feo acusar de los defectos á su prójimo: esos defectos se ocultan en lugar de hacerlos ver á otros. Porque dime: ¿te alegrarias tú que contasen tus faltas á todo el mundo? Así, hijas mias, amarse mucho la una á la otra; alegraos la una del bien de la otra, y tendreis el premio de que vuestra madre os ame á las dos; y si alguna vez sentís un poco de envidia, desechadla y decid estos versos:

Nada se debe envidiar,
Que envidiar es vicio feo,
Y sí abrigar el deseo
Del ajeno bienestar:
A los justos imitar
Debemos con rectitud;
Solo debe una inquietud
Causarnos el bien ajeno,
Y es la de envidiar al bueno
No su premio, su virtud.

LUISA. — La noche pasada nos prometió Luis que nos contaria las maravillas del arte en la antigüedad.

ENRIQUETA. — Mejor seria que nos enseñara juegos.

CAROLINA. — Tú no piensas mas que en esto. Me parece que debe sernos mas útil lo que concierne á las artes.

LA MADRE. — Ciertamente, mi querida Enriqueta, que á vuestra edad se necesita jugar; pero por la utilidad, no la hay. Se juega por distraerse de los estudios; pero no sé cómo prefieres los juegos á la instruccion.

EL PADRE. — Vamos, Luis, empieza.

EL ABUELO. — Antes de que empiece esto, debo deciros, que lo que hemos leido de la grandeza y solidez de los edificios antiguos, pudiera pasar por exageracion si no se vieran hoy en dia las muestras de esto mismo. Por ejemplo, como el obelisco de Louqsor que se halla en la plaza de la Concordia de Paris, lo que es suficiente para hacernos creer en esa grandeza verdaderamente maravillosa. Ahora, empieza Luisito.

LUIS — Cuentan que el lago de Méuris tenia poco mas ó menos ciento ochenta leguas. Méuris era rey de Tebas, la de las cien puertas en Egipto.

CARLOTA. — ¿Cien puertas?

EL PADRE. — Sí, cien puertas; pero no se confunda Tebas la de las cien puertas con Tebas la capital de la Beocia, que no tenia sino siete.

LUIS. — Méuris hizo practicar esta gigantesca obra para recibir y echar las aguas del Nilo, cuando la inundacion pudiera invadir sus provincias egipcias. Dos pirámides salian del medio del lago á trescientos piés de altura, y ocupaban bajo las aguas igual extension. Cada una de estas pirámides llevaba sobre un trono una estatua colosal: eran Méuris y su mujer.

La tumba de Osmandías, rey de Egipto, estaba rodeaba de un círculo astronómico representando el zodiaco y los doce celestes signos. El monumento ocupaba un espacio de 185 varas, y tenia este epitafio: « Yo soy Osmandias, rey de los reyes. Si alguno duda de mi poder, que pruebe hacer obras mas grandes. »

Al lado de la tumba estaba la estatua de su madre: la cabeza representaba tres reinas, para manifestar que habia sido hija, esposa y madre de reyes. En el templo de Latona en Sair de Egipto habia una capilla de una altura y extension maravillosa.

CAROLINA. — Magnífico seria poder ver todas esas maravillas.

ABUELO. — Tambien los emperadores romanos se han hecho construir magníficas tumbas. La columna de Trajano tiene 120 piés de altura, y una escalera de 185 escalones.

LUIS. — La tumba de Adriano estaba enriquecida con setecientas estatuas, rodeada de grandes galerías con columnas, de las cuales ochenta han sido empleadas en la iglesia de San Pedro en Roma. La estatua ecuestre de Adriano estaba puesta en la cima del monumento.

Cuando Germano viajaba en Egipto, entre otros prodigios vió la famosa estatua de Memnon hecha de piedras, la cual decian que saludaba al sol con armoniosos sones. Segun unos, fué derribada en un temblor de tierra; y segun otros, fué rota por Cambyses. Tambien dicen que el emperador Teófilo tenia un árbol de oro cargado de pájaros de oro, que hacian un ruido parecido al canto de los ruiseñores. Y por último, la reina Semíramis hizo hacer una estatua de piedra de roca de la montaña de Arménides. Esta estatua tenia 135 piés de alto y 25 de ancho. Es todo lo que me han explicado.

EL PADRE. — Pues ahora os hablaré de las lámparas inextinguibles. Calómaca consagró una lámpara de oro en el templo de Diana en Atenas. Esta lámpara se llenaba de aceite al principio del año, y duraba hasta el fin del mismo año sin necesidad de tocarla. Las lámparas sepulcrales que los antiguos encerraban en los sepulcros, y que segun ellos no se pagaban jamás, eran unas verdaderas maravillas del arte. Se asegura que una de esas lámparas fué encontrada en Italia en la tumba de la hija de Ciceron, bajo el pontificado de Paulo III: hacia ciento cincuenta años que se hallaba enterrada.

Un cincelador fabricó un vaso de plata que no se podia

romper, y tuvo el honor de ofrecérselo á Neron. Cuando este príncipe se lo devolvió, lo tiró contra el pavimento. El emperador creyó que se habia hecho pedazos; pero cuando el cincelador lo volvió á coger, no tenia mas que una pequeña señal. Entonces tomó un martillo, y le quitó aquel ligero defecto. El emperador le dijo: —¿Hay alguno que posea este secreto mas que tu?—Señor, no, respondió el platero.—En-

tonces el emperador le mandó cortar la cabeza, con el pretexto de que si empezaba á ser conocido aquel arte, el oro perderia su valor. Esto se llama dar impulso á las artes *á lo Neron*.

Mirecides habia figurado un coche con cuatro caballos y el cochero; y todo esto en tan pequeño espacio que se podia cu-

brir con una mosca. El gusto de las estatuas estaba muy desarrollado en la antigüedad. En Rodas dicen que habia setenta y tres mil: en Atenas, Delfos y Olimpia no se contaban en menor número. En Roma habia tantas, que se podia decir una ciudad con un segundo pueblo de piedra. Sin embargo, el gusto de las artes pasó á Italia mucho tiempo despues que á Grecia. Cuando la toma de Corinto, navíos enteros fueron cargados de las mas preciosas estatuas de la Grecia y llevadas á Italia.

El lujo de Roma se desarrolló en el reinado de Neron, el cual tenia un salon que marcaba las estaciones, y que hacia llover sobre los convidados de sus festines flores y esencias. Agripina, madre de Neron, apareció con un traje de oro puro en un combate naval dado por el emperador Claudio I. Las artes en la antigüedad, no solamente las embellecian y aumentaban, sino que pasaban los límites, pues intentaban cosas perjudiciales, tales como aquel hombre que en el reinado de Neron habia inventado elevarse por los aires, y despues de haber subido bastante alto cayó y se mató: su sangre salpicó al emperador.

Hé aquí lo que queria enseñaros de las antiguas maravillas: si examinais las modernas, vereis que nada tienen que envidiar á las de nuestros antepasados.

LUISA. — Y diga Vd., papá: el arco de la Estrella ¿es una obra antigua?

EL PADRE. — No, hija mia, fué mandado construir por el emperador Napoleon I en conmemoracion de las batallas que ganó; fué empezado en 1806.

MARGARITA. — Mejor seria que ahora jugáramos un poco, ó que mi hermana Angela tocara una de las bonitas piezas que tanto me agradan.

CARLOTA. — Verdad es: pero ¿qué es lo que hace Luis al lado de la chimenea?

LUIS. — Estoy experimentando lo que me han explicado hoy sobre una rosa.

CAROLINA. — ¿Y qué es?

LUIS. — Os lo diré. Se toma una rosa que esté completa-

mente abierta: se echa á la lumbre un poco de azufre en polvo y se pone la rosa para que reciba este humo: la rosa se vuelve blanca.

LUISA. — ¿De veras?

ENRIQUETA. — Mirad á ver si se volverá blanca.

LUIS. — Miradla.

TODAS. — Efectivamente.

LUIS. — Y ahora se pone en agua y vinagre y vuelve á tomar su color: estos experimentos son muy bonitos.

CAROLINA. — Dime, Luisa: ¿has ensayado ayer el juego que te enseñé?

LUISA. — No, pero si quieres ahora podemos ejecutarlo entre todas.

MARGARITA. — ¿Qué juego es ese?

ENRIQUETA. — Es el *banquillo del acusado.*

LUISA. — Justamente: ¿lo sabes tú tambien?

ENRIQUETA. — Pues si soy yo la que se lo he enseñado á Carolina.

CAROLINA. — No creas que pensaba ocultarlo.

ENRIQUETA. — No seria nada extraño; porque como mamá dice que siendo tú la mas pequeña estás mas adelantada que yo, siempre quieres aprovecharte de ello.

CAROLINA. — Pues no es verdad; porque ya sabes que cuando haces algo mejor, ó sabes bien una cosa, soy la primera que se lo digo á mamá.

ENRIQUETA. — Para que digan que eres muy buena para mí.

LUISA. — Vamos, no hay que enfadarse, porque ya sabemos que las dos os quereis.

CAROLINA. — ¡Ah! mi hermana cree que siempre hago las cosas con intencion de hacerme valer, y se equivoca.

ENRIQUETA. — Sí, porque es verdad: mama te prefiere, y á mí siempre me está diciendo que soy mala, desobediente, que riño con las criadas, que soy poco aplicada...

EL PADRE. — ¿Y porqué no te enmiendas?

LA MADRE. — Mi querida Enriqueta, tú no eres mala, pero enes algunos defectos que debias de corregir. El otro dia me

conto tu mamá que casi hiciste llorar á la pobre María tu criada, porque la pellizcaste hasta hacerle sangre.

ENRIQUETA. — Fué porque no me dió una cosa que le pedia.

LA MADRE. — Sí, pero tú le pedias una cosa que tu mamá le habia prohibido que te diera.

ENRIQUETA (*llorando*). — Vea Vd., y si Carolina la hubiera pedido, no hubiera dicho nada.

LA MADRE. — Hija mia, no es que Carolina sea mejor que tú; es que sabe contener mas sus deseos, y hace mas por corregir sus defectos. No llores, pero enmiéndate y no tengas envidia de tu hermana : ya sabes lo que hemos dicho sobre este pecado. Vamos, abrazaos y sed buenas y amables.

CAROLINA (*abrazando á su hermana*). — ¿Lo ves, Enriqueta? ya se acabó : ya sabes que yo te quiero mucho, y que no eres justa cuando dices esas cosas que me hacen tanta pena.

ENRIQUETA. — Trataré de corregirme y seguir los consejos de mi tia.

LA MADRE. — Y ahora jugad un poco hasta la hora de separarnos.

CAROLINA. — Explica el juego, Enriqueta.

ENRIQUETA. — Mira, Carlota, tú serás la *acusada*. Siéntate en una silla; bien, eso es. El *acusador* será Luis, y él debe estar de pié. Todas nosotras estamos sentadas, porque somos *los jueces*.

MARGARITA. — ¿Y yo?

ENRIQUETA. — Tú tambien. Ahora Luis se dirige á nosotras y nos dice : « Ilustres jueces : ¿saben Vds. porqué el acusado se halla en el banco? » Entonces cada una nos levantamos, y le decimos en voz baja porqué razon se encuentra allí. Despues de recoger todas las acusaciones, el *acusador* se adelanta á la acusada y le dice : « Acusada Carlota, está Vd. en el banco porque ayer, en lugar de dar la limosna á un pobre, ha empleado Vd. el dinero en caramelos. » — « Acusada Carlota, está Vd. en el banco porque no es Vd. amable con sus compañeras »

CARLOTA. — ¿Cómo que no soy amable?

LUIS. — ¿No ves que es el juego?

ENRIQUETA. — Despues dice el *acusador*: « Acusada Carlota, está Vd. en el banco, porque no ha estudiado Vd. su leccion de gramática. »

CARLOTA. — Bien: y yo, ¿qué digo?

ENRIQUETA. — Tú á cada acusacion nombras el juez que crees es el autor de aquella. Si adivinas, entonces es el juez el que se sienta en lugar del reo; y si no, tienes que sufrir segunda prueba, y eres condenada á escuchar una nueva série de acusaciones. Si el *acusador* omite él por su parte su opinion pierde el empleo, y queda en lugar del reo.

LA MADRE. — Muy bonito é ingenioso es ese juego: pero niñas mias, es necesario hacer vuestras acusaciones sin herir á ninguna de las demás, y no decir cosas que puedan hacer guardar rencor, porque la malignidad y el talento pierden su mérito cuando se hacen un arma ofensiva.

EL PADRE. — Basta por hoy; y mañana Luis explicará el diluvio universal.

CAROLINA. — Hasta mañana, que abuelita continuará tambien la historia de los tres hijos del sastre.

DIALOGO CUARTO.

ENRIQUETA. — Buena noche tengan Vds.

EL PADRE. — Buena la tengas, Enriqueta; pero dime, niña, ¿cómo has tenido valor de venir con el tiempo que hace?

ENRIQUETA. — Tio, me fastidia estar en casa sola, y me he venido.

EL PADRE. — ¿Sola? ¿pues y tu hermana?

ENRIQUETA. — ¿Mi hermana?... estar con mi hermana es estar con nadie.

EL PADRE. — No te comprendo, Enriqueta.

ENRIQUETA. — Pues bien, tio, me explicaré mas claro. Mi hermana no quiere ocuparse en ninguna de las cosas propias de nuestra edad.

EL PADRE. — ¿Y cuáles son las cosas propias de vuestra edad?

ENRIQUETA. — Las cosas propias de nuestra edad son jugar y divertirnos.

EL PADRE. — ¡Ay! ¡cómo te engañas, Enriqueta! Las cosas propias de vuestra edad son los libros, porque nada se sabe, y es preciso saber algo; y para saber algo se necesita estudiar mucho.

ENRIQUETA. — Sí, es cierto, pero en verdad que estudiar demasiado es fastidioso.

CAROLINA. — Siempre dices lo mismo.

EL PADRE. — Escúchame, y yo te convenceré de que estudiar no es fastidioso mas que para aquellos que no tienen reflexion ó no quieren tenerla. Antes de tomar un libro en la mano, debe uno preguntarse á sí mismo: — ¿Para qué voy á tomar este libro en la mano? — y naturalmente se responderá uno: — para estudiar. — Despues se añade. — ¿y para qué sirve el estudio? — y tambien se contestará uno: — que para saber. — A continuacion se hará uno la pregunta de que para qué sirve el saber? — y aquí entro yo contestándote. Escúchame. El saber sirve para distinguir lo bueno de lo malo; para aplicarlo á adquirir la mujer como el hombre la subsistencia; para alternar en sociedad y emitir su parecer en cualquiera discusion, y no fastidiarse uno oyendo á los demás ocupados de materias que nos son desconocidas ni que se rian de nuestro silencio, porque el silencio de algunos es muy elocuente, es decir, que denuncia la ignorancia de que es efecto. Sin que por eso os aconseje ser habladoras; y si no pregunta á tu confesor ó á tu profesora.

ANGELA. — ¡Cáspita! ¡y qué tiempo! ¿no siente Vd., papá, cómo diluvia?

EL PADRE. Efectivamente · llueve con exceso. Y á propósito, Luis; tú, que tienes las ideas mas frescas en historia, nos harás el gusto de explicarnos el *diluvio*.

LUIS. — Bien, papá.

EL PADRE. — Pues empieza; que segun se va poniendo el temporal, la noche es á propósito para que meditemos en aquel terrible acontecimiento.

LUIS. — Segun lo que en mi memoria ha dejado la lectura del Sagrado Testamento y otras obras, el diluvio se originó del enojo de Dios contra los hombres por los pecados de estos. Fué el caso, que mucho despues de haber quebrantado nuestros primeros padres el precepto único que Dios les impusiera al ponerlos en el paraiso, los hombres, lejos de enmendarse escarmentando con los trabajos á que los condenaban sus extravíos, se hicieron tan perversos que irritaron sobre manera la cólera de Dios, el que dijo: *No permanecerá mi espiritu en los hombres para siempre*; y mas adelante añadió: *Yo borraré de sobre la faz de la tierra al hombre á quien crié, desde el hombre hasta los animales, desde el reptil hasta las aves del cielo: pues siento yo el haberlos hecho.*

Mas habia entre los hombres malos uno muy bueno, quien halló gracia delante del Señor, que le dijo: *Noé* (que así se llamaba ese buen hombre) *llegó ya el fin de todos los hombres decretado por mi: llena está de iniquidad toda la tierra por sus malas obras: pues yo los exterminaré juntamente con la tierra. Haz para ti un arca de madera.* Dios le dió la explicacion de las dimensiones del arca y de la manera que la habia de fabricar; y Noé la hizo al pié de la letra. Y díjole tambien el Señor: *Voy á inundar la tierra con un diluvio de aguas para hacer morir toda carne en que hay espíritu de vida debajo del cielo: todas cuantas cosas hay en la tierra, perecerán. Mas contigo*, añadió, *estableceré mi alianza; y entrarás en la arca tú y tus hijos, tu mujer, y las mujeres de tus hijos contigo.*

Y de todos los animales de toda especie meterá dos en el arca macho y hembra, para que vivan contigo. Y tomarás toda especi de comestibles, y los pondrás en tu morada; y te servirán, tanto

á ti, como á tus hijos de alimento. Y Noé hizo cuanto Dios le ordenó.

Despues hizo el Señor entrar en el arca á Noé con su familia, lo que despues de efectuado, comenzó á caer una copiosa lluvia del cielo que inundó la tierra.

LUISA. — ¿Y cuánto tiempo duró esa lluvia?

LUIS. — Cuarenta dias y cuarenta noches.

CARLOTA. — ¿Y el arca, qué rumbo tomó?

LUIS. — El arca sobrenadaba sobre las aguas. Estas cubrian toda la tierra y hasta los montes, llegando hasta el extremo de que subieron quince codos mas alto de la mas elevada montaña.

LUISA. — ¿Y cómo no entraba el agua en el arca?

LUIS. — Porque el Señor la habia cerrado por la parte de afuera. Ultimamente perecieron, como era natural, todos los animales vivientes.

MARGARITA. — ¿Y cómo es que hay ahora tantos?

EL PADRE. — Porque son hijos de los que estaban en el arca.

CAROLINA. — Dime, Luis: ¿y cuantos dias estuvo el agua sobre la tierra sin poderse andar por ella?

LUIS. — Ciento y cincuenta dias: á los ciento y cincuenta comenzaron á minorarse, y el arca reposó sobre los montes de Armenia. Noé abrió una ventana que tenia hecha en el arca, y soltó el cuervo, el cual no volvió hasta que las aguas se secaron. Despues del cuervo soltó la paloma, para ver si ya se habia secado la tierra: pero la paloma, no teniendo donde poner los piés, se volvió al arca; Noé la cogió y la metió dentro. A los siete dias volvió á soltar la paloma, y esta volvió por la tarde trayendo en el pico un ramo de oliva con las hojas verdes: por lo que conoció Noé que las aguas ya se habian secado. Sin embargo esperó otros siete dias, y volvió por tercera vez á soltar la paloma; la que no volvió mas al arca. Abrió Noé la ventana del arca, y vió que estaba enjuta la tierra. Entonces le dijo Dios á Noé que saliera con su familia, y sacase todos los animales del arca. Hízolo así Noé, y á mas edificó un altar, donde ofreció al Señor holocaustos. Y despues bendijo el Señor á Noé y á sus hijos, y les mandó que se esparciesen sobre la tierra, y así lo hicieron.

MARGARITA. — Entonces, de los animales que Noé metió en el arca, han nacido todos los que hay en la tierra.

EL PADRE. — Justamente.

MARGARITA. — Papá, ¿y qué comieron en el arca?

EL PADRE. — Los víveres que Noé habia llevado á ella. Carolina, que ha viajado sobre el mar, puede decirte que en los buques hay que comer de todo lo mismo que en tierra.

CAROLINA. — Sí, y por cierto que tenia mucho miedo.

CARLOTA. — ¿De qué?

CAROLINA. — Miedo de que se hundiera. Pero dígame, tio: ¿porqué se sostiene un buque sobre el agua, cuando si se tira cualquiera otra cosa, se hunde?

EL PADRE. — Porque el agua tiene mas peso que el buque, y así se sostiene: y si se echa, por ejemplo, un pedazo de hierro, va al fondo, porque es mas pesado. Mira ese lorito que está en la jaula puesto sobre el palo; como el palo tiene mas peso que él, lo sostiene, y yo si fuera, lo haria hundir con

mi peso. Dime, Luisita : ¿qué hubieras hecho tú al salir del arca?

LUISA. — Hubiera dado gracias al Señor por todo lo que habia hecho : yo le doy gracias todas las mañanas.

CARLOTA. — ¿Pues qué te ha dado?

CAROLINA. — Dios nos da todo. ¿No has oido que fué él quien crió todo? Con que, entonces él nos ha dado el pan, la carne, etc.: nos ha dado todo lo que poseemos.

MARGARITA. — Pues á mí nunca me ha dado nada. Mi mamá da el dinero para todo, y ella me compra los vestidos : ¿cómo haria yo para que me diera algo?

EL PADRE. — ¿Y de qué tendrias que comer y vestir si él no lo hubiera creado?

MARGARITA. — Diga Vd., papá : ¿y Dios ha hecho tambien á la abuelita, y á mamá, y á mis hermanas?

EL PADRE. — Sí, hija mia : por eso se le debe de amar sobre todas las cosas.

MARGARITA. — ¿Y abuelita nos contará hoy lo sucedido á los hijos del sastre?

ABUELA. — Sí, hijas mias.

LA MADRE. — Angela, mientras que tu abuelita cuenta ese cuento, pon á tu lado á Carolina, y enséñale á bordar el feston.

ANGELA. — Con mucho gusto.

ENRIQUETA. — Pues para que vean Vds. si me enmiendo, yo me pondré á bordar estas zapatillas que estoy haciendo para mamá.

ANGELA. — Bien, Enriqueta; bien hecho, prima mia : de este modo todo el mundo te querrá y olvidará tus defectos. Pero ¿te gusta bordar en tapicería? Me parecia que te habia oido decir que era fastidioso.

ENRIQUETA. — Era porque no tenia gusto en bordar : pero como es para mamá, me hace trabajar sin fastidiarme.

LA MADRE. — Y además, que bordar en cañamazo es muy agradable, porque se van viendo los colores, las flores que se forman, las hojas, y por último, cuando está concluido, agrada mucho decir : «Yo he sido quien ha bordado esto.» Y no

te dirán si has tardado mucho tiempo, sino: «¡Qué bonito está!»

MARGARITA. — Abuelita, empieze Vd. el cuento.

ABUELA. — Empezaremos por la relacion de lo que le sucedió al hijo mayor del sastre. Oid.

MESA, CUBRETE.

El hijo mayor del sastre anduvo cinco ó seis dias, sin pararse mas que para beber en las fuentes que encontraba en el camino, y comer el pobre pedazo de pan que alguna alma caritativa, á quien se atrevia á decir que tenia hambre, le daba. El sexto dia entró en casa de un carpintero que le tomó como aprendiz. Trabajó mucho y sin holgazanería: y cuando llegó el tiempo de marcharse, el amo, en recompensa de sus buenos servicios, le dió una mesa cuyo aspecto no era nada particular, y la madera era muy ordinaria. Pero esa mesa tenia una virtud muy rara; y era, que en cuanto se la ponia en el suelo, y se le decia: «Mesa, cúbrete:» la mesa se cubria de un mantel muy blanco sobre el cual habia un plato, un cuchillo, un tenedor, sopa, platos de asados, platos de legumbres; en fin, hasta que no quedaba sitio para mas. Tambien habia una copa, y vino blanco y tinto que alegraba la vista.

El jóven se alegró mucho de aquel regalo, y se dijo: «Con una mesa así, ya tengo asegurada la subsistencia.» Y lleno de confianza en el porvenir, se puso alegremente en camino sin inquietarse de si las posadas eran buenas ó malas, y si estaban bien ó mal provistas. Segun le parecia, entraba ó no entraba; y muy á menudo, en los campos, en los bosques, en las praderas, si tenia hambre ó estaba cansado, ponia en el suelo la mesa y decia: «Mesa, cúbrete:» y todo lo que deseaba, lo encontraba encima de su mesa.

Por fin, pensó que debia volver á casa de su padre: su cólera debia de estar apaciguada, y con su mesa mágica estaba

soguro de ser bien recibido. Pero sucedió que camino de su casa entró una noche en una posada llena de viajeros, todos comiendo con el mayor apetito. Como nuestro jóven tenia

cara de ser un compañero alegre, le invitaron á que cenara con ellos, diciéndole que si rehusaba, se exponia á no tener nada que comer. «Gracias: Dios me guarde de quitaros lo poco que teneis, contestó; mas bien os invito yo á comer.» Se echaron á reir, tomándolo por una broma; pero él sin incomodarse, poniendo su mesa en medio de la sala, dijo: «Mesa, cúbrete:» y al momento la mesa se halló cubierta de todo, mejor de lo que pudieran hacerlo en una cocina de posada, y que tenia un olor que convidaba al mas inapetente. «Vamos, amigos mios, á la mesa» dijo el jóven carpintero, «á la mesa, á la mesa.» Lo cual viendo los asistentes, no

se hicieron rogar. Se aproximaron, sacaron sus cuchillos, y se pusieron á comer. Pero lo que mas les admiraba, era que, cuando un plato estaba vacío, otro le reemplazaba. El posadero, retirado en un rincon, miraba todo sin comprender; pero lo que comprendia, era que seria una buena adquisicion para su posada. El jóven carpintero y toda la compañía se divirtieron toda la noche con la mesa que no cesaba de surtir platos. En fin, á las dos de la mañana se retiraron, el carpintero colgó su mesa á la pared, y se acostó. Lo que quiere decir, que un tesoro no se debe exponer, y que se debe de ser mas reservado.

El posadero se retiró con los otros, pero no podia dormir Sentado en la cama, se acordaba de todo lo que habia hecho la mesa maravillosa, y repetia sin cesar: «Mesa, cúbrete: mesa, cúbrete.» Por fin, se acordó que tenia en la buhardilla una mesa muy parecida, se bajó de la cama, y sin hacer ruido tomó un candelero: escuchando y reteniendo el aliento, bajó la mesa, la colgó en el lugar de la otra, la cual guardó con el mayor cuidado. La mañana siguiente el jóven carpintero pagó su cuenta, cogió la mesa que estaba colgada, y continuó su camino. Al medio dia llegó á casa de su padre, el cual le recibió con el mayor júbilo. «Con que, hijo mio, cuéntame lo que hayas aprendido. — Padre mio, me he hecho carpintero. — Buen oficio. ¿Y qué traes de tus viajes? — Lo que traigo de mejor es esta mesa.» El sastre la miró y remiró, y sacudiendo la cabeza le dijo: — No creo que valga gran cosa, porque es vieja, y además está coja de un pié. — Sin duda no vale nada, pero cuando le digo: «Mesa, cúbrete» se llena de los platos mas delicados y de una bodega incógnita se cubre del mejor vino. Invite Vd. á todos nuestros vecinos y nuestros parientes, y verá Vd. si los obsequio á todos. —

El sastre hizo sus invitaciones, y de todas partes vinieron á ver á su hijo y á festejarle. Cuando todos estuvieron reunidos, el jóven carpintero puso la mesa en medio de la sociedad, y con un acento lleno de confianza dijo: «Mesa, cúbrete.» Pero la mesa de ninguna manera obedeció, y el pobre

muchacho, desconcertado, repitió cinco ó seis veces con tono mas ó menos imperativo: «Mesa, cúbrete.» La mesa continuó vacía como otra mesa cualquiera que no hubiera comprendido este lenguaje. Entonces el pobre jóven conoció que le habian cambiado su mesa, y se avergonzó de pasar por mentiroso. Los parientes y los amigos se mofaron de él, y como el viejo sastre no tenia ni aun su cabra, se halló mas pobre que nunca, y por consiguiente todos se fueron en ayunas en lugar de haber hecho una buena comida. El padre volvió á coger sus tijeras, y continuó su oficio: el hijo entró como trabajador en casa de un carpintero. Ahora vamos á ver lo que le habia sucedido al segundo hijo.

CARLOTA. — ¿No es verdad que fué muy mal hecho el robarle la mesa?

EL PADRE. — Sin duda, porque nunca se debe tomar lo de otro.

MARGARITA. — Vamos á ver lo que le sucedió al otro.

ABUELA. — Es aun mas curioso.

EL ASNO QUE DA ORO.

El hijo segundo entró en casa de un molinero. Cuando concluyó su trabajo, le dijo el amo: — Para recompensarte de tu buena conducta en mi casa, voy á darte un asno de una rara especie: no tira de un carro, y no lleva carga. — Pues entonces ¿á qué sirve? — Da oro, respondió el molinero. — ¡Cáspita! ¿y cómo es eso? — No tienes mas que extender un mantel en el suelo, y decir: « Brik le brit. » Entonces el excelente animal echará oro por la boca y por detrás. ¿Deeas oro? pues no tienes mas que cogerlo del suelo.

El jóven molinero se puso en camino, y por todas partes donde iba, escogia lo mejor, y apenas si encontraba cosa que fuera difícil de obtener, porque siempre llevaba llenos de oro sus bolsillos. Sin embargo, despues de haber viajado cierto tiempo, empezó á sentir la necesidad de volver á casa de su padre, pensando que cuando le viese volver con un asno que daba oro, le recibiria perfectamente. Pero la casualidad quiso

que entrase en la misma posada que su hermano mayor. Como lo mas precioso que llevaba era su asno, lo llevaba por la mano. El posadero que se habia presentado muy amable

quiso tomar la brida del asno para llevarlo á la cuadra. Pero el jóven le dijo: — No os molesteis: mi asno no es como todos los otros de su especie, y me gusta saber dónde está para no perderlo de vista. — Extraño le pareció al posadero, y calculó que un hombre que tanto cuidado tenia con un rucio, no debia de ser muy rico.

MARGARITA. — ¿Y era el mismo posadero que le habia robado la mesa á su hermano?

EL PADRE. — El mismo, hija mia.

ABUELA. — Pero cuando vió que sacaba dos monedas de oro de su bolsillo, y le decia que le preparase para cenar lo mejor que tuviera, se quedó admirado, y echó á correr para preparar lo que mejor tenia. Despues de cenar, el jóven pidic su cuenta, y el posadero le dijo que con dos piezas de orc mas estaria todo pagado. El jóven metió la mano en su bol-

sillo, pero ya no tenia nada. — Espere Vd. un momento, le dijo: ya no tengo dinero, pero voy á buscarlo. — Y salió llevándose un mantel.

El posadero se quedó inquieto y curioso: inquieto de su dinero, y curioso de saber para qué deseaba el mantel; se deslizó detrás de él, y habiendo visto que el extranjero cerraba con cuidado la puerta de la cuadra, se puso á mirar por entre la cerradura, y vió que el jóven, extendiendo su mantel en el suelo, decia: « Brik le brit », y que el animal empezó á echar tanto oro, que era como una lluvia de dinero. — ¡Cáspita! exclamó, ¡vaya un dinero ganado fácilmente! Una fortuna así no se debe desdeñar. — El jóven pagó su cena, y se fué á dormir. Pero el posadero, en lugar de hacer lo mismo, se deslizó á la una de la mañana en la cuadra, y sacando al surtidor de moneda, puso en su lugar un asno como otro cualquiera.

La mañana siguiente el molinero dejó la posada llevándose el asno que creia el suyo. A las doce llegó á casa de su padre, quien le recibió muy bien, y se alegró en extremo de verle. — ¡Pobre hijo mio! le dijo: ¿qué te ha sucedido en tanto tiempo? — Me he hecho molinero, padre mio, respondió el jóven. — ¿Y qué has traido de tus viajes? — Un asno. — ¡Ah! entonces será él el que te ha conducido hasta aquí. — No, padre mio, porque mi asno no es como otro cualquiera. — ¿Pues qué? ¿será un asno sabio? — No, es un asno de oro. — ¿Y cómo es eso? — Muy sencillo: cuando le digo: « Brik le brit », el pobre animal me da oro por delante y por detrás. — Pues lo que es, yo no creeré nada de eso hasta que lo haya visto. — Pues ya lo verá Vd. — ¿Y cuándo? — Convide Vd. á nuestros parientes y amigos para mañana, y en un instante los haré ricos, empezando por Vd., padre mio.

El buen viejo obedeció, y en su interior se regocijaba que podria dejar la aguja y descansar; é inmediatamente fué á convidar á los parientes y amigos. Cuando estuvieron todos reunidos, el molinero hizo sitio, extendió un mantel en el suelo, y trajo el asno colocándole en medio del mantel. « Aho-

ra, dijo, atencion.» Y exclamó : «Brik le brit.» Pero lo que cayó á esta palabra, no fué oro, porque el asno no entendia nada de aquel idioma, cosa que no es dable á todos. El pobre molinero estaba en extremo confuso ; dirigió sus excusas á los parientes, y conoció que el posadero le habia engañado. Los convidados se volvieron pobres como habian venido; y como todas sus esperanzas se habian desvanecido, el sastre volvió á tomar su aguja y á trabajar. El jóven se colocó en casa del molinero.

Vamos ahora á ver lo que hacia el tercer hermano.

MARGARITA. — La relacion del hermano pequeño es mas bonita que la del mayor; y le aseguro á Vd., abuelita, que estoy muy enfadada con el posadero que así robaba lo de otros.

CARLOTA. — Sin duda ninguna yo tambien, y no sé cómo Dios permitia aquellas cosas.

CAROLINA. — Vamos; escuchemos el cuento del tercero, y veremos si el Criador permitió que los tres volvieran pobres y sin nada á su casa.

ABUELA. — Tienes razon : nunca se debe desconfiar de la Providencia, porque al fin castiga al criminal.

LA MADRE. — Creo que la historia del tercer hermano se debe de dejar para mañana, porque es un poco tarde, y quisiera explicar alguna otra cosa á estas señoritas.

CAROLINA. — ¡Ay, tia! ¿porqué dejarnos en la incertidumbre de saber lo que le sucedió al tercer hermano?

LA MADRE. — Hija mia, se necesita vencer las inclinaciones y conformarse : porque ¿cuántas veces deseamos una cosa, y sin embargo nos vemos precisadas á renunciarla, ó bien á dejar para mas tarde su explicacion?

CARLOTA. — Mamá, deja que nos concluyan esta tarde ese cuento.

MARGARITA. — Si por mí fuera, hasta las doce de la noche estaria escuchando á la abuelita.

ENRIQUETA. — Mañana daremos leccion doble, querida tia. ¿No es verdad, Luisa?

LUISA. — Sí; pero creo que mamá queria explicarnos cómo se hacian las flores.

LA MADRE. — Efectivamente; Angela está haciendo una lindísima. Pero ¿cómo ha de ser? Alguna vez se os debe dar gusto. Dejemos á la abuelita que concluya su cuento; y con eso mañana contará papá uno de una niña que no es cuento, sino desgraciadamente realidad.

CAROLINA. — Pues ¿qué es?

LA MADRE. — ¿Lo veis? Todo deseais saberlo á un tiempo, cuando á cada cosa hay que dejarla para tiempo oportuno.

LUISA. — Tiene Vd. razon, mamá.

MARGARITA. — Abuelita, ¿me quiere Vd.?

ABUELA. — Pues ya lo creo, hija mia.

MARGARITA. — Pues entonces acabe Vd. su cuento.

ABUELA. — Empiezo.

PALO, SAL DEL SACO.

El tercer hijo entró en casa de un tornero: y como es un oficio para el cual se necesita ser un poco artista, el aprendizaje duró mas tiempo que el de sus hermanos. Todavía estaba en casa de su amo, cuando recibió una carta de su padre, en que le anunciaba la vuelta de sus dos hermanos y el mal resultado de su viaje, y como cada uno de ellos habia reclamado del posadero, el uno su *Mesa, cúbrete*, y el otro su *Asno* que daba oro.

Por el tiempo que recibió el jóven la carta de su padre, concluia su aprendizaje. Comprendió que siendo su padre viejo, pobre y desgraciado, debia de volver al lado de él para ayudarle en lo posible; y con este motivo se despidió del amo. Entonces este, que estaba muy satisfecho de él, le dió un saco y le dijo: — Aquí tienes un saco. — Pero me parece que hay algo en el saco. — Sí, hay un palo. — El saco puede serme útil, dijo el aprendiz; pero ¿qué quiere Vd. que haga del palo, que hasta me parece demasiado largo para poder apoyarme en él? — Escucha: si alguno te hace daño, no tienes mas que decir: *Palo, sal del saco*, y al momento el palo saldrá

y le dará tan buena tunda sobre las espaldas del que te haya ofendido, que durante ocho dias no podrá moverse; sin contar que los palos no cesarán hasta que tú digas: *Palo, vuélvete al saco.*

El jóven le dió las gracias, se echó el saco á la espalda, y si por casualidad alguno le amenazaba, no tenia mas que decir: *Palo, sal del saco,* y este salia, y cumplia con su deber, y daba de tal manera, que el paño del traje salia á pedazos de aquel que habia ofendido al tornero. Una noche el jóven llegó á la posada donde sus dos hermanos habian sido engañados. Puso su saco entre sus rodillas y empezó á contar lo maravilloso que habia visto en sus viajes. El posadero le preguntó si conocia la *Mesa, cúbrete,* y el *Asno* que da oro. — Sí, dijo el jóven, he oido hablar de ello; pero no vale nada en comparacion de lo que yo tengo en el saco. El posadero no se atrevió á preguntar qué era lo que contenia. — ¿Qué podrá tener en el saco este viajero? estará lleno de piedras preciosas. Justo será que yo lo obtenga tambien, porque no hay nada completo sin el número tres. Cuando llegó la hora de acostarse, el tornero se tendió sobre un banco, y puso su saco por almohada. Creyéndole profundamente dormido, el posadero vino á dar vueltas al rededor de él, por ver si podria apoderarse del saco, y poner otro en su lugar, como habia hecho con la mesa y el asno; pero el tornero que esperaba esta visita, cuando vió que el posadero extendia la mano, exclamó: *Palo, sal del saco,* y el palo saltó sobre el ladron, y le dió tantos palos que los huesos le dolian á no poder mas. Él pedia misericordia; pero cuanto mas gritaba, mas palos le daban. En fin, sin poder ya ni gritar ni sostenerse, el desgraciado cayó sobre los ladrillos.

CARLOTA. — Bien lo merecia por el mal que habia hecho á los otros.

MARGARITA. — Y diga Vd., abuelita: ¿el palo mató al posadero?

ABUELA. — No: el tornero viéndole en aquel estado, le dijo — Diré al palo que se vuelva al saco, siempre que tú me devuelvas la Mesa y el Asno de mis hermanos: y si no, no ce-

rá el palo de batirte las costillas. — Todo lo devolveré; pero en nombre del cielo haga Vd. que ese demonio se vuelva al saco. — Bien, pero mira que si me engañas... — No, le aseguro á Vd. que no. — Bien, entonces: *Palo, vuelve al saco.* El

palo obedecio, y dejó en paz al posadero. La mañana siguiente, fiel á su promesa, el posadero le entregó la Mesa y el Asno. El jóven se puso en camino, y llegó á las doce á casa de su padre, quien se alegró mucho de verle: y como habia hecho con los otros, le preguntó qué oficio habia aprendido. — Mi querido padre, he aprendido el de tornero. — Buen oficio. ¿Y qué es lo que traes de tus viajes? — Traigo un palo maravilloso. — Enséñamelo. El jóven abrió el saco y le enseñó la estaca. — Vaya una cosa, dijo el padre; pues has tenido buen

hallazgo: en cada árbol encontramos uno igual. — ¡Oh! no padre mio; porque si yo le digo: *Palo, sal del saco:* sale, da tanto palo al que deseo regalar, que le dejaria muerto Gracias á él, he recobrado la Mesa y el Asno, que un pícar posadero habia robado á mis hermanos. Ahora convide Vd. á todos nuestros amigos, y verá Vd. si los regalo y les lleno de oro.—

El sastre no se fiaba en esta promesa; pero sin embargo reunió á sus parientes, que tampoco se fiaban mucho de él. El tornero extendió el mantel, y le dijo á su hermano pequeño: Hermano mio, aquí está el Asno: ya sabes lo que has de decir. El molinero pronunció las palabras mágicas, y las piezas de oro, hijas mias, caian como una lluvia, y esto no cesó hasta que todos tuvieron lo que necesitaban.

Despues el tornero trajo la mesa, y el hermano mayor le dijo: *Mesa, cúbrete:* y la mesa se llenó de manjares y preciosa vajilla. Entonces empezó un festin como no habia soñado jamás el buen sastre, y á todos los sorprendió la mañana en medio de su alegría.

Desde entonces el buen sastre guardó en un armario el hilo, las agujas y todos los demás utensilios, y vivió con sus hijos gozosamente y en la abundancia.

MARGARITA. — Este cuento es el mas bonito que nos ha contado abuelita.

CARLOTA. — De manera que si no hubiera sido por la cabra, el sastre no hubiera pegado á sus hijos, estos no hubieran salido de su casa, y no hubieran tenido la mesa, el asno y el palo.

LA MADRE. — Por eso lo mas insignificante tiene muchas veces una influencia grande en la vida de las personas; y si sucede una desgracia, debemos conformarnos, y creer que Dios nos la envia para que sirva de entrada á la felicidad, ó tambien para probarnos.

EL PADRE. — Angela ha leido hoy una historia que puede seros muy útil, hijas mias, y que os contará mañana por la noche.

CAROLINA. — ¿Y qué historia es esa?

LUISA. — Angela, ¿la contarás mañana?
ANGELA. — Ciertamente, y os gustará mucho.

ENRIQUETA. — Dígame Vd., tio : ¿y porqué dice Vd. que podrá sernos útil?

EL PADRE. — Porque os hará corregir de un defecto que casi todas teneis, y que acarrea grandes desgracias, sobre todo á Enriqueta.

ENRIQUETA. — Ya ve Vd. que me corrijo y que empiezo á avergonzarme de haber sido envidiosa de mi hermana.

LA MADRE. — Así debe ser, mi querida niña : me alegro infinito que nuestras lecciones sean útiles para tí, y que empieces á comprender que dos hermanas deben estar unidas y ocultarse mutuamente sus defectos.

EL PADRE. — Esta noche hemos prolongado demasiado nuestra conversacion, y creo que ya es hora de separarnos.

CAROLINA. — Y mañana vendremos temprano.

EL PADRE. — Sí, porque Luis nos explicará una parte de la historia sagrada.

LA MADRE. — Y empezaremos la geografía.

CARLOTA. — Y ¿qué es geografía?

EL PADRE. — Se llama geografía la descripcion del mundo, para conocer la posicion, la extension y la poblacion de las cuatro partes del mundo, el nombre y número de imperios ó reinos: ya se sabe que la tierra está dividida en cuatro partes llamadas: Europa, Asia, Africa y América. Los habitantes de la primera se llama Europeos, los segundos Asiáticos, los terceros Africanos, y los últimos Americanos. Nosotros empezaremos el estudio de la geografía por la España, pues que es nuestro pais.

LA MADRE. — Luis y Angela, que son los mas instruidos en ese punto, explicarán la geografía é historia á sus hermanas y primas.

LUIS. — Con mucho gusto, mamá; y me aplicaré lo mas posible para poderles dar explicaciones extensas y útiles.

MARGARITA. — ¿Y contarán cuentos?

CARLOTA. — ¿Y nos enseñarán bonitas cosas?

LA MADRE. — Hijas mias, todo se reunirá: lo útil con lo agradable.

ANGELA. — Y tambien nos ocuparemos de labores y piano.

MARGARITA. — Y Angela contará el cuento de la niña.

LA MADRE. — Sí, hija mia.

DIALOGO QUINTO.

ABUELO. — Puesto que estamos todos reunidos aquí, debo deciros que estoy contento de vosotras, porque vuestros pro-

fesores me han dicho que adelantais, y ahora os daré una buena noticia.

CAROLINA. — Y diga Vd., ¿y cuál es?

ANGELA. — Siempre serás la misma, Carolina, curiosa y...

ABUELO. — Angela, sabes que muchas veces te he dicho que no me gusta tu modo de reprender. Se debe ser indulgente con los demás para que lo sean con nosotros. ¿Qué es lo que ha hecho Carolina para que la reprendas?

CAROLINA. — Ya lo ve Vd., nada.

ANGELA. — Tampoco yo le he dicho gran cosa: solo que es muy curiosa; y papá dice que es una cualidad muy fea y reprensible.

ABUELO. — Sí, verdad es, pero es segun la clase de curiosidad que sea.

ANGELA. — Pues puesto que hay curiosidad reprensible é irreprensible, quisiera, abuelito, que nos explicara Vd. en qué se diferencian, para no confundir lo malo con lo bueno.

ABUELO. — Precisamente, hija mia, estás ahora mostrándote de la manera irreprensible.

ANGELA. — ¿Si, abuelito?

ABUELO. — Sí, hija mia; te lo explicaré. Has de saber, que el deseo de enterarnos de las cosas que nos son útiles, lejos de ser un defecto, es una prueba de juicio y de talento, porque solamente el necio mira con indiferencia las cosas útiles. Nosotros los humanos, por la debilidad de nuestra naturaleza estamos siempre rodeados de mil peligros y sujetos á mil trabajos, que debemos evitar por todos los medios posibles, siempre que estos sean honrados. Y para precavernos del peligro necesitamos adquirir un caudal de sucesos con que se enriquezca nuestra memoria, para cuando se nos ofrezca obrar de este ú otro modo, recordar lo que otros hicieron en casos análogos y qué resultados obtuvieron, sirviéndonos de guia ó aviso lo que á otros sucedió.

A este caudal de conocimientos se le llama *la experiencia*. En otro concepto, es decir, para podernos sustraer, ó lo que es lo mismo, aliviarnos de ciertos trabajos con que el Todopoderoso castiga nuestros defectos, es indispensable saber, y

para saber se necesita ser curioso, no oir jamás la explicacion de una cosa útil sin preguntar á su tiempo cualquiera particularidad que no hayamos comprendido.

Sin esta curiosidad, apenas habria hombre que aprendiese un arte. Por ejemplo, ¿no es verdad, Angela, que para haber llegado á dibujar como tú dibujas, has tenido que preguntar muchas veces á tus profesores, y que cuando has llegado á encontrarte en un círculo de amigos que se ocupaban en hablar de la pintura y dibujo, al momento has preguntado de qué se trataba?

ANGELA. — Sí, abuelito; siempre he tenido esta curiosidad, lo confieso.

ABUELO. — Y bien, ¿cuál ha sido el resultado de ella?

ANGELA. — El resultado ha sido que he aprendido á dibujar mejor que ninguna de mis compañeras.

ABUELO. — Cierto es, Angela, que has aprendido á dibujar mejor que todas tus compañeras, pero siento habértelo oido á tí.

ANGELA. — ¿Y porqué, si es cierto, no lo he de decir cuando lo dicen hasta mis profesores?

ABUELO. — Porque debes dejar que lo digan los demás, pero no decirlo tú misma. Sí, Angela, la inmodestia es muy fea, y mas en una señorita. Por satisfecho que se esté de su habilidad ó de su virtud, jamás se debe alabarse uno á sí propio, porque entonces recae en el pecado del orgullo. Pero dejemos esto ahora y volvamos á la curiosidad.

Decia pues que hay dos clases de curiosidad: una buena, que ya la hemos explicado; y otra mala que vamos á explicar. Reprensible se llama la curiosidad que tiene por objeto averiguar cosas que no nos interesan, sobre todo, en las interioridades de cada uno, que no debemos preguntar ni aun comprenderlas.

ENRIQUETA. — ¿Y qué quiere Vd. decir con comprenderlas?

ABUELO. — Quiero decir, averiguar los secretos de otros contra su voluntad; aprovechándose de un descuido, leyendo una carta que por casualidad esté olvidada encima de una mesa, ó bien escuchando lo que hablan con su familia. Por-

que los secretos de cada cual deben ser respetados para que respeten los nuestros. Para lo cual no hay mas que seguir una de las reglas de la doctrina: no quieras para los demás lo que no quieras para tí. Por ejemplo, ¿te gustaria á tí que hallándose tu papá en el campo, te escribiese una carta reprendiéndote algun defecto, y que esta carta la tomase alguna amiga tuya y se enterase de su contenido?

ENRIQUETA. — No, ciertamente no.

ABUELO. — Y si tú supieras que ella habia sorprendido tu secreto con intencion, ¿qué harias?

CAROLINA. — Yo le daria mis quejas, y le retiraria mi amistad.

ABUELO. — En efecto, harias bien; pero dime: y si hubieras cometido antes con ella la misma accion, ¿qué harias?

CAROLINA. — No sé.

ABUELO. — Pues yo sí que lo sé: guardarias silencio, y no tendrias derecho á otra cosa, porque tú le habias dado ejemplo. La conciencia te remorderia, quitándote hasta la facultad de manifestarle tu queja: porque, hijas mias, no hay nada que acobarde tanto como su propio delito, y si no, ahora verás el ejemplo de lo que has oido.

MARGARITA. — ¿Y el cuento que prometió Angela que contaria hoy?

ENRIQUETA. — Y que dijo Vd. que me interesaria á mí.

LUISA. — Es verdad, y creo que era sobre la curiosidad.

ABUELO. — Justamente era el que yo iba á contar; pero que lo cuente Angela.

ENRIQUETA. — Si Vd. conoce que será para mi provecho y para que me corrija, deseo vivamente oirlo.

LA MADRE. — Muy bien, hija mia: este deseo de corregirte te honra, y te aseguro que me alegro. Empieza, Angela.

ANGELA. — Oidme.

EUGENIA LA CURIOSA.

En una ciudad de Francia llamada Bayona y muy cerca de la frontera de España, formada por las cordilleras de los

Pirineos, habia un caballero español casado con una señora madrileña, los cuales tenian una niña de nueve años llamada Eugenia. Esta niña tenia bellísimas facciones, era muy aplicada, y no faltaba de algun talento. Amaba á sus padres en extremo, y era querida de ellos con idolatría. Eugenia, dotada como lo estaba de tan buenas prendas físicas y morales, estaba llamada á ser como hija única, la delicia y el contento de sus padres, recibiendo todas sus caricias y una educacion superior, con ayuda de la cual llegaria un dia á brillar en las principales reuniones de la poblacion y ser estimada y respetada de todos. Pues bien, ¿cómo querreis creer que esta niña, lejos de hacer la felicidad de sus padres, causó la muerte á estos, y se vió abandonada por las calles pidiendo una limosna de puerta en puerta?

ENRIQUETA y LUISA. — ¿Cómo?

ABUELO. — Por la curiosidad.

CARLOTA. — ¿Nada mas que por la curiosidad, abuelito?

ABUELO. — Nada mas que por la curiosidad, hijas mias.

MARGARITA. — Por eso yo no seré curiosa.

CAROLINA. — Pero, abuelito, ¿cómo fué eso?

ANGELA. — ¿Que cómo? de un modo muy sencillo.

Era por los años de 1808 poco mas ó menos, cuando el emperador Napoleon I, tio carnal de Napoleon III, el que hoy se sienta sobre el trono de Francia, tenia proyectos de sorprender y conquistar la nacion española, lo que no llevó á efecto por el valor y patriotismo de nuestros abuelos, prendas recomendables que por dicha nuestra han distinguido y distinguen á la raza española. El padre de Eugenia se ocupaba entonces del comercio entre España y Francia, y unas veces estaba en esta última nacion y otras en aquella, dejando siempre en Bayona á su esposa y á su hija.

Un dia el ministro español, temiendo alguna tentativa del gobierno francés, dió al padre de Eugenia algunas instrucciones para que á tiempo le avisase si habia alguna novedad. El padre de Eugenia tenia un amigo francés que se ocupaba del mismo comercio que él; y por consiguiente á menudo iban y venian juntos de Paris á Madrid y vice versa. El go-

bierno francés le habia encargado de varios papelas par Madrid, con el mismo objeto que lo habia hecho el gobierno español con su amigo. El francés llevaba siempre entre sus efectos un cajoncito, especie de *neceser*, el cual tenia un secreto, donde cierto dia que llegó de Madrid traia ocultas las cartas que el embajador francés le habia dado, y que de caer en manos del gobierno español peligraba la vida del que las llevase. Entró en casa de Eugenia donde él comunmente se

hospedaba; y cuando salió dejó sus efectos en el cuarto del padre de esta. Eugenia, quien os he dicho era tan buena, tenia sin embargo el vicio de ser curiosa. Muchas veces su buena madre la habia reprendido; pero por mas ejemplos que le

presentaba, nada habia podido hacer que se enmendase del gran defecto de la curiosidad.

Llevada de este vicio tan perjudicial, entró en la habitacion donde su padre y el caballero francés habian dejado sus equipajes, y lo examinó todo sin otra intencion que enterarse. Sacó el cajoncito del francés, y encantada se quedó contemplándolo durante mas de una hora, porque era una obra maestra del arte. Cuando iba á volverlo á poner en su sitio, oyó que entraban, y aturdida sin saber donde ponerlo, lo ocultó entre los efectos de su padre. El francés llamó á su criado é hizo que este le bajase el equipaje, dió un beso á Eugenia y unos cuantos dulces, y despidiéndose de su mamá partió para Paris.

Triste era en verdad la posicion de la pobre niña *curiosa*. Sabia que el cajoncito que tenia su padre en el equipaje no era suyo y la conciencia le remordia, llorando á solas sus temores sin saber qué hacer. Otra niña mas despejada hubiera tomado otra resolucion: ¿no es verdad, Carolina?

CAROLINA. — ¿Qué sé yo lo que hubiera hecho? lo único que te digo es que tengo mucha lástima de la pobre Eugenia, como si en este momento la viese llorar.

LUISA. — Pues yo no, porque fué curiosa.

ABUELO. — Luisita, siempre se debe tener lástima de un desgraciado que derrama lágrimas de arrepentimiento, y se debe llorar con él y consolarle. Eugenia era mas desgraciada en aquel momento que lo que tú crees; y cuando Angela concluya la historia, todas os compadecereis de ella, y las lágrimas os correrán sin querer. Pero es largo de contar, y quiero que Luis nos explique alguna parte de la historia sagrada en la cual está muy adelantado, segun su profesor me ha dicho.

LUIS. — Le agradezco á Vd., abuelito, eso mismo: pero si le parece á Vd., que acaben la historia de Eugenia, porque deseo mucho saber su desenlace.

CAROLINA. — Sí, abuelito: que se concluya si Vd. gusta; pero y la buena noticia¿ cuál era? ¿Es quizás, que nos va á llevar á la feria mañana?

CARLOTA. — Pues ¿qué hay feria?

MARGARITA. — Sí: yo quiero ir tambien: ¡estará tan bonit el boulevard! (1) Abuelito, ¿me llevará Vd.?

ABUELO. — Veremos si sois buenas. Con que ¿decias, Luisito, que quisieras saber el fin que tuvo la imprudencia de la niña Eugenia?

LUIS. — Sí, señor; lo deseo.

ABUELO. — Justo es que á un niño como tú, tan aplicado, se le dé gusto.

CARLOTA. — Sí, abuelito: que continúe Angela.

ABUELO. — Antes que continúe, quiero que Carolina me responda á la pregunta que le hice: esto es, ¿qué es lo que tú hubieras hecho encontrándote en el lugar de Eugenia?

CAROLINA. — Yo me hubiera echado á los piés de mi papá, se lo hubiera contado todo, le hubiera pedido perdon y prometido no volver á ser curiosa jamás.

ABUELO. — Justamente, eso es lo que toda buena niña debe hacer, y no cometer una segunda falta mas grande que la primera.

MARGARITA. — Angela, continúa la historia.

ANGELA. — Eugenia, no teniendo resolucion para confesar la falta, calló; y á pocos dias el francés, amigo de su padre, escribió desde Paris, diciendo que el criado le habia robado un cajoncito, donde guardaba una gruesa cadena de oro y papeles importantes, y que con este motivo le habia hecho prender. La madre de Eugenia contó lo ocurrido á varias personas que en su casa se hallaban. La niña tembló al recordar que la cajita la habia e la quitado de su sitio; y tanta fué la impresion que le hizo, que de encendida como una grana, se quedó pálida como un cadáver, y medio se desmayó. Su mamá atribuyó esta turbacion á la piedad que le causaba la suerte del criado, quien muchas veces la habia acariciado; y le dió agua y refrescos hasta que se repuso. Eugenia pensaba, aun mas inquieta que antes, en su delito; porque lo

(1) Sitio de Paris donde se colocan los cajones de feria en el dia de Año nuevo.

era desde el momento en que dejaba sufrir á un desgraciado inocente el castigo que ella merecia. Su papá habia marchado á Madrid dos dias antes de recibirse aquella carta, y entre sus efectos se llevó el fatal cajoncito. El compromiso de Eugenia era cada vez mas grande.

Un dia que la madre de Eugenia se hallaba aun en la cama, una criada entró con una carta que acababa de llegar. « Carta

de papá, hija mia; vamos á ver qué nos dice : » y rompiendo el sobre se puso á leerla. De repente palideció, tembló, y

cayó desmayada. Eugenia asustada empezó á gritar pidiendo socorro: acudieron las criadas, y despues que volvió en sí, le preguntaron: « Pero, señora, ¿qué ocurre? — ¡Ay! exclamó la infeliz, mi esposo está preso. » La niña y las criadas rompieron á llorar en union de la desgraciada esposa. « ¿Y porqué causa, mamá? — No lo sé, hija mia, pero estoy segura que está limpio de toda culpa. Sin embargo me dice que su vida está en peligro. Algun mal intencionado ó algun enemigo le habrá metido entre su equipaje un cajon con unas cartas para el gobierno francés, en las cuales se trata de un plan contra la España, y por consiguiente le acusan de traidor á su patria: vida y honor van envueltos en esta acusacion: es decir, que voy á perder á mi esposo, y á quedar sin honra. »

Al decir estas dolorosas palabras, la infeliz Eugenia desesperada, cayó de rodillas, llorando, á los piés de su madre, pidiéndole perdon. Esta, loca de dolor y ajena de todo antecedente, no comprende lo que su hija le dice. « Perdon, mamá, perdon, » y añade la completa revelacion de su culpa. « ¡Desgraciada! exclama la madre fuera de sí: ¡desgraciada! ¡qué has hecho! tu curiosidad costará la vida á tu padre. » Repuesta de su primera impresion, la madre de Eugenia escribió á su esposo todo lo ocurrido, y á sus amigos de Madrid para que justificasen la inocencia de este, esperando con mortales angustias la contestacion á esta carta. En este intermedio tuvo carta del comerciante francés: ¿y qué pensais, hermanas mias, que le habia sucedido?

ENRIQUETA. — ¿Alguna desgracia acaso?

ANGELA. — Sí, una gran desgracia. No teniendo pruebas que presentar al gobierno de su pais contra su criado, á quien se atribuia el robo de aquellas cartas, se le puso á este en libertad. El pobre muchacho era incapaz de cometer una accion como aquella de que le acusaban: de manera que, como tenia un carácter pundonoroso y violento, estaba avergonzado. Al salir de la cárcel fué a buscar casa donde estar; pero en todas partes le cerraban la puerta, porque creian que era un ladron. Su amo, siendo él solo responsable de los

documentos, estaba preso mientras se hacian las averiguaciones: en todas sus declaraciones insistia en que el criado le habia robado: y como aquel comerciante era conocido por hombre honrado, toda la culpa caia sobre el sirviente.

Este entre tanto no en ontraba donde colocarse: y desesperado, un dia volvia á su casa, cuando se encontró con un antiguo conocido suyo, el cual, habiendo tenido unas palabras, le llamó *ladron*. Ciego de cólera al verse tratado así, sacó una navaja que él llevaba, y mató al que le insultaba: naturalmente fué conducido á la cárcel. De todo esto era sabedora la madre de Eugenia: y tanto de pena, cuanto por la incertidumbre que le ca saba la suerte de su esposo, cayó enferma. Su hija queria c idarla, pero ella le prohibió que entrase en su cuarto. A cuantos le hablaban decia: « No quiero verla: por su culpa están padeciendo tres inocentes, y su padre morirá, y moriré yo tambien. »

Entre tanto, el pobre comerciante francés, avergonzado de que su gobierno dudase de él, y de haber estado en una cárcel, se volvió loco, y fué encerrado en una casa de locos: su mujer y sus hijos quedaron en la miseria. Siendo muy alarmante el estado de la madre de Eugenia, se trataba de ocultarle todos estos acontecimientos: pero abreviemos nuestra narracion. Una mañana del mes de mayo de 18... el público se agolpaba al rededor de un tablado puesto en la plaza de... en Paris. Cada uno daba su opinion sobre el hombre que iba á sufrir el último suplicio. — ¡Qué lástima! decia una mujer: ¡pobre muchacho! ¡es an jóven! — Bien empleado le está, decia otro: ¿porqué se d jó llevar de su cólera y mató al otro? — ¿Y sabeis quién era el que daba piedad é indiferencia al pueblo?

LUISA. — Ya me lo figuro.

ENRIQUETA. — Yo tambien: era el criado.

ANGELA. — Sí: era el pobre criado que estaba pendiente de un patíbulo. Este desgraciado tenia á su madre y una sobrinita de cuatro años, huérfana, que no contando con mas recursos que con los que él les proporcionaba, tuvieron que irse, al dia siguiente de su muerte, á una casa de caridad.

CAROLINA. — ¿Y el padre de Eugenia?

ANGELA.—Voy á contároslo, hermanas mias, y vereis las consecuencias de una curiosidad imprudente. En la misma mañana de mayo de que hemos hablado, igual espectáculo tenia lugar en la plaza llamada de la Cebada en Madrid. Pendiente de una cuerda echada al cuello en el horrible madero llamado la horca miraba el pueblo el cadáver de un hombre como de cuarenta años. Estaba vestido con el ignominioso traje de los criminales: es decir, túnica y birrete amarillos. Sobre su pecho se veia un cartel con estas terribles palabras: *Por traidor á su patria y á su rey*. Pues bien: ese cadáver, que algunos miraban con lástima, otros con indignacion y desprecio; este cadáver era el inocente padre de Eugenia.

CAROLINA. — ¡Ay, mamá! ¡desgraciado padre y desgraciada hija!

MARGARITA. — ¡Qué triste es esta historia!

ABUELO. — ¿Lloras, Angela?

ANGELA. Sí, abuelito: cuando la leí me sucedió lo mismo. ¡Es tan desgarradora esta historia! y todo por una niña de nueve años.

ENRIQUETA. — Yo tambien lloro; y solamente esto me servirá para corregirme del defecto de ser *curiosa*.

LA MADRE. — Llorad, hijas mias; pero creo que Angela debe dejar la continuacion para otro dia, para que no os asusteis demasiado.

CARLOTA. — ¡Ay, mamá! deje Vd. que la concluya.

TODAS. — Sí, sí: díganos Vd., ¿qué fué de la madre de Eugenia?

ABUELO.—Puesto que Angela está tan conmovida, concluiré yo el resto de esta lúgubre historia. La madre de Eugenia fué muy desgraciada, pero menos que su hija, porque esta sufria remordimientos terribles. La enfermedad de su madre se hacia crónica, es decir, incurable: así fué necesario enterarla poco á poco de sus desgracias, con lo cual se agravó su enfermedad, y le administraron los santos sacramentos. Ese dia fué el primero que le permitieron á Eugenia entrar en el cuarto de su madre, la cual hasta entonces no habia querido

recibirla. La niña se arrodilló á los piés del lecho y exclamó: «¿Mamá, perdonará Vd. á su hija?» Aquella, exhalando un suspiro, contestó: «Sí; hija mia, te perdono, para que el Señor me perdone. Adios; ya no te volvere á ver.» Y estrechando aquella mano querida, que habia cogido el infausto cajoncito, entregó su alma al Todopoderoso. Su cuerpo fué enterrado por caridad, porque sus bienes habian sido confiscados y aplicados al tesoro nacional de España. Eugenia, huérfana, sola en el mundo, sin bienes, sin protectores, y sin edad para poder ganar su subsistencia, se vió obligada á pedir una limosna.

CAROLINA. — ¡Pobre niña! ¿y qué ha sido de ella?

ABUELO. — Su mamá le perdonó su falta, porque el corazon de una madre es un tesoro inagotable de amor para sus hijos: pero el mundo no la habia perdonado, porque la sociedad es mas severa y mas dura para el delincuente. Aquellos que creian que su padre habia sido inocente, la acusaban á ella, y la miraban hasta con horror. Los que creian como el gobierno, que habia sido un traidor, la despreciaban, y decian: *Esa es la hija de un traidor*. De manera que aquella niña, que se habia criado con tantas caricias y comodidades; aquella niña, que debia haber brillado en la sociedad, se vió rechazada y sola en su miseria. Los últimos vestidos que le quedaron, se rompieron: de manera que pocos meses despues, un español que pasaba por una calle de Bayona, vió una niña descalza y temblando de frio, tan escasa estaba de ropa: y aquella niña le pidió *una limosna por Dios*. El español le dió dos cuartos, y vió que despues de darle gracias, las lágrimas corrian por las megillas de la niña. Era porque habia oido unas palabras terribles. El que la habia socorrido, habia preguntado: «¿Esta niña es española? — Sí, le contestaron; es hija de un traidor que ha muerto ahorcado.»

Tal era la miserable vida de Eugenia: todos la abandonaban. Llorando sus desgracias, iba de puerta en puerta mendigando; y cuando habia recogido lo suficiente, compraba un pedazo de pan, y lo comia sentada en alguna puerta,

hasta por la tarde, que con lo poco que le quedaba iba á comprar... ¿qué pensais que compraba?

LUISA. — Pan, abuelito.

ABUELO. — No; otra cosa.

ENRIQUETA. — Fruta.

ABUELO. — No, hijas mias: compraba flores.

CARLOTA. — Pues qué ¿era para adornarse?

ABUELO. — No: Eugenia ya no era coqueta. Los dolores habian purificado su alma, y la habian dejado tan cándida y pura como las flores que compraba. Eugenia habia sabido el triste lugar donde reposaban los preciosos restos de su madre, y habia puesto una pequeña y humilde cruz sobre la

tierra que la cubria. En rededor habia sembrado algunas plantas, emblemas de sus sentimientos por aquellos queridos

restos. Todas las tardes regaba su pequeño jardin con una jarra de agua y las ardientes lágrimas que derramaba. Las flores que compraba con el producto de su mendicidad, las ponia todos los dias en aquella tumba sagrada, y allí elevaba sus plegarias al cielo por ella y por aquellos que le debian la desgracia. Concluida su oracion, se iba á acostar donde encontraba, hasta el amanecer que entraba en una iglesia á oir misa. Despues empezaba su cotidiana peregrinacion.

Seis dias se pasaron sin que en la tumba de la madre de Eugenia se viese una nueva muestra del amor filial de esta última. Las flores estaban lánguidas y descoloridas, porque la graciosa mano de la cándida jardinera que las cuidaba habia cesado de regarlas. La tierra sin embargo estaba recien movida. Una tarde que el guarda del cementerio estaba parado delante de la tumba de la española, una señora que se paseaba leyendo las inscripciones, le preguntó: « ¿Qué se ha hecho de una pobre niña que venia todas las tardes á traer flores á esa tumba y á quien yo daba limosna? » — ¿Qué se ha hecho? respondió el guarda con la indiferencia propia de esas gentes acostumbradas á ver la muerte sin afectarse. Voy á decírselo á Vd., señora. Hará seis dias que la encontraron muerta en la puerta de la iglesia: no se sabe si de hambre ó de frio. La trajeron aquí, y la conocí. Mi mujer me recordó que la muchacha me decia algunas veces: — Juan, si me muero, ¿me enterrará Vd. en la tumba de mi madre? — Sí, le contestaba yo, y se lo he cumplido. Ahí está unida con su madre. — ¡Pobre muchacha! ya descansa en paz. ¡Cuántas veces le he dado limosna! añadió aquella señora (1).

CARLOTA. — Diga Vd., abuelito: ¿y la pobre Eugenia estará en el cielo, ó en el infierno donde la castigan?

LA MADRE. — No, hija mia, no la castigaron. El mundo no perdona al que obra mal; pero Dios, que es misericordioso, perdona nuestras culpas, cuando nuestras plegarias suben al cielo desde el fondo de nuestro corazon

(1) Esta señora era la abuela de la autora de este libro.

CAROLINA. — ¡Qué historia tan triste! pero es muy interesante.

LUISA. — Con este ejemplo no sé yo que haya niña que pueda ser curiosa.

MARGARITA. — Y diga Vd., abuelito: ¿cuál es la buena noticia que Vd. nos iba á dar?

ABUELO. — Hijas mias, no es gran cosa: todo se reduce á deciros que esta semana estoy muy contento de vosotras, y que mañana os llevaré á la feria de San German.

MARGARITA. — Mamá, ¿vendrá Vd. tambien?

LA MADRE. — Sí, hijas mias, y te compraré una muñeca, Margarita.

CARLOTA. — ¿Y á mí, mamá?

LA MADRE. — Tambien.

LUISA. — Dígame Vd., papá: ya que con motivo de Eugenia se ha hablado de la España, ¿gusta Vd. decirme qué país es?

LUIS. — Papá dijo que empezariamos la geografía por la España.

EL PADRE. — Con mucho gusto. La España, hijas mias, es la parte mas occidental del continente europeo, y forma una península, bañada al Occidente por el Océano, al Mediodia y á Oriente por el Mediterráneo, y se une con la Francia por el Norte, donde la naturaleza ha hecho una cadena de montañas inaccesibles que se llaman los Pirineos, y que sirven de barrera á los dos reinos. Se cree que la España tiene quinientas ochenta y una leguas de circunferencia, y doscientas leguas de longitud. La España, que hoy va á buscar el oro y la plata en otras partes del globo, poseia antiguamente ricas minas de estos metales; y aun conserva algunas, sobre todo de hierro, acero, plomo, cobre y otras. Su suelo es muy fértil, y está regado por cantidad de rios mas ó menos caudalosos. Los principales son: el Guadalquivir, el Guadiana, el Tajo, el Ebro, el Pisuerga, el Duero, etc.; de estos el mas extensivo es el Tajo, que nace en las montañas del Albarracin, y va á desembocar en el Océano, en Oporto. El Guadalquivir nace entre Granada y Murcia, y se pierde en el Océano.

LUISA. — Diga Vd., papá: ¿qué quiere decir Guadalquivir.

EL PADRE. — Es una palabra tomada del árabe, como muchas de la lengua española, y quiere decir *rio grande*. En España no hay animales feroces como en Asia y Africa: hay solo los de los climas templados, tales como el oso y el lobo. El cielo es puro y sereno, se respira un aire muy dulce; y aunque algunas provincias experimenten calores incómodos, sin embargo no llegan á ser excesivos. Cuando los Arabes habitaron la España, llegaron el comercio y las artes á una altura que les hacen siempre honor. Antiguamente se hallaba dividida en catorce provincias ó reinos: hoy no forma mas que uno. El número de sus habitantes es poco mas ó menos 16 millones contando las Islas Baleares, Filipinas, la Habana, etc. En un tiempo fué posesora de la América del Sud, la cual descubrió Cristóbal Colon en tiempo de los reyes católicos Fernando é Isabel: de manera que á pesar de que se ha hecho independiente, y se ha dividido en repúblicas, las costumbres, el idioma y la raza de los blancos, son españolas. Con ellas han adquirido el valor y el patriotismo que tanto distinguen á los Americanos. Pero continuemos un poco la geografía. Luis nos dirá cuáles son los principales rios de Inglaterra.

LUIS. — El Támesis, que nace en las colinas de Catsvoald, y desemboca en el Mar del Norte, pasando por Lóndres: el Severn, que nace en las montañas del pais de Gales, y va á desembocar en el Canal de Bristol: el Humber, formado de los dos rios reunidos el Trent y el Ouse: el Tweed, que separa la Escocia de la Inglaterra, y muere en el mar del Norte en Berwick. Tambien hay otros: el lorth, el Tay, y Clyde, etc.

EL PADRE. — ¿Cuántos continentes hay, Luisito?

LUIS. — Hay tres: el antiguo, que comprende la Europa, el Asia y el Africa: el nuevo, que está formado de la América; y el continente austral ó la Nueva Holanda, que forma parte de la Oceanía.

CAROLINA. — ¿Y qué es una isla?

ENRIQUETA. — ¿No sabes que nos explicaron, que una isla es un pedazo de tierra rodeado de agua?

EL PADRE. — Por ejemplo, la Gran Bretaña y la Irlanda, que se llaman islas porque están rodeadas de agua, las cuales se encuentran al Norte y al Oeste de la Europa. Otra tarde nos ocuparemos de explicar algo sobre la Francia.

LA MADRE. — Dime, Carolina: ¿has empezado el bordado que te explicó Angela?

CAROLINA. — Sí: queria hacer unas mangas para el santo de mamá, y no me he acordado bien de la explicacion.

ANGELA. — Te la volveré á hacer. Cuando se borda sobre papel dibujado, se necesita forrarlo de otro papel que no sea muy fuerte. Pero dime: ¿bordas sobre bastidor, ó á la mano?

CAROLINA. — A la mano.

ANGELA. — En este caso, si el dibujo está hecho en la tela, entonces tienes que poner un papel de hule debajo de la tela, cosiéndolo con punto largo; teniendo cuidado que esos puntos no estén sobre el dibujo, sino en los blancos que haya. La tela la pondrás muy estirada, pero que no esté mas corta que el papel. Si es bordado á la inglesa, ten mucho cuidado cuando cortes las hojas y las flores, que estén bien marcadas en el dibujo; porque de lo contrario podrias cortarlas mas ó menos grandes, y en ese caso dejar poco blanco hasta el feston, y este se romperia. Tambien, si quieres hacer bien el feston, debes rellenarlo con el hilo: es decir, pasar la aguja y hacer puntos largos sin salir fuera del dibujo. Si hay ojetes que hacer, y que estén enlazados unos con otros, debes tener cuidado que el cordoncillo vaya muy igual y muy juntos para que forme como un punto por cima á la inglesa. Lo mismo harás las hojas, teniendo cuidado que salgan bien redondas, y que los extremos estén bien concluidos. El bordado á la inglesa es uno de los mas vistosos y bonitos, pero se necesita que esté muy bien hecho.

LA MADRE. — Basta ya por esta tarde, hijas mias: mañana haremos alguna explicacion de las labores á *gancho*. (Véase nº 2.)

CAROLINA. — Gracias, Angela: veré si siguiendo tus instrucciones, puedo hacer las mangas sin tener que llevarlas al colegio.

CARLOTA. — Pero mañana vamos á San German.

LA MADRE. — Es verdad; pero vuestras primas pueden venir, y tal vez allí hallaremos ocasion de explicar los mil fenómenos de la naturaleza.

DIALOGO SEXTO.

LUIS, *corriendo*. — ¡Ay, papá! mire Vd. qué bonitas mariposas he cogido para mis hermanas Margarita y Carlota.

MARGARITA. — Dámelas: las pondré en una caja.

CARLOTA. — Y con eso tendré yo una familia de mariposas.

EL PADRE. — Y cuando vayas á ver la caja, encontrarás una familia de orugas.

MARGARITA y CARLOTA. — ¿Cómo, orugas?

EL PADRE. — Sí.

CARLOTA. — Explíquenos Vd. por qué.

EL PADRE. — Sois demasiado jóvenes aun.

LUISA. — Papá, llegaba de correr por el campo con Carolina, cuando he oido decir á Vd. las últimas palabras. Explíqueme Vd. por qué las mariposas se vuelven orugas.

EL PADRE. — Hija mia, has de saber que esa linda mariposa que salta de flor en flor, cuando vino al mundo, era un gusanillo, despues una vil oruga, y por fin se convirtió en mariposa. En el otoño pondrán huevos sobre hojas que yo les pondré: una vez puestos los huevos, mueren las mariposas; y la hoja donde han puesto los huevos, se pone al sol. Estos fermentan y se vuelven orugas, las cuales hilan como las ara-

bes; y con aquel hilo se forman una casa para guarecerse del frio en el invierno.

CAROLINA. — ¿Y de dónde hacen ese hilo?

EL PADRE. — Dios, que todo lo puede, les ha dado de qué poder hacerlo.

MARGARITA. — ¿Pero habrá que darles de comer?

EL PADRE. — No, hija mia: no comen hasta que son un poco grandes. Cuando hace calor, salen de sus casas; y despues de haber comido, se labran una especie de sepultura donde se entierran como si estuvieran muertas. Poco tiempo despues empiezan á moverse, y á sacar primero una patita, despues un ala, otra, la cabeza, y en fin una preciosa mariposa como la que teneis en la mano, la cual se mantiene con las flores: de manera que de oruga es crisálida, y de crisálida es mariposa.

LUISA. — Diga Vd., papá: ¿y qué pájaro era aquel que hemos visto hoy almorzando?

EL PADRE. — Era una catatúa. Generalmente, donde se encuentran mas, es en los paises cálidos: aprenden á hablar con mucha dificultad; porque, aunque son de la especie de los loros, no tienen la soltura de lengua que aquellos; retienen algunas palabras: así por ejemplo, cuando fuí el año pasado á Lóndres, visité el jardin de plantas y animales; y diciéndole yo á un loro si queria un poco de azúcar, una catatúa, que me escuchaba, me dijo en español: «¿Y á la pobre catatúa?» Pero repito que es rara la que habla. Su carácter es alegre, inquieto, pero se las domestica fácilmente, y toman todas las expresiones mímicas de una manera muy graciosa Sobre todo gustan mucho de que les rasquen la cabeza. Díme Luis: ¿cómo te encuentras hoy en el campo? ¿No es verdad que este aire puro que se respira por entre nuestros balcones entreabiertos, esas florecitas que se ven en el jardin, y ese sol que penetra, nos regenera y nos hace amar al Criador, y bendecirle todos los dias por su infinita bondad? ¿Estais contentos de estar en el campo?

ENRIQUETA. — Ya lo creo: como que nos hemos divertibo hemos comido ciruelas y uvas, sobre todo Carlota

CARLOTA. — Yo, ni siquiera las he probado.

CAROLINA. — ¿No? pues si has comido mas que todas nosotras.

LUISA. — Tanto que mamá ha dicho que le iban á hace daño.

MARGARITA. — Y no ha querido darme á mí, papá.

EL PADRE. — ¿Como no? Carlota, sabes que siempre te reprendo la glotonería. Las niñas deben dar siempre á sus hermanas. El ser ambiciosa en la comida es un defecto grave y muy feo, y te contaré un cuento á propósito de esto.

LA NIÑA GOLOSA.

Habia una vez una pobre mujer, que por toda fortuna poseia una tienda de confitería, y tenia un niño de cinco á seis años, muy bueno y trabajador, el cual, en la corta edad que tenia, era el encanto de todos los que asistian en casa de la honrada viuda. En la misma casa habitaba una familia rica, compuesta de un matrimonio y una niña llamada Armanda, de edad de siete años, mimada por sus padres, y adulada por los criados. Armanda tenia muchos defectos, y sobre todo era muy golosa. Cuando las criadas compraban fruta ó dulces, era ella la primera que los probaba, y todos los dias su mamá la reñia por aquel defecto sin que se enmendase. Su mamá se lamentaba, y no sabia cómo poner remedio á un vicio tan feo. Por fin, un dia fué á consultarlo á una hechicera, y esta le dijo que le iba á dar un don para que siempre que Armanda hiciese alguna nueva tentativa de golosina, le saliese una mancha en la cara del color de lo que hubiera comido. La madre volvió á su casa, y mandó á la confitera que subiese varios dulces y helados. Aquella efectivamente los mandó por el niño Justino. Llegó este, y no hallando á nadie en la antesala, los puso sobre una mesa que allí habia. Pocos momentos despues pasó Armanda; y viendo dulces tan delicados, y helados que convidaban á tomarlos, tomó de unos y de otros, dejando señales como si hubieran arañado los ratones. Cuando

se debian poner en la mesa, las criadas dijeron que estaban todos echados á perder, y que no se atrevian á ponerlos. La madre pensó que seria Armanda; mas como esta no pa-

recia, no sabian á que atribuirlo. Entre tanto la niña estaba en su cuarto, ocupada en lavarse la cara toda manchada de dulces, y por mas que hacia, no podia conseguir quitarse las manchas. Por fin se decidió á fingirse mala, y se acostó.

Su mamá, inquieta, vino y le preguntó qué tenia. — Nada, mamá: me duele la cabeza. Su madre, creyendo que habria sido Justino el que habria tocado á los dulces, no le dijo nada. A la mañana siguiente las manchas habian desaparecido, y Armanda no pensó en mas, sino en ver cómo podria satisfacer su golosina. Se acordó que en la bodega de su casa era

donde la confitera guardaba todos sus dulces, cremas y demás; y se decidió á bajar. Estaba ya en los últimos escalones, cuando sintió bajar detrás de ella. Llena de miedo y temblando, se escondió en un rincon: poco despues vió á la confitera que teniendo que preparar una crema, se detuvo mas de una hora. ¡Qué suplicio para Armanda! Podian buscarla, llamarla, y por último descubrir donde estaba. En fin, la confitera se fué, y oyó la puerta que se cerraba. El demonio la tentó, bajó á la bodega, y cogiendo una cuchara de madera, gustó de todas las cremas, no solamente porque queria probarlas todas, sino porque de ese modo creia que se conoceria menos. Hecho esto, subió otra vez sin ser vista. Os he contado el delito: voy á contaros el castigo.

Durante el dia nadie se ocupó de Armanda; pero por la tarde la confitera, que tenia necesidad de varios de los tazones de crema, los subió á la tienda, y no podia comprender cómo estaban de varios colores. Ya sabeis que Armanda habia tocado con la cuchara en todos. La pobre confitera fué á contar lo sucedido á la madre de la niña golosa, sabiendo que solo ellos tenian entrada en la bodega, y añadió que le seria necesario cerrarla para que no se repitiese lo mismo. Armanda se excusó diciendo que habria sido Justino. «¡Mi hijo! exclamó la buena viuda: de ninguna manera. El es la perla de los niños, é incapaz de hacer una accion tan fea.» Cuando la confitera se marchó, la madre de Armanda le dijo á esta: «Eres tú la que has goloseado los tazones de la crema. — No, mamá: te aseguro que no.» La madre la tomó por la mano, y la condujo delante de un espejo. «¿Ves, la dijo, como se descubre la mentira?» La cara de Armanda tenia una mancha de cada color de la crema. «Golosa, mentirosa, y de mala intencion, puesto que acusabas á Justino:» le dijo la madre, furiosa hasta el extremo. Dos años se pasaron sin que Armanda hiciera ninguna nueva tentativa, y su mamá la creia curada de la glotonería, cuando un dia pasando por la cocina, encontró un tazon lleno de una cosa que parecia dulce de grosella. Viéndose sola, tomó una cuchara y empezó á comer. Al principio creyó encontrarlo un poco amargo; pero

no hizo caso y continuó comiendo. Llegada la noche despiértase con unos dolores horribles, y asustada llama á su mamá. Todos los criados se levantan, llaman al médico, viene este, y declara que Armanda debe de haber tomado una medicina muy fuerte. Su mamá recuerda que aquel dia habian comprado una para su esposo: va á la cocina, y ve que falta mas de la mitad. Armanda, creyendo tomar dulce, habia tomado una medicina preparada para unas calenturas que padecia su papá. Cuatro meses estuvo en la cama; y os aseguro, hijas mias, que cuando se levantó, estaba curada de aquel vicio.

MARGARITA. — ¿Y las manchas de la cara?

EL PADRE. — Las manchas de la cara quieren decir que nuestra conciencia nos vende siempre, y que cuando se hace una cosa mal hecha, siempre se descubre cuando mas oculto lo creemos.

CARLOTA. — ¡Ay, papá! ¡qué relámpago!

EL PADRE. — Sí, hija mia; va á llover.

MARGARITA. — Cuando oigo tronar, tengo miedo.

EL PADRE. — Aquí vienen mamá y Angela: la tempestad las trae á casa.

LA MADRE. — Creo que habrá una gran tormenta.

LUIS. — Papá, diga Vd.: ¿de dónde proviene la lluvia?

EL PADRE. — De los mares, los rios y de todas las aguas que encierra la tierra.

CAROLINA. — ¿Cómo de los rios?

EL PADRE. — Sí: la lluvia se forma del vapor de la tierra. El sol lo atrae: y cuando está ya en gran cantidad, no pudiéndolo sostener, el vapor que se ha hecho agua, rompe el aire, y cae sobre la tierra. Y si no, si quereis mejor explicacion, tomad agua hirviendo, y colocadla en un tazon, sea de hoja de lata ó de porcelana, con tal que tenga tapa. Al cabo de algun tiempo quitad la tapadera, y vereis como está mojada. ¿Porqué? porque el vapor ha formado el agua. El vapor es una cosa muy sutil.

LUISA. — Mire Vd. como llueve.

EL PADRE. — Sí: en el verano son mas terribles las tem-

pestades que en el invierno, porque el excesivo calor puede motivar los rayos.

LUISA. — ¿Y de qué provienen los truenos?

EL PADRE. — Los truenos, hijas mias, provienen del choque de dos nubes que contengan electricidad diferente: entonces se combinan y se chocan; y al chocarse se oye el trueno y se ven los relámpagos. Si, por el contrario, la electricidad es la misma en las dos nubes, se rechazan la una á la otra y no producen trueno. Séneca atribuia el trueno y los relámpagos á un aire ligero que se hallaba comprimido en las nubes, y que al estallar formaba ese ruido y esa claridad que produce el trueno y el relámpago. Antiguamente los truenos y los rayos se miraban como malos presagios, y como una señal de la cólera de los dioses. Apolo mató á todos los Cíclopes para vengar á su hijo Esculapio que habia muerto de un rayo mandado por Júpiter, porque Esculapio habia resucitado á Hipólito, y habia cambiado el órden de los destinos. Y ahora que hablamos de la lluvia, y esta nos impide salir á recorrer el campo, Luis podrá explicaros los diferentes nombres que se dan á la inmensidad de las aguas.

LUIS. — Esa inmensidad de aguas es el Mar Océano, el cual está dividido en cuatro principales partes. El Océano Atlántico, que baña la Europa, el Africa y la América. El Gran Océano, que baña la América, el Africa, el Asia y la Oceanía. El Océano Glacial del Norte, que baña el Norte de Europa, Asia y América. Y el Océano Glacial del Sur, en que no se conoce ningun pais habitado.

EL PADRE. — Muy bien. Ahora explicanos lo que es un golfo ó bahía.

LUIS. — Golfo ó bahía es una parte del mar que entra en la tierra. La bahía se diferencia del golfo en que generalmente ocupa menos extension.

EL PADRE. — ¿Y qué es Archipiélago?

LUIS. — Archipiélago es una reunion de islas.

EL PADRE. — ¿Y el Istmo?

LUIS. — Istmo es una lengua de tierra que une una nacion con un continente. Estrecho es un paso de un mar á otro.

Lago es una cantidad de agua rodeada de tierra, y río e que corre sin cesar.

EL PADRE. — Por ejemplo. Un golfo es un mar que se introduce en la tierra, como en Venecia. Estrecho es la reunion e dos mares, como en Gibraltar, que se reune el Gran Océao con el Mediterráneo.

LUIS. — ¿Y qué es un faro?

EL PADRE. — La palabra *faro* es griega, pero puedo daros su significado ó explicaros á qué se apropia. Faro son esas luces que se ponen á la entrada de los puertos de mar para advertir á los buques que están cerca de tierra. El primero que puso una de esas luces fué el rey Tolomeo de Egipto. Este rey mandó construir una torre de mármol, y en lo alto colocó una luz que se llama faro : nosotros podemos traducirlo por *guia* ó *farol*.

CARLOTA. — ¿Qué era lo que leias esta mañana, Luis?

LUIS. — Estaba estudiando geografía.

CARLOTA. — ¿Y qué es geografía?

EL PADRE. — Geografía se llama el estudio del mapa. Ya os he explicado alguna cosa de él cuando hemos hablado de la España, etc.

MARGARITA. — ¿Y de qué sirven estas señales que tiene?

LUIS. — Eres muy pequeña para comprenderlo.

EL PADRE — Sí, es muy pequeña, pero las demás que están aquí no lo son, y podemos explicárselo. Estas señales son para indicar donde es agua y donde es tierra, así como para dar á conocer las cinco partes del mundo.

CAROLINA. — ¿Cómo las cinco partes del mundo? ¿Pues qué no es todo uno?

EL PADRE. — Sí, hija mia ; pero está así dividido. Nosotros estamos en la parte que se llama Europa, que está al Norte.

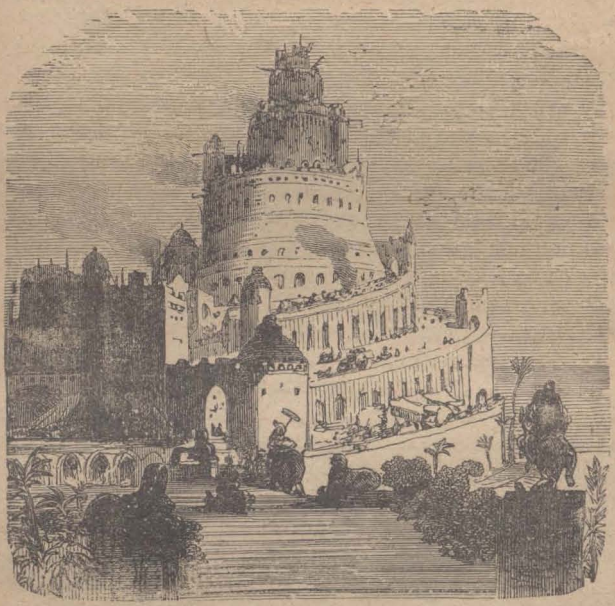
LUISA. — ¿Y las otras?

EL PADRE. — Son Asia, que está al Este; Africa al Sur, y la América al Oeste.

LUISA. — ¿Y de dónde provienen las diferentes lenguas?

EL PADRE. — Los hijos de Noé, habiendo tenido dilatada sucesion, determinaron irse á otro pais, pero quisieron dejar

á los venideros siglos una muestra de su talento, para lo cual empezaron á edificar una torre que segun ellos llegaria hasta el cielo; pero el Señor se burló de ellos, y les hizo olvidar su



idioma é inventar otros nuevos. Así tuvieron que dejar la construccion de la torre que se llamó *Babel*, que quiere decir laberinto ó confusion.

ENRIQUETA. — Diga Vd., tio, ¿y quién escribió la historia de Adan y Eva para que la conociéramos?

EL PADRE. — Nadie, hija mia, pues entonces no se conocian los libros, y no se sabia escribir.

CAROLINA. — Pues entonces, ¿cómo se sabe?

EL PADRE. — Porque se ha trasmitido tradicionalmente. Adan se la dijo á sus hijos, estos á Noé, y así ha llegado hasta nuestros dias. Tambien Moisés escribió una historia.

LUISA. — ¿Qué es un v l an, papá?

EL PADRE. — Los volcanes son fuegos subterráneos que d cuando en cuando se abren y echan piedras y fuego: algunos de ellos brotan minerales.

MARGARITA. — ¡Dios mio! Mamá, ¡qué miedo si yo viera salir fuego de la tierra!

LUISA. — Pero no vivirá nadie en donde se encuentran esos volcanes.

EL PADRE. — Sí, hija mia: en Europa hay tres de esas montañas, las que están habitadas á no muy larga distancia.

LUISA. — ¿Y cómo se llaman?

EL PADRE. — En Italia y cerca de Nápoles hay uno que se llama el Vesubio: otro en la isla de Sicilia, en la gran montaña Etna; y otro en la isla de Islandia en el monte Hecla. Pero ya basta de este asunto: y ahora, que ya hace algunas tardes que no hablamos de la historia sagrada, Luis va á explicarnos la ruina de Sodoma.

LUIS. — Entre los descendientes de Sem, es decir, muchos años despues del diluvio, hubo un hombre que se llamaba Abrahan. Dios le amaba mucho, porque él por su parte le veneraba siempre. Mandado por el Criador, vino á vivir en un pais que se llamaba Canaan, en compañía de Sara su mujer y su sobrino Lot. Mas habiendo tenido con este alguna desavenencia, se separaron, y Lot se fué á vivir en una ciudad que se llamaba Sodoma, cuyos habitantes estaban muy pervertidos, y tenian poco temor de Dios. Pero el cielo, cansado ya de sufrir sus desacatos, determinó exterminar aquellas ciudades impías, para lo cual mandó dos ángeles mensajeros de la cólera de Dios. Los dos ángeles llegaron á la caida del sol á Sodoma, á tiempo que Lot estaba sentado á la puerta. Cuando los vió, les salió al encuentro, é inclinándose al suelo, les dijo: —Os suplico que entreis en la casa de vuestro siervo, y os alojeis en ella. — Ellos contestaron que no, pero á fuerza de súplicas aceptaron, y Lot les dispuso un banquete Iban ya á acostarse, cuando los vecinos de la ciudad cercaron la casa de Lot diciéndole: — ¿Quiénes son esos ex

tranjeros que tienes en tu casa? hazlos salir para que los conozcamos (1). Los ángeles hicieron á Lot cerrar la puerta, y le dijeron: — Lot, si tienes en casa algunos de los tuyos, mujer, hijos ó yernos, sácalos, porque la paciencia del Señor está cansada, y nos manda para exterminar estas ciudades. Llegado el amanecer le metieron prisa, y cogiéndole por la mano le sacaron de la ciudad diciendo: « Ponte en salvo, y no mires hácia atrás, pues quedarias muerto en el instante. » Así se ejecutó, pero su mujer quedó convertida en estatua de sal por haber mirado hácia atrás. Lot pidió por gracia que perdonaran á una ciudad donde él iba á refugiarse. El Señor se lo concedió, y Segor fué salvada por este motivo. Sodoma y Gomorra fueron reducidas á cenizas por el azufre y el

fuego que cayó del cielo, y los campos circunvecinos fueron arrasados.

(1) Estas palabras están tomadas de la Biblia.

EL PADRE. — Muy bien. Ya veis, hijas mias, cómo el Señor castigó á aquellos que habian faltado al respeto debido al que todo lo puede.

MARGARITA. — Eso de quemarlos, papá, es horrible.

EL PADRE. — Sí, hija mia; pero ya ves cómo á los buenos los salvó: Lot y Abrahan. Este último, era tan caritativo, que cuando llegaba algun caminante, hacia hacer á su mujer pan para ellos.

LUISA. — ¿Pan? ¿Pues qué no tenian criados?

EL PADRE. — Sí, hijas mias; pero entonces las señoras se ocupaban de sus casas, las jóvenes cuidaban el ganado, y todas se ocupaban de algo.

CAROLINA. — Pues lo que es ahora, no iria mamá á entrar en la cocina, y ocuparse en ella teniendo criados.

LA MADRE. — No, hija mia: pero toda señora debe ocuparse de lo que hacen los criados, y ser una buena ama de casa.

ENRIQUETA. — Pero las señoras necesitan ocuparse de las tertulias, los saraos, los bailes y los teatros.

LA MADRE. — Verdad es, que una señora de distincion tiene que ocuparse de eso; pero no impide que sea buena ama de casa y que tambien dedique algo de dinero, fruto de las economías, á los pobres que no tienen que comer, y con qué abrigarse.

LUISA. — Pues qué, ¿hay gentes tan desgraciadas, mamá?

LA MADRE. — Hija mia, ya has oido la historia de Eugenia, que murió de miseria: pues como ella hay muchas.

CARLOTA. — Hay una pobre ciega, á quien doy siempre limosna.

LA MADRE. — Haces bien, hija mia: debes ser siempre así; porque el dinero dado á los pobres, siempre es agradable á los ojos de Dios, y nunca nos falta recompensa. Pero ¿no sabeis la historia de esa pobre ciega?

CAROLINA. — No: ¿gusta Vd. contarla?

LA MADRE. — Sí, hijas mias: es bien interesante pero otro dia os la contaré, porque esta tarde ya hemos explicado bas-

tante, y como la tempestad ha pasado, podemos ir á pasear un rato.

CARLOTA. — Dime, Angela: ¿quieres explicarme cómo se hace una escala en el piano?

ANGELA. — Sí, Carlota; pero creo que no eres bastante aplicada para estudiarla.

LA MADRE. — Mejor será que hagas una explicacion mas general, y servirá para tus otras hermanas y tus primas.

ANGELA. — Con mucho gusto. Empezaré por las escalas. Las notas del piano son siete: es decir, *do, re, mi fa, sol, la, si*. Esta se llama escala *natural*. La emision sucesiva de estos sones constituye la *melodia*. Despues de esta hay las escalas *cromáticas* y las escalas *diatónicas*. La voz y los instrumentos, que no dan mas que un sonido á la vez, no pueden producir mas que efectos *melódicos*: el efecto que produce el conjunto, se llama *acorde*; y *armonía* la reunion de varias notas combinadas.

El teclado es la repeticion de doce teclas, de las cuales siete son blancas, y cinco son negras y mas pequeñas. Las siete teclas blancas representan los siete sonidos de la escala *diatónica*, y las cinco negras representan los medios tonos, es decir, *sostenidos* y *bemoles*. Los pianos de mas extension tienen siete octavas. Cuando se toca en las negras empezando desde abajo del piano hácia arriba, se llaman *sostenidos*, y cuando se tocan de arriba hácia abajo, son *bemoles*. La posicion que se debe tomar en el piano, debe ser esta: os debeis sentar en medio del piano, para que el cuerpo no se deje llevar á movimientos exagerados. La silla debe ser un poco elevada, para que el cuerpo domine el teclado.

LUISA. — Dime: ¿no es verdad que la mano debe estar un poco doblada, formando como una curva?

ANGELA. — Sí: y los dedos tienen que estar lo mismo, de manera que el pulgar se encuentre á la misma altura que los otros. Las llaves del piano son tres: la de *Sol*, la de *Fa*, y la de *Do*. Mirad como se escriben: — Sol: Fa: — Do. — En el piano, mis queridas amigas, debeis tener

mucho cuidado sobre todo con los tiempos, porque en esto consiste la mayor parte del arte de tocar el piano, y ahora cuando seais mas grandes, os daré reglas mas extensivas.

LA MADRE. — Perfectamente explicado, mi querida Angela, y me complazco en ver tu aplicacion. Pero ahora que la tarde se ha serenado, y que el aire puro nos convida á pasear, aprovechemos antes de volvernos á Paris.

DIALOGO SÉPTIMO.

EL PADRE. — Carlota, siempre has de ser la misma. No hemos empezado ya á explicar algunos puntos de historia y de otras materias útiles tambien, esperando que vinieras. ¿Qué has estado haciendo?

CARLOTA. — Papá, mudándome de vestido por si viene alguna visita.

EL PADRE. — ¿A las ocho de la noche mudándote de vestido? Dime, ¿no has podido hacerlo antes?

CARLOTA. — Esta tarde he estado jugando, y no he podido hasta ahora.

EL PADRE. — Las jóvenes deben presentarse limpias y adornadas segun su clase y los medios con que sus padres cuentan, y no pecar de coquetas. Hasta el aseo mismo, que parece que nunca puede ser demasiado, es á veces un vicio: porque por mas que él sea conveniente, el que tiene limpia una prenda, no creo que deba quitársela para ponerse otra en igual grado de limpieza: ese es un vicio y una tontería que concluye por causar la ruina de la casa mas opulenta. Te digo esto, Carlota, porque tú pretendes disculparte, con

el aseo y la decencia, de esa vanidad que te ciega. Cuando se muda á cada momento de traje, es muy feo, y no lo haces mas que por pretension: y ya que me pones en el caso de que en presencia de los demás te reprenda este vicio, voy pues á contar un ejemplo de las malas consecuencias que la presuncion trae consigo. Oidme todas, hijas mias.

MANUELA Y MARIA.

Habia en un colegio de señoritas en Madrid dos niñas, alumnas del mismo establecimiento, de igual edad, es decir, de seis años cada una. La primera se llamaba Manuela y la segunda María. Esta María era hija de un fabricante de seda de poca fortuna y de un nacimiento humilde ó sea modesto. Por el contrario, Manuela era la única heredera de sus padres que pertenecian á una categoría social muy superior, y gozaban de pingües rentas. Rara vez el cielo concede todos los dones á una persona, ni tampoco priva de todos ellos á otra. Así, Manuela, que era noble de nacimiento y rica, tenía en su corazon el gérmen de un mal de los mas terribles de que puede adolecer el hombre ó la mujer, esto es, el gérmen de la vanidad. María, por el contrario, si bien era de una clase poco elevada y carecia de gran fortuna, en cambio la habia dotado la Providencia de una humildad digna, de una modestia encantadora, y de un corazon incapaz de abrigar sentimientos innobles: cualidades que se reflejaban en sus costumbres sencillas, en los modales naturales y en todos los actos de su vida.

En ese colegio de Madrid habia colegialas internas y externas, y Manuela y María pertenecian á estas últimas: asi pues iban á su casa á comer y á dormir, y al colegio iban por la mañana despues del desayuno.

Manuela venia vestida con un lujo, que mas bien parecia que entraba en un salon de un palacio á bailar, que á aprender á leer, escribir, coser y bordar. Lo delicado del color de su traje, la finura de su género, y aun la precision con que

se lo ponia, llamaban la atencion de cuantos la hallaban en la calle y de sus condiscípulas y profesoras. Ella lo conocia; y al volver por la tarde al colegio, traia otro traje distinto, para gozar de la satisfaccion interior, aunque mezquina, de

que admirasen sus vestidos y sus adornos; y de noche al volver á casa cambiaba por tercera vez de traje para pasear.

María, por el contrario, vestia con modesta sencillez: la limpieza y el órden en la colocacion de las prendas que cubrian su cuerpo, era lo solo que resaltaba á los ojos de los de-

más: sus miradas dulces y afables, su tono y ademanes aje nos á toda afectacion, la conquistaban las simpatías de cuantos la trataban; y así existia entre los elogios que se le prodigaban á esta y los que oia Manuela una diferencia notable: pues los que veian á la orgullosa niña exclamaban: ¡*Qué lujosos vestidos lleva*! ¡*qué ricos serán sus padres*! y al ver á María exclamaban los mismos: ¡*Qué aseada es*! ¡*qué modesta*! ¡*cuán felices serán con ella los padres de esa niña*!

Los profesores y profesoras reparaban en los vestidos de Manuela, y amaban las cualidades de María; porque, hijas mias, un buen sentimiento del corazon vale mas que todos los chales y todos los diamantes del mundo. Por esto no debe halagar que respeten nuestras riquezas, sino á nosotros mismos; mas por desgracia no todos piensan así, porque no siempre se piensa con juicio.

Manuela no se contentaba con vestir mejor que sus compañeras, sino que tambien les llamaba ella misma la atencion sobre lo que llevaba puesto. Algunas de sus condiscípulas la miraban y oian con envidia, careciendo como ella de reflexion; pero María se comparaba con ella en su interior, y se decia á sí misma: «Mis padres no son tan ricos como los de ella, pero me aman, y yo no siento deseo de otros bienes: yo voy limpia, y así no causo repugnancia»; pero añadia casi admirada: «Viniendo Manuela siempre ataviada con tanto lujo, ¿cómo es que no la atienden las profesoras mas que á mí? Es el caso que á mí me hablan con mas cariño que á ella, y hasta las mismas amigas, cuando ella está mala, no se afligen, mientras que cuando yo falto un dia, van á verme or si me hallo enferma, y hasta los profesores y profesoras mandan recado para saber de mí.»

Estas preguntas se hacia María á solas, porque en su inocencia no alcanzaba que las personas sensatas aman las virtudes en los demás, y no esas joyas deslumbrantes de que se cubren los vanidosos; pero ella sentia en fin una satisfaccion interior, al verse querida, *aunque no sabia por qué*, que la hacia feliz proporcionándole una vida tranquila.

Manuela, por el contrario, sentia en su corazon siempre

una agitacion, un disgusto interior, que tampoco sabia á qué atribuir. «¿Porqué, se preguntaba á sí misma, atienden tanto á María, cuando va vestida que parece mi criada, y cuando mis abuelos y mis padres no han trabajado nunca, sino que han sido siempre unos caballeros principales, y los suyos no?» Otras veces veia una princesa ó infanta, y palidecia de envidia al reparar que sus vestidos al lado de los de aquellas parecian feos y pobres: y pensando en esto se dormia por la noche, y soñaba que era hija de los reyes de España, y que vivia en un palacio, y que todo el mundo la admiraba; mas por la mañana se despertaba de su ensueño, y encontrábase con la realidad. Miraba con enojo sus ricos trajes; le parecia pequeña y mal adornada su casa; contemplaba á sus padres pesándole haber nacido de ellos, y no ser hija de los reyes que habia soñado. Se miraba al espejo para vestirse, y se encontraba pálida y fea, porque nada hermosea tanto el semblante como un resplandor que sale de la tranquilidad y satisfaccion del alma: ni hay nada que lo desluzca tanto como la inquietud.

Estas dos niñas eran las mas notables en todo el colegio, porque la una era el cristal en que se reflejaban todas las virtudes, y la otra el en que se reflejaban las malas pasiones... ¡Cosa extraña! Manuela tenia envidia á María... esta compadecia á Manuela... ¡Tal es el mundo, hijas mias! El mas desgraciado es el que mas ama las riquezas: el mas dichoso es el que mas ama á Dios.

Así trascurrian los dias de ambas niñas, que por su temprana edad no se ocupaban en pensar qué podria ser de ellas mas adelante. Pero no eran estos dias iguales para la una como para la otra, porque como María pensaba contínuamente en Dios y en sus padres, Dios y sus padres pensaban en María, y como Manuela no se ocupaba mas que de sus vestidos, solo sus modistas pensaban en Manuela.

Un dia vino, cuando ella menos lo sospechaba, en que el padre de Manuela cayó enfermo, y despues de otras mil clases de contratiempos en que se empeñaran sur rentas, murió. La primera diligencia de su hija fué hacerse numerosos y

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

espléndidos trajes de luto; y en lugar de llorar al difunto, enseñaba á sus amigas sus nuevas galas, ponderando sus altos precios, y consultando con ellas los que habia de escoger. Su mamá, aturdida por el fatal é incurable golpe que acababa de recibir en las afecciones mas íntimas de su corazon, no echó de ver que lo que en su hija era en un principio una vanidad al parecer propia de su temprana edad, habia llegado ya á convertirse en un vicio innoble que apagaba en su alma hasta los sentimientos mas naturales y dignos, cual era el amor filial. Por su parte Manuela no conoció que la muerte de su padre podia ser un aviso y castigo del cielo para que se enmendara, y siguió pues su mal camino, donde en breve debia salirle al encuentro el rayo de la cólera divina para confundirla y castigarla para siempre.

LUISA. — ¿Pues que le sucedió, papá?

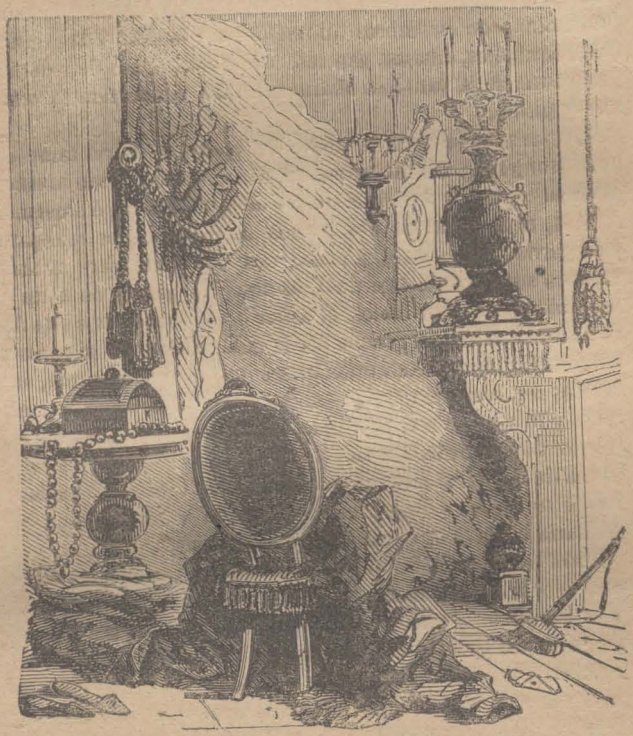
EL PADRE. — La dulce y sencilla María fué á visitar á su condiscípula con tan infausto motivo; pero esta, rodeada de otras amigas mas lujosas, la recibió con frialdad. ¡Ay, hijas mias! ¡cuánto ciega el orgullo á algunas criaturas desde que abren los ojos al mundo, y cuán duras son las calamidades que Dios les manda! Manuela no podia precaver en qué otra escena tan distinta habia de verse en la vida, con aquella compañera, á quien apenas se dignó dar las gracias por su delicada atencion.

María se retiró á su casa, no afectada por tal recibimiento, y sí compadecida de Manuela, porque al cundirse la noticia de la muerte del padre de esta, habia oido decir tambien: *Deja sus rentas empeñadas... esa casa se arruina.*

Hijas mias, oid; y tú en particular, tú, Carlota, escucha bien la relacion desgarradora en que vamos á entrar.

Aun no habia trascurrido el tiempo necesario para que Manuela hubiese podido lucir todos sus nuevos trajes, cuando una madrugada se agitaba la gente del barrio donde esta vivia, á los acentos de las campanas que anunciaban un incendio. En efecto, un fuego terrible devoraba con sus llamas una casa de rico aspecto: esta casa era la de Manuela. El fuego se habia declarado precisamente en el mismo cuarto don-

de estaban colgados sus vestidos. Ella habia dejado por olvido una luz en esa pieza de la casa al retirarse de escoger lo que se habia de poner al dia siguiente. Hasta estas dos circuns-



tancias marcaron claramente que la medida del sufrimiento de la cólera del cielo estaba llena, y habia reventado contra esa niña vanidosa y contra la madre débil que satisfacia sus locos antojos.

CARLOTA. — ¡Ay, papá! ¿cómo tenia valor para vestirse cuando habia muerto su papá?

EL PADRE. — En vano acudieron policía, soldados, paisanos y obreros de todas clases á remediar el mal. El fuego crecia por instantes con furia, ayudado de una fresca brisa que Dios permitió se levantase en tal hora. Eran las cuatro de la mañana cuando el incendio se declaró, y á las doce del dia un monton de escombros humeantes era la casa toda: muebles, equipajes, alhajas, papeles, todo habia dejado de existir: la fortuna de la vanidosa Manuela estaba convertida en cenizas y humo.

En esta misma fecha la suerte del padre de María tampoco era lisonjera: contratiempos en su comercio habian aminorado su capital, y á poco la madre de esta niña cayó enferma.

Dios, hijas mias, no nos manda las penalidades solo para castigarnos, sino que tambien nos las envia para probar nuestro sufrimiento. Así pues, aunque los padres de María y esta misma no eran malos, el Señor dijo: *Probemos á esta familia*. Y comenzó la prueba por la enfermedad de la madre. Esta sufrió, durante algunos meses que estuvo en cama, sus dolores con resignacion: su esposo é hija la asistian con esmero y lo sentian con profundo pesar, pero sin desesperarse, porque Dios lo ordenaba así, y era justo conformarse á ello. La madre de María entregó pues su alma á Dios entre los brazos de su esposo é hijos, que la lloraron y prometieron no olvidarla hasta ir á reunírsele en la eternidad.

Entre tanto la madre de Manuela sufria tambien en cama una penosa enfermedad: los que al principio la socorrieran, se cansaron de hacerlo: en una palabra, los amigos del tiempo de su prosperidad la abandonaron. Manuela iba á su colegio cada dia mas pobremente vestida; y los que deslumbrados con su lujo acudian á su derredor como las mariposas á la luz, se alejaron de ella..... ella recordaba aquellos dias en que la admiraban los ignorantes, y lloraba en secreto su posicion.

María tambien estaba mas pobre: pero como siempre habia vestido sencillamente, se notaba menos la decadencia de sus recursos; y ella, que habia perdido á su tierna madre, no tenia ni corazon para sentir otra clase de pérdidas, ni lá-

grimas para llorar estas: toda su alma pues era el santuario de la memoria de aquella madre querida á quien no habia de ver mas.

Ultimamente la madre de Manuela y el padre de María murieron ambos, dejando á sus respectivas hijas pobres y solas; pero María guardaba en sí un tesoro precioso para la adversidad. Querida de sus profesores, profesoras y condiscípulas, la caridad salió á su encuentro antes que la angelica niña la demandara. La directora del establecimiento le dijo que seguiria dispensándole la educacion gratuita, y una antigua amiga de su madre le proporcionó habitacion para vivir en su misma casa, pues era pobre y no podia hacer mas. María aceptó estos dos ofrecimientos contenta y agradecida.

Entre tanto sus condiscípulas refirieron á sus respectivas madres la desgracia ocurrida á María, manifestando cada cual de aquellas las dignas cualidades que adornaban á esta, y lo digna que era de mejor suerte. Algunas de aquellas señoras se enternecieron escuchando tal narracion. En su virtud pusiéronse de acuerdo cinco ó seis de ellas para mejorar la situacion de la pobre huérfana, y al efecto dijeron á la directora del colegio, que la manutencion de María se la abonaban ellas, como tambien los gastos de ropa y demás menudencias indispensables; pero que querian, que ni la misma jóven, á quien iban á socorrer, supiera quiénes eran sus protectoras. La directora del colegio dió á María, llena de satisfaccion, tan fausta nueva; y la niña recibióla con los ojos bañados en lágrimas. Pero, — Señora, le dijo, es indispensable que yo conozca á estas personas de almas tan generosas, para mostrarles toda la efusion de mi corazon hácia ellas.

— Hija mia, le contestó aquella, me está vedado hacer tal revelacion: mas, puesto que en el nombre de Dios te abren los brazos de la caridad, da á Dios gracias por ello, y en su sagrado nombre devuelve á tu prójimo el dia que puedas los beneficios que hoy ese prójimó te dispensa: es todo lo que te puedo decir sobre el particular.

María rogó en vano: el orígen de su felicidad quedó pues velado á sus ojos por las sombras de un misterio.

Ahora bien, Carolina: ¿calculas tú, por qué las protectoras de María guardaban este incógnito?

CAROLINA. — Papá, yo creo que lo hicieron así, para que no creyesen los demás que la favorecian por orgullo, y no por caridad.

EL PADRE. — No estás enteramente equivocada en tu juicio: algo efectivamente de eso que piensas, envolvia la resolucion de esas señoras; pero la principal causa era otra: te la manifestaré.

Como quiera que María habia de continuar alternando entre sus condiscípulas, las madres de estas previeron que la pobre huérfana no viviria ni obraria con independencia entre las hijas de sus protectoras, y que por manifestar su reconocimiento se dejaria fácilmente dominar de aquellas, temiendo disgustar á sus madres. En otro concepto querian estas evitar, que alguna de sus hijas, por vanidad ó falta de talento, echase en cara ó recordase algun dia á María su triste posicion: digna conducta por parte de esas señoras, que no es nunca bastantemente apreciada en lo que ella vale, y que solo pueden usar los que han formado su corazon bajo el severo régimen de una crianza exquisitamente delicada, y fortificado su alma con las santas doctrinas del cristianismo. María en fin continuó en su colegio, dando cada dia una prueba mas de lo acreedora que era á la alta consideracion de que era objeto.

No era por cierto, á la fecha á que me refiero, la misma suerte de María la que cobijaba á la niña Manuela. La parte de sus compañeras, que por la falta de virtud ó su ignorancia le guardaban consideraciones, esa parte la despreció desde el momento que desaparecieron los adornos que constituian su único pero postizo mérito: los amigos y amigas de sus padres, que conservaban en su memoria frescos y palpitantes los recuerdos del fastidioso énfasis de Manuela, miráronla desde luego con indiferencia; y la orgullosa niña se vió precisada á dejar de asistir al colegio por no tener para pagar los

estipendios, ni aun ropa para presentarse y alternar con decencia entre aquellas mismas niñas que ella habia mirado, en otra época no lejana, con desprecio por la sencillez de sus trajes.

Ultimamente Manuela, descalza, cubierto su cuerpo de andrajos, desfigurada su fisonomía y marchito el color de su

rostro juvenil por los estragos del hambre, vagaba por las calles de Madrid pidiendo limosna de puerta en puerta... la infeliz huia de aquellos sitios donde podia encontrarse con personas que la fuesen conocidas: pero de cuando en cuando Dios le proporcionaba algun tropiezo en que su vanidad fuera castigada. Un dia llegó á una casa á pedir... al hacer oir su voz, una criada se le acercó y le dijo: — ¡Ah! ¿eres tú, Ma

nuela? Toma, pobre muchacha, toma: ¿quién me habia de decir el dia que me insultaste en tu casa y salí de ella porque no dí bien tu recado en casa de la modista, que yo habia de darte una limosna?—y la tal criada le puso en la mano un cuarto..... Antes, continuó, te decia: señorita; pero ahora creo que no debo hacerlo así... y se sonrió mirándola. A estas palabras la pobre Manuela palideció, no ya de soberbia, sino de remordimientos, porque su corazon comenzaba á despojarse de la mala semilla, y en aquella mujer cruel veia, palpaba la mano de Dios que castigaba con dureza, pero con justicia, su antigua vanidad é infernal soberbia. « Yo no sabia lo que me hacia entonces, le replicó con voz trémula. perdóneme Vd. si la ofendí. » La criada le volvió la espalda sin contestarle, y se entró en su casa: la pordiosera siguió su camino con las lágrimas en los ojos, y la ira volvió á rebosar en su corazon.

A los tres dias de la anterior escena refirió este lance á otra de su clase, pero ya anciana, manifestándole su deseo de volver á ser rica para vengarse. — No, hija mia, le contestó aquella: al contrario, ten resignacion... yo te suplico que mañana vengas conmigo á la iglesia á confesar, y verás como el sacerdote te consuela. Pedir limosna no es deshonra cuando no hay medios de trabajar. — Manuela prometió seguir el consejo; pero desde el lance ocurrido con su antigua sirvienta la pobre niña no habia podido comer, y una fiebre abrasadora la consumia interiormente. Falta de alimento se recostó en el portal de una casa, y tendida en el suelo se quedó aletargada. De allí la recogió la policía, haciéndole pasar la noche en una sala de detencion entre otras muchachas y mujeres. Estas se divirtieron en molestarla hasta el dia siguiente que Manuela fué conducida en una camilla á un hospital de caridad. Veamos pues á esta infeliz en tal establecimiento: prestadme atencion.

ENRIQUETA. — ¡Pobre niña! ¡qué mala suerte tuvo!

EL PADRE. — El hospital es una mansion donde se asila a toda clase de enfermos sin recursos para curarse en su casa particular. En esta mansion, donde la pobreza y falta de

salud unidas luchan contra el paciente, de comun acuerdo, por decirlo así, para devorarle entre sus garras repugnantes, allí pues entró, como hemos dicho, la infeliz Manuela. La primera diligencia que con ella se practicó, fué por de contado despojarla de todos sus harapos y entrarle una camisa del establecimiento: despues se la puso en una cama, y allí empezaron á brotar en su cerebro estas reflexiones:

— ¿Quiénes habrán tenido puesta esta camisa que me han dado? ¿acaso la han vestido leprosos? ¿acaso algun moribundo ha sudado y dejado en ella el quilo que se expele del cuerpo cuando el alma lo deja para siempre? Entre estas sábanas, añadia, ha luchado con la muerte mas de un desgraciado antes que yo: en este vaso de metal ordinario han posado sus asquerosos labios mas de un asmático; y de esta misma cama acaba de salir, hoy mismo quizás, un cadáver... ¡ay! ¡ay! ¡madre mia! ¡si volviérais á la vida y me viérais aquí!...

Estas palabras murmuraba con violenta palpitacion del corazon que la afectaba sin cesar. La infeliz no tenia por tormento solo el mal presente: no; tenia tambien la memoria del bien pasado... ese recuerdo desgarrador que nos queda en la imaginacion y aun en el alma para hacernos expiar las culpas que cometimos, sin pensar en el porvenir. Por esto veia pasar la pobre Manuela por delante de sus ojos las lujosas habitaciones en que habia nacido, los preciosos jardines en que jugaba cuando era mas pequeña: y haciendo la comparacion de la belleza de aquellos lugares con el aspecto sombrío de la sala en que se encontraba, atormentábase interiormente aumentando la fuerza de su mal y la calentura. En esto vió llegar al médico, que pulsándola se retiró, recetándole una *medicina* que ella no comprendió.

A las dos horas de esta visita del facultativo se acercó una hermana de caridad á la cabecera del lecho de Manuela.

— Hija mia, le dijo con voz cariñosa, eres aun muy jóven, estás en la edad de la inocencia, pero puedes haber ofendido mucho á Dios, y es preciso que te prepares cristianamente... por si eso Dios compadecido de tus sufrimientos te quiere lla

mar á su santo seno. — ¡Ay! exclamó Manuela: ¿voy á morir, hermana mia? — Lo ignoro, pobre niña, pero puede ser muy bien; y por si acaso, en breve va á venir un sacerdote para amonestarte y consolarte. ¿No tienes tú deseos de con-

fesarte? — Yo haré lo que Vd. me diga... replicó Manuela con voz trémula: y dos lágrimas de temor bañaron sus ojos. — A pocos instantes el sacerdote se hallaba á su lado, y le preguntaba entre otras cosas: « Hija mia, ¿quieres ó has querido mal á alguna persona? — Sí, padre mio, replicó Manuela;

tengo colera contra algunas criadas antiguas de mi casa y contra algunas condiscípulas mias, y en particular contra una de ellas... Esta última, de quien la enferma hablaba, era la inocente, la inofensiva María.

CAROLINA. — Papá, ¿porqué le queria mal, siendo tan buena?

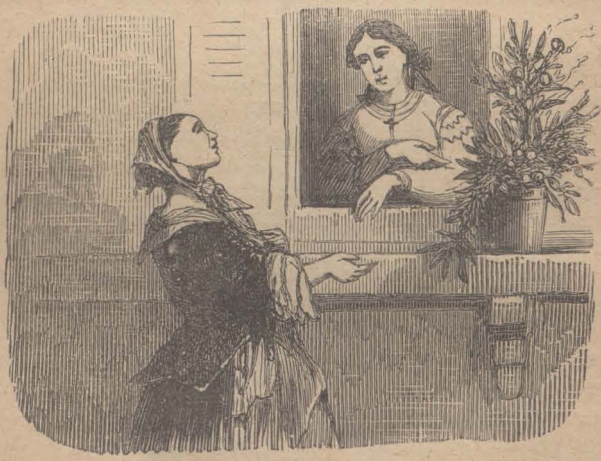
EL PADRE. — Carolina, le queria mal, porque los corazones que empiezan á pervertirse, odian á los buenos porque los envidian.

— ¿Y qué queja es la que tienes contra ellas? le preguntó el sacerdote. — Con las criadas, murmuró Manuela, porque me avergüenzo cuando las veo... con mi condiscípula, porque la han protegido mas que á mí, y me parece que me desprecia... — Eso será aprension tuya, díjole el padre severamente. Es preciso que las perdones, para que Dios te perdone á tí... ¿Las perdonas de corazon, hija mia? — Sí, padre; las perdono con toda mi alma, exclamó Manuela sollozando..... Su vista empezó á animarse, su semblante á resplandecer como el cristal herido por los rayos del sol, y esta animacion y este resplandor era la lumbre del cielo que acababa de penetrar en el corazon de aquella niña, é iba lanzando el espíritu del infierno fuera de aquel cuerpo y de aquella alma de que se habia posesionado la vanidad. La enferma quedó sola, entregada á sus reflexiones, y su oido escuchaba con atencion y provecho la veraz voz de su conciencia. En una palabra, Mannela empezaba á conocer los errores de que se habia dejado llevar, y á volver á la gracia de Dios por medio del dolor que experimentaba al reconocer la gravedad de su culpa... Manuela en fin comenzaba á entrar en el camino del cielo.

La primera luz del siguiente dia penetró por las ventanas de la mansion de aquella niña, y su luz le inspiró cierta alegría que no experimentaba desde el momento en que el fuego hubo de acabar con su fortuna. Esta alegría era nacida de la tranquilidad de su corazon. En su alma ya no se anidaba la envidia, ese monstruo que se complace en desgarrar las fibras del pecho que le da abrigo. El semblante de Manuela, pálido

y sombrío antes, se iba tornando, á pesar de sus dolencias, lozano y rosado, porque la virtud es para el cuerpo lo que el agua para las flores marchitas: humedece sus raices, penetra por sus poros, las anima, las rejuvenece y las vuelve á la vida, haciéndolas brillar con cándido esplendor.

La convalecencia de la enferma se verificó rápidamente. Llegó una mañana en fin en que la pusieron los pobres harapos con que entró envuelta en el hospital, y volvióse á la calle. Su primera diligencia fué ir á oir misa, y al segundo dia volvió á confesar. Como quiera que no dejó de referir al padre ninguna pequeña particularidad de su vida, ni ninguno de sus pensamientos, Manuela fué aconsejada, y emprendió otra conducta mas digna y mas arreglada á su bienestar material: es decir, lejos de huir de donde era conocida, comenzó á pedir limosna á las mismas personas de quien antes se avergonzaba, y uno por uno de sus criados buscóla y le pidió perdon.



Una mañana se hallaba su buena y sensible condiscípula María en una ventana del colegio, cuando se le acercó Ma-

nuela. Al pronto esta no la conoció. — ¿Me quiere Vd. dar una limosna por Dios? le dijo.

María palideció de espanto: aquella voz suplicante que la sorprendió, conmovió su alma, y embargó todos sus sentidos.

— ¡Ah! ¿eres tú, Manuela? exclamó la pobre María derramando torrentes de lágrimas, y le dió la mano. Manuela tambien palideció.. Pero esta palidez no tenia por orígen el necio sentimiento del orgullo. Manuela habia palidecido á efecto de otra causa mas santa: es decir, á efecto de una viva y tierna simpatía hácia aquella antigua compañera que respetaba entre sus harapos, no desdeñándose de ofrecerle su mano amiga, cuya generosa acogida envolvia para Manuela una terrible leccion.

— Dime, añadió á esta: ¿porqué me has hablado de Vd.? ¿acaso no me habias conocido? — Sí, la he conocido á Vd. antes de llegar; pero como no somos iguales, dijo con humildad Manuela, no me he atrevido á... — No, mi buena amiga, prosiguió María; tú eres siempre la misma para mí... Si hay alguna diferencia entre esta época y la en que te conocí, esa diferencia es la de que ahora te quiero mas porque eres mas desgraciada; pero Manuela, yo, aunque he tenido mejor suerte, no por eso dejo de vivir de lo que tú vives: la caridad pública es la providencia que me sostiene, como te sostiene á tí: en el nombre de Dios me dan y acepto agradecida el pan de que me alimento y el vestido con que me abrigo. Pero Manuela, perdóname que en este mismo instante no te dé una muestra de mi cariño; perdóname tambien que te pida un favor. — ¿Qué quieres de mí? repuso aquella: manda, que haré cuanto quieras por darte gusto. — Que vuelvas esta tarde á este mismo sitio: yo te esperaré sola. — Bien, aquí me tendrás, repuso Manuela estrechando con efusion la mano de María, y retirándose llena de júbilo por el cordial recibimiento que le acababa de hacer su antigua condiscípula.

Luego que se retiró esta pobre muchacha, María penetró en la habitacion de su directora: la palidez que cubria su semblante, las lágrimas que derramaban sus ojos, lo entrecor-

tado de su voz, todo puso en alarma á esta buena señora, que sorprendida la preguntó la causa de su turbacion. — ¡Ay, señora! replicó la pobre niña: acabo de ver á una pobre de mi edad, que me ha pedido una limosna, y me he enternecido por ella; y he recordado que si no fuera por Vd. y por otras personas de almas caritativas, yo me encontraria como esa jóven... á mas, como no la he podido socorrer con nada, me he afectado doblemente. — ¿Y porqué no la has podido socorrer? ¿acaso no tienes tus ahorros, el sobrante de lo que te se pasa para alfileres? y... — Señora, continuó María, pero... es verdad... mas decidme: ¿tengo yo derecho de disponer de lo que me dan mis protectores? — Para hacer mal uso, no, hija mia, repuso la preceptora; porque para hacer malas obras no tiene persona alguna derecho de disponer de lo que le da Dios... pero para hacer bien, sí: cubiertas tus atenciones, haz lo que quieras del sobrante de tus recursos; y en el sagrado nombre de Dios que lo recibes, dalo con otra mano al que lo haya menester.

Impaciente aguardaba María la llegada de la tarde. Entretenida en reunir sus pocos ahorros y algunas prendas de vestir para socorrer á la pobre Manuela, esta llegó á la ventana al ponerse el sol. María renovó la cordial acogida de la mañana, y entregó algunas monedas de plata y algunas camisas y vestidos á su antigua compañera. Esta los aceptó con vivo gozo, y le dió las gracias, quedando en volver de cuando en cuando á verla como aquella se lo rogaba. María pues se acostó aquella noche contenta, y durmió con el sosiego de que solo disfruta el que obra bien.

Manuela, sin hacerse exigente, daba vueltas á la ventana del colegio, y recibia á menudo algunas dádivas que poco á poco fueron reponiendo su modesto equipaje. En esto ya frisaba á los catorce años, y entró en una casa para servir. Los domingos salia á paseo, é iba á ver á su amiga María, por la que era atendida con muestras de inequívoca amistad.

La caritativa colegiala se aplicaba entre tanto al estudio, y servia ya en clase de ayudanta á la directora. La hacienda de esta iba en aumento con el estipendio de sus discípulas y

el producto de los regalos y económica administracion. María habia insensiblemente adquirido el primer lugar en el corazon de la preceptora que no tenia hijos, y en el último tercio de su vida la revistió de sus facultades en el establecimiento: entonces Manuela volvió al colegio en clase de ama de llaves, y fué de admirar cómo el tiempo y los sinsabores habian trasformado aquella jóven, y cuál se habian fortificado sus ideas y las tendencias de su corazon.

Manuela contaba veinte y cinco años de edad á su entrada en este empleo: su figura era bella, sus modales distinguidos y humildes, su mirada franca y sin afectacion. Vestia con suma sencillez y extremada limpieza; y por todo adorno pendia de su cintura un crecido manojo de llaves, bajo las cuales tenia á su cuidado todos los intereses del establecimiento.

Murió en fin la buena directora, dejando por su exclusiva heredera á María, y recompensando sus servicios y la enmienda de sus costumbres á Manuela, con algunas mandas. El colegio siguió pues dirigido por la primera y administrado por la segunda. A la edad de treinta años habian llegado ambas, cuando Manuela descubrió á su amiga una idea que por largo tiempo le ocupaba su mente y su corazon. — María, díjole, yo estoy muy contenta á tu lado; pero á otra parte me llama mi deber. — ¿Cómo? repuso aquella: ¿te marchas de mi compañía? ¡ah! no puedo creerlo... pero explícate, le dijo aquella con las lágrimas en los ojos.

— Escúchame, le replicó Manuela. Tú sabes muy bien, que á causa de la ruina que sobrevino á mi casa despues de la muerte de mi padre, mi infeliz madre quedó enferma; y no sé á qué atribuirlo, pero fué el caso que todas nuestras antiguas amigas fueron retirándose de nosotras hasta quedarnos solas... Mi pobre madre se vió pues sin intereses para medicinarse ni hacerse asistir: todo su consuelo reducíase al cuidado que yo desplegaba para servirla, pero mi corta edad se oponia naturalmente á que mis cariñosos oficios bastaran á sus necesidades... y mi pobre, mi infeliz, mi buena madre espiró una noche, sola, sin médicos, sin medicinas y sin alimentos. Hasta yo misma le falté en su última hora... porque

rendida del sueño y á consecuencia de mis pocos años, quedéme á los piés de su cama dormida, y cuando abrí los ojos al siguiente dia... hallé tan solo un cadáver frio y desfigurado por las últimas agonías...

Manuela suspendió aquí su angustiosa relacion para exhalar gemidos y derramar copiosas lágrimas, acompañándole en su duelo la sensible María. Repuesta aquella algun tanto de su dolor, continuó:

— En este abandono murió la infeliz... y yo, yo que conté uno á uno todos sus suspiros, recuerdo tambien que me decia en los momentos en que nos hallábamos mas faltas de recursos: — Manuela, no desesperes: Dios es muy misericordioso, y cuando permite que así me abandone mi prójimo, y que mi cuerpo carezca del alimento necesario, será, no lo dudo, porque así convendrá á mi alma. ¡Ah! hija mia, me dijo una noche tambien; que estos golpes que recibes de la ingratitud de los demás, no endurezcan tu corazon, ni lo dispongan nunca para obrar mal... Al contrario, cuando veas á un desgraciado en este abandono, acuérdate de tu madre para compadecerle mas, y haz por él cuanto esté á tu alcance para salvarle.

— Esta fué, dijo Manuela, la última voluntad de mi madre; este su testamento... no teniendo otros bienes que legarme, legóme el ejemplo sano de las virtudes de su corazon, esa riqueza que yo no he empezado á saber apreciar hasta que los años han desarrollado mi inteligencia y madurado mi juicio. Consecuente á su encargo he decidido aplicar las mandas que por su muerte me dejó nuestra directora al hospital donde estuve enferma, ya que allí comenzó la felicidad de que hoy disfruto; y á mas entrar de hermana de caridad para asistir á los enfermos: falta solo que tú me lo permitas.

— Indigna de llamarme tu amiga, exclamó María, me hiciera con oponer mi influjo contigo para hacerte desistir de tan generoso proyecto. Marcha cuando quieras: yo iré á verte á esa mansion, donde tantos dolores ajenos han de sostene palpitantes los de tu corazon; donde tantas agonías de las madres de otros te han de recordar las de la tuya.

Así las jóvenes se abrazaron, la resolucion de Manuela fué llevada á cabo á los ocho dias. ¡Dichosa la persona que como ella siente por la mano de Dios tocado su corazon!

Pero aun no he concluido, hijas mias: necesito deciros el fin de Manuela

Treinta y cinco años habian pasado de la anterior escena, y en el hospital mencionado se veia una anciana diariamente llegar de cama en cama, y prodigar sus cuidados á los pobres enfermos. Muestras de reconocimiento se dirigian á ella de todas direcciones: la anciana seguia apoyada en un báculo su marcha vacilante mas que por el peso de la edad, por la decadencia de su salud. Esta mujer en la efervescencia de su caridad se habia olvidado de sí por tener presente á su prójimo, y en el mundo no le esperaban ya mas que dolores; pero en el cielo la aguardaba el premio de los justos.

— Señora, le decia una jóven hermana de caridad que la ayudaba en sus paseos, es indispensable que entreis en cama para que se os cuide: á bastantes habeis cuidado; justo es que os toque el turno de ser servida. — No, respondia aquella, aun puedo hacer algo por estos infelices. Temeis demasiado por mí: ¿acaso me creeis tan próxima á mi última hora? Sea pues cuando Dios quiera; mas dejadme que me sorprenda la muerte ejerciendo mi oficio... tan gloriosa como es la muerte al soldado en el campo de batalla, es la nuestra, hijas mias; dichoso mil veces aquel á quien arrebata la muerte en el cumplimiento de su deber. »

A los ocho dias las salas del hospital se hallaban en un silencio profundo: sus desgraciados moradores parecian cadáveres, y no enfermos... ¿Qué se pasaba pues en ese lúgubre recinto, donde la muerte penetra diariamente sin infundir apenas pavor? ¡oh! ¿qué se ha pasado?... que la madre sor Manuela está espirando en su lecho, y la inquietud y el desmayo ha invadido infinitos corazones reconocidos á su caridad... de cuando en cuando entra una de las hermanas, á quien todos interrogan por sor Manuela...

Acababan de dar las seis de la tarde del mismo dia en el relój del establecimiento, cuando una hermana de caridad, sa-

liendo pálida de la habitacion de sor Manuela, dijo con voz conmovida: — El ángel que Dios envió á este hospital para providencia de los desgraciados, acaba de volverse al cielo, y ya no le veremos mas... Una exclamacion de dolor se oyó estallar en todo el concurso... A la mañana siguiente se hallaba un gentío inmenso en la capilla del hospital: entre este se veia á María acompañada de sus discípulas. Terminada esta ceremonia, salióse cada cual á la calle. Los que pasaban por las inmediaciones preguntaban con curiosidad: — ¿Qué ha ocurrido en el hospital? y contestaban los que de él salian: — *Que se ha muerto la madre de los pobres.*

LUISA. — ¡Qué bonita que es esta historia! ninguna me ha gustado tanto.

ENRIQUETA. — Verdad es: con todos estos ejemplos se debe uno de corregir y ser buena.

CAROLINA. — Yo era un poco orgullosa; pero se me ha quitado este vicio desde el año pasado.

CARLOTA. — ¿Y cómo? yo tambien me enmendaré para seguir el ejemplo de Manuela.

CAROLINA. — Otro dia os lo contaré.

ANGELA. — ¿Es alguna historia?

CAROLINA. — Sí: pero ¿qué estás haciendo tan aplicada?

ANGELA. — Un bolsillo á gancho para papá. (Véase la fig. 3.)

ENRIQUETA. — Es precioso.

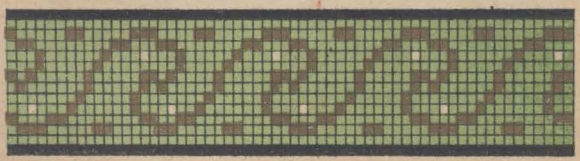
LUISA. — Sí: es el primero que se hace de este género: solo Angela lo sabe hacer.

ANGELA. — Querida Luisa, siempre eres muy buena para mí. Nunca Luisita ha sido envidiosa para sus hermanas: es una buena cualidad.

LA MADRE. — Hijas mias, creo que es hora de retirarse; y mañana diremos algo de historia y geografía, porque esta tarde con la historia de Manuela...

CARLOTA. — ¿Cuándo nos contará Vd. uno de esos cuentos de encantadoras, que son tan bonitos?

MARGARITA. — Sí, uno que se llama la Princesa Graciosa.



Imp Monrocq Frères

LUISA. — ¿Es el cuento de una perezosa?
LA MADRE. — Sí, mañana lo contaré.
CAROLINA. — Hasta mañana pues.

DIALOGO OCTAVO.

LA MADRE. — Hijas mias, esta noche tenemos que ocuparnos de labores y de varias cosas que están descuidadas hace algunos dias. Pero me parece que Enriqueta no está muy contenta.

ENRIQUETA, *llorando*. — ¡Ay, tia mia! perdóneme Vd.

LA MADRE. — ¿Y porqué?

ENRIQUETA. — Porque contra todos sus consejos he dado motivo á mi mamá para que se haya enfadado.

LA MADRE. — Cuando empiezas por pedirme perdon, es una señal de arrepentimiento. ¿No sabes tú que el arrepentimiento hace olvidar las faltas? ¿Y qué has hecho?

ENRIQUETA. — No me atrevo á decírselo á Vd. Dílo, Carolina.

CAROLINA. — Diga Vd. que mi hermana hace la falta mas grave de lo que es.

ENRIQUETA. — Bien, Carolina; quieres disculparme porque me amas: ¡y yo, que antes creia que tú no me amabas! cuenta lo sucedido.

CAROLINA. — Puesto que lo deseas, voy á referirlo. Es el caso que Enriqueta tiene un defecto, y es ser perezosa.

LA MADRE. — ¿Perezosa? Efectivamente es un defecto muy feo, y causa muchos perjuicios. Con este vicio, si por casualidad necesitamos trabajar ó hacer alguna cosa, la descuidamos, y decimos: mañana lo haré: y esa mañana nunca llega.

CAROLINA. — Es precisamente lo que le ha sucedido á Enriqueta. Hace ya algunos dias que mamá le habia dicho que llevase á una pobre mujer nuestra vecina, á quien mamá paga su casa, el dinero: y Enriqueta, temiendo que mamá la riñera, le habia dicho que ya habia estado; cuando esta mañana la pobre mujer vino á decir que el dueño de la casa la iba á echar si no pagaba su término. Mamá, que creia que hacia mucho tiempo que se lo habia llevado Enriqueta, se enfadó mucho, y le dijo que por la pereza de subir á un piso quinto, hubiera hecho poner á la buena mujer los trastos en la calle.

LA MADRE. — Efectivamente es muy mal hecho, porque, ya ves, si ese casero brutal hubiera hecho alguna violencia con esa pobre mujer, ¿sobre quién hubiera recaido?

ENRIQUETA. — Soy una criatura indigna, y merecia un castigo mas rigoroso, sin embargo que es bastante el ver enfadada á mamá. No sabe Vd. lo que he llorado, y no me he atrevido á ver á mi mamá en todo el dia.

LA MADRE. — Vamos, Enriqueta: veo que sientes de todo corazon tu falta, y por consiguiente espero que te corrijas. Yo me encargo de contentar á tu mamá.

ENRIQUETA, *abrazandola*. — ¡Cuán buena es Vd.! ¡y qué agradecida le estoy! Le aseguro que me corregiré, así como me he corregido de la envidia y de la curiosidad.

LA MADRE. — Y ahora abuelita os contará un cuento, en el cual verás un ejemplo de lo que puede ocasionar la pereza: es un cuento, pero sin embargo os puede aprovechar.

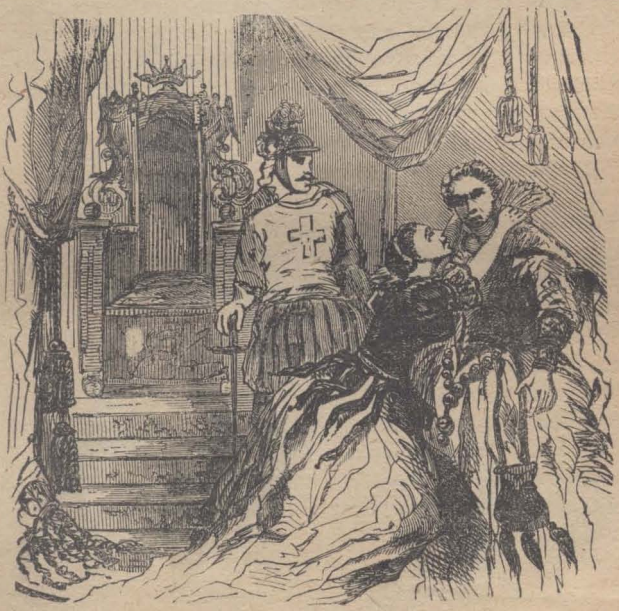
MARGARITA. — ¡Ay! sí, mamá, cuente Vd. cuentos.

LA MADRE. — Prestad atencion.

GRACIOSA, LA HADA AMABLE, Y SU HIJO ALY.

ABUELA. — En una ciudad de la antigua Grecia habia un príncipe casado con una mujer de extraordinaria hermosura, de la cual tenia una niña á quien todo el mundo llamaba, por su gracia y gentileza, GRACIOSA. Diez años contaba la niña, cuando una calentura maligna le robó á su padre, que

la amaba con la mayor ternura. Su madre, la princesa Felicia, amaba tiernamente á su esposo: así es que le lloró largo tiempo; pero al fin sus vasallos deseaban rey, y forzoso le fué elegir uno. Lo que ella mas temia, era que aquel no amase á Graciosa como debiera, y esto le causaba mucha pena. Uno de sus consejeros fué encargado de arreglar su nuevo enlace, el cual se verificó á los pocos dias con la mayor pompa. Habiendo el futuro rey hecho regalos del mayor valor á su hermosísima Felicia, mandó cuatrocientas caballerías cargadas de ropas y alhajas preciosas. Felicia vió que su nuevo esposo era muy bien parecido; pero no pudo menos de observar que su fisonomía tenia una especie de falsedad y dureza que le desagradaba La princesa Graciosa, muy jóven no pudo menos de tener miedo, y echó á correr y refugiarse entre sus doncellas.



— Hija mia, le dijo la reina: ¿qué es lo que así te aflige? — ¡Ay, mamá! he tenido miedo. La reina se excuso con su esposo, y durante algunos meses ningun nuevo acontecimiento vino á turbar la existencia de Graciosa. Esta era una niña de muy buenas cualidades, pero tenia el defecto de la *pereza:* y así es que ya tenia once años, y aun no habia aprendido á leer, porque la pereza le impedia estudiar, y gustaba mas de estarse sentada sobre un tapiz contemplando sus jardines, que incomodarse en levantarse y tomar un libro. Esto fué lo que la perdió. El rey no amaba á Graciosa, y mucho menos desde que la reina habia tenido otra niña llamada Rubia á causa de su cabellera. Siempre buscaba ocasiones de molestar á Graciosa, y se propuso perderla para siempre, para que de ese modo fuese Rubia la reina en lugar de Graciosa. La reina bien veia todo esto y callaba, aunque en su intencion conociera que su marido detestaba á la niña. Rubia siempre estaba haciendo daño á Graciosa, pero esta sufria todo, y jamás se quejaba con tal que la dejaran pasearse en coche ó estar tendida en la yerba á la sombra de los árboles: y á tanto llegaba su pereza, que hasta la comida se hacia traer para no levantarse.

De este defecto aprovechó el rey, y vais á ver cómo. La princesa tenia ya trece años, y Rubia tres: y sin embargo la primera no sabia una letra del alfabeto, cuando Rubia empezaba ya á deletrear. Enfrente del palacio habia un castillo que estaba encantado, y del cual todo aquel que entraba, no volvia á salir. Antes de llegar á aquel castillo, y desde el jardin de Graciosa, se extendia un frondoso bosque, el cual tenia dos senderos: uno que conducia á la cabaña de una vieja que poseia en su jardin las rosas mas preciadas, y otro que conducia al palacio encantado. Cada sendero tenia su nombre para evitar toda equivocacion. Una mañana el rey llamó á Graciosa, y le dijo: — Graciosa, ya estás en edad de saber leer, y es vergonzoso que tu hermana siendo mas pequeña esté mas adelantada que tú: por consiguiente, desde mañana tendrás un maestro, y estudiarás todos los dias. Yo sé que la reina te riñe, pero que tú eres perezosa como siempre. — ¡Ay,

papá! ¡qué tormento! ¡era yo tan feliz, pasando mi vida, ya acostada sobre el césped, ya paseándome en mi coche! ¡qué desgracia! si á lo menos me dejara Vd. acostumbrarme, dentro de algunos dias me pondria á estudiar. — Bien, contestó el infame rey, te lo concedo, pero con una condicion. — ¿Cuál? — Que irás en tu coche, y me traerás un ramillete de flores de las que tiene en su jardin la vieja que vive en el bosque. — ¿No es mas que eso? con el mayor gusto. Pero ¿quién me guiará? puedo engañarme de camino, é ir al palacio encantado. — No, porque yo te daré un guia experimentado.

Contenta la princesa, se apresuró á ir á vestirse para cumplir con la voluntad del rey; pero no se atrevió á confiárselo á su mamá, porque se hubiera enfadado. El rey entre tanto llamó á un criado que de su pais habia traido, y le dijo: — Es

necesario que conduzcas á Graciosa al castillo encantado, en lugar de conducirla á casa de la vieja que posee las rosas de Alejandría —Señor, no puedo: la reina me lo ha prohibido — ¿Cómo que lo ha prohibido? Escoge: ó conduces á la princesa donde te digo, y ganas un saco de escudos. ó te encierro en una torre para siempre. — Pero, Señor, si la princesa entra en el palacio, no volverá á salir. — Por última vez: ¿aceptas? — Pero, ¿y cómo me libraré de la ira de la reina, que ama tanto á Graciosa? — Yo me encargo de que no te suceda nada. El criado reflexionó, y por fin el precio ofrecido venció su repugnancia. Prometió al rey cuanto quiso, y bajó para guiar el coche de la princesa que le esperaba. Este coche era un regalo de la reina Felicia á su querida niña, y era un modelo de riqueza y buen gusto. La caja era de nácar y oro, y estaba tirado por cuatro corderos blancos como la nieve, con las riendas de oro y plata. En este coche subió Graciosa, y se dejó conducir al bosque, segura de que la llevaban en busca de las rosas de Alejandría: pero como ella no sabia leer, no pudo saber el sendero que tomaban. Llegada al palacio, una densa nube se lo ocultaba, y le hacia ver una pequeña casita que creyó ser la que buscaba. A su llegada se bajó del coche, y entró por una puerta que se habia abierto al aproximarse la princesa. No bien habia pasado el umbral, cuando oyó un horrible estruendo, y se encontró en una inmensa galería que daba á un patio, pero la cual no tenia puerta de salida. Graciosa asustada echó á correr por ella, y se entró por una puerta que halló abierta y que la condujo á un magnífico salon: de allí pasó á otro; y cuantas mas vueltas daba y mas se adelantaba, menos podia volver atrás, porque las puertas se iban cerrando. Por fin, desconsolada y sin saber que hacer, la princesa se sentó, y se puso á llorar amargamente. Llegó la noche y vió entrar dos luces sin ver quién se las traia: las luces se pararon delante de Graciosa, y parecia que esperaban sus órdenes. Por fin se levantó, y las luces echaron á andar delante de ella. La princesa las siguió, y llegó á un comedor en el cual se hallaba una mesa servida con los mas exquisitos manjares. Allí habia dos sillas puestas, y habiéndose

sentado en una, vió llegar un perro blanco y hermoso que se puso á mirarla con la mayor atencion, viéndose en sus ojos pintada como una especie de lástima por la princesa. Gra-

ciosa cenó, y cuando tomó cuanto necesitaba, se levantó, conducida por las luces entró en un cuarto amueblado de azul y blanco, y donde habia una linda cama. Se acostó y durmió profundamente, no sin pensar y derramar lágrimas por su buena madre que debia estar muy inquieta.

MARGARITA. — ¡Qué bonito es este cuento! y estoy segura que la pobre Graciosa estaria ya arrepentida de su pereza. Pues vaya un miedo que hubiera pasado yo, si me hubiera encontrado en su caso.

EL PADRE. — ¿Lo ves? si no hubiera sido perezosa, y hu-

biera aprendido á leer, no se hubiera visto en aquel palacio, porque el criado no hubiera podido engañarla en el sendero.

LUISA. — ¿Y ese perro, quién era?

CARLOTA. — Diga Vd.: ¿y las luces, quién las llevaba?

LA ABUELA. — Me haceis tantas preguntas, que no puedo contestaros: en el corriente de la historia lo vereis.

Al despertarse, Graciosa se quedó admirada al ver que su ventana caia sobre un lindo jardin lleno de olorosas flores, y en medio de él un magnífico lirio ostentaba su hermosura y gallardía. Al verlo se diria que lo habian puesto allí expresamente. Pero lo que mas le admiró á Graciosa, fué encontrar en una silla un traje completo, y hasta unos lindos zapatos bordados de oro. Cuando se vistió, vió entrar á una hermosa dama vestida con elegancia, la cual le dijo: — Ya hace tiempo

que te esperaba, mi querida Graciosa, y puedes estar persuadida de que nada te faltará, y que no tendrás porqué quejarte. Estás bajo el poder del Genio que habita este palacio: pero yo soy la hada Amable, y he podido conseguir que no te haga daño, y que me deje á mí el cuidado de ocuparme de tí. Puedes salir al jardin: pero no toques aquel hermoso lirio, porque en aquel momento perderiamos el poder, y no responderia de lo que te pudiera suceder. — Pero, dígame Vd., buena hada: y mi mamá debe estar muy inquieta de mi ausencia — Hija mia, yo me encargo de prevenirla: pero no acuses á nadie, sino á tu pereza, el verte aquí.

La niña lloró y se afligió; pero calculó que peor hubiera sido caer en poder del mal Genio del palacio, y se prometió estar muy agradecida á la hada Amable; y pensó en utilizar su estancia en el palacio para enmendarse de su pereza. Aquel dia lo pasó recorriendo las flores del jardin, acompañada siempre del bonito perro de la víspera. Así se pasaron algunos dias, y Graciosa iba perdiendo el defecto de la pereza, y se ocupaba en estudiar y tomar lecciones de lectura que la hada le daba. Un dia que se paseaba por el jardin, vió un pájaro

que saltaba de flor en flor, y como tenia los mas bonitos colores, Graciosa deseó cogerlo para ponerlo en una jaula. Cuando creia que estaba ya en su mano, el pájaro se escapaba y se iba mas lejos, y de este modo llegó á posarse encima del lirio. La aturdida Graciosa extendió la mano para cogerlo, sin acordarse de la prohibicion de la hada: y no bien habia tocado el lirio, cuando sintiéndose un frio mortal correr por sus venas, se quedó trasformada en estatua de mármol.

MARGARITA. — ¿En estatua? ¡pobre princesa

CARLOTA. — ¡Qué imprudencia tocar el lirio

LUISA. — ¿Y cuánto tiempo estuvo así?

ENRIQUETA. — Continúe Vd., abuelita.

LA ABUELA. — No bien Graciosa habia sido convertida en estatua, el palacio sufrió la misma trasformacion, y todo se volvió de mármol. Cinco años se pasaron, cuando un dia, un príncipe que se paseaba no muy lejos del bosque, vió una enorme culebra que se adelantaba hácia él; y queriendo matarla se le enroscó al brazo, y le dijo: — Valor, príncipe: en ese bosque, que veis delante de vos, hay una hermosísima princesa encantada hace diez años: si quereis desencantarla, no teneis mas que seguir mis consejos. — ¿Y quién eres tú, que tanto interés te tomas en su salvacion? — Yo soy la hada Amable, que estoy convertida en culebra por el mal Genio del castillo encantado; y no tomaré mi verdadera forma sino cuando la princesa Graciosa, hija de la reina Felicia, sea desencantada por un príncipe que arrostre todos los peligros que corre hasta llegar al palacio encantado; y con solo pronunciar estas palabras: *Genio, yo te lo ordeno*: podreis desencantar á la princesa. Pero antes teneis que ir á la montaña blanca, y tomar una varita, especie de junco que vereis en la cima de ella. Antes de llegar, el Genio se os presentará bajo mil formas diferentes; pero tened valor. — Gracias, buena hada: me creo con valor para desencantar á esa hermosa princesa de quien ya he oido hablar; y si es como la reina Felicia deberá ser un modelo de hermosura. Pero, díme: ¿qué camino debo de tomar para llegar á la montaña blanca?

- Príncipe, tomad el primer sendero á la derecha: es el sen-

dero de la *Razon*; y seguireis por él hasta que encontreis el sendero de la *Perseverancia*; por último encontrareis el de la *Paciencia*, el cual os hará llegar al objeto que os proponeis.

Siguiendo las instrucciones de la hada, el príncipe siguió por el sendero de la derecha y cuando ya llegaba casi al fin,

apercibió un enorme lobo que corria hácia él para devorarle. No dudó que fuese el Genio que tomaba aquella forma. —¿A dónde vas, le dijo, temerario viajero? ¿No sabes que todo el que se atreve á entrar en mis dominios, es castigado? No pases adelante, ó bien pagarás tu arrojo. —La razon me dicta que debo salvar á mi semejante, y por eso quiero salvar á la princesa Graciosa. Y tirando un tiro, hirió en una pata al lobo que huyó aullando de furor. Entró en el segundo sendero; y no habia andado cien pasos, cuando oyó los rugidos de un leon, y no tardó en verlo venir hácia él. —Atrevido, le dijo, mis dominios no se invaden tan fácilmente, y sabe que soy el rey de los bosques, y que no me conformo con dejarte pasar. Dicho esto, se lanzó al caballo del príncipe; pero

este se afirmó en los estribos, y con un cuchillo le hirió un ojo. El leon vaciló; y ciego con la sangre, cayó al suelo, rugiendo de una manera espantosa. El príncipe puso su caballo á galope, y entró en el tercer sendero diciéndose á sí mismo, que con la perseverancia llegaria á obtener el bienaventurado junco.

Ya se hallaba casi hácia el medio del sendero, ya sus ojos distinguian la montaña blanca, cuando un peligro mas grande que todos los demás le aguardaba allí. Vió levantarse una gran polvareda, y á poco apareció á sus ojos un gigante montado sobre un enorme caballo, y que lanza en ristre se aproximaba de él. El príncipe no tuvo tiempo para mas que para

tomar su lanza, y aguardar la llegada del gigante. Este se echó sobre él con tanta violencia, que al primer golpe le

dejó como aturdido; pero reponiéndose le dió tan fuerte golpe que el brazo del gigante dejó caer el arma. Viéndose desarmado le dijo : — Príncipe, tu valor ha triunfado : pero si bien no puedo impedirte que llegues hasta donde está el junco mágico, por lo menos, antes de que obtengas á la princesa, te haré pasar por otras muchas pruebas. El príncipe llegó corriendo á la montaña, y cortó el junco que la hada Amable le habia dicho, y hecho esto volvió á tomar el mismo camino.

ENRIQUETA. — Diga Vd., papá: ¿Y qué quiere decir el nombre de los tres senderos? porque debe tener su significacion.

EL PADRE. — Sí, hija mia: quiere decir que en todo debe guiar nuestros actos la sana *razon* ; y que esta, ayudada por la *perseverancia* y la *paciencia*, es la que nos hará hacer el camino de la vida mas fácilmente, y llegar á conseguir lo que nos hayamos propuesto.

CAROLINA. — Es verdad : mamá siempre dice, que con paciencia se hace todo.

CARLOTA. — Pues yo tengo un genio tan vivo, que mamá siempre me regaña, porque dice que no llegaré á saber nada, porque cuando no aprendo bien una leccion, por ejemplo, me impaciento, y no quiero volver á empezar.

LA MADRE. — Pues ya ves, hija mia, cómo te reprendo, y te digo que está mal hecho.

LUISA. — El otro dia estaba yo vestida esperando á mamá; y viendo que tardaba, no tuve paciencia para esperarla, y le dije á la criada que me acompañara. ¿Y qué adelanté? que no la encontré ; y además, cuando volví, mamá habia salido con Angela y tuve que estarme en casa toda la tarde.

MARGARITA. — Pero continúe Vd. el cuento, abuelita.

ANGELA. — Tú siempre deseas oir cuentos; y sin embargo papá ha dicho que yo os explicaria el sacrificio de Abrahan.

LA MADRE. — Mas tarde lo explicarás, Angela ; porque las niñas como Margarita, en lo único que encuentran atractivos, es en los cuentos.

ANGELA. — Verdad es, mamá ; pero es ya un poco tarde.

LA MADRE. — Vamos, Angela, has de ser complaciente con tus hermanas pequeñas. Cuando tú eras de su edad, tambien te agradaba lo mismo.

ENRIQUETA. — Lo que sí desearia, es que nos explicases algo de dibujo, porque tú eres medio profesora.

ANGELA. — No tanto: pero ¿qué deseas que te explique?

ENRIQUETA. — La pintura oriental.

ANGELA. — Pero eso no es lo mismo que el dibujo.

ENRIQUETA. — ¿Porqué?

ANGELA. — Porque la pintura oriental es mucho mas fácil, y no se necesita maestro. Yo te la explicaré.

MARGARITA. — ¿Pero no continúa el cuento? porque estoy impaciente por saber la suerte de Graciosa.

LA MADRE. — Sí, hija mia; aunque temo que no se pueda concluir en esta tarde.

LA ABUELA. — Tres dias tardó el príncipe en llegar al bosque, porque la nieve le cegaba, y no podia sino ir con mucho cuidado. Por fin llegó al sitio donde habia visto á la encantadora, y esta se le apareció como la primera vez, y le dijo: — « Valiente príncipe, con ese junco llega hasta el interior del bosque y tú verás un monton de ruinas de mármol: no tienes mas que hacer que tocar, y tomarán su primitiva forma; pero guárdate de quedar dentro de él, trata de quedar en el jardin. — Pero ¿y la princesa? — Fácil te será reconocerla; es la sola estatua que hay allí. Cuando todo haya vuelto á su forma, entonces irás á un extremo del jardin donde hay un magnífico rosal, el cual cortarás por la mitad: de ese modo el encanto perderá su poder, y yo recobraré el mio. Ten mucho cuidado, porque hay varios rosales; y si tocases á otro, podrias quedar encerrado toda la vida. Antes de llegar al palacio, el genio maléfico inventará alguna maña para impedírtelo: pero no tengas cuidado: yo te protejo. Allí está encantado mi hijo Aly que acompañaba á la princesa en forma de perro; y una vez desencantado, te protejerá. »

El príncipe emprendió su camino, y vió con no poca alegria que cada paso le aproximaba mas y mas de su querida

princesa. Ya veia las ruinas blanquear, cuando de repente vió un enorme foso que no podia atravesar. No sabiendo qué hacer, se sentó en el suelo, y dijo: « Genio infernal, aunque tenga que esperar en este sitio cincuenta años, no me moveré de aquí hasta haber desencantado á Graciosa. » No bien ha-

bia dicha estas palabras, cuando vió aparecer un caballo con alas: no dudó que se lo mandaba la encantadora; y subiendo sobre él, en cinco minutos estuvo al otro lado del foso. Cuando llegó, se encontró con que en lugar de las ruinas que

esperaba encontrar, estas se habian convertido en una inmensa laguna donde se veian multitud de ranas. Desconsolado el príncipe, se sentó al borde, queriendo reconocer á su querida princesa. No hacia mucho tiempo que estaba allí, cuando una rana, aproximándose á él, le dijo: « Príncipe mio: vete al otro extremo de la laguna, y trata de coger una pata de aquella rana grande que allí ves; y cuando la tengas cogida, dile: « *Genio, yo te lo ordeno:* » y al momento no verás convertidas en mármol, y de ese modo podrás seguir los consejos de mi madre la hada Amable. »

Pero, hijas mias, todavía seria muy largo de contar; y por consiguiente os prometo que mañana os acabaré el cuento de Graciosa.

MARGARITA. — ¡Ay! ¡qué lástima! no dormiré con sosiego hasta saber lo que le sucedió á ese pobre príncipe.

LA MADRE. — Hija mia, se debe uno saber privar de las cosas mas agradables para acostumbrarse á vencer en otras. Para que una niña pueda decirse que está bien educada, debe de reprimir sus caprichos, y conformarse con la voluntad de sus padres ó maestros.

LUISA. — Mamá, Angela ha dicho que nos iba á explicar algunas cosas.

LA MADRE. — Sí, hija mia: ella va á explicar el sacrificio de Abrahan.

ANGELA. — Dios amaba mucho á Abrahan, y un dia quiso probar si era digno de su amor. Para esto le llamó, y le dijo: « ¿Abrahan? — Señor, aquí me teneis, contestó este, que no tenia mas ambicion que obedecer al Señor. »

CARLOTA. — ¿Qué cosa es ambicion, mamá?

LA MADRE. — Un deseo inmoderado de mandar á todos, y de ser alabados por nuestra hermosura ó riqueza. La ambicion, hija mia, es un vicio que nos lleva hasta cometer mil cosas que son perjudiciales y graves. Y si no, Carolina, ¿no es verdad que, hasta que te has curado de la vanidad, hermana de la ambicion, has sido muy desgraciada?

CAROLINA. — Sí, y hasta era mala, y aun todavía conservo un poco, sin embargo de que trato de corregirme.

LA MADRE. — Corrígete, sí, hija mia. Me acuerdo de una niña, que por querer hacer alarde de su saber, y que todo el mundo alabase su vanidad, perjudicó y causó la desgracia de una señora, pues le preguntó si sabia quién habia sido Clovis; y la señora habiendo contestado que no, la niña contó y dijo, que la señorita tal no conocia la historia de su pais. Esto fué causa de que un jóven que se iba á casar con la señorita, creyéndola una ignorante, dijese que habia cambiado de idea. Sin embargo todos dijeron que la niña, que habia querido ser alabada por su instruccion era una mal intencionada y una niña indigna de estar en sociedad. Continúa, Angela.

ANGELA. — El Criador le dijo: « Toma á Isaac, tu hijo único, á quien tanto amas, y vé á la tierra de vision y allí me le ofrecerás en holocausto sobre uno de los montes que yo te mostraré.

LA MADRE. — Lo cual quería decir: sacrifícale en honor mio, córtale la cabeza, y quema el cuerpo.

ANGELA. — Abrahan se levantó antes del alba: y llevándose consigo á Isaac y dos criados, les mandó cortar leña, y se dirigió adonde el Señor le habia indicado. Al tercer dia distinguió el sitio, y dijo á sus criados: « Esperadme aquí, porque mi hijo y yo vamos á subir á rogar en aquella montaña, y luego volveremos. Les tomó la leña, y la cargó sobre su hijo Isaac, llevando el cuchillo él mismo. Isaac dijo á su padre: — ¿Dónde está la víctima que ha de servir para el sacrificio? — Hijo mio, Dios proveerá. — Cuando llegaron á la montaña, Abrahan arregló el haz de leña; y habiendo levantado un altar, puso en él á Isaac sobre el monton de leña, y tomando el cuchillo se dispuso á sacrificar á su hijo. Pero en aquel momento un ángel se apareció y le dijo: « Abrahan, no hagas nada á tu hijo, pues estoy satisfecho de tu obediencia. » Abrahan volvió los ojos y vió un carnero enredado en un zarzal: lo cogió y lo sacrificó en honor del Señor. Hecho esto, se volvieron á su casa contentos, y dando gracias á Dios.

CARLOTA. — ¡Pobre Isaac! ¡en qué cuidado me tenia!

LUISA. — Pero mamá: ¿no dice Vd. que es pecado matar á

otro? Pues entonces, ¿cómo el Señor mandó matar á Isaac?

LA MADRE. — No siempre es pecado hacer morir á otro. Cuando un hombre comete un asesinato, le condenan á él á muerte; y eso no es pecado, sino justicia, porque es un criminal. Además, como Dios es justo, por eso no permitió que muriese Isaac, sino que al contrario le prometió todo género de prosperidades. Otro dia vereis la felicidad que gozó Isaac.

ENRIQUETA. — Luis nos explicó el otro dia las maravillas del arte antiguo; pero nos prometió explicarnos las siete maravillas del mundo.

LA MADRE. — Yo puedo decíroslo, puesto que Luis está en casa de su amigo Enrique.

CAROLINA. — ¿Y cuáles son?

LA MADRE. — Las murallas y jardines de Babilonia, el faro

de Alejandría, el sepulcro de Mauseleo, el coloso de Rodas,

el templo de Diana en Éfeso, las pirámides de Egipto, y el laberinto de Creta. Pero para que os entereis mas á fondo, papá os contará lo que significa cada una.

EL PADRE. — Las murallas de Babilonia, capital del mas antiguo imperio del mundo, tenian veinte y cuatro leguas de circunferencia, y trescientos piés de altura. Tenia la ciudad veinte y cinco puertas de cada lado, lo que por consecuencia hace un total de cien puertas. Estas magníficas murallas estaban fabricadas con ladrillos unidos con argamasa negra. Estos muros estaban rodeados de un foso lleno de agua. Los jardines formaban un cuadrado: cada lado contaba cuatrocientos piés. Tenia magníficos terrados, arreglados como un anfiteatro, y que no pasaban de la altura de las murallas. Una bomba, establecida sobre uno de aquellos, surtia de agua en cantidad suficiente para todo el jardin. Podeis figuraros el golpe de vista que presentarian aquellos terrados llenos de arbustos y las flores mas preciadas. Sin contar la suavidad y la fragancia que esparcian, allí se veian mezcladas las rosas de Alejandría con los tulipanes de Estambul, los cedros del Líbano con las cañas del Jordan: en fin, todo lo mas preciado y raro.

CARLOTA. — ¡Qué magnífico debia de ser!

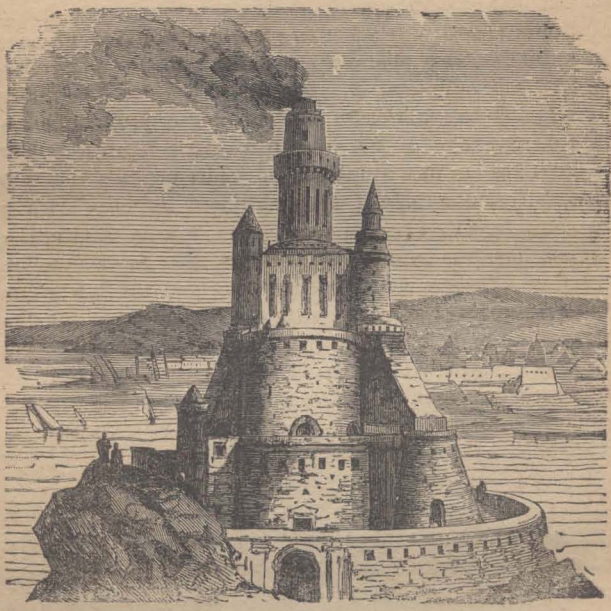
LUISA. — ¡Y cuánto hubiera dado yo por verlo!

EL PADRE. — El faro de Alejandría era el que fundó el rey Tolomeo en la isla de Paros. Fué edificado el año 470 de la fundacion de Roma, y su direccion fué encargada al célebre arquitecto Sócrates. Este faro estaba construido con piedras blancas. era una torre que empezaba en ancho, y en disminucion iba á concluir en punta, en la cual estaba colocada una enorme linterna, que daba luz hasta una gran distancia. Su claridad se hizo tan célebre, que se le dió el nombre de la isla Faro Alejandro puso un espejo maravilloso en lo alto del monumento. Este espejo fué roto cuando los árabes conquistaron Alejandría. La altura de la torre era de 480 piés, y desde la altura se descubrian treinta ó cuarenta leguas. Costó un millon y ochocientos mil francos.

LUISA. — ¿Y cuánto tiene un franco?

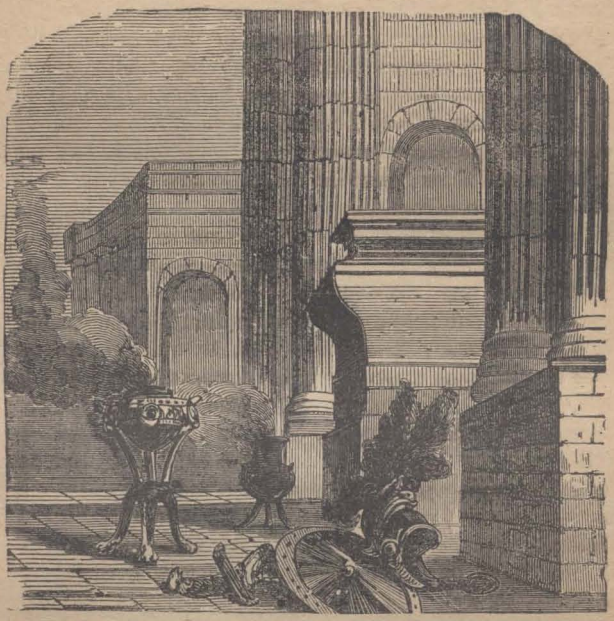
LA MADRE. — Treinta y dos cuartos españoles.

EL PADRE. — Hoy dia no es mas que una torre, que sirve de punto de direccion para los buques. Hablemos de la tumb-



de Mausoleo. Cuando el rey de Caria murió, la reina Artemisa su mujer quedó inconsolable. La imágen de Mausoleo no se separaba de ella, y un dia pensó que no podia dar un lugar mas digno de aquellas cenizas adoradas que en su mismo ser, para lo cual todos los dias mezclaba en sus bebidas una cantidad de aquellas, para que de ese modo no se separasen de ella. Pero al mismo tiempo quiso dejar un recuerdo para lo venidero, y le hizo levantar un magnífico sepulcro, que tenia 411 piés de circunferencia, y estaba sostenido por 36 columnas de mármol, trabajadas con el mayor

primor. Encima de la tumba se elevaba una pirámide coronada por un carro de mármol, tirado por cuatro magníficos



caballos de lo mismo. La reina no lo vió concluir, pues murió de dolor dos años despues de Mausoleo. Y ahora, hijas mias, como seria demasiado largo concluir la descripcion de las otras cuatro maravillas, lo dejaremos para mañana.

ENRIQUETA. — No se puede Vd. figurar cuánto me gustan esas descripciones.

CAROLINA. — A mí tambien, pero prometo venir mañana muy temprano para oirlas.

ENRIQUETA. — Y antes de marcharnos esta tarde, quisiera que Angela me explicase la pintura oriental.

ANGELA. — Escucha. Para reproducir la pintura oriental,

es necesario hacerlo sobre terciopelo, muselina, papel ó madera. Necesitas tener dos punzones: el uno redondo y puntiagudo, el otro plano y de hoja mas ancha, teniendo su tortante de cada lado. Un par de tijeras, un lapicero de plomo, unos cepillos, un plato ó paleta de tierra blanca, una caja de colores, y algunas hojas de papel charolado. Los colores mas necesarios son blanco de plata, amarillo de Nápoles, amarillo mas bajo, cobalto, carmin, tinta de China, azul de Prusia, verde, goma, y tierra de Siena. Estos colores hay que emplearlos casi secos; pero es necesario advertir que debes saber dibujar un poco.

Se pone sobre una mesa el modelo que se quiere reproducir, por ejemplo, unas hojas verdes. Sobre estas hojas verdes se pone una hoja de papel de goma, y se asegura con unos alfileres: entonces con el lápiz se dibuja el contorno de la hoja, las vetas, y todo. Hecho esto, se quita el papel de goma, el cual tiene marcadas y casi cortadas las formas que debe de tener la hoja. Cuando está cortado, se ponen los pétalos sobre un papel blanco, y con el pincel se traza la flor ó la hoja sobre el papel, teniendo cuidado de emplear los colores que sean propios para lo que se desea reproducir, sea una rosa, sea un clavel, sea otra flor. Si es una rosa ó flor de muchas hojas, se deshoja para poder sacar el dibujo de cada una. Te advierto, que los pinceles deben estar muy poco mojados en agua.

ENRIQUETA. — Gracias, mi querida Angela. Creo que podre hacerlo, porque sé un poco de dibujo. Otro dia me explicarás cómo haces esas bonitas cestas bordadas de musgo y de juncos.

LA MADRE. — Sí, hijas mias: sabeis que lo que deseo, es instruiros, para que cuando seais mayores no tengais necesidad de recurrir á otros para muchas cosas. Pero basta por hoy, pues es demasiado tarde.

DIALOGO NOVENO.

CAROLINA. — Mil gracias, tia mia, por haber venido á ver á mamá para que perdonara á Enriqueta: mamá la ha perdonado, y ella la ha prometido que se enmendaria de su pereza.

LA MADRE. — Me alegro mucho, hija mia, que sea así; porque podeis conocer, que cuando se os reprende por cualquiera defecto, es por vuestro bien, y que solo miramos vuestro interés.

ENRIQUETA. — ¡Cuántas bondades le debo á Vd! y solamente me creeré digna de ellas enmendándome, y aprovechándome de sus consejos.

LA MADRE. — Ven, querida Enriqueta: dame un beso, porque á pesar de tus defectos tienes un buen fondo, y con él llegaremos á formarte como debes de ser.

LUISA. — Mamá, Carlota tambien se ha enmendado mucho, y ya no es tan orgullosa.

LA MADRE. — Ya lo he reparado que se viste con modestia y limpieza, pero no cambia veinte veces por dia de traje, como anteriormente: me alegro mucho de ello, y de esa manera la querré mas, y estaré contenta.

CARLOTA — ¡Ay, mamá! Cuando la oigo decir á Vd. que está contenta de mí, no sabe Vd. cuánto me alegro de enmendarme, porque así consigo que Vd. me quiera.

LA MADRE. — Yo siempre te quiero; pero cuando no te corriges, me enfado, y se me quita el deseo de comprarte juguetes y otras cosas. Pero ¿qué hace Margarita?

MARGARITA. — Mamá, el gato me ha hecho daño, y le pego.

LA MADRE. — Pues está muy mal hecho, hija mia, porque

no se debe hacer daño á los animales Estoy segura que si te ha arañado, será porque tú le harías alguna picardía.

MARGARITA. — No, mamá.

LA MADRE — No mientas, porque es un vicio muy feo: siempre se debe de decir la verdad, aunque sea contra uno mismo. La mentira acarrea muchos males: pero me reservo para otro dia el contar los daños que causó la mentira de una niña.

CARLOTA. — ¿Y para qué no esta tarde?

LA MADRE. — Porque hay que concluir lo que ha quedado de la tarde anterior.

LUISA. — Es verdad: la pobre Graciosa.

LA MADRE. — Con que, Margarita, ¿me prometes que no volverás á incommodar á la pobre Aïní? es una gata que te quiere mucho, y no merece que la tires de las orejas, ni la pegues. Los animales merecen tambien ser tratados con consideracion, porque aquellos que tienen mal corazon para los animales, lo tienen para sus semejantes.

CAROLINA. — Mamá, diga Vd. á la abuelita que concluya el cuento de Graciosa.

LA MADRE. — Sí, hija mia, y mientras que escuchais, podeis trabajar en estas flores de tapicería, que pueden servir para tirantes ó ligas. (Véase nº 4.)

ABUELA. — Si mal no recuerdo, estábamos al borde de la laguna.

CAROLINA. Sí, abuelita, con aquel pícaro Genio que habia trasformado en rana á la princesa.

ABUELA. — Pues bien. El príncipe, siguiendo los consejos de la rana, dió la vuelta á la laguna, y cogiendo descuidada á la que era el mal Genio del palacio, le tomó la pata con tanta fuerza que no se pudo desasir. Entonces le dijo con voz de trueno: — *Genio, yo te lo ordeno.* Un horrible estrépito se oyó, tan luego como el príncipe hubo pronunciado estas palabras; y la laguna se trasformó en ruinas de mármol. El príncipe no tardó en ver á Graciosa, y dirigiéndose á ella, la tocó con el junco. Inmediatamente la estatua se trasformó en una preciosa jóven llena de animacion y vida, la cual, diri-

giéndose al príncipe, le dijo : — Gracias mil te doy, generoso

cia él á Graciosa, la hada Amable y un hermoso jóven, quien le dijo : — Príncipe, me has desencantado despues de mas de veinte años que este malvado Genio me habia trasformado en perro á causa de haber salvado á un caminante que se dirigia hácia la morada del Genio del mal. Lo único que el poder de mi madre pudo conseguir, fué que, cuando alguna persona extraviada entrase en este palacio, podriamos darle todo lo necesario, menos la libertad. La princesa Graciosa fué traida aquí por la mala intencion del marido de su madre; pero este ha pagado cara su mala accion. — ¿Pues qué le ha sucedido? — Que yendo un dia á caza, cayó del caballo y se mató. — ¿Y mi querida madre? — Muy pronto la verás : te espera. — ¿Y mi hermana Rubia? — Es una hermosa criatura, dulce y buena. Pero ahora se trata de ir al momento á consolar á la buena reina Felicia. Ya la he prevenido de tu llegada.

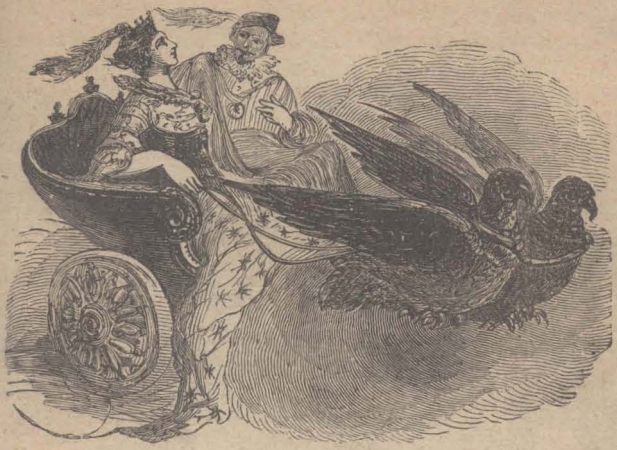
La hada Amable tocó con una varita, y un precioso carro

biera quitado la vida á una persona, de la misma manera el rosal dió un gran suspiro; y al mismo tiempo vió correr há-

extranjero, por haberme devuelto mi antigua forma. ¿Quién eres, que has sabido encontrar el mágico poder para desencantarme? — Hermosa princesa: da las gracias, no á mí, sino á la hada Amable, que es la que me ha guiado con sus consejos. — ¡Pobre hada! yo causé su desgracia y la mia por haber tocado á ese lirio que allí ves. Y ahora, dime: ¿cómo haremos para salir de aquí?

El príncipe le contó todo lo que la hada le habia dicho; añadiendo que iba en busca del rosal que encerraba el poder de su enemigo. En tanto que esto pasaba, el palacio habia sufrido la misma trasformacion que Graciosa; y la hada Amable, y su hijo Aly, que seguia convertido en perro, vinieron ponerse al lado de la princesa, mientras que el príncipe se dirigia al extremo del jardin para cortar el rosal. Temiendo equivocarse, estuvo mirando algun tiempo, y al fin creyó estar seguro de encontrar el que le habia dicho la encantadora. Se llegó á él, y lo tronchó por la mitad. Como si hu-

con dos águilas por caballos se remontó en los aires, y á poco se hallaron á la puerta del palacio de Felicia, quien sabe



dora de la llegada de su hija, la esperaba con toda la corte. Podeis figuraros la alegría de esta buena madre cuando vió á Graciosa. La hada le dijo que la princesa estaba curada de su pereza, y que no solamente sabia todo lo que debia saber, sino que tocaba y cantaba maravillosamente. Admirada se quedó la princesa, pues no sabia que era posesora de aquellos talentos; pero la hada Amable le dijo: — Como yo te amaba mucho, á pesar de tu transformacion tenia permiso para cultivar tu espíritu; y de ese modo has aprendido. La reina casó á Graciosa con el príncipe que la habia desencantado, y Rubia se casó con Aly, el hijo de la encantadora. Esta, el dia de las bodas, les dijo: — Me vuelvo al reino de las hadas; pero os dejo dotados de varios dones que harán vuestra felicidad. A Graciosa, todas esas desgracias la han hecho activa é ilustrada. A su esposo le he enseñado que la paciencia conduce á los fines que nos proponemos. Rubia, en el ejemplo de

su padre ha visto, que nunca se coge el fruto de una mala accion. Y por último, á mi hijo le dejo la sabiduría y la bondad. Dicho esto, desapareció. Podeis pensar que todos siguieron sus consejos, y que reinaron felices y tranquilos.

MARGARITA. — Es uno de los mas preciosos cuentos que he oido. ¡Qué buena que era la hada!

CARLOTA. — Pues ¿y Graciosa? bien merecia que la desencantaran.

CAROLINA. — Yo les aseguro, que con una leccion así, ya me hubiera corregido de mi pereza.

ENRIQUETA. — ¿Y ahora se acabarán las explicaciones de las siete maravillas?

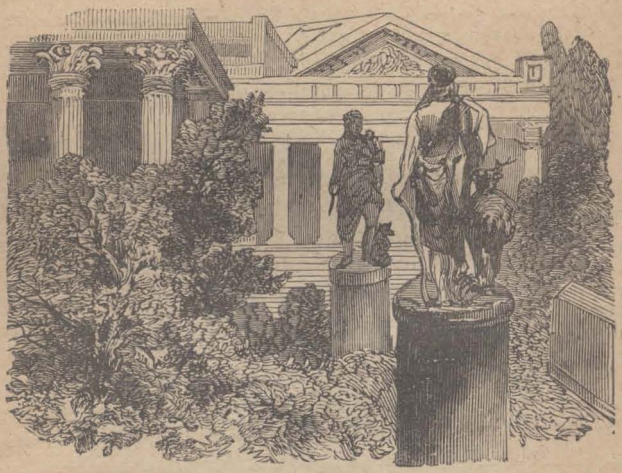
EL PADRE. — Sí, hijas mias. Empezaremos por el coloso de Rodas, que era una estatua la mas grande que ha existido. Estaba colocada en la entrada del puerto de Rodas. Cada una de sus piernas estaba posada sobre un lado del puerto; y era tan grande el hueco que formaban, que debajo de ellas podian pasar los buques mas grandes, sin temor de que se lo

impidiese el coloso. Este representaba al dios de la isla, Apolo (sol), á quien estaba dedicado, y tenia 105 piés de altura; y el hombre mas alto era mas pequeño que uno de sus dedos. Además tenia una mision, la de tener en su mano un fanal para indicar á los viajeros la entrada del puerto. Este faro era de otra forma, pero no menos notable que el de Alejandría. El motivo con que fué construido es digno de que os lo cuente.

El emperador Demetrio puso sitio á Rodas empleando los medios mas violentos; pero á pesar de esto no la pudo tomar. Entonces fué desmentido el sobrenombre del emperador, á quien llamaban *el Tomador de ciudades*. Cansado de aquel sitio, ofreció la paz á los habitantes de Rodas, y les dió en regalo, como prueba del aprecio que hacia de su valor, todas las máquinas de guerra que habia empleado contra ellos. Los de Rodas las vendieron, y con aquella suma, y poco mas que añadieron, se construyó la estatua. Desgraciadamente no duró mucho tiempo. Concluida en año 288 antes de Jesucristo, un temblor de tierra la derribó en 222, es decir, sesenta y seis años despues de su ejecucion. Triste leccion, hijas mias, que nos enseña, que en este pobre mundo las ruinas son los restos de las grandes obras de los hombres, y que solo lo hecho por Dios no perece nunca. El emperador Vespasiano la hizo levantar: y cuando en el siglo VII los sarracenos se hicieron dueños de Rodas, encontraron el coloso derribado de nuevo. Ellos la vendieron á un judío, quien la rompió.

Ahora tratemos del templo de Diana en Efeso, que de los muchos que estaban consagrados á esta diosa, era el mas hermoso. Tenia 485 piés de largo, y estaba rodeado de 127 columnas. Treinta y seis estaban esculpidas por los primeros artistas del Asia menor. Habia una sobre todas que habia sido hecha por el célebre Escopas. Doscientos veinte años fueron empleados para su construccion, y el Asia entera se disputó el enriquecerlo. La estatua de la diosa era de ébano segun unos, ó de cedro segun otros. Sobre su cabeza habia una torre, y en cada mano un leon. Su cuerpo estaba sembrado de diferentes animales, y de flores, árboles y otras plantas,

para simbolizar la naturaleza : pero, hijas mias, esta grande obra estaba destinada á perecer á manos de un fanático. Un hombre oscuro, y ambicioso de pasar á la posteridad, aunque



de una manera indigna, prendió fuego al templo, que fué consumido completamente. Este hombre se llamaba Eróstrato.

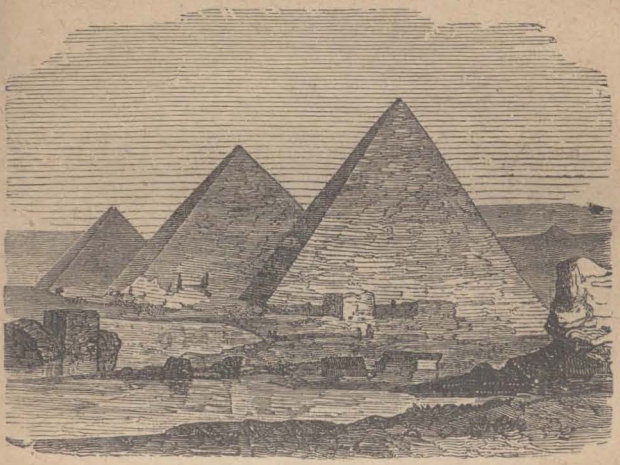
LUISA. — ¿Y porqué le prendió fuego?

EL PADRE. — Hija mia, aquel hombre, como he dicho, era oscuro, y su corazon indigno no concibió otra manera de hacerse conocer.

ENRIQUETA. — ¿Y las pirámides de Egipto?

EL PADRE. — Entre las numerosas pirámides que aun existen hoy dia en los desiertos de Egipto, se hallan tres cerca de Gizek, distante algunas leguas del Cairo, y son las que han merecido el honor de colocarse entre las maravillas. La mas grande es la pirámide de Chiop. Está hecha de roca, y tiene de circunferencia 2,640 piés, y de altura 500. Antigua-

mente se dice que se leian en sus piedras varios geroglíficos; pero el tiempo los ha borrado. Esta gran pirámide está



abierta, y se puede entrar, aunque con mucha dificultad. En el interior se hallan varias salas, y el sarcófago vacío de uno de los antiguos reyes de Egipto.

CAROLINA. — Diga Vd., tio: ¿y qué es un sarcófago.

EL PADRE. — Es la urna funeraria de los antiguos. Tambien se ven algunas galerías. Esta es la principal pirámide: las otras son poco mas pequeñas.

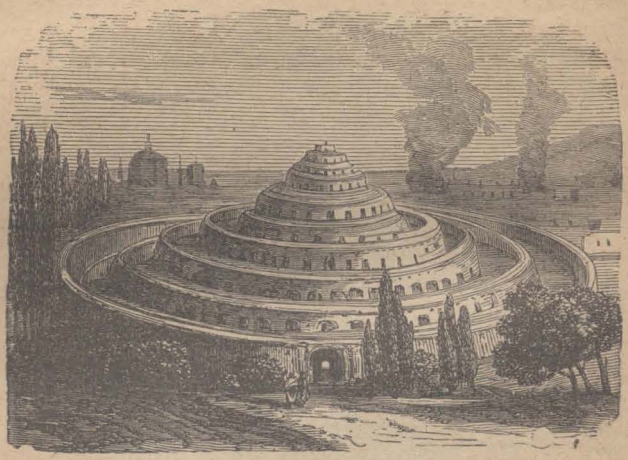
ENRIQUETA. — ¿Y para qué fueron construidas?

EL PADRE. — No se sabe á punto fijo. Algunos historiadores dicen que son las tumbas de los poderosos Faraones, los orgullosos reyes de Egipto. Por último, la última maravilla es el laberinto de Creta; pero esta podrá explicarla Luisito.

LUIS. — El laberinto de Creta era la prision del Minotauro: este era un monstruo medio hombre y medio toro.

EL PADRE. — Os advierto, hijas mias, que mucha parte de

lo que va a contar Luis es un cuento, á pesar de que los personajes han existido.



LUIS. — Este monstruo tenia su habitacion en el laberinto, donde cada año le traian siete mancebos y siete doncellas para que los devorara.

CARLOTA. — ¿Y porqué?

LUIS. — Porque habiendo los atenienses muerto á un hijo del rey de Creta, Minos, este les declaró la guerra, los venció y les puso por condicion que todos los años catorce de su nacion serian devorados por el habitante del laberinto, y el que entraba en él no podia jamás encontrar la salida. Una vez, el hijo del rey de Atenas, Teseo, se encargó de conducir á Creta los mancebos y doncellas, para ver si podia matar al Minotauro. La casualidad hizo que la hija de Minos, la princesa Ariadne, se enamorase de Teseo, el cual le prometió, que si le daba medio de matar al monstruo, la llevaria á la córte de su padre. La princesa le dió un ovillo de hilo para que lo atase á la puerta del laberinto, y lo alargase á proporcion.

Teseo lo hizo así, mató al Minotauro, y guiándose por el hilo pudo salir. Se volvió á Atenas llevándose á la princesa; pero una mañana que esta dormia, la dejó abandonada en una isla.

ANGELA. — ¿Y porqué la abandonó?

EL PADRE. — Porque una jóven que se va con un hombre no merece mas que el desprecio.

LUIS. — Al despertarse se echó á llorar amargamente, y Baco, dios del vino, viéndola tan hermosa, se casó con ella.

CAROLINA. — Desearia que nos explicara Vd. cuál es verdadero ó falso de lo que nos ha contado Luis.

EL PADRE. — Hija mia, en lugar del monstruo era un capitan cretense llamado Tauro: en lugar del ovillo de hilo fué la marca de las pisadas de Teseo: y en lugar de Baco fué un sacerdote de este dios, el que se casó con la princesa. Pero hablemos un poco de geografía, antes de hablar de historia sagrada. Mirad el mapa, y vereis dividida la Europa en diez y seis naciones principales: cuatro al Norte, siete en el centro, y cinco al Sur. Las del Norte son: Inglaterra, capital Lóndres; la Dinamarca, capital Copenhague; la Suecia, capital Estokolmo; y la Rusia, capital San Petersburgo. Las siete del centro son: la Francia, capital Paris; la Bélgica, capital Bruselas; la Holanda, capital la Haya; la Suiza, que posee tres ciudades principales: Basilea, Berna y Ginebra; el Austria, capital Viena; la Prusia, capital Berlin; y los Estados subalternos de Alemania. Las cinco al Sur son: España, capital Madrid; Portugal, capital Lisboa; Italia, ciudades principales: Roma, Nápoles, Florencia, Milan, Venecia y Turin; Turquía, capital Constantinopla; y Grecia, capital Atenas.

LUISA. — Diga Vd., papá, ¿esos paises tienen la misma religion que nosotros?

EL PADRE. — En algunos no, hija mia, tales como la Prusia, la Grecia, la Turquía, la Inglaterra y otras; pero la religion católica es la mas extendida, y la verdadera, pues las otras son falsas y sin valor. La Francia era pagana; pero se convirtió al catolicismo, gracias á la buena y santa reina Clo-

tilde, esposa del rey Clovis. Hijas mias, este hecho es muy tierno é interesante, y prueba el poder del Todopoderoso.

CARLOTA. — Cuéntelo Vd., papá.

LUISA. — Sí, papá, por Dios: porque quisiera saber cómo fué eso.

EL PADRE. — Pues escuchad. Hace muchos siglos que hubo en Francia un rey llamado Clovis, el cual se habia casado con una princesa cristiana llamada Clotilde. El rey era idólatra, y adoraba ídolos horribles, á los cuales ofrecia sacrificios espantosos de carne humana. Clovis amaba tiernamente á su esposa, y por la tarde, cuando se paseaban juntos por los jardines, escuchaba con admiracion la relacion de la pasion del Hombre-Dios. Pero á pesar de esto no queria hacerse cristiano. Sin embargo, la reina tuvo un niño, y esta le hizo bautizar y criar en la religion cristiana. El niño murió á los pocos años. Clovis no dudo que era la venganza de los dioses porque le habian hecho cristiano. Un año despues tuvieron otro hijo, y fueron necesarios todos los ruegos de Clotilde para que el rey dejase que fuese católico. Le pusieron por nombre Clodomiro; pero la desgracia perseguia á la piadosa reina, porque un año despues Clodomiro cayó gravemente enfermo. Clovis, cada vez que entraba á verle, no podia ocultar su ira á la reina, y le decia: «Habeis hecho bautizar á mi hijo, y mis dioses se vengan: vuestro Dios es impotente; vuestro Dios no es el verdadero cuando no viene á vuestro socorro.» Y se marchaba profiriendo terribles amenazas. La pobre Clotilde sufria mortales angustias, y no sabia qué pensar. La enfermedad del niño iba en aumento, ya casi no respiraba, y su vida parecia que iba á extinguirse. La reina velaba al lado de su cuna, sola y acongojada. De repente el niño hace un movimiento, agita los brazos, pide de beber y sonrie á su madre: está salvado. Pocos momentos despues Clovis entra en el cuarto, se adelanta á la cuna, y el niño reconoce á su padre y le acaricia. El rey, trasportado de júbilo, exclama: «¡Ah, Clotilde! tu Dios es bueno, tu Dios es grande. — Adoradle como yo, y volveos cristiano.» Clovis no contestó; pero mil pensamientos diversos se agol-

paban en su cerebro. Poco tiempo despues partió para una batalla contra los alemanes. Clovis nunca habia sido vencido; pero en aquel dia sus armas iban á sucumbir, sus soldados estaban aterrados, y Clovis cubierto de polvo y herido en el rostro invoca, mas en vano, sus falsos dioses. El peligro crece, los dardos de los alemanes llueven sobre Clovis, sus soldados están prontos á huir, la gloria de los francos va á sucum-

bir; pero el rey, haciendo un supremo esfuerzo, dice: «Dios de Clotilde, yo te imploro, ven á mi socorro: si gano la ba-

talla, te hago voto de hacerme cristiano. » Un imprevisto cambio se opera en las tropas : los francos acometen al enemigo; los alemanes, asustados de aquel repertino ardor, huyen espantados, y la victoria fué ganada. Clovis, lleno de gloria y cubierto de sangre y de polvo, corre á palacio, entra en el cuarto de Clotilde, la abraza y la dice : «Que el verdadero Dios sea bendito, querida esposa : ya soy católico.» Clovis fué bautizado poco tiempo despues en la catedral de Reims, y tres mil soldados con él.

CAROLINA. — ¡Qué interesante es esa historia! De manera que la Francia debe el ser cristiana á Clotilde.

EL PADRE. — Sí, hija mia.

ENRIQUETA. — ¿Y Clodomiro?

EL PADRE. — Clodomiro murió jóven en una batalla, y uno de sus hijos, Clodoaldo, fué el fundador de *Saint-Cloud*.

LUISA. — ¿Y Clotilde?

EL PADRE. — Clotilde murió en Tours, ejerciendo todas las virtudes cristianas.

LUISA. — ¡Qué buena era esa reina!

EL PADRE. — Muy buena. Pero basta ya de este asunto; y Luis va á explicarnos el casamiento de Isaac.

LUIS. — Encontrándose Abrahan ya viejo, pensó en casar á su hijo Isaac, para lo cual mandó llamar á uno de sus criados, y le dijo : «Júrame, que si yo muero, no casarás á mi hijo con mujer de la tierra de Canaan la cual habitas : sino que irás á mi tierra, y de mi parentela traerás mujer para Isaac. — Y si no quisiera venir aquí la mujer que yo escogiera, ¿llevaré á tu hijo á tu pais? — Guárdate bien de ello. Dios que me sacó de allí, mandará á su ángel para que te conduzca y te haga encontrar mujer para mi hijo.» El criado juró, y tomando diez camellos del ganado de su amo, partió llevando muchos presentes, y llegó á Mesopotamia, ciudad de Nacor. Al llegar á las puertas hizo descansar á sus camellos, y poniéndose al lado de un pozo de agua, dijo al Señor : «Señor, te ruego en este dia que me seas propicio, y pues eres el Dios de Abrahan, te ruego que le asistas. Las mozas de la ciudad vendrán muy pronto á tomar agua de esta fuen-

te, y aquella á quien yo pida de beber y me lo conceda, y me diga : *bebe tú y tus camellos tambien*, esa será la que tú tienes destinada para esposa de Isaac.»

No bien habia acabado de decir estas palabras, cuando vio llegar á Rebeca, nieta de la mujer de Nacor, con su cántaro al hombro. Era muy jóven y hermosa. Habia ido á la fuente

y se volvia con su cántaro de agua. Salió á su encuentro el criado de Abrahan, y le dijo : «Dame á beber un poquito de

agua de tu cántaro»; y ella le respondió. «Bebe, señor mio»; y bajó el cántaro para darle de beber, y despues fué á buscar agua para sus camellos y les dió de beber. El criado la contemplaba, deseando saber si Dios elegia á aquella. Cuando los camellos concluyeron de beber, le presentó unos pendientes de oro y unos brazaletes, y le preguntó de quién era hija, y si habria en su casa lugar para alojarle por aquella noche. «Yo soy hija de Batuel y nieta de Nacor, y de sobra hay en casa provision y capacidad para hospedarte.» El criado se inclinó y adoró al Señor diciendo: «Bendito seas, Dios de Abrahan, que me has guiado á casa del hermano de mi amo.» Rebeca fué corriendo á contar lo sucedido á su padre y á su hermano Laban, el cual fué á toda prisa en busca del criado de Abrahan, y le dijo: «Ven, bendito del Señor: ¿qué haces aquí? para tí he preparado alojamiento, y cuadra para tus camellos.» Dicho esto le condujo á su casa, y le presentó para que comiese; pero él lo rehusó, diciendo que no tomaria alimento hasta que hubiera expuesto su comision. «Di pues», le contestó Laban. Entonces el criado contó cuanto le habia dicho Abrahan, y enumeró las riquezas que este poseia, así como lo sucedido á su llegada á la ciudad, y concluyó diciendo: «Decidme si aceptais lo que os propongo, porque, si no, seguiré mi camino. — De ninguna manera nos oponemos: ahí tienes á Rebeca; llévatela, y sea la esposa de Isaac.» Cuando el criado oyó esto, adoró al Señor, y despues regaló vestidos y alhajas preciosas á la jóven y á sus hermanos. Al dia siguiente dispuso su viaje, y á pesar de los parientes de Rebeca que querian que estuviese aun con ellos diez dias, partieron con dos doncellas. A la caida de la tarde apercibió á un hombre que se adelantaba hácia ellos. Rebeca preguntó quién era, y habiéndole contestado que era Isaac, se echó el velo. Isaac á su llegada la tomó por esposa, y la amó apasionadamente. Ella le consoló de la muerte de su madre Sara, que aconteció poco tiempo despues.

LUISA. — De todo lo que nos han explicado de la historia sagrada, nada me ha gustado tanto como la historia de Rebeca.

ANGELA. — ¿Y porqué no quiso Abrahan que Isaac tomase esposa en Canaan?

EL PADRE. — Porque las mujeres de aquel pais estaban faltas de virtud, y Abrahan deseaba que la sucesion de su hijo tuviese por madre una mujer pura y virtuosa.

CARLOTA. — Diga Vd., mamá: ¿no podria Vd. decir á María que me dejase dormir hasta mas tarde por la mañana?

LA MADRE. — No, hija mia, porque no hay para qué dormir mucho: ya ves como yo me levanto temprano.

MARGARITA. — ¿Y porqué se levanta Vd. tan temprano, mamá? porque si yo pudiera como Vd. no me levantaria al amanecer.

LA MADRE. — Hijas mias, los dias no son bastante grandes cuando se tienen deberes que cumplir; y puedes estar segura que cuando se quiere hay bastantes cosas en que emplear ese tiempo durante el dia. Si no, ¿quién daria las órdenes á las criadas? ¿quién os peinaria y os vestiria antes de ir al colegio? Porque yo no soy de esas madres que abandonan sus hijos al cuidado de manos mercenarias.

MARGARITA. — Pero Angela y Luisa ya no necesitan que Vd. se ocupe de ellas.

CARLOTA. — Ni Luis tampoco.

LA MADRE. — Ne, hija mia; y en cuanto á Luisa, ella puede decir el trabajo que me ha costado; porque era muy descuidada para arreglar sus trajes, y siempre al entrar en su cuarto se veia el mas completo desórden.

LUISA. — Sí, y ya sabe Vd., mamá, cómo me corregí de ese defecto.

CARLOTA. — ¿Cómo?

LUISA. — Como ya no soy la misma, no me causa vergüenza contarlo. Un dia Carolina y Enriqueta me habian convidado á jugar con ellas: y yo por llegar temprano cerré mi cuarto, y dejé todo tirado por el suelo, y mis vestidos en el mas completo desórden. Pero dió la casualidad que mamá me habia comprado una muñeca, y yo quise enseñarla á mis primas. Volvieron pues á acompañarme, y entraron en mi cuarto para ver la muñeca. Cuando vieron el desórden que

reinaba en él, se echaron á reir, y yo me avergoncé de tal manera, que desde aquel dia juré que seria mas cuidadosa.

LA MADRE. — Y lo cumpliste. Pero, hija mia, Enriqueta me dijo esta mañana que le explicase de dónde venia esa tela que se llama *merino*. Se llama así, porque proviene de un carnero llamado merino. Este carnero es originario de la España, y se ha naturalizado en Francia. Esta lana es muy apreciada, porque es mas fina y mas sedosa que las otras especies de lanas. Ya sabeis que la lana es una cosa indispensable en los climas frios, sobre todo para el interior del cuerpo. Pero si supiérais cuánto hay que trabajarla desde que se la quita de la piel hasta que forma esas telas suaves y finas que se llaman merinos y paño de todas clases. Es necesario trillarla, lavarla, prensarla, desengrasarla y teñirla de azul, verde, negro ó encarnado, y despues volverla á lavar, secar, cardarla y tejerla. En fin, baste deciros que solo en eso se ocupan miles de obreros y obreras. Hijas mias, lástima os daria ver á esas pobres gentes trabajar todo el dia para ganar una mínima cantidad con que alimentarse y subvenir á sus gastos. Pero basta por hoy, hijas mias; y mañana os contaré el cuento, que he prometido á Margarita, de la *Niña mentirosa*.

MARGARITA. — Pero, mamá, yo no soy embustera.

LA MADRE. — No mucho, hija mia; pero lo poco es un gran defecto, del cual yo deseo que te enmiendes, porque cuando un tierno arbolito empieza á torcerse, es necesario ponerlo derecho antes que llegue á grande, porque si no, será difícil enderezarle. Pues de la misma manera son las malas costumbres que se adquieren en la niñez : una vez adquiridas y arraigadas, es difícil cortarlas despues que están endurecidas. Con que hasta mañana, niñas mias.

DIALOGO DÉCIMO.

ENRIQUETA. — Muy buenas tardes, querida tia.

CAROLINA. — Hemos venido temprano, porque Vd. nos prometió contarnos un bonito cuento.

LA MADRE. — Sí, hijas mias, verdad es; pero me parece que habeis dejado muy pronto el trabajo. Y si no, mirad á Angela y Luisa cómo estudian aun : en este mundo todos tienen que trabajar.

CAROLINA. — No todos, tia mia.

LA MADRE. — Todos, hija mia, lo mismo la gran señora, que la obrera. Si es una gran señora, tiene que cuidar de su familia, y una obrera tiene que trabajar para sustentarla. Y si no, si una buena ama de gobierno fuera descuidada, la robarian los criados, y estos se pondrian de acuerdo con los que surtieran de lo que se necesita diariamente para que les llevasen mas caro de lo justo.

ENRIQUETA. — Pero diga Vd. : ¿y los reyes, los ministros y los altos funcionarios del Estado?

LA MADRE. — Esos trabajan mas que nadie, porque trabajan de imaginacion, y tienen que pensar en no hacer una injusticia, porque son responsables de las desgracias ó de las prosperidades de sus súbditos. Si una madre tiene que cuidar de sus hijos, un rey es el padre de su pueblo, y sus deberes son mucho mas grandes. Pero, hijas mias, como Luisa y Angela han concluido ya de estudiar, os empezaré el cuento que prometí.

CARLOTA. — Mamá, Luis no tardará en venir, pues ha ido con papá á comprar flores. Mejor será que Vd. cuen

cuento cuando venga, porque de lo contrario lo sentirá mucho.

MARGARITA. — Mejor es que lo empiece ahora.

LA MADRE. — Carlota tiene razon; aguardaremos á Luis. Pero, hija mia, escucha: no se debe nunca dar consejos o hacer observaciones cuando la mamá dice una cosa, porque es muy feo: hay que conformarse con su voluntad.

CARLOTA. — Era porque el pobre Luis tendria pena de no haber estado aquí.

LA MADRE. — Sí, hija mia, te disculpa tu buena intencion. Pero hé aquí á Luisito. Esperábamos por tí para empezar nuestro cuento; pero ¿qué tienes? parece como si te hubieras caido... ¿lloras?

LUIS. — ¡Ay, mamá! si hubiera obedecido á papá, no me hubiera sucedido nada.

LA MADRE. — ¿Pero qué te ha sucedido?

LUIS. — Yo no sé como decirlo... al fin preciso es que me decida. Escuche Vd., mamá. Papá me habia dicho que era muy feo correr por la calle, y que además podria caerme y hacerme daño; pero yo no he hecho caso, y cuando he salido á comprar las flores, corria como de costumbre, y no ví venir un pobre viejo á quien dí un gran golpe, y además me caí en el suelo, y me he hecho daño.

LA MADRE. — ¿Lo ves? si hubieras obedecido, no te hubieras caido. Una cosa es viveza, hijo mio, y otra es aturdimiento. Así como la primera es muy buena, lo segundo no sirve sino para causar disgustos.

MARGARITA. — Pero, mamá, ¿no cuenta Vd. el cuento?

LA MADRE. — Sí, hija, mia: empiezo pues.

AMADA Y GEORGINA

ó

LA NIÑA MENTIROSA.

Habia una vez un rey, que era el hombre mas desgraciado del mundo á pesar de todas sus riquezas, porque despues de diez años de matrimonio no tenia sucesion. Un dia en que

dirigia sus quejas á los hados que le eran tan adversos, oyó un gran ruido en su cuarto, y á poco vió bajar por la chime-

nea un genio con alas, el cual le dijo : «Deseas, oh rey, tener sucesion para tu corona : bien, te la concedo; pero te advierto que tu mujer tendrá dos hijas gemelas, y al nacer yo les daré los dones que me agrade.» Dicho esto, el genio desapareció por la chimenea. Atónito se quedó el rey, pensando cuáles serian los dones que el genio daria á sus hijas. Pocos meses despues nacieron dos niñas tan preciosas, que la reina y rey estaban locos de contento. Dos amas estaban preparadas para criarlas, y se hallaban presentes. El rey entregó una de las niñas á una, y la otra estaba ya entre los brazos de la

nodriza, cuando esta despojándose del traje que tenia, quedó trasformada en una señora ricamente vestida de blanco plateado, la cual dirigiéndose á la reina, le dijo: «Soy la hada de las nieves, y acepto el criar á la princesa. Mi hermano el genio te concedió tener dos hijas, prometiendo dotarlas con diferentes dones: hélos aquí. La niña que me confias, será hermosa, amable, pero carecerá de corazon hasta que un príncipe valiente lo vaya á buscar á la montaña de las nieves donde estará encerrado. En cuanto á la otra, tendrá el defecto de ser embustera, y no lo conocerá ni se corregirá hasta que tenga veinte y cinco años. — ¿Y porqué la castigais así? — Porque si no, hubiera sido perversa toda su vida, porque tiene en su interior el gérmen del mal, y de ese modo á los veinte y cinco años, cuando sepa todas las desgracias que ocasiona la mentira, se corregirá y será una buena reina.» La reina, lo que mas desconsolada la tenia, era el saber que una de sus hijas no tenia corazon, y tanto rogó á la hada, que esta le concedió dejárselo hasta que tuviera ocho años.

Los primeros años de las dos princesas no ofrecieron nada de particular. Cuando llegaron á la edad de seis años, la tendencia de Georgina á la mentira era tal, que todo el dia lo pasaba escuchando las conversaciones de sus damas, y contándolas á su manera; pero nadie se atrevia á reprenderla, riéndose de las invenciones y mentiras que contaba. Pero esto la hacia odiosa de muchas personas á quienes con sus mentiras heria en su reputacion, en su honor ó en sus intereses. Por el contrario su hermana: su natural era tan bondadoso, su carácter tan dulce y tan caritativo, que toda la córte la adoraba, y daban gracias de poseer tan buena princesa. Esto le mereció el nombre de Amada. La reina preferia en todo á esta última, porque Georgina, además de ser embustera, era mala, y se complacia en hacer daño á todo lo que la rodeaba, y su mayor gusto era cuando veia castigar á los criados ó sus perros favoritos. Así llegaron las princesas á la edad de ocho años. El dia en que cumplian aquella edad, Amada sintió como un tiro, y de repente cambió de carácter: es decir, no de la bondad natural, pero sí del cariño que profesaba á

sus padres ó amigos. ¡La hada le habia robado el corazon! Todo el dia lo pasaba ocupada en cosas fútiles, y no le importaba que sus padres ó amigos estuvieran enfermos, ó les sucediera alguna desgracia. En cuanto á Georgina, ocupada en sus mentiras, no era posible hacer que aprendiese lo que una princesa de su rango debia. La reina murió; y el rey, que se divertia con las que él llamaba mentiras inocentes, no hacia mas que aumentar aquel vicio que cada dia tomaba mas y mas vuelo.

LUISA. — Pues qué, ¿no hay mentiras inocentes, mamá?

LA MADRE. — Todo lo que sea hacer una cosa que Dios nos ha prohibido, no puede ser inocente, y sobre todo la mentira. Muchas veces se suele decir que cuando una mentira no causa mal á nadie, no es criminal; pero es un error: si no se quiere decir una cosa tal como es, entonces vale mas callar.

MARGARITA. — Pero ¿y si no se hace mal á nadie?

LA MADRE. — Hija mia, cuando no es un daño para los otros, lo es para sí mismo; porque cuando se toma una costumbre que en un principio es inocente, luego se arraiga y nos hace desgraciados. Pero parece que Carolina se pone muy encendida: ¿será que haya cometido alguna falta semejante?

CAROLINA. — Me acuerdo, tia mia, que una vez causé una gran pena á una doncella de mamá por una mentira.

CARLOTA. — ¿Y porqué?

CAROLINA. — Te lo diré. Un dia en que mamá habia salido, entré yo en su cuarto, y empecé á registrar varias porcelanas que mamá tenia encima de la chimenea, y tomando una taza, la dejé caer y la rompí. Espantada, me fuí corriendo á la sala, y cuando mamá vino, no le dije nada. Es de advertir que aquella taza era un recuerdo de mi abuela, y que mamá hubiera querido mejor perder una alhaja que la taza. Por esto mismo, y temiendo la ira de mi mamá, no me atreví á decirle lo sucedido. Pero teniendo necesidad de entrar en su cuarto para desnudarse, encontró la taza hecha mil pedazos. Llamó á los criados, me llamó á mí, y bajo mi palabra de que solo Juana habia entrado allí, mamá se convenció de

que habia sido la doncella. Pero lo que mas la enfadaba, era que aquella negaba haber sido quien habia roto la porcelana. En fin, básteos decir que Juana salió de casa aquel mismo dia, y que desde entonces no ha pasado dia en que no haya tenido remordimientos, y no haya estado cien veces para declarárselo á mamá.

LA MADRE. — Continúo. Un dia que aquella se hallaba en

el jardin de palacio, oyó la conversacion de dos señoras cu-

yos esposos eran ministros de su papá, en la cual se trataba de una invitacion que iban á hacer á una señora para comer en su casa. Georgina corrió á contárselo á su papá, añadiendo que segun lo que habia oido seria un gran festin, y que debian asistir multitud de personas, entre las cuales se encontraria el príncipe Vicitro, enemigo declarado del padre de Georgina. Furioso este de que sus ministros recibiesen aquel príncipe en su casa y le convidasen á comer, desterró á sus ministros, y les quitó todos los honores. De este género ocurrieron todos los dias desgracias en la córte, y todo provenia de los cuentos de Georgina.

Ya habian llegado las dos hermanas á quince años, y el rey hizo anunciar que el que pudiese ir á la montaña de las nieves y traer el corazon de Amada, seria su esposo, cuando un príncipe de un pais cercano pidió la mano de Amada aceptando la condicion de ir á la montaña nevada y traer el corazon de la princesa. El príncipe valiente partió en un gran caballo, y despues de quince dias de viaje llegó á un pais habitado solamente por los osos y las panteras. Un solo hombre habia allí, llamado *el viejo de la llanura*. El príncipe entró en su casa y le contó el motivo de su viaje, en el cual se interesó mucho el viejo, y le dijo: «Amable jóven, tu valor me ha vencido. Me habia prometido no dejar pasar á nadie en busca del corazon, pero á tí te dejaré pasar. Y para vencer todos los peligros que te esperan, te doy esta varita, y con ella á tu llegada á la montaña, tendrás el corazon de Amada. Y ahora te daré dos osos para que te conduzcan hasta la entrada del llano de Cuiler.» El viejo le dió la varita, y el príncipe, despues de darle las gracias, partió escoltado por los osos. Al cabo de algunos dias llegó al llano, y desde allí emprendió su camino. A los dos meses llegó al pais llamado de los efímeros, porque no vivian mas que un dia.

MARGARITA. — ¿Cómo un dia?

LA MADRE. — Sí: por la mañana nacian, al medio dia eran jóvenes, por la tarde se casaban, y por la noche morian.

CARLOTA. — ¡Ay, mamá! ¡qué pena vivir en un pais así!

LA MADRE. — Hija mia, si no se sabe emplear bien su tiem-

po, al cabo de cincuenta ó sesenta años no habremos sacado mas provecho que ellos viviendo un dia.

LUISA. — ¿Y pórqué?

LA MADRE. — Porque de esos cincuenta años hay que qui-

tar mas de la mitad que pasamos en dormir; despues diez años que empleamos en aprender todo; otra parte de tiempo, en el cual las enfermedades nos retienen en la cama: de manera que si los pocos años que quedan libres de todo eso no sabemos emplearlos, cuando llega nuestra última hora vemos con dolor que vamos á morir, y que hemos pasado la vida en hacer daño á nuestro prójimo, ó en cosas fútiles y de ningun provecho.

MARGARITA. — ¿Y qué le sucedió allí al príncipe?

LA MADRE. — Lo que le sucedió, fué que estando muy cansado del camino, se quedó dormido al pié de un árbol, y al despertarse se miró en un arroyo, y vió que tenia el pelo blanco.

MARGARITA. — ¿El pelo blanco?

LA MADRE. — Sí: habia sufrido la ley del pais, envejecer al llegar la tarde: lo cual quiere decir que la vejez llega mas pronto de lo que pensamos. Al verse así el príncipe no supo qué pensar, y se dirigió á una mujer que allí habia. «Buena mujer, le dijo; decidme en qué pais estoy, y si podré salir de él hoy. — Estais en el pais de los efímeros: y si no salis de aquí dentro de una hora, vais á morir. — ¿Cómo, á morir? ¿Porqué? — Porque dentro de una hora cumple el tiempo de vuestra edad. — ¿Y cómo saldré de aquí? — Difícil lo veo; pero podeis dirigiros al rey.» Dicho esto, desapareció la mujer, y el príncipe anonadado pensaba en Amada, á quien no podria cumplirle la palabra. Pero como se encontraba á orillas de un arroyo, vió de repente abrirse el puro cristal de las aguas, y aparecer una hermosa jóven acompañada de varias ninfas. «Príncipe valiente, la princesa Amada me salvó un dia de manos del pueblo, quien queria sacrificarme á causa de una mentira que la princesa Georgina habia dicho contra mí. Para pagarle á Amada este servicio, te ofrezco salvarte de la muerte que te espera. Yo soy la hada de las aguas: sube sobre este carro que te conducirá hasta los límites de este reino.» El prín-

cipe subió sobre aquel precioso carro de conchas, y pronto se vió fuera del reino de los efímeros.

Anduvo todo aquel dia, y al anochecer entró en un bosque tan espeso, que no podia distinguir dónde se hallaba. De repente se vió rodeado de figuras siniestras, y no dudó seria una banda de ladrones. El príncipe se defendia; pero pronto iba á sucumbir al número, cuando el jefe de ellos exclamó: — Deteneos: si no me engaño á la luz de ese rayo de luna que penetra por entre los árboles, he reconocido al príncipe Valiente. — Sí, yo soy: ¿qué quereis? ¿una fuerte suma por mi rescate? — No: soy del reino de la princesa Amada, y no podria hacer daño al que debe de ser su esposo. Ven á nuestro palacio, y te contaré mi historia y la de mis compañeros. » El príncipe siguió á los ladrones no bien repuesto aun de aquella aventura, y poco despues llegaron á un magnífico palacio en que reinaba el mayor silencio y oscuridad. Los ladrones introdujeron á Valiente en una sala baja en que se hallaba preparada una mesa frugal, pero todo muy en órden y limpio. Una jóven hermosísima se presentó con una luz, y el jefe de los ladrones le dijo :—Blanca, sirve al príncipe Valiente que es nuestro huésped, y prepárale una buena cama y un buen fuego.— El príncipe no podia volver de su sorpresa encontrándose tan bien tratado por los que él creia unos bandidos: y deseando aclarar aquel misterio, dijo al que parecia el jefe: — Tú me has prometido contarme el cómo os encontrais aquí, y te aseguro que deseo mucho oir vuestra historia. — Señor, voy á cumplir mi palabra, empezando por la mia. Yo soy Mario. — ¿Mario? exclamó el príncipe. ¿Tú el favorito del padre de Amada? pues ¿por qué cadena de circunstancias!... — Escuchad. Un dia en que yo salia de palacio y atravesaba los jardines, me entretuve en hablar con uno de los mayordomos sobre un nuevo decreto que el rey habia dado. No dije nada contra él, ni contra su determinacion: pero por la noche mi fiel criado Amauri vino á advertirme, que la fuerza armada rodeaba mi casa; que segun habia oido, el rey mandaba confiscar todos mis bienes, y que muy pronto debian juzgarme. Espantado huí, y anduve errante dias y

noches sin abrigo ni sustento, hasta que por fin descubrí este palacio abandonado y me refugié en él. Lejos de mi pais, sin amigos, sin dinero, tuve que acometer al primer viajero que pasó; no para hacerle daño, sino para que me diese una parte de su dinero. Una noche, en que salia como de costumbre, me encuentro con un comerciante que iba á mi patria. Le perdoné toda su fortuna á la condicion de que llevaria una carta para un antiguo amigo mio. Encargóse de ella, y cuando volvió á pasar por el bosque me dió la contestacion. Por aquella carta supe que ya no poseia nada, que me habian declarado traidor, y pregonado mi cabeza. Me decia, que una conversacion que la princesa Georgina me habia oido, era lo que me habia perdido. Como conocia el defecto de aquella princesa, no dudé que habia contado á su padre un cuento sobre lo que yo habia dicho. Ahora toca á mi segundo compañero contar su historia.

MARGARITA. — ¿Cómo la mentira de Georgina habia podido perder aquel buen hombre?

LA MADRE. — Hija mia, cuando se llega á estar dominado de ese vicio, se encuentra una diversion en la desgracia de los otros.

LUISA. — ¡Pero esa Georgina era muy mala!

LA MADRE. — Sí, hija mia: ella creia que sus mentiras no tenian consecuencias tan fatales.

CAROLINA. — Continúe Vd., tia: no sabe cuán curiosa estoy de saber el fin de esa historia.

LA MADRE. — El segundo ladron tomó la palabra y empezo de esta manera:

— Yo soy el banquero Miramonil, y debo mi desgracia á la princesa Georgina. — ¿Cómo? dijo el príncipe: ¿siempre ella? — Sí, siempre ella. Yo tenia un crédito inmenso en la córte; y todos, creyéndome muy rico, me confiaban sus capitales, con los cuales giraba, y cumplia mis compromisos. Un dia me encontré en palacio con un íntimo amigo, á quien le pedí prestada una cantidad que me era necesaria, y que yo pensaba reembolsarle muy pronto. Pero la princesa, habiendo oido esta conversacion, por la noche contó á todos que

yo estaba arruinado. Esta noticia asustó á mis amigos y á los que me prestaban su confianza, y todos me reclamaron su dinero. No pude darles todo y me declararon en quiebra, me vendieron todo, y desesperado salí de aquella maldita ciudad que estaba presidida por el mal genio de la mentira. Como yo sabia dónde se hallaba Mario, vine á reunirme con él.

CARLOTA. —¡Ay, mamá! ¡qué mala que era esa princesa! Ciertamente que debian de odiarla.

LA MADRE. — Así era, hija mia: pero mañana concluiremos este cuento, porque ahora Angela va á contarnos la historia de Esaú y Jacob, hijos de Isaac.

LUISA. —¿El que por comer un plato de lentejas vendió su derecho de primogénito?

LA MADRE. — Sí, hija mia.

ANGELA. — Dios concedió dos hijos á Isaac: uno llamado Esaú y otro llamado Jacob. Esaú era rubio como unas manzanas de oro; y cuando llegó á grande, era muy diestro en

la caza, y á su hermano al contrario le agradaba mucho vivir en las cabañas y estar tranquilo. Isaac queria mas á Esaú, y Rebeca preferia á Jacob. Un dia que este habia hecho una menestra de lentejas, entró su hermano y le dijo: — Dame de esa menestra, porque estoy muy cansado. — Pues entonces véndeme tus derechos de primogénito. A lo cual le respondió su hermano: — Bien lo quiero ¿de qué me servirá ser mayor? — Pues júramelo. — Esaú se lo juró, y le vendió sus derechos. De esta manera llegó Jacob á ser el primogénito.

LA MADRE. — Ya veis, hijas mias, á dónde conduce la glotonería: á vender hasta sus títulos.

EL PADRE. — Ahora Luis continuará la historia de Jacob.

LUIS. — Siendo Isaac muy viejo y teniendo muy débil la vista, bendijo á Jacob, creyendo bendecir á Esaú, y desde entonces este odiaba á Jacob, y habia prometido vengarse. Rebeca dijo á Jacob: — Hijo mio, temo que vuestro hermano Esaú quiera vengarse de vos: por consiguiente, idos á vivir en compañía de vuestro tio Laban hasta que su ira se haya apaciguado. — Obedeció á su madre: y habiendo recibido la bendicion de su padre, partió. Laban tenia dos hijas: una muy hermosa llamada Raquel; y otra muy fea, llamada Lia. Jacob se enamoró de Raquel y le dijo á su padre: — Te serviré siete años para que me des por esposa á tu hija Raquel. — Bien, le contestó Laban: mejor te la daré á tí que á un extraño. — Concluidos los siete años Laban le engañó, pues en lugar de darle á Raquel le dió á Lia. Como las mujeres en aquel pais se casaban tapadas, Jacob no conoció el engaño sino despues de la ceremonia. Se encolerizó y Laban le dijo. — Aquí no es costumbre casar á las menores antes de las mayores: sin embargo, si quieres servirme siete años mas, te daré á Raquel. — Efectivamente, pasado este tiempo, se casó con Raquel y se enriqueció mucho. Jacob no amaba á su mujer Lia, y Dios para consolarla le concedió una multitud de hijos y á Raquel ninguno. Por fin, esta tuvo uno llamado José. Por aquel tiempo Jacob se volvió á su pais, y encontró á Esaú que le salia al encuentro con un gran nú-

mero de hombres armados. Jacob tuvo miedo, pero el Señor mandó un ángel y apaciguó la cólera de aquel.

CAROLINA. — ¿Y no fué Jacob quien tuvo una hija llamada Dina que fué esposa de un rey?

EL PADRE. — Sí, hija mia. Dina deseaba mucho ver las damas de Siquem; y cuando el rey la vió, se enamoró de ella y la robó. Sus hermanos se enfadaron; pero el rey les dijo: «Para apaciguaros me casaré con ella.» Algunos hermanos de Dina consintieron; pero sus dos hermanos Leví y Simeon mataron al rey é hicieron prisioneros á todos los habitantes de Siquem. Jacob tuvo mucha pena, y se fué á vivir á Belen, donde tuvo un hijo llamado Benjamin. Su madre Raquel murió, é Isaac tambien murió á la edad de ciento ochenta años. Pero vamos á ocuparnos de otra cosa, y Angela nos explicará cómo hace esos lindísimos cestos de musgo que tanto os agradan.

CARLOTA. — El otro dia ha hecho uno para la abuelita, que es muy bonito.

CAROLINA. — Querida Angela, haz el favor de explicar cómo lo has hecho.

ENRIQUETA. — Sí, porque desearia yo hacer uno lo mismo.

LUISA. — No es difícil; yo he aprendido tambien.

MARGARITA — Angela me ha hecho uno para mi muñeca: es muy buena mi hermanita.

ANGELA. — ¡Y lo contenta que está Margarita con él! Escucha, Enriqueta, y verás cuán fácil es. Es necesario hacer una cesta de carton, redonda ó cuadrada, con asa ó sin ella, segun se desea. Debe de estar muy estirado y cubierto exteriormente con papel blanco ó verde. El asa tiene que estar cosida tambien al exterior para que se pueda cubrir bien con el musgo. Si este es de diferentes colores, hará mejor efecto. Se puede coser ó pegarle con goma, engrudo ó cola. Te aseguro que es muy agradable este trabajo.

CAROLINA. — Querida prima, no he visto ninguna jóven como tú: para todo cuanto se desea saber, no hay mas que dirigirse á tí.

ANGELA. — No todo : pero lo que sé, tengo una verdadera satisfaccion en enseñarlo.

ENRIQUETA. — Eres muy buena, Angela, y muy complaciente.

LUIS. — ¿Quereis que os diga cuantas montañas hay en Europa?

LUISA. — Sí, explícanos todo eso, Luisito.

LUIS. — En Europa, queridas hermanitas, hay veinte montañas, que son las mas nombradas, entre las cuales hay nueve grandes y once pequeñas. Las grandes son los montes Urales, entre Europa y Asia; los Alpes, entre la Noruega y la Suecia; los Pirineos, entre Francia y España; los Alpes, entre Francia é Italia; los Apeninos, que atraviesan esta última; los montes Carpacios, en el imperio de Austria; los montes de Balkan, en Turquía; y el monte Cáucaso, que va desde el mar Negro hasta el mar Caspio. De los pequeños los principales son: los montes Cheviot, que separan la Inglaterra de la Escocia; los Vosges, el Jura y las Cevenas, en Francia; las montañas de la Córcega, la Sierra de Gredos y Sierra Nevada, puntos los mas altos de la España.

EL PADRE. — Perfectamente, Luisito : veo que adelantas en la geografía, y me alegro mucho.

CAROLINA. — Luisito, yo tambien voy á explicar alguna cosa. ¿Sabeis lo que es el Nilo?

LUIS. — Es un rio.

CAROLINA. — ¿Y dónde está?

LUIS. — ¿Crees que no lo sé? Está en Egipto.

LA MADRE. — Explícanos lo que sabes del Nilo, Carolina.

CAROLINA. — El Nilo es una de las maravillas de Egipto. Segun dicen, su nacimiento no se conoce. Hace muchos siglos que se ha tratado de saber, pero inútilmente. Se cree que baja de unas montañas muy elevadas, llamadas de la Luna. Durante tres ó cuatro meses el Nilo se desborda y cubre el Egipto entero, y esto es un beneficio para aquel pais, porque como llueve poco, su suelo seria ardiente é inhabitable sin ese favor del cielo. De manera que en invierno, cuando todos los paises están cubiertos de nieve y dominados por el

frio, el Egipto está alumbrado por un sol magnífico, y sus campos están esmaltados de frescas y olorosas flores. En el Nilo hay muchos cocodrilos: todos los demás animales los temen, y solo un pájaro, llamado en idioma del pais *sag-sag*, es querido de él: la razon es que cuando el cocodrilo duerme, su boca se llena de sanguijuelas que le incomodan extraordinariamente; y el *sag-sag* viene á comérselas y á librarle de ellas. Es muy peligroso bañarse á las orillas del Nilo á causa de los cocodrilos.

LA MADRE. — Mi querida Carolina, veo con gusto que te aplicas; y créeme, hija mia, que es el solo medio de adelantar.

EL PADRE. — ¿Y cuáles son los rios principales de la Francia?

ANGELA. — Son el Saona, el Loira, el Ródano, etc.

LA MADRE. — De la geografía de la Francia hablaremos otro dia: hoy ya es tarde, y podemos separarnos.

DIALOGO UNDÉCIMO.

LA MADRE. — Esta tarde, señoritas, espero que se trabajará, porque hace ya dos dias que no nos reunimos. Carolina y Enriqueta han estado en el campo, y nosotras tambien hemos estado en casa de unas amigas en San German.

CAROLINA. — Verdad es, y nos hemos divertido mucho.

ENRIQUETA. — ¡Si Vd. supiera cuánto nos hemos acordado de Vds.!

LUISA. — Tambien nosotras, porque hemos visto muchas cosas, y jardines muy bonitos.

MARGARITA. — Sí, y hemos sabido la historia de una margarita.

CARLOTA. — Y la historia de una niña, que por cierto es muy triste.

CAROLINA. — Ya nos las contareis.

LUISA. — Ciertamente.

LA MADRE. — Pero no hoy, porque no sé si tendremos tiempo. En fin, despues de concluir *Georgina*, si no es tarde, porque quisiera tratar un poco de historia.

CARLOTA. — Sí, mamá; pero antes permítame Vd. que cuente á Carolina que hemos visto unas flores preciosas, y que se encontraban en el agua.

MARGARITA. — Sí, y papá nos cogió alguna de estas flores.

LUISA. — Papá dijo que se llamaban flores acuáticas.

CAROLINA. — Pues si están dentro del agua, ¿cómo pudo cogerlas?

EL PADRE. — Muy sencillo es, querida niña. Como el tiempo estaba magnífico, las señoras en cuya casa estábamos, nos propusieron un paseo en un bote: aceptamos, y el lago estaba tan tranquilo y tenia un agua tan clara y trasparente, que se veian todas esas plantas como si fuera en un espejo. Los juncos, las sagitarias y las mas lindas cañas tocaban á los lados de nuestro bote.

MARGARITA. — ¿A aquella araña que parecia que volaba sobre el agua? ¿Cómo es, papá, que no se hundia y se ahogaba?

EL PADRE. — Porque aseguran que tienen una bolita en los piés que las sostiene en la superficie.

CARLOTA. — ¿Y porqué daban tantas vueltas?

EL PADRE. — Porque espantan algun insecto que nosotros no podemos percibir,

LUISA. — Pues qué, ¿su vista es mejor que la nuestra?

EL PADRE. — Sí, hija mia: la vista es un órgano muy desarrollado en los insectos.

CARLOTA. — Y tambien vimos suspendida á los juncos como una especie de tela.

EL PADRE. — Sí: allí depositan sus huevos para preservarlos de la humedad.

MARGARITA. — Y papá nos cogió flores. ¿Te acuerdas cómo se llaman, Luisa?

LUISA. — Sí, miosotis ó vellorilla, que llaman tambien *oreja de raton*.

CARLOTA. — ¿Y la que mamá me dió á mí?

LA MADRE. — Se llamaba *no me olvides*.

CARLOTA. — ¿Y porqué se llama así?

LA MADRE. — Porque una vez en Alemania habia un niño que se paseaba á la orilla del agua con su mamá: aquel le pidió unas flores que habia dentro del rio; y su madre al ir á cogerlas, resbaló y cayó, pero antes de ahogarse tuvo tiempo de decir: «no me olvides.»

MARGARITA. — ¡Pobre niño!

CARLOTA. — Mejor dicho: ¡pobre de su mamá! porque murió.

ANGELA. — No sé quién seria el mas desgraciado, si él ó su madre; porque á mi parecer, cuando muere alguna persona á quien se ama, debe ser en los que le sobreviven una pena eterna. Si es un niño el que ha muerto, va á la mansion de los justos, y desde el cielo ruega por sus hermanitos y por su madre; y si es una persona mayor, habiendo sido virtuosa y buena, tambien va al lado del Señor; de manera que son siempre los que quedan en este mundo los mas infelices.

ENRIQUETA. — ¿Y si muere una persona que ha sido malvada?

LA MADRE. — Hija mia, su cuerpo reposa en el sueño eterno, y su alma tiene que presentarse ante el juicio de Dios, el cual juzgará sus buenas ó malas obras.

CAROLINA. — Diga Vd., tia mia: ¿qué dirá Vd. si le cuento lo que mi nodriza me ha dicho?

LA MADRE. — ¿Y qué ha sido, que tan extraordinario te parece?

CAROLINA. — Figúrese Vd. que fui á ver á mi nodriza, y

viendo que no tenia ni persianas, ni cortinas, y muebles muy escasos, le dije: « Verdaderamente que me da mucha lástima verte así, y no sé cómo puedes vivir sin tener ni aun una butaca para sentarte. Y ella me contestó. mi querida Carolina, no me creo tan infeliz como tú crees. Cuando trabajo á la sombra enfrente de esa tierra llena de trigo; cuando contemplo las viñas que crecen y prosperan, y prometen una buena vendimia, me considero mas dichosa que cuando me hallaba en tus habitaciones elegantes y ricas, porque siempre están cerradas para que el aire ó la humedad no destruyan los muebles. Aquí veo el azul del cielo y el sol naciente que dora todo el rededor de mí: esto me hace pensar mas en el Criador, y me contemplo muy feliz. »

LA MADRE. — Tiene razon, hija mia. Ella se cree muy dichosa, porque ve que Dios, que ha criado todo aquello, no la abandonará; y que los lujosos muebles y las habitaciones ricamente amuebladas han sido invento de los hombres. Además, que ella, no estando acostumbrada á vivir de otra manera desde que ha nacido, y con las pocas comodidades que tiene, es mas feliz que una reina.

MARGARITA. — Pero, mamá, ¿no continúa Vd. el cuento de Georgina?

CARLOTA. — Sí: deseo mucho saber la historia del tercer ladron.

LA MADRE. — El tercer ladron dijo ser un rico empleado de palacio, y que estando un dia en casa de una señora, oyó decir que un caballero de la córte habia dicho la víspera, en una conversacion en que se trataba de él, que sabia que era un hombre indigno y falto de honor. Furioso el empleado corrió á casa de aquel, le desafió y le mató. La justicia se informó, y por evitar un patíbulo, huí, y me vine con mis compañeros. El cuarto contó tambien sus aventuras parecidas á las de sus compañeros, y despues fué el turno de los otros dos. El quinto contó que se habian vengado de él por una expresion que dijo, alusiva á los chismes de la princesa; y el sexto por querer instruir al rey de lo mismo. — ¿Y esa señora que con vosotros veo? preguntó el príncipe. — Es mi hermana,

dijo el banquero. Blanca es tambien víctima de los chismes de Georgina. — ¿Cómo? — Sí. Figuraos que un dia, estando en casa de una amiga suya, se quejó del carácter duro de su marido, añadiendo que llegaria dia en que la vida le fuese insoportable. Aquella señora le dijo á Georgina, que era lástima que una señora tan cumplida como mi hermana fuese tan desgraciada con su marido; añadiendo que podria haberse casado con un caballero de la córte que todavía la amaba en silencio, y sufria viéndola desdichada. La princesa corrió inmediatamente á contarlo en los círculos de la córte; y habiendo llegado á oidos de mi brutal cuñado, este quiso vengarse de su mujer, y la hizo echar de su casa. Por entonces fué cuando yo huí, y ella me acompañó. — ¿Pero la princesa no sabe todos los males que causa con sus mentiras? — No: porque segun dijo la encantadora, ella no podrá conocer ese defecto, sino cuando tenga veinte y cinco años. — ¿Y Amada? — Amada es una princesa dulce y amable: pero como le falta el corazon, no toma interés por nada. Hace poco perdió su lebrel favorito, y recibió esta noticia con la sonrisa en los labios. El rey su padre estuvo enfermo de tal manera que temieron por su vida: y cuando se lo dijeron se enfadó mucho, porque le habian interrumpido el estudio de una cancion nueva al piano. ¡Qué desgracia! ¡Y cuán feliz me considero si consigo devolverle lo solo que le falta para ser una princesa completa de todos los buenos dotes de la naturaleza! Y os prometo, que si esto es así, yo remediaré vuestros males. Ahora voy á descansar para partir con la aurora, pues aun tengo mucho que andar para llegar á la montaña Nevada. — El príncipe se retiró, y á la mañana siguiente se puso en marcha, prometiendo hacer cuanto le fuera posible para que volviesen á la córte aquellas víctimas de la impostura.

Al medio dia llegó a una casa de campo de la mas linda apariencia, y en ella pidió de comer, y se acostó para descansar un poco. Cuando se levantó, se admiró de ver que el cuarto no tenia salida, y que la puerta por la cual él habia entrado estaba tapiada. Pero acordándose de su varita que le

habia dado el viejo de la llanura, y agitándola en el aire, vió aparecer en uno de los lados del cuarto una enorme cabeza de un pescado, la cual abriéndose le mostró una salida oculta.

El príncipe salió por ella, y al anochecer llegó á un pais desconocido, y lo que mas le admiró, fué que vió por las calles multitud de hombres y mujeres de porcelana.

MARGARITA. — ¿De porcelana?

LUISA. — ¿Pues cómo?

LA MADRE. — Sí, hijas mias: un mal genio habia condenado á los habitantes de aquella ciudad á ser trasformados en porcelana, para que todos los viajeros que se dirigieran á la montaña Nevada fuesen trasformados tambien. Pero el príncipe con su varita mágica pasó, sin que semejante desgracia le sucediera; y al amanecer del dia siguiente llegó á la montaña. Allí le esperaba ser convertido en nieve, si no hubiese sido tambien por la misteriosa varita; y gracias á ella rompió la pared de nieve que encerraba el corazon de la princesa, y se apoderó de él. Triunfante volvió á tomar su

camino; y al tercer dia, despues de haber pasado á ver á los ladrones, y haber dado gracias al viejo de la llanura, llegó á

una poblacion donde se vió acometido por una bandada de genios que quisieron hacerle prisionero: pero en aquel momento una enorme mariposa se abrió; y el príncipe vió dentro de ella un carro oculto con sus alas, y no dudando que seria tambien obra de la varita, montó en él, y escoltado por un regimiento de mariposas, entró en el reino de Amada, justamente el dia en que cumplian veinte y cinco años las dos hermanas.

Gran rumor habia en la ciudad: se decia que la princesa Georgina, asustada de todos los males que habia causado con sus chismes y embustes, pensaba retirarse á un convento,

El príncipe se presentó en palacio y vió al rey, el cual no sabia como manifestar su júbilo por la restitucion del corazon de Amada. Esta princesa fué mandada llamar, y se presentó á los ojos del príncipe mucho mas bella aun, que cuando él la habia dejado. — Me habeis mandado llamar, papá, justamente cuando estaba en la siesta, y he sentido infinito que me hayan turbado mi sueño. — Hija mia, te he llamado para presentarte al príncipe Valiente de vuelta de su viaje en busca de tu corazon, en el cual ha corrido mil peligros: pero ahora ya puedes disponerte á ser su esposa. ¿Te agrada? — ¡Ay, papá! me es igual: lo mismo me da este príncipe que otro, y no sé por qué ha ido á exponerse para traer aquí mi corazon. — El príncipe, que la observaba, dió una vuelta á la varita, y el corazon fué á tomar su sitio en el cuerpo de la princesa. Esta, no bien se halló dotada de ese gran sentimiento, cuando conociendo el inmenso servicio que le habia hecho el príncipe, se dirigió á él, y le dijo: — Príncipe, aquí teneis mi mano, la sola recompensa que yo pueda daros por el riesgo que habeis corrido, y lo que habeis hecho por mí. Yo antes no conocia lo que era el cariño de mi padre, de los amigos, y era insensible á todo. Gracias mil, porque conozco que sin el corazon hubiera sido toda mi vida un ente inútil en la sociedad. — Enternecido el príncipe, pidió permiso al rey para indultar á los desgraciados del bosque los cuales no eran criminales mas que por boca de la princesa Georgina. El rey, enternecido al saber la verdad, concedió al príncipe lo que deseaba, é hizo venir á Georgina. La princesa se echó llorando á los piés de su padre, y dijo: que bien conocia lo insoportable y odiosa que seria su presencia: que habia visto las desgracias causadas por ser embustera, y que deseaba retirarse á una ermita para hacer penitencia. Cuando ella pronunciaba estas palabras, la hada de las Nieves se apareció, y dijo: — Georgina, Amada: no creais que he obrado con maldad al daros á cada una un defecto. No: tú, Georgina, hubieras sido malvada mas aun, porque tus instintos lo eran: pero, habiéndote hecho conocer á los veinte y cinco años los males que has causado con tus mentiras, en

lo sucesivo serás virtuosa, amable y buena. Tú, Amada, te he hecho conocer, que una persona sin sensibilidad es como una bestia, inútil en la sociedad; y que un buen corazon es apreciado de todos. Tú serás buena esposa y buena hija. Y

ahora adios: os dejo, y sed felices. — Pocos dias despues se efectuó el enlace de Amada y Valiente. Georgina no quiso permanecer en la córte, y se retiró al campo con dos criadas, donde vivió siendo un ejemplo de virtud y de bondad. Los habitantes del bosque volvieron á la córte, y perdonaron á Georgina cuando vieron su arrepentimiento.

CAROLINA. — ¡Qué cuento tan bonito! mamá, le aseguro á Vd. que no quisiera verme en el caso de Georgina.

ENRIQUETA. — Ni yo, porque me hubiese hecho odiosa á todos.

LA MADRE. — Así es, hija mia. La mentira es un defecto, por el cual nadie nos quiere confiar nada: todos se ocultan de nosotros, y nos miran como una persona de la cual se debe huir.

EL PADRE. — Hablemos un poco de historia y geografía.

CARLOTA. — Permítame Vd., papá, que le pregunte a mamá, ¿si todas las personas son como Georgina, y no conocen sus defectos?

LA MADRE. — Sí, hija mia; porque el amor propio nos impide conocerlo.

EL PADRE. — Luisito, explica la historia de José.

LUIS. — Jacob amaba mas á José que á sus hermanos, porque era el penúltimo hijo, y porque su madre habia sido Raquel, á quien él tanto habia querido. Sus hermanos le odiaban á causa de esta preferencia: y esto se aumentó cuando José les contó el sueño que habia tenido, el cual era: Que las gavillas de espigas de sus hermanos adoraban la suya. Tambien tuvo otro en que habia visto el sol, la luna y once estrellas que le adoraban. A este sueño le contestó Jacob de esta manera:—¿Crees que te adoraremos porque tú serás

mas que nosotros y que seremos tus siervos? — Un dia que su padre le mandó á ver qué hacian sus hermanos, estos al

verle dijeron: « Matémosle: » pero habiendo diversas opiniones, determinaron echarle en una cisterna, segun consejo de su hermano Rúben. Le quitaron su túnica. que estaba bordada de varios colores, y le echaron en la cisterna. Cuando estaban comiendo, vieron venir unos mercaderes de mirra y otras esencias, que iban á Egipto, sacaron a José de la cisterna y le vendieron como esclavo. Despues, tomando la túnica de José, y tiñéndola con la sangre de un cabrito, se la llevaron á su padre, el cual creyó que alguna bestia feroz le habia devorado.

CARLOTA. — Diga Vd., mamá: ¿se deben de creer los sueños que se tienen?

LA MADRE. — No, hija mia, porque Dios no ha mandado advertencias en los sueños sino á los antiguos profetas, porque eran muy buenos: pero nosotros no merecemos esos señalados honores.

ENRIQUETA. — Pues yo conozco una señora que adivina el pasado y el porvenir en una taza de agua.

LA MADRE. — Esa señora es necia, porque nunca una persona instruida debe de ocuparse de esas ridiculeces. Pero continúa, Luisito.

LUIS. — José fué llevado á Egipto, y vendido como esclavo á Putifar, general de las tropas de Faraon. Como José era bueno, y era querido del Señor, la casa de su amo se llenó de la bendicion de Dios; y Putifar tanto llegó á querer á José, que le confió el gobierno de su casa. Pero la mujer de Putifar, que era muy malvada, quiso que atentase al honor de su marido, y José habiéndose opuesto, aquella le dijo á su marido que el esclavo hebreo era un infame. El marido lo creyó, y encerró á José en la cárcel.

MARGARITA. — ¡Pobre José!

LUIS. — El alcaide de la cárcel, movido de la buena conducta y dulzura de José, le acordó su amistad. En la misma cárcel se encontraban el panadero y el copero de Faraon, los cuales tuvieron un sueño que explicaron á José. El copero le dijo, que habia soñado que tenia unas hermosas uvas, y que exprimia el zumo en un vaso para que bebiera el rey. José

le dijo, que aquel sueño queria decir que su amo le perdonaria; añadiendo: «Cuando vayais á la córte, interceded con el rey para que me saque de aquí.» El panadero dijo, que habia soñado que llevaba encima de su cabeza tres cestos de harina, y que en el de encima habia viandas, y las aves comian de ellas. — Eso quiere decir, le dijo José, que te quedan tres dias que vivir, y al cabo de ellos Faraon te hará cortar la cabeza. Y efectivamente sucedió lo que José habia dicho pero el copero, cuando volvió á la córte, se olvidó de José.

LUISA. — ¡Qué ingratitud!

CARLOTA. — ¡Vaya una manera de agradecerle el adivinar el sueño del copero!

CAROLINA. — Pensaria que si José iba á la córte, el rey le querria mas que á él.

ENRIQUETA. — Pues yo, si fuese amiga de una reina ó princesa, no tendria envidia de que otros consiguiesen su amistad.

LA MADRE. — Tú piensas así ahora: pero, hija mia, el incienso y la adulacion de las córtes cambian los caracteres; y para poder vivir allí, se necesita ser doblemente buena y virtuosa.

MARGARITA. — ¿Y qué le sucedió á José?

CARLOTA. — ¿Estuvo mucho tiempo en la cárcel?

LUIS. — No, hermanita: pero no me acuerdo bien de la continuacion.

LA MADRE. — Angela la continuará.

ANGELA. — Una vez tuvo Faraon un sueño, en que vei siete vacas magníficas que pacian al lado del rio, y otras siete que salian de este, tan flacas y feas que daba lástima verlas, y las siete segundas se comieron las siete primeras. Tambien soñó que veia siete lozanas espigas que subian de una misma caña, y á la par otras siete, menudas y quemadas por el sol, salian de otra. Las segundas devoraban la lozanía de las primeras. Asustado Faraon mandó llamar á todos los adivinos del Egipto; pero ninguno los adivinó. El copero se acordó de José, y habiéndole contado al rey lo ocurrido con él y el panadero, aquel mandó venir á José. Este dijo al rey. «Señor,

las siete vacas gordas significan que en los siete años primeros el trigo será muy abundante; pero que despues vendrán otros siete en que la cosecha faltará, y el pueblo carecerá de

todo. Elegid pues un hombre sabio que pueda evitar los males que asolarian el pais, tratando de encerrar el mas trigo posible para entonces.» El rey le dijo: que puesto que adivinaba el peligro, que pusiese el remedio, y le nombró gobernador de Egipto. Sucedió todo como él lo habia pronosticado, con lo cual el rey le hizo su favorito y mayor amigo.

CARLOTA.— ¡Qué contenta estoy de la suerte de José!

MARGARITA —Bien la merecia. ¿Pero y su padre y hermanos?

LA MADRE. — Mañana veremos si José se acordó del agravio de sus hermanos, porque hoy vamos á explicar un poco de geografía, y si hay tiempo, podreis jugar un poquito.

EL PADRE. — Os acordais, niñas mias, que hemos dividido la Europa en cinco grandes naciones al Norte: pues ahora vamos á explicar las cuatro del centro. Al Oeste se halla la

Francia; al Este está la Confederacion Germánica y los cuatro reinos de Sajonia; en Francfort, en donde se reune la dieta que preside el emperador de Austria; al Nordeste está la Polonia, su capital Varsovia; al Sur está la Hungria; al Este de la Francia está la Suiza; y al Sudeste la Saboya.

LUISA. — ¿La Saboya, que dicen que es un pais tan hermoso?

LA MADRE. — Sí, hija mia: es ese pais donde hay altas montañas, en las cuales es peligroso viajar en el invierno, porque los frios y los hielos son excesivos, y muchas veces suceden grandes desgracias.

CARLOTA. — ¿No es de allí de dónde vienen esos pobres niños que limpian las chimeneas?

LA MADRE. — Sí, hija mia: ese es uno de los oficios mas trabajosos y menos lucrativos.

LUISA. — ¿Y porqué vienen á Paris?

LA MADRE. — La Saboya, hija mia, es un pais poco fértil, y no da bastante para alimentar á sus habitantes. Al empezar todos los inviernos, cuando las golondrinas dejan nuestros climas para buscar otros mas templados, una multitud de niños cubiertos de andrajos dejan sus miserables cabañas y se reparten por Francia, Italia y hasta Inglaterra. Cuando les falta trabajo, viven de limosnas, ó bien enseñando la linterna mágica, ó perros sabios, etc.

MARGARITA. — Diga Vd.: ¿y cómo pueden subir en las chimeneas?

LA MADRE. — En las antiguas chimeneas subian por medio de una cuerda, porque eran muy anchas; pero en las modernas no pueden, y echan una cosa que llaman erizo, que está hecho de un pedazo de madera con puntas de acero. Esto, ayudado de una cuerda, que un hombre desde arriba tiene y el niño abajo, hace que puedan limpiarse las estrechos chimeneas de nuestros dias.

CARLOTA. — ¿Y deben tener mucho frio en el invierno?

LA MADRE. — Sí, hija mia: por eso es necesario agradecer á la Providencia que os ha dado una buena cama, una buena mesa y un buen fuego. Pero á propósito: ¿quereis que os

cuente la historia de una niña de esas que vienen de la Saboya á ganar su vida?

LUISA. — ¡Ay! sí, mamá.

LA MADRE. — Una vez habia un pobre padre que tenia dos hijos, una niña y un niño, y eran tan pobres, que no tenian ni aun lo necesario para vivir. Por último, un dia el niño le dijo á su padre: «¿Porqué no dejamos esta pobre cabaña, y vamos á buscar fortuna á Paris? — Hijo mio, eres demasiado pequeño, y tu hermana es muy delicada para soportar un viaje con los frios y las nieves. Y además, ¿qué quieres que hagamos para ganar dinero? — Papá, nos pondremos á limpiar chimeneas. — ¿Pero tu hermana no podrá? — ¿Porqué,

papá? contestó la pequeña María: me vestiré de niño, y ayudaré á mi hermano: Vd. nos acompañará.»

El padre, vencido por su extrema pobreza, consintió, y pocos dias despues emprendió su marcha. Llegaron á Paris y empezaron á ejercer su oficio, en el cual María era la que mas podia acer, porque tenia nueve años, y su hermano tenia seis.

CAROLINA. — ¡Pobres criaturas! ¡tan jóvenes!...

LA MADRE. — Un dia que fueron á limpiar la chimenea de una casa de una gran señora, esta miró á María, y su dulce y sentimental fisonomía le agradó de tal manera, que le dijo: «Mira, niño, cuando vuestro trabajo se concluya, tendreis un buen almuerzo dispuesto. — Señora, mil gracias (contestó María, doblemente contenta, porque hacia tres dias que no comian mas que pan): pero os advierto que no soy niño, sino niña. — ¿Tú eres una niña? ¿tan jóven, y te ocupas de un oficio tan contrario á tu sexo?» Entonces María le contó cómo habian venido á Paris; y la señora, enternecida de la accion de aquella pobre niña, le dijo: «Mira, almuerza, y ven mañana; y por hoy, toma.» Y le dió una moneda de diez francos, ó sean treinta y ocho reales. Podeis figuraros la alegría de aquellos pobres niños. Al dia siguiente volvió, y la señora le dijo que si queria quedarse en su casa, que la enseñarian de todo, y despues la serviria de camarera. La niña contestó que se lo diria á su padre. Al otro dia vino el padre, y dejó á María en casa de aquella señora, la cual la acogió, le dió educacion; y despues, cuando tuvo la edad suficiente, la hizo su camarera.

MARGARITA. — ¿Y su padre y hermano?

LA MADRE. — Cuando María empezó á ganar, puso en una escuela al niño, y su padre entró como cochero en casa de su protectora. Su hermano creció, y fué uno de los mejores pintores de su tiempo.

LUISA. — ¡Pobre María! ella fué el auxilio de toda su familia. Debia estar muy contenta: ¿no es verdad?

LA MADRE. — Sí, hija mia: porque no sabes tú qué satisfaccion invade el corazon de una persona de buenos sentimientos, cuando esta ha podido procurar el bienestar de su familia.

CAROLINA. — Diga Vd., tia mia: ¿cómo están hechos los caminos de hierro?

LA MADRE. — Antes será necesario que os explique la fabricacion del hierro. Este metal se encuentra en las minas.

LUISA. — ¿Y qué es una mina?

LA MADRE. — Mina es una porcion de tierra donde se encuentran el hierro, el plomo, el estaño, el cobre y todos los metales. Muchas veces están á una gran profundidad, y otras se hallan muy cerca de la superficie. El hierro es uno de los minerales que se encuentran con mas abundancia. Para limpiarle y quitarle la parte de tierra que tiene, lo parten en pedacitos, y lo meten en una especie de pozo donde el agua que corre, al cabo de poco tiempo lo deja limpio y puro. Despues lo echan en una hornilla donde reina un calor excesivo, gracias al fuego que hay en la hornilla que está debajo. De manera que cuando lo retiran está hecho brasa; pero cuando se enfria, forma las barras de hierro. Y ahora os explicaré los caminos de hierro.

En un principio los ensayos fueron fatales, y hubo que deplorar muchas desgracias, tales como las de Versalles, Liverpool y otras. La España ha empezado en estos últimos años, y sus ensayos no han ocasionado males, porque van con menos rapidez que los del extranjero. El primero que se hizo en esa nacion fué el de Madrid á Aranjuez, y este ha sido seguido del de Barcelona á Mataró, del de Alicante, de Reinosa, y muy pronto un camino de hierro unirá la Francia con la España por Bayona.

Esta invencion es una de las mas útiles y lucrativas que en este siglo se han podido inventar. Los carriles se componen de dos líneas paralelas, que están aseguradas de distancia en distancia por una especie de ganchos de madera ó piedra. Estas líneas están separadas como de una rueda de un coche á la del lado opuesto; y por ellas van las ruedas, las cuales tienen un borde que encaja en el hueco que forma el medio de la barra del carril. Estos tienen que ser dobles para que no se encuentren los trenes: de manera que pueden ir y venir sin que se choquen. Su velocidad llega hasta veinte leguas por hora.

ENRIQUETA. — ¿Y los globos?

LA MADRE. — La invencion de los globos fué hecha por Montgolfier; despues los globos se perfeccionaron por Charles Robert, y los primeros que los lanzaron al viento sin cuerdas fueron Pilatre de Rozier y el marqués de Arlandes. Muchos osados aeronautas han perdido la vida, entre ellos el célebre Arban y la desgraciada señora Blanchard, la que habiendo subido en uno que estaba iluminado, se prendió fuego y cayó sobre un tejado de una casa, donde se halló su cadáver. Los globos están llenos de un gas particular que se llama *gas hidrógeno*. El célebre Gay-Lussac fué el primero que se elevó hasta diez leguas. Pero basta ya por hoy de explicaciones útiles, y podeis dedicaros á jugar un rato.

MARGARITA. — Sí, sí: ¿á qué vamos á jugar?

CAROLINA. — Jugaremos al volante.

LA MADRE. — El volante dicen que fué invencion de Jacobo I, hijo de la infortunada reina María Estuardo. Sin embargo, la opinion mas general es que fué invencion de la hermosa y amable reina de Navarra, hermana de Francisco I. Esta princesa vino á la córte de Luis XII con el conde de Angulema, que despues fué Francisco I. Cuéntase que cuando Cárlos Quinto ganó la batalla de Pavía, el rey de Francia fué cogido prisionero y llevado á Madrid, donde supo la llegada de su querida hermana Margarita por un volante que le lanzó á las ventanas de su prision. Margarita de Valois, primera mujer de Enrique IV, era muy apasionada á este juego. En lugar de las dos ó tres plumas que se ponian en el volante, hoy dia se ponen ocho ó diez, grandes y de colores, que se colocan en la punta del baston de marfil ó de madera con que se juega.

ENRIQUETA. — Tambien podemos jugar á la *Maestra de niñas*.

LUISA. — ¿Y qué juego es ese?

ENRIQUETA. — Una de nosotras toma sitio como maestra de niñas, y pregunta á las otras cada una de las cosas que aprendemos en el colegio: historia, geografía, música, ó bien labores ó dibujo. Si una de las niñas no sabe contestar á la pregunta que se le haya hecho, en este caso se la pone de rodillas, y se le ponen dos cuernos en la frente. Si una de las niñas da una contestacion que manifieste ser mas instruida que la maestra, toma la plaza de aquella, y continúa el juego.

CAROLINA. — Es demasiado sério, y Margarita y Carlota no podrian jugar.

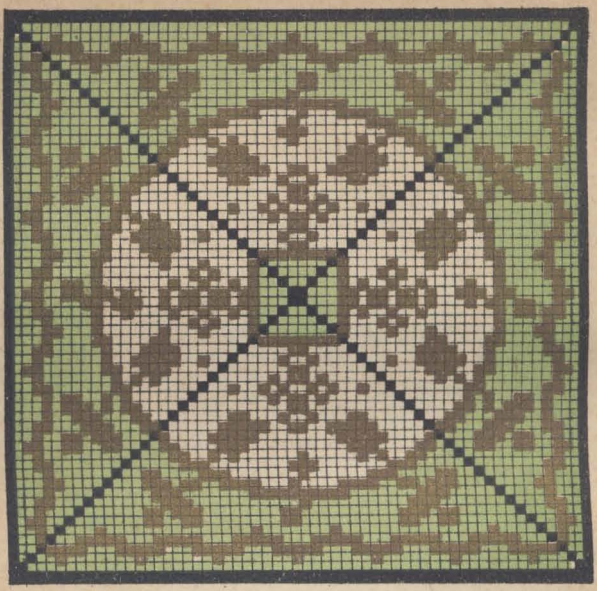
LUISA. — Es verdad.

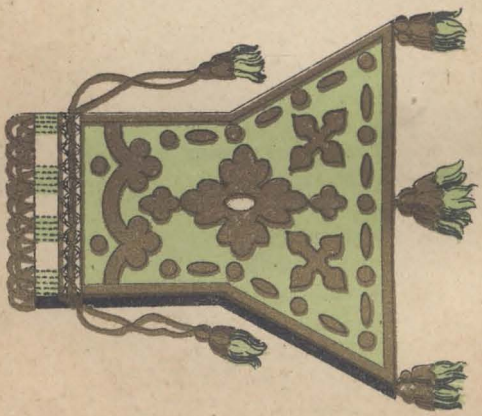
ENRIQUETA. — Podemos jugar á *pati patá, quien besará*. Mirad: tú, Luisa, ponte á mis rodillas, y oculta tu cabeza. Bien. Ahora te pregunto: Pati patá, ¿quién besará el espejo? Y tú me designas la que quieres que bese el espejo indicado.

LUISA. — Margarita.

MARGARITA. — Yo no podré, porque está muy alto.

ENRIQUETA. — En ese caso se continúa el juego. Pati patá, ¿quien besará?...





LUISA. — El reloj. — Carolina.

CAROLINA. — Ya está.

ENRIQUETA. — Pati patá, ¿quién besará?...

LUISA. — Yo á Carolina.

ENRIQUETA. — Y ahora será Carolina que hace pati patá: porque siempre es la niña á quien se besa, la que sustituye á la que está de rodillas.

CARLOTA. — Es bonito este juego: lo aprenderé.

LUISA. — Y yo: aunque no me agrada mucho estar de rodillas. Díme, Enriqueta: ¿qué estás haciendo ahora en el colegio?

ENRIQUETA. — Estoy haciendo una labor á gancho. (Véase explicacion nº 5).

LA MADRE. — Hijas mias, la velada se ha prolongado demasiado, y podemos separarnos.

DIALOGO DUODÉCIMO.

LA MADRE. — Hijas mias: esta noche la abuelita, para re compensaros de vuestros estudios, os va á contar la historia de una niña.

CARLOTA. — ¿Y qué niña era esa?

LA MADRE. — Se llamaba Cristina.

MARGARITA. — ¡Ay, abuelita! empiece Vd.

ANGELA. — Y yo tambien os contaré un cuento.

LA MADRE. — Angela, debes de ocuparte en instruir á tus hermanas, porque siendo la mayor, es un deber en ti.

ANGELA. — Pues yo, mamá, no puedo enseñarles mucho.

LA MADRE. — De lo poco que sabes. Sé muy bien que eso lo ices porque te alaben, y digan que eres muy instruida, y

que puedes enseñarlas. Sabe, Angela, que la modestia en una jóven de tu edad es el mayor adorno. Tú tienes trece años, y aun cuando posees el dibujo, la pintura, la música, el baile aunque sabes bordar, hacer flores, y todas las primeras labores, sin embargo te queda aun mucho que aprender, porque no hay dia que al acostarse no se haya aprendido algo de nuevo. Hasta la persona á quien creemos mas insignificante nos puede enseñar alguna cosa. Entre dos jóvenes, la una modesta, graciosa é instruida, y la otra vanidosa, necia y hermosa, la primera será la que obtenga mas atencion y aprecio, porque siempre se miran las cualidades del alma y la hermosura de sentimientos. Te lo digo porque alguna vez he reparado que te agradan las lisonjas que prodigan á tu lindo talle ó rubios cabellos: pero siempre aprecia mas al que te diga: ¡qué buena, qué instruida es Vd.! que no al que te diga: ¡qué hermosa es Vd.!

CARLOTA. — Mamá, deje Vd. á la abuelita que empiece el cuento de Cristina.

LA MADRE. — Sí, hija mia; pero es de mi deber no dejar pasar la mas ligera tendencia á un defecto.

ABUELA. — Empiezo pues.

CRISTINA.

En un pueblo llamado Miraflores, que esta situado en los alrededores de Madrid, vivia, hace algunos años, una buena mujer, de oficio panadera, y su marido se ocupaba en la misma industria, que ha hecho célebre este bonito y pintoresco pueblo.

— Juana, que así se llamaba la panadera, era muy honrada, aunque muy pobre; y por todo el oro del mundo no hubiera cometido una mala accion. Su marido, el buen Santiago, la obedecia ciegamente, y se dejaba guiar por ella en todo. La única cosa que él deseaba era tener una preciosa niña.

Un a noche que dormian profundamente, Juana se despertó

sobresaltada, oyendo ladrar á Sultan con todas sus fuerzas. Santiago se levantó, y asomándose á la ventana vió un bulto

blanco, que parecia una cesta á la puerta de su casa. No sabiendo á qué decidirse, llamó á su mujer, y cuando esta se aproximaba de la ventana, oyeron el vagido de un niño. «Pronto, corre, vete á ver qué es eso, Santiago, porque sin duda es alguna pobre criatura que habrán dejado en la puerta, y se va á helar de frio.» Bajó Santiago, y á poco subió con la cesta, la cual encerraba una hermosa niña como de dos me-

ses, y una carta con un bolsillo lleno de oro. La carta decia así: « Obligados á huir por causas políticas, os confiamos nuestra niña. Se llama Cristina: cuidadla, y no os faltará con qué reembolsaros de los gastos que hagais; y para empezar, en ese bolsillo encontrareis cinco mil reales por el primer año de cuidados. »

Juana creyó que la Providencia les mandaba la niña para sacarlos de su pobreza, y además, como era tan bonita, no les costó mucho el decidirse. — Sin duda que quien nos la confia, sabe nuestra honradez y buen corazon; y con razon han pensado que la cuidariamos como á hija.

Toda la noche se ocuparon en cuidarla, y ordeñaron una cabra para darle leche que la niña bebió con mucho gusto, y se quedó dormida. Santiago era de parecer de tomar una nodriza; pero Juana se opuso, y fué convenido que se la criaria con leche de cabra. Al dia siguiente compraron algunos muebles necesarios, y se surtieron para la comodidad de la niña de una cuna, un vasito para la leche y varias otras cosas. Los vecinos no sabian qué calcular de aquella aventura, y todos convinieron en que los padres de Cristina debian de ser algunos grandes señores, y esperaron que el tiempo descubriera aquel misterio.

Un año se pasó sin que hubieran tenido ninguna noticia. Un dia Santiago determinó ir á Madrid á vender algunos requesones, y efectivamente á las diez de la mañana entraba en la Coronada Villa. Se dirigió por la calle de Carretas á la de la Montera, y de esta al mercado del Cármen, donde no hacia mucho tiempo que habia tomado puesto, cuando un buen hombre que vendia chocolateras, le dijo: — Digame Vd., buen hombre: ¿es Vd. Santiago el requesonero de Miraflores? — Sí, señor, contestó este: pero ¿qué se le ofrece á Vd.? — Tengo encargo de mandar á Miraflores una chocolatera, y creo que por nadie mejor que Vd. podria efectuarlo: es para la señora Juana, la panadera. — Y antes que Santiago volviese de su asombro el hombre habia desaparecido, dejándole la chocolatera envuelta en un papel, y cuidadosamente liada con un cordon. De vuelta á su casa, contó la aventura á su

mujer, y esta se apresuró á desenvolver el regalo: pero ¿cuál no seria su admiracion al encontrar dos mil reales en oro, y un papel con estas palabras: para Cristina? La panadera dió

de nuevo gracias á Dios, y contempló la hermosa niña que dormia en su cuna: sus cabellos castaños caian en rizos sobre su blanco cuello, y sus largas pestañas negras velaban sus ojos, y le daban un aire extremadamente gracioso.—¡Pobre niña! dijo Juana: bien se ve que tus padres no te

olvidan, y algun dia vendrán para robarte á mi cariño, y pronto habrás olvidado á tu madre adoptiva. — La casa que habitaban, era muy pequeña, pero gozaba de muy buena posicion: estaba cerca del rio, y se distinguian desde sus ventanas las alturas del Guadarrama y Somosierra.

CARLOTA. — ¿Y qué alturas son esas?

EL PADRE. — Hija mia, son dos montañas bastante elevadas: la primera se encuentra en el camino de Madrid á Valladolid, y en medio de la cual se ve un leon de mármol que separa las dos Castillas; y la otra está en el camino de Madrid á Burgos. Si, segun espero, vamos á España, pasarás por ella, porque está en la carretera de Francia.

MARGARITA. — Pero papá, ¿cómo hemos de pasar por una montaña?

EL PADRE. — Sí, hija mia, porque en aquella cuesta, que parece imposible subir, y que está al borde de un precipicio, hay abierto un camino; y para que las diligencias puedan subir y dar las vueltas que forma, en lugar de caballos se ponen bueyes.

LUISA. — ¿Cómo bueyes?

EL PADRE. — Sí.

CAROLINA. — Pero á mí me daria mucho cuidado, y temeria caerme.

EL PADRE. — De ninguna manera: están tan acostumbrados, que todos los extranjeros admiran su maestría. Pero dejemos continuar nuestro cuento.

LA ABUELA. — Desde que el dinero de Cristina habia alegrado la existencia de aquel buen matrimonio, habia hecho mil mejoras en su casa y un lindo jardinillo, lleno de árboles frutales y de flores, permitia á Cristina correr y jugar sin tenerse que reunir con los niños del pueblo. Ya la niña tenia tres años, y ninguna nueva aventura habia venido á turbar la vida tranquila de los honrados campesinos. Juana era ahijada de una señora de alto rango que se hallaba en la córte, porque su madre habia estado de camarera en casa de aquella señora. Mil veces penso ir á pedirle consejo, ó por lo menos contarle lo sucedido; pero su natural modesto se

lo habia impedido. Una tarde, en que sentados en el jardin veian correr y jugaban con la linda niña, echaron por encima de las tapias un paquete que fué á caer á los piés de Juana. No dudó que fuese algun recuerdo para su hija, como ella la llamaba; y desatándolo exclamó: — ¡Cómo! el retrato de Cristina! ¡nuestra casa! ¡nuestro jardin! ¡y además dos mil reales! — Una carta estaba doblada y decia: « Cristina tiene mas de tres años: podeis empezar á darle educacion. Enseñadla á leer, y mas tarde os diré lo que habeis de hacer. »

Juana guardó aquel retrato: y lo que mas la preocupaba, era el cómo habian formado las facciones de la niña, cuando esta no salia sino con ella, y nadie frecuentaba su casa, de quien pudiera sospechar. Pensando en el consejo que encerraba la carta, determinaron hacer una habitacion mas, para que cuando fuese tiempo, sirviese de cuarto de estudio á Cristina. Todas estas mejoras irritaban á los vecinos, quienes miraban con envidia el engrandecimiento de los padres adoptivos de Cristina. Esta manifestaba tener la mayor inteligencia: y aunque por su parte creia que Juana y Santiago eran sus padres, ella manifestaba en sus maneras, en su gracia, en su despejo, un *no sé qué*, que desde luego dejaba ver la superioridad de su nacimiento. A los cinco años empezaba á leer, y su mayor gusto era que le contaran cuentos de grandes señoras y princesas, y muchas veces decia: — ¡Ay, mamá! ¡cuánto desearia yo ser como esas de quien Vd. me cuenta la historia! — ¿Y para qué, hija mia? — Para tener trajes y criados, y sobre todo para hacer mucho bien, y dar dinero á los pobres. — Eso es lo primero, hija mia: porque las riquezas no deben desearse sino para aliviar la pobreza de los demás. — Diga Vd., mamá, preguntaba Cristina: ¿no podré ir un dia á la córte, y ver todas esas señoras, y contemplar el palacio real, que dicen que es tan bonito? — Si, hija mia: y si no sucede cosa que lo impida, el domingo iremos á Madrid. — Cristina, llena de gozo, abrazó á Juana, y esperó el domingo con la mayor impaciencia, y en toda la semana no habló de otra cosa sino de la alegria de ver la córte y pasearse en el Prado.

Llegó este dia tan deseado: y apenas habia amanecido, cuando la niña estaba ya levantada, y corria á despertar á su madre para que la vistiera y emprendieran su marcha. La buena Juana adoraba á la preciosa niña; y todo lo que le causaba contento era para ella una dicha. La vistió, y á las diez de la mañana salieron para Madrid. Pintaros el asombro de Cristina, sus exclamaciones y sus infantiles preguntas, seria inútil: baste deciros, que su alegría llegó á su colmo cuando llegó la tarde y pudo pasearse por el Prado, y jugar con otras niñas que estaban allí. Mientras se alejaba Juana un momento para comprarle unos dulces, una señora,

que habia estado mirando á Cristina desde un coche, se bajó, y acercándose le dijo: — Dime, Cristina: ¿estás contenta? — La niña se quedó mirándola, y despues de haberla contemplado un momento contestó: — Sí, señora; mucho. — Tus padres te quieren mucho. — Todos los dias me lo repiten, y yo lo creo. — Dime, niña: y si yo te doy una cosa para mamá, ¿se la darás? — ¡Oh! sí, señora. — La dama besó una y mil veces á Cristina, la abrazó sollozando, y dándole un paquete le dijo: — Adios, hija mia, piensa en mí, y díle á tu madre que no te deje nunca sola. — Dicho esto, volvió á subir al coche, y partió. La niña contó la aventura á Juana, y esta se apresuró á volver al pueblo para saber lo que contenia el misterioso paquete, estando segura de que seria la madre de Cristina la que se lo habia dado.

CARLOTA. — ¿Su madre? ¿y porqué no se daba á conocer?

ANGELA. — Si todo se dijera en un principio, el cuento no interesaria.

LUISA. — Es verdad; y Vd. no sabe cuánto deseo saber quiénes eran los padres de Cristina.

LA ABUELA. — Cuando llegaron á casa, abrió el paquete, y halló una preciosa cadena con un medallon que contenia una mecha de pelo castaño. Una carta venia tambien en el paquete y decia: « Mi buena Juana: gracias mil por los cuidados que prodigas á nuestra Cristina. Muy pronto esperamos poder darnos á conocer, y entonces te probaremos nuestra gratitud. Entre tanto enseña á nuestra hija á escribir y las labores: toma una maestra de Madrid para que aprenda. La he visto: ¡qué hermosa está! ¡qué graciosa! ¡qué linda! Dale mil besos por mí, y enséñala á amar á su madre, sin que le confies aun el secreto. » Leida esta carta pensó Juana qué razon daria á la niña, y qué le diria de aquella señora; pero tomada su resolucion le dijo: — Querida Cristin , esa señora que viste en el Prado es tu madrina, y esta te hace el regalo de esta cadena. — Cristina se puso la cadena al cuello, acariciando en su imaginacion la imágen de su madrina, y se durmió contentísima. Juana, por el contrario, no podia sufrir la idea de que, cuando viniesen los padres

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

de Cristina, ella tal vez no la volveria á ver; y á pesar de los consuelos que le daba Santiago, toda la tarde la pasó llorando y afligiéndose, y desde aquel dia perdió la tranquilidad.

Pero, niñas mias, tambien Cristina poco tiempo despues perdió su alegría, y su carácter se volvió sério, mas de lo que á su edad convenia. Os diré por qué. Algunos dias despues del encuentro con su madrina, estando una tarde en el jardin, oyó hablar á su madre con Santiago, y como entendió su nombre, se puso á escuchar; y á pesar del canto de los pájaros y del movimiento que hacian las hojas en el jardin, escuchó la conversacion de los que ella creia sus padres. ¡Pobre Cristina! por la primera vez entendió la verdad: mucho mas porque Juana explicaba á su marido el encuentro de la madre de Cristina, y los temores que tenia de tener que separarse de ella. El corazon de la pobre niña le latia con violencia, y no pudiendo resistir mas tiempo, se separó de aquel sitio, y se puso á llorar.

MARGARITA. — ¡Pobre Cristina! Y diga Vd., abuelita, ¿qué hizo entonces?

LA ABUELA. — Sucedió que pasaron tres años, y Cristina no habia vuelto á saber nada de su familia, y que, como ya tenia ocho años, iba á la escuela, y sabia hacer muchas cosas, sin que por eso se pasase dia en que dejase de llorar por su madre, y de acordarse de la sola vez que la habia visto. Un dia Juana la sorprendió con los ojos llenos de lágrimas. «Cristina, hija mia, ¿porqué lloras tan frecuente? — Lloro por mi familia á quien no conozco. — ¿Tu familia? pues, hija mia, ¿quién te ha dicho?... — Usted misma.» Y Cristina le contó cómo habia sabido lo que tanto tiempo le habian ocultado. «No crea Vd. que yo la quiero menos por eso, antes al contrario; pero quisiera conocer á mi madre.» Entonces mas que nunca deseó Juana que no viniera la madre de Cristina. Juana pensó venderlo todo, y marcharse á un pais donde nadie pudiera saber que estaban, y de aquel modo conservar la niña con ellos. Rogaba á Dios que se la llevara, si no podia tenerla siempre á su lado. Dios pudo haberla castigado por aquel excesivo cariño

CARLOTA. — ¿Pues qué le sucedió?

LA ABUELA. — Creo que debemos dejar para otro dia, saber lo que le sucedió, porque falta la continuacion de la historia de José y sus hermanos.

LUISA. — ¡Qué lástima no saber la conclusion de Cristina! Pero diga Vd., mamá: ¿y porqué la habia de castigar Dios porque amaba Juana tanto á la niña?

LA MADRE. — Porque debia conformarse, y no haber pensado en huir, cuando la madre de Cristina le comunicó que pronto pensaba reunirse con ella. La voluntad de su madre debia serle sagrada, y temperar el dolor que sufria con su separacion.

MARGARITA. — Diga Vd., mamá: ¿y porqué su mamá la tenia separada de ella?

LA MADRE. — Ya lo vereis en la continuacion de la historia; pero baste decir que no era por falta de cariño, sino por circunstancias que en la vida suceden, y que á pesar nuestro nos impiden de hacer lo que desearíamos.

ANGELA. — Mamá, ¿gusta Vd. que explique yo la historia de José y sus hermanos?

LA MADRE. — Sí, hija mia, aunque ese es privilegio de Luis; pero él te lo concederá.

LUIS. — Ciertamente, mamá; y mucho mas desde que es una indicacion hecha por Vd.: las órdenes de mamá son leyes. Empieza, Angela.

ANGELA. — Faraon, despues que hizo á José virey de Egipto, le casó con Aseneta. Los siete años de abundancia pasaron, y vinieron los de carestía, y de todas partes acudian á José á comprar trigo. Habiendo oido Jacob que podian ir á Egipto á comprarlo, les dijo á sus hijos: «Partid, é id á esa tierra para que no muramos de hambre.» Diez hijos de Jacob partieron, y Benjamin, el mas pequeño, se quedó en casa, temiendo su padre que le sucediese alguna desgracia. Llegaron á Egipto, y se presentaron á José, quien los conoció, y les dijo: «¿Quién sois? ¿á qué venis aquí? — Señor, le contestaron: venimos de la tierra de Canaan á comprar trigo: somos doce hijos de un mismo padre: diez estamos aquí; uno, el mas pequeño,

se ha quedado en casa, y el otro ha muerto. — Mentira: vosotros sois unos espías, y si quereis probarme lo contrario, mandad llamar á ese otro hermano vuestro.» Ellos fueron á bus-

car á Benjamin, habiendo quedado uno en la cárcel, respondiendo de los otros.

LUISA. — ¿Y porqué trataba José con tanta dureza a sus hermanos?

EL PADRE. — Porque queria hacerles pagar lo que con él habian hecho, y despues perdonarlos, y probarles que él era mejor que ellos.

ANGELA. — Cuando llegaron y contaron á su padre lo ocurrido, este se asustó, pero dejó ir á Benjamin con ellos. Llegaron á Egipto, y José los hizo llevar á su presencia; y al ver á su hermanito, no pudo menos de llorar. Los convidó á comer; y cuando se iban á marchar con el trigo, mandó que metiesen su copa de oro en el saco de Benjamin. No estaban á larga distancia, cuando el mayordomo salió en su busca. y les dijo: «Sois unos ladrones perversos, y que pagais con un

mala accion la bondad con que os ha recibido mi amo. — Nosotros no somos capaces de eso, y mirad á ver si encontrais en nuestros sacos la copa.» La copa se halló en el saco de Benjamin, y fueron conducidos á la presencia de José. Este les dijo, que porqué habian cometido aquella fea accion: y ellos le contestaron: «¿Qué podriamos contestarte, señor? esclavos tuyos somos: dispon. — No, contestó José: marchaos vosotros; pero aquel en cuyo saco estaba la copa quedará conmigo.» Judá se acercó á José y le dijo, que no podrian volver sin Benjamin, porque él habia prometido á su padre que respondia con su vida de él. «Yo me quedaré por siervo tuyo, pero deja al niño que vuelva á nuestro pais.» José mandó retirar todo el mundo, porque no podia contenerse, y lloraba. «Yo soy José, les dijo: ¿vive todavía mi padre?» Sus hermanos asustados no sabian qué responderle, hasta que él les dijo: «Acercaos, y no temais: el Señor me ha mandado aquí para vuestro bien. Id y decidle á nuestro padre que venga; que Dios me ha hecho como señor de este pais.» Cuando Jacob supo lo sucedido, se alegró mucho, y vino á Egipto, donde Faraon le dió pastos y riquezas. Vivió muchos años, y á su muerte sus huesos, segun su voluntad, fueron conducidos al pais de sus mayores.

LUISA. — ¡Qué buen proceder tuvo José, habiéndose portado sus hermanos tan mal con él!

ANGELA. — ¡Y cómo el Señor en sus impenetrables designios permitió la venta de José, su esclavitud, su prision, para despues ensalzarle y premiar sus virtudes!

CARLOTA. — Lo que no comprendo es cómo pudo él perdonarlos, estando en su mano vengarse.

LA MADRE. — Hija mia, no hay nada mas dulce que perdonar al que nos ha ofendido. Porque supongamos que tú has hecho daño á otro, y que le has quitado hasta el honor. Pues bien esa misma persona te socorre en una desgracia, te tiende la mano y te perdona, ¿qué harias?

CARLOTA. — Me arrepentiria de haberle hecho daño.

ENRIQUETA. — Yo me avergonzaria de haber sido tan malvada para quien era tan buena conmigo.

CAROLINA. — De todas maneras creo que lo mejor es hacer todo el bien posible, y de esta manera no exponerse á que un dia nos reprochen el mal que podamos haber hecho.

EL PADRE. — Luisito, explícanos los mares de Europa y los estrechos.

LUIS. — El mar de Azoff se encuentra al Este de la Europa. Saliendo de él por el estrecho de Caía ó Jenikale, se entra en el mar Negro. Se sale de este por el estrecho de Constantinopla, y se va al mar de Mármara. Se pasa el estrecho de los Dardanelos, y se entra en el Mediterráneo. Entre Italia y Sicilia se halla el estrecho de Mesina, y entre Córcega y Cerdeña el estrecho de Bonifacio. Para salir al Grande Océano se pasa el estrecho de Gibraltar. Éntre Francia é Inglaterra se halla el canal de la Mancha, y de allí el paso de Calés. Se continúa el mar del Norte, y pasando por el Sund se entra en el mar Báltico.

EL PADRE. — Perfectamente, Luisito. La geografía es mucho mas útil para un niño que para una señorita; pero si está bien educada, debe saber un poco de todo.

LUISA. — Esta mañana he leido la descripcion de la cascada de Itamarati.

CAROLINA. — ¿Dónde se encuentra esa cascada?

LUISA. — Se halla en el Brasil, á unas doce leguas de Rio Janeiro, en la sierra llamada de los Orgaos.

EL PADRE. — Sí, hija mia: hará tres siglos que en esos hermosos bosques se oian resonar los gritos de guerra y los cantos religiosos de los Tamoyos; y si leemos las antiguas tradiciones, la region donde se eleva la pintoresca cadena de los Orgaos, inspiraba á los indios una especie de veneracion. Hoy en dia es en las orillas del rio Itamarati donde se recogen y cultivan los mejores frutos que van á Rio Janeiro, y la sierra es un punto de estudio para los botánicos.

CARLOTA. — ¿Porqué me decia Vd. el otro dia que yo era demasiado pequeña para que me explicase lo que era una conquista?

EL PADRE. — Porque las primeras reglas de educacion deben ser las de no desarrollar antes de tiempo la imaginacion,

porque muchas veces sucede que una imaginacion que empieza á comprender, y á la cual se le enseña mas de lo que en aquella época de la vida es permitido, se la atrasa mas que se la adelanta. La educacion de los niños debe ir por grados.

ANGELA. — Esta tarde voy á explicaros el cómo he bordado esa bonita relojera que ayer habeis visto á la cabecera de la cama de mamá. Está bordada en cañamazo. Se coloca el cañamazo en un bastidor, se le cose por los lados, y se asegura para que esté bien tirante. Una vez hecho esto, se cuentan los hilos que componen el ancho del dibujo, y se marca donde sea la mitad. Por ejemplo, si tiene treinta, se marca á los quince. Despues se cuentan los del ancho del cañamazo, marcándolo igualmente á la mitad para que quede bien en medio, y no haya mas hilos de un lado que de otro; de manera que el punto que forme la mitad del dibujo, se borde en la mitad del cañamazo. Las sedas se compran segun los colores del dibujo, teniendo mucho cuidado que el bordado esté muy asentado, y sin hacer unos puntos mas levantados que los otros. En Francia se hace el punto entero, en España el punto medio, y si bien el primero aumenta mas y marca mas el dibujo, el segundo, estando bien bordado, queda como un lindo dibujo. Yo prefiero el segundo: es mas fino y mas á propósito para bolsillos, ligas, tirantes, etc.

CAROLINA. — Gracias, prima mia; y dime: para hacer ese lindo bolsillo á gancho, azul y dorado, ¿qué clase de seda se debe de comprar?

ANGELA. — Se toma torzal plateado ó dorado, segun el color, blanco y azul de Francia; y si quieres que sea aun mas bonito, haz en la conclusion, si no pones *boquilla*, una puntillita á gancho del hilo dorado. Pero mira este trabajo.

LUISA. — Y dime, hermanita: ¿es muy difícil trabajar á gancho? (Véase núm. 6.)

ANGELA. — No: al empezar se hace una especie de cadena de mallas, y no se puede volver desde el fin: se debe volver á empezar la carrera desde donde empezó la primera. El número de mallas debe ser tres, y se añade una mas. Ya se sa-

be que el trabajo á gancho forma como cuadros, pues todo está formado por carreras de mallas.

ENRIQUETA. — Me agrada mucho trabajar á gancho, y ademas es una de las labores mas bonitas.

ANGELA. — Sí: tambien bordar en papel es muy agradable; solo que requiere mucho cuidado.

CAROLINA. — ¿Para que no se rompa?

ANGELA. — Sí. Primero hay que picar con la punta de una aguja, siguiendo el dibujo, y las picadas lo mas próximas posible. Despues se compra seda floja, y con una aguja muy fina se borda por las picadas. Este bordado imita el bordado de realce. Hay que sacar la aguja con cuidado para que las picadas no se rompan. Se pueden bordar cuadros en papel, y sobre todo tarjetas para felicitar.

ENRIQUETA. — Cada vez que salimos de tu casa, Angela, hemos aprendido una cosa nueva; y no dudo que al marcharnos de Paris, quedaremos mas instruidas y corregidas de nuestros defectos, que si hubiéramos estado al lado de los mas célebres profesores.

LA MADRE. — Me alegraré, hijas mias, que os aprovecheis de mis lecciones; y os diré que valen mas explicaciones en el seno de una familia, donde todos los dias se ven los ejemplos de los caracteres diferentes entre sí, y cada uno necesita diferente instruccion. Pero basta por hoy, niñas mias: mañana continuareis vuestros estudios.

DIALOGO DECIMOTERCIO.

LA MADRE. — Angela, recita esa bonita fábula que aprendiste el otro dia sobre la golosina.

ANGELA. — Sí, mamá mia. Pero me parece que observo en Vd. algun motivo de disgusto.

LA MADRE. — Sí, hija mia : pregúntale á Carlota por qué.

ENRIQUETA. — ¿Porqué?

CARLOTA. — Mamá está muy enfadada conmigo porque.... porque...

ANGELA. — Vamos, mamá, no la avergüence Vd.

LA MADRE. — Será tal vez la sola manera de corregirla.

LUISA. — Esperemos que se enmendará de su defecto de ser golosa.

CARLOTA (*llorando.*) — ¡Ay, mamá! prometo á Vd. que me enmendaré : no sé cómo he cometido aun esa falta, pues yo habia prometido corregirme.

LA MADRE. — Lo espero; pero para asegurarte en la imprudencia que es la golosina, Angela dirá su fábula.

ANGELA. — Escuchad.

LA NIÑA Y EL MONO.

FABULA.

Tenia cierta dama de *buen tono*
Un avisado mono,
Travieso, jugueton y cauteloso,
Y hasta el extremo pícaro y goloso.
Contaba entre sus hijos la señora
Una niña gentil y encantadora
En sus floridos años juveniles,
Pues apenas frisaba siete abriles;
La cual era obediente y cariñosa,
Mas como el mono por demás golosa.
Cayó esta enferma un dia,
Y el mono jugueton la distraia
Danzando alegre en derredor del lecho,
Pero siempre en acecho
De robarle las ricas golosinas
Que le daban su madre y sus vecinas.
Una de estas con saña

Castigar quiso al animal tal maña,
Y dijo: «Yo le haré que se le quite.»
Y envenenado la llevó un confite
A la niña, y la dijo en blando tono:
«Toma este dulce para darlo al mono;
Que no lo comas tú por Dios te encargo,
Que es solo para él, pues sin embargo
De que es un animal, hija, es un hecho
Que á la ajena racion nunca hay derecho.»
Marchóse la vecina,
Y la niña tomó la golosina,
La miró, la palpó, la aplicó al labio,
Y dijo para sí: «De envidia rabio:
Por comérmele estoy.
¡Ah! ¡Qué rico estará! No se lo doy.»
El mono á su presencia no venia
Porque el grande bribon se entretenia
En el mismo momento
En beberse un copioso cocimiento
Para matar las ratas preparado,
Creyéndolo un licor muy apreciado.
Cogióle una criada y dióle un palo,
Del cual y la bebida cayó malo.
La niña se comió el confite, y luego
Sintió en la entraña devorante fuego,
Y entrambos con tormentos espantosos
Murieron de repente por golosos.
Que á las golosas, oh lectora amiga,
A veces con la muerte Dios castiga.

LA MADRE. — Muy bien, Angela; espero que á Carlota la servirá de ejemplo.

CAROLINA. — Tia mia, Carlota se corregirá y será buena niña.

LA MADRE. — Sin lo cual no se volverán á contar cuentos ni historias.

MARGARITA — ¡Ay! sí, mamá; ¡tanto como yo amo los cuentos! ¿Y Cristina?

LA MADRE. — Abuela continuará su historia; pero antes

me prometerá Carlota enmendarse de esa falta, y además ser obediente.

CARLOTA. — Mamá, la aseguro á Vd. que seré muy buena, y no volveré á enfadarla.

LA ABUELA. — Hija mia, mamá te perdona por esta vez, pero otra no tendria perdon. Y ahora continúo.

LUISA. — Estábamos cuando Juana ofendia á Dios deseando mas bien ver morir á Cristina que separarse de ella.

LA ABUELA. — Un dia en que Cristina habia salido sola con una bonita cabra que tenia, se levantó tan fuerte tempestad,

que siendo imposible el volver a su casa, se refugió en una especie de gruta donde podia buscar un abrigo debajo de una enorme roca. La cabra la habia seguido. Contenta de haber

encontrado aquel asilo contra la lluvia, se inquietaba sin embargo al pensar que Juana y su marido debian estar muy inquietos.

Pero pronto estos temores se disiparon para dar lugar á otros mas graves: la lluvia caia á torrentes, y empezaba á penetrar en la gruta. Cristina hubiera podido salir; pero era tal el temor que se habia apoderado de ella, que no podia moverse. La cabra estaba á su lado, y la miraba de una manera tan triste, que los ojos de la pobre niña estaban llenos de lágrimas. Viéndose perdida porque el agua inundaba la gruta, y el pequeño sendero se hallaba tambien inundado á causa de las aguas que desbordaba un pequeño arroyo, pensó en rodear la cabeza de la cabra con una corona de *margaritas*, y soltarla para que fuera á la casa, como estaba acostumbrada, y de este modo conocieran que estaba en peligro y vinieran á salvarla.

MARGARITA. — ¡Qué lástima me da la pobre Cristina! vaya un apuro, mamá.

LA ABUELA. — La cabra inmediatamente que la dejó suelta, echó á correr, y pronto desapareció. La lluvia no cesó en todo el dia, y la inquietud de Juana y Santiago era extrema: habian recorrido los campos sin encontrar á Cristina, y no dudaron que habria buscado abrigo en alguna casilla de pastor. Podeis calcular lo que la pobre niña sufriria viéndose sola, y rodeada por las aguas; lo que mas la aterraba era la proximidad de la noche.

CARLOTA. — ¡Ay, abuelita, cuánto debia sufrir! Pero ¿por qué no trató de salir de allí?

LA ABUELA. — El frio y la humedad habian paralizado sus miembros y en vano ensayó de salir: por otra parte, la lluvia caia á mares, y le hubiera sido imposible dar un paso. Por fin á las ocho de la noche cesó la lluvia, y la luna apareciendo habia despejado completamente el cielo. Un coche de viaje se dirigia á la casa de Juana, y no bien llegó á la puerta, una señora elegantemente vestida bajó de él. Juana desesperada habia salido en busca de la niña, y su marido por diferente camino tambien estaba ocupado en lo mismo.

La señora encontró la puerta abierta, y viendo la mesa puesta no dudó que debian de volver muy pronto. El mayordomo que la acompañaba encendió un buen fuego y esperaron. En aquel momento loco de pena volvia Santiago sin haber encontrado á la niña. La señora al verle exclamó: — Al fin sois vos, buen Santiago; me teniais muy inquieta, decidme: y ¿dónde está Juana y la niña Cristina? — A este nombre el buen hombre miró á la desconocida y la dijo: — ¿La habeis visto? En nombre del Señor, ¿sabeis dónde está? — ¡Cómo! ¿se ha perdido? decídmelo; pronto, yo soy su madre. — A esta revelacion Santiago cayó de rodillas, y la contó lo sucedido, y cómo sus diligencias habian sido infructuosas. Juana vino á completar aquel cuadro de desolacion.

MARGARITA. — ¿Y Cristina?

LA ABUELA. — Escucha: en el momento en que se disponian á salir en busca de la niña, la puerta se abrió, y la cabra entró llevando su corona de margaritas. — ¡La cabra! exclamaron, esta corona es ella la que la ha tejido: corramos, nos llama á su socorro. — Santiago se acordó que no habia de aquellas flores mas que en un sitio al borde del arroyo. Se dirigieron hácia allá. A cada paso gritaban: ¡Cristina! ¡Cristina! pero á sus voces solo respondia el eco. Por fin llegaron á la gruta inundada completamente de agua, y flotando sobre ella se veia un vestido blanco: era cristina.

CARLOTA. — ¿Estaba muerta?

CAROLINA. — Estaria ahogada.

LA ABUELA. — Santiago bajó por un lado del barranco ó mas bien se precipitó, dando un grito de angustia: — ¡Cristina, Cristina, hija mia, muerta! exclamaba la madre loca de dolor, y creyendo que todo era una horrible pesadilla. Pocos momentos despues Santiago ayudado por Juana, volvia á subir trayendo en sus brazos el cuerpo sin calor de la pobre niña. Verla, tomarla en los suyos y correr hácia la casa para prestarla socorros, fué la obra de un momento para la madre de Cristina. El mayordomo estaba ocupado en preparar el fuego y una cama Depositada sobre ella la pobre niña, es-

tuvo aun largo rato sin dar señal de vida, hasta que por fin hizo un movimiento y entreabrió sus ojos.

LUISA. — Por fin, gracias á Dios que salgo del cuidado en que me tenia su suerte.

ENRIQUETA. — Y á mí.

ANGELA. — ¡Qué alegría para la pobre madre!

LA ABUELA. — Juana y Santiago estaban á los piés del lecho contemplando aquella infantil figura, pálida y desfigurada por la emocion. — Cuánto mas vale saber que vives aunque sea para arrancarte de nuestros brazos. ¡Perdonadme, Dios mio, decia la buena mujer; perdonadme el mal pensamiento que he tenido; en este acontecimiento veo la mano de vuestra divina justicia, porque habeis querido hacerme ver que no se debe ni aun en pensamiento oponerse á vues-

tras sábias disposiciones! — Durante que Juana se lamentaba, la desconocida besaba las megillas y las manos de Cristina, y esta paseaba sus miradas por los que rodeaban su cama. Cuando volvió completamente de su letargo, la desconocida la dijo: — Querida Cristina, yo soy tu madre, expuesta por causas políticas á tener que ir á pais extranjero con tu padre, determinamos dejarte bajo la guarda de estas honradas gentes. Ahora que, mas felices, estamos libres de ese temor, vengo á buscarte, y á conducirte á donde te espera un padre cariñoso. — Cristina lloraba abrazada á su madre, y Juana y su marido veian que no podrian vivir sin ella. La desconocida les dijo: — Yo soy la marquesa de... y para recompensaros tomad este bolsillo. — Guardad vuestro oro, porque privados de la vista de este ángel, todo nos es inútil. — Enternecida la marquesa y viendo pintada en los ojos de su hija la pena que le causaba aquella separacion, les dijo: — He querido probaros; ahora que veo el gran amor que teneis á Cristina os prometo no separaros de ella. A Madrid vendreis; segun vuestro gusto podeis habitar una de las quintas que poseo cercanas á la córte y en la cual quiero continuar la educacion de mi hija.—Ahora veo que efectivamente sois mi madre, pues habeis previsto que mi corazon se romperia de dolor al separarle de mis padres adoptivos, dijo Cristina abrazando á la marquesa, cuyas manos regaban con lágrimas de agradecimiento los buenos campesinos. — Pero ¿quién os habló que nosotros podriamos encargarnos de esta niña? preguntó Juana. — Tu madrina, ella me habló de tí, de tu buen corazon, de tu honradez y tu buen natural. — A la mañana siguiente partieron para Madrid; la alegría del padre fué extrema, y hoy dia Cristina es una jóven de la mejor educacion, querida de todos y adorada por sus padres. Juana y Santiago son la jardinera y jardinero de la quinta, y todos los que la visitan los oyen decir: « Dios nos quiere mucho, pues nos permite acabar nuestros dias al lado de nuestra hija Cristina. »

MARGARITA. — Preciosa historia, pero diga Vd., abuelita, ¿y la cabra?

CARLOTA. — Es verdad, pues sin ella no la hubieran tal vez encontrado.

LA ABUELA. — La cabra fué llevada á la quinta, y era la compañera de los juegos de Cristina.

LA MADRE. — Ya veis, hijas mias, que se deben acatar los decretos del Creador, porque si no, es exponerse á mayores desgracias.

LUISA. — Diga Vd., papá, ¿quién fué Cristóbal Colon?

LUIS. — Pues qué, ¿no lo sabes? el que descubrió la América española, ó del Sur.

EL PADRE. — Como creo que siendo españoles debe seros muy útil saber algo sobre la historia de la conquista, voy pues á explicaros la descubierta de la América, así como hablaremos de la geografía de aquel pais. Cristóbal Colon nació, segun varios historiadores, en la república de Génova á fines del año 1447. Estudió la geometría, la astronomía y las matemáticas siendo muy jóven: á los quince años conocia todo lo que el mas sabio marino puede conocer. Su carrera en ese ramo fué muy oscura durante algunos años, hasta que desechado por las córtes de Inglaterra y Portugal, y por la república de su pais, se dirigió á los reyes de España, Fernando é Isabel. Ocupada la reina Católica en la conquista de Granada, no hizo atencion á lo que el *Genovés*, como le llamaban, la proponia; pero despues de la conquista de aquella última barrera de los moros, la reina vencida por los consejos de personas influyentes acogió la demanda de Colon. Al cabo de diez y ocho años de sufrimientos, Colon emprendió su aventurera empresa, y se dió á la vela el 3 de agosto de 1492: dos meses y medio despues, la *Santa María*, que era el buque en el cual iba el célebre marino, vió tierra. Colon habia tenido que sufrir mil veces los insultos de sus marineros, y hasta las tentativas de muerte; porque le creian un loco visionario, y creian su muerte próxima en medio de los mares desconocidos; pero á Colon la fe le guiaba, y con la fe triunfó. La tierra descubierta fué llamada por Colon la isla de San Salvador: Colon vistió un traje escarlata, seguido de los dos hermanos Pinzon, desembarcó llevando una

bandera con una cruz verde, una corona y las iniciales de los Reyes católicos, una F y una I. Colon continuó sus descubrimientos y la isla Santa María de la Concepcion, Puerto-Rico, y la isla de Cuba fueron escubiertas en su primer viaje. De vuelta á España lo colmaron de dones los Reyes Católicos, á quienes presentó varios indios que habia traido como muestra de la raza del pais.

LUIS. — Diga Vd., papá; y Méjico, ¿por quién fué descubierto?

EL PADRE. — Hernan Cortés y Pizarro siguieron á Colon en la descubierta de la América, y á ellos se les debe el Perú, Méjico, Nueva-Granada, Chile y demás.

ANGELA. — Yo conozco los principales rios de la república mejicana.

EL PADRE. — Y ¿cuáles son?

ANGELA. — El Mississipí, el Tampico, el Guazacualco, el rio Grande y el Sumasinta. La Magdalena, el Orinoco y el Amazonas riegan la Nueva-Granada, Venezuela y el Ecuador. El Chica, el Santa y el Amazonas fecundan con sus aguas la república del Perú; el Plata riega el fértil suelo de la república de Bolivia; el Maypo, el Biobio y el Casilen la de Chile; el Paraná, el Plata y el Paraguay, la república de este mismo nombre. El suelo de la América en general produce ricos frutos, café y azúcar; su cielo es encantador, y ya sabes, mi querida Carolina, que la Habana es un pais hermosísimo.

EL PADRE. — Sí, hija mia; tú eres americana, y por eso como amas á tu pais ponderas todo lo bueno que se encuentra en él; pero te olvidas de ñadir que se padecen enfermedades muy peligrosas, sobre todo para los europeos, tales como la fiebre amarilla y otras.

LUIS. — ¿Quiere Vd. que explique cuáles son las capitales de cada uno de esos paises?

EL PADRE. — Mañana, mi querido Luis, pues hoy creo que tu mamá trata de explicar historia y labores.

CAROLINA. — Y ¿qué fué de Cristóbal Colon?

LA MADRE. — Hija mia, como todos los grandes ingenios, tuvo muchos enemigos, y despues de haber sufrido en una

prision murió en Valladolid, acabado por la pena y los viajes.

CARLOTA. — Y ¿porqué tenia enemigos?

LA MADRE. — Porque los envidiosos abundan en las córtes, y estos no pueden sufrir el engrandecimiento de otros.

LUISA. — ¡Pobre Colon! la envidia le quitó su gloria.

LA MADRE. — Sí; pero la historia le ha acordado una corona.

CARLOTA. — Que cuente Luis la historia de Moisés que nos prometió ayer.

LA MADRE. — Sí, Luisito la contará si os lo ha prometido.

MARGARITA. — Luis, ¿oyes lo que dice mamá?

LA MADRE. — Margarita, cuando se pide una cosa se dice de otra manera, porque nunca se debe de mandar. Tú acostumbras á mandar las cosas con aire demasiado altanero.

MARGARITA. — Pues ¿cómo tengo de decir?

LA MADRE. — Cuando pidas una cosa debes de decir *si Vd. gusta* ó *hágame Vd. el favor*, y si es una criada, tambien se le habla con buen modo: eso se llama buena educacion. Dime: si tú tuvieras que hacer lo que María hace en todo el dia; si te levantaras la primera y te acostaras la última: si tuvieras que salir con la lluvia, la nieve, el sol, ¿crees que no te se haria mil veces mas duro si las personas á quienes sirvieras te hablasen con sequedad y dureza?

CARLOTA. — Pero á una criada no se le debe tener tanta concideracion.

LA MADRE. — Y ¿porque? porque su posicion la obliga á si está en la cama, levantarse y salir con el frio á desempeñar un mandato de tu papá, ¿crees que ella no siente como tú y que no preferiria estar al abrigo y en una buena cama? Los criados, hija mia, son iguales á nosotros, pero han racido de padres mas pobres, como tú naciste en la opulencia; esa es la sola diferencia.

LUISA. — Pues bien, mamá; creo que la amabilidad se debe emplear con los criados, pero y ¿para sus iguales?

LA MADRE. — Para sus iguales se les debe palabras agasa-

jadoras, y manifestarles la amistad, la estima ó el respeto que se les profesa.

CARLOTA. — Pero, mamá, cuando viene una persona y me trata con amabilidad, yo no puedo pensar que sea para manifestarme á mí que soy una niña todos esos miramientos.

LA MADRE. — No, hija mia; pero en ese caso es para manifestarte el aprecio que hacen de tus padres.

CAROLINA. — ¿Y con una hermana mayor?

LA MADRE. — A una hermana mayor se la debe alguna consideracion, y además todo el cariño que merece una hermana. Tambien debeis al dar una cosa á otra persona presentarla con educacion, tal como si son unas tijeras, un cuchillo, una cuchara, ó si es una cosa que corte, presentarla siempre por el lado que no ofrece cuidado de hacerles daño.

CARLOTA. — Verdad es; nunca habia yo pensado en eso.

LA MADRE. — Cuando vayas por la calle, debes dejar el lado de la pared ó la derecha, si pasa una persona de mas edad que tú, y si necesitas pasar delante debes de excusarte.

LUISA. — ¡Cuántas cosas á las cuales hay que pensar!

LA MADRE. — Hija mia, todas esas cosas se aprenden, y despues que se hacen familiares, ya no parecen difíciles. Si te invitan á comer, debes esperar á que las personas mayores se hayan sentado y te señalen tu sitio.

ENRIQUETA. — Diga Vd., tia mia, ¿y levantarse?

LA MADRE. — Tambien se debe esperar á que la dueña de la casa se levante. En la mesa se debe estar con compostura, comer con moderacion, y no pedir nunca de tal ó cual plato, sino esperar á que nos lo presenten, y siempre dar *gracias*. El tenedor, ya sabeis que se debe tomar como á la mitad; no se debe comer apresurada, de manera que se concluya antes que los demas, ni tampoco tan despacio que tengan que esperar por tí. Al empezar á comer, no se debe empezar sino cuando los demás empiecen, y á la conclusion de la comida no decir si los platos nos han gustado ó si estaban mal hechos, porque eso es un bochorno para la dueña de la casa.

MARGARITA. — ¿Y si hay niñas en la casa?

LA MADRE. — Si hay niñas, no ser quisquillosa, no tener envidia, ser amable y cederles siempre lo que te parezca mejor. Tampoco se debe hacer alarde de tener mas talento que las demás, ni ser habladora, ni querer tomar mas importancia de la que nos da la edad: todas estas cosas, hijas mias, debeis conservarlas muy bien en la memoria, porque no hay una cosa mas fea que una niña mal educada. Tampoco se debe tomar queja porque á otra niña la hicieron una caricia ó la dieron un dulce, ni ponerse enfadada contra ella, porque eso denota ruindad de alma y poca instruccion.

CAROLINA. — Tia mia, damos á Vd. gracias por su bondad en explicarnos todas esas cosas que nos son tan útiles.

LA MADRE. — Hijas mias, mi mayor satisfaccion será el dia en que vea coronados mis esfuerzos con un buen resultado: es decir, que vuestros corazones y vuestro carácter se formen por mis buenos consejos, y se perfeccionen por la *virtud*. Mañana continuaremos nuestras lecciones de educacion, hijas mias, y desde hoy nos ocuparemos todos los dias de las ocupaciones de una niña durante el dia, y de los deberes en sociedad y la manera de presentarse de una jóven de la edad de Angela.

MARGARITA. — Diga Vd., mamá, ¿y nos contará Vd cuentos?

LA MADRE. — Sí, hija mia; cuentos útiles y agradables. Pero basta por hoy de este asunto: Luisito explicará la historia de Moisés.

LUIS. — Mucho tiempo despues de José hubo otro rey de Egipto llamado Faraon, el cual aborrecia á los israelitas, por lo cual les hacia trabajar mucho mas que á los del pais. Por último, viendo que con esto no los destruia, puesto que estaban robustos y ayudados por sus hijos, ordenó que todo niño que naciese de ellos fuese arrojado al rio Nilo. Despues de esto, uno de los descendientes de Leví, hermano de José, se casó y tuvo un precioso niño: escondiólo por espacio de varios meses, y no pudiendo tenerle oculto por mas tiempo, le hizo una canastilla de juncos, que barnizó con betun y pez y lo echó al rio. La hija del rey Faraon bajaba á bañarse.

y sus damas se paseaban por las orillas cuando vió el lindo canastillo, mandó lo tomaran y que vieran lo que habia dentro Al ver un hermoso niño, pensó desde luego que era hijo

de los hebreos y se decidió á salvarle. Una hermana del niño que estaba observando, vino á la princesa y la dijo si deseaba una mujer que lo criase, y con su consentimiento, fué á buscar á la madre del niño á quien la princesa le entregó diciéndole: — Toma, cria este niño y yo te pagaré. Podeis pensar el gozo de la madre al ver salvado á su hijo y protegido por la hija del rey. La princesa le puso por nombre Moisés, lo que quiere decir, *salvado de las aguas* Cuando fué grande, su augusta protectora lo llevó á vivir á palacio y lo adoptó como hijo suyo. Los honores y las riquezas no le hicieron olvidar que la sangre de los israelitas corria por sus venas, y habiendo encontrado un egipcio que queria matar á un hebreo hermano suyo, lo mató y lo enterró debajo de la arena creyendo que nadie lo habia visto. Al dia siguiente vió disputar á dos israelitas y les dijo: — ¿Porqué os dispu-

tais, cuando debeis vivir en paz y como hermanos? — ¿Por ventura eres tú juez sobre nosotros, ó quieres matarnos como ayer al egipcio? Moisés tuvo temor, y habiendo sabido que Faraon lo buscaba para matarlo, huyó. Mucho tiempo habia caminado, cuando sintiéndose cansado se sentó al pié de un pozo, y al poco rato vió venir siete doncellas que venian á sacar agua. Unos pastores quisieron impedírselo, y Moisés salió en defensa de ellas. Cuando contaron lo ocurrido á su padre Jetro, este las dijo que porqué no le habian convidado á venir á la casa, y mandó á buscarlo. Despues de esto Moisés se quedó con él y se casó con la hija de Jetro, Séfora. Conduciendo los ganados de su suegro llegó hasta el monte Horeb, y vió una zarza que ardia sin extinguirse, y se acercó á ver qué era. Entonces oyó una voz que le dijo: — Quítate los zapatos, porque pisas tierra santa; yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Jacob y el Dios de tu padre. — Moisés se cubrió el rostro no atreviéndose á mirar al Señor. El Creador le dijo que habia oido las quejas de los israelitas en Egipto, y que conociendo su sufrimiento, habia pensado poner término y librarles de las manos de los egipcios, y darles una tierra fértil y abundante. — Tú eres el que he elegido para esta grande obra. — ¿Y quién soy yo para ir á Faraon y sacar mi pueblo de aquel pais? — Yo estaré contigo, y despues me ofrecerás un sacrificio en este monte. — Moisés, no creyéndose con mérito para desempeñar aquel encargo, dijo: — Pues bien, Señor; iré, y les diré que el Dios de sus padres me envia; y si me preguntan que quién es, ¿qué les diré? — Les dirás, *yo soy el que soy*; *el que es* me envia á vosotros.

CARLOTA. — ¿Y qué quiere decir ser el que soy?

EL PADRE. — Quiere decir yo soy el Dios, y seré, y sin mí nadie puede nada.

LUISA. — Ese pasaje de la Sagrada Escritura es muy bonito.

EL PADRE. — Despues que Dios le dió esta órden, Moisés no creyéndose tener el don de la palabra, por consejo del Señor determinó presentarse con Araon su hermano. Partió á Egipto, llevando una vara, con la cual debia hacer los milagros que

conmoviesen el corazon de Faraon; pero este, sordo á los milagros y á la voz de Dios, se obstinó en no dejar salir á los hijos de Israel de Egipto. Entonces el Señor le mandó las plagas de ranas, moscas, mosquitos, langostas, y los dejó en las tinieblas; y no siendo bastante hizo morir á todos los primogénitos.

LUISA. — ¿Qué es primogénito?

EL PADRE. — Es el hijo mayor, ó heredero del nombre de una familia; tambien se llama primogénito cuando es un hijo único. Cuando los Egipcios vieron todos aquellos desastres, rogaron á Faraon que dejase salir á los israelitas de Egipto. Efectivamente salieron en número de seiscientos mil, sin contar los niños. Pero dejemos para mañana saber lo que les sucedió.

CARLOTA. — Cuando oigo contar rasgos como ese, me lleno de respeto y temor por el Señor.

LA MADRE. — Bien hecho, hija mia; cuando en el corazon se siente temor de Dios, en ese caso se tiene dado un gran paso para ser bueno y justo.

CAROLINA. — Dime, Angela: ¿cuáles son los bordados q se pueden hacer á mano?

ANGELA. — Amiga mia, en primer lugar el feston, el cordoncillo, el realce, el punto de pluma, el punto redondo, punto de cadeneta, bordado al pasado, é imitacion.

ENRIQUETA. — Dime: ¿no es verdad que el dibujo sobre la misma tela es mejor que sobre papel?

ANGELA. — Sí, porque por muy trasparente que sea la tela, es mas fácil bordar, teniendo el dibujo reproducido en la tela.

CAROLINA. — ¿Y cómo se pasa á la tela?

ANGELA. — Muy sencillo: se extiende sobre una mesa un pedazo de paño, ó bien otra cosa gruesa; se pone encima de este paño dos hojas de papel, y despues el dibujo, teniendo cuidado de que estén asegurados para que no se muevan de un lado á otro; y despues con una aguja bastante gruesa, se pica el dibujo de manera que quede marcado en el papel que se halla debajo. Se debe tener mucho cuidado con los redon

dos y las puntas de las hojas. Las picaduras deben estar lo mas aproximadas posible, para que quede bien marcado hasta el mas pequeño pormenor. La hoja de papel que está debajo del dibujo es la que debe servir. Cuando está picado se pasa una piedra *pómez* para alisarlo. Aquel papel se pone sobre la tela, y se pasa sobre todas las picadas la piedra de dibujar ó pómez; esta penetra por los pequeños agujeros, y queda el dibujo marcado en la tela. Para esto se necesita piedra pómez azul ó negra, y si la tela es de color, entonces blanca ó amarilla. Ya te expliqué en el *bordado á la inglesa* la manera de preparar para bordar.

CAROLINA. — Mil gracias, primita; te aseguro que mas aprovecho de tus explicaciones, que de las que me dan en el colegio.

ENRIQUETA. — Sí, porque como tus explicaciones son hechas mas extensivas, y con mas confianza podemos preguntarte que no á las profesoras, de este modo se nos quedan mas impresas en la memoria.

LA MADRE. — Basta ya por hoy, queridas mias, estudiad mucho, y hasta mañana.

DIALOGO DECIMOCUARTO.

ABUELO. — Mi querida Luisita ha hecho una accion muy generosa esta mañana, y en recompensa voy á contaros una bonita historia.

CAROLINA. — Pues ¿qué ha hecho Luisa, abuelito?

ABUELO. — Voy á contarlo.

LUISA. — Abuelito, no merece la pena que me alabe Vd.

tanto; yo creo que lo que he hecho, no es sino muy natural.

ABUELO. — Sí, hija mia, pero denota un buen corazon, y eso vale todo el oro del universo. Escuchad. Estábamos ayer en el jardin, cuando la criada llegó con una cesta de los mas exquisitos frutos que produce nuestra huerta, y todos nos dispusimos á tomar algunos. Ya sabeis que nuestro jardin tiene una verja, que es la entrada de la casa; pues bien, Luisita habia tomado su parte como todos nosotros, y á poco la vimos sentada del otro lado del jardin con una niña vestida de andrajos, y á la cual le daba los frutos y el pan que nosotros le habiamos dado: hé aquí lo que habia pasado. Cuando Luisa empezaba á comer sus melocotones, vió por entre la verja una pobre mujer con una niña de seis á siete años que pedia limosna. La niña miraba á Luisa como diciendo cuánto hubiera dado ella por tener aquellos frutos y aquel pan. Luisa lo comprendió, y dirigiéndose á ella la preguntó si tenia hambre; la niña le contestó que no habia comido nada desde la tarde anterior.

MARGARITA. — ¡Pobrecita!

ENRIQUETA. — ¡Qué desgracia!

CAROLINA. — ¿Y qué hizo Luisa? ¿fué á pedir á su mamá para darle á la pobre?

EL ABUELO. — Mejor que eso; — «toma, la dijo, cómete esos frutos y el pan, porque á mí no me hace tanta falta, habiendo comido á una buena mesa. ¡Pobrecita! ven al lado mio, y siéntate.» Dicho esto, la dió su merienda, llorando de satisfaccion. Mientras que comia la niña, Luisa pidió á su papá una moneda y se la dió á la madre de aquella: podeis figuraros que cuando se marcharon, sus bendiciones debieron llegar hasta el cielo.

CAROLINA. — Buena Luisa, mucho te queria, pero ahora te aseguro que te amaré doble.

LUISA. — Mi mayor recompensa, si este hecho tan sencillo merece, es el abrazo de mi mamá, y la satisfaccion y el contento de mi familia.

LA MADRE — Sí, hija mia; la caridad es la mas dulce y sa-

tisfactoria de todas las virtudes, y puedes estar segura que nunca se siente mayor júbilo en el corazon que cuando se ha protegido á un desgraciado.

ABUELO. — Por eso mismo quiero referirlas la historia de dos hermanas, que es uno de los ejemplos mas sublimes de caridad.

CARLOTA. — Abuelito, yo tambien deseo ser caritativa y buena, y hacer bien á los infelices.

ABUELO. — Hija mia, con esas ideas serás siempre dichosa, y no verás al rededor tuyo mas que gentes que te amen, y cuando seas mujer que te veneren.

MARGARITA. — Empiece Vd., abuelito.

LAS DOS HERMANAS.

Fernanda y Matilde eran hijas de una rica viuda de la Habana, y habian venido á establecerse á Madrid. La primera contaba doce años y la segunda diez; á su llegada á la córte recibieron la visita de muchos personajes amigos de su padre, el cual habia desempeñado un alto destino en la Habana, y todos ponderaban la hermosura de Fernanda y la dulzura de Matilde. Aquella se vestia con la mayor elegancia, y gustaba de llevar brazaletes y sortijas de alto precio; por el contrario Matilde siempre vestida con sencillez, se hacia notar por las muchas limosnas que daba á los pobres. Su buena madre las bendecia todas las mañanas, y bendecia á Dios que para su consuelo la habia dado aquellas dos criaturas, apoyo de su viudez. Una adivinadora, ó mejor dicho una gitana, las habia predicho que las dos tendrian la corona de la gloria, y cada una de ellas habia tomado aquella prediccion en diferente sentido. Fernanda pensó en adquirir la corona de la gloria mundana; Matilde la corona de los Mártires. Así pasaron cuatro años, y en aquel tiempo se habia desarrollado el gusto que Fernanda manifestaba por el canto, y era buscada en todas las sociedades y aplaudida, y de vuelta á su casa veia sin embargo que no era un Litz, un Mozart ó un Talberg, y vol-

via con afan á estudiar. — « Tendré una corona, decia; soy rica, seré virtuosa, y tendré la corona de la gloria; y mi nom-

bre resonará en las otras naciones. — Madrid me mirará como una divinidad, y podré ocuparme á dar dinero á otras para proteger á los pobres. Yo siento en mí la sed de hacerme célebre, ¿y qué me falta? mis dedos adquieren cada dia mas agilidad; mi amor á la música es inmenso, y mi caridad es nombrada. Mi hermana Matilde se contenta con hacer bien, y guarda el incógnito para que nadie hable de ella; ¿y cuales mejor caridad, la que se oculta ó la que se ejerce haciendo alarde? Estas ideas poco mas ó menos se agolpaban al cerebro de la linda niña, durante que Matilde trabajaba todo el dia en el bien de los desvalidos; semanas enteras iba con la

hermanas de caridad, y las prodigaba su ayuda hasta para hacer las medicinas, pero todos conocian á Fernanda, y nadie hablaba de Matilde. Cuando las visitas llegaban, Fernanda elegantemente ataviada estaba al piano, mientras que su hermana estaba ocupada de los quehaceres de la casa, y de saber si los desgraciados del barrio habian sido socorridos.

MARGARITA, — ¡Qué buena era Matilde!

LUISA. — ¿Y cuál era la caridad mas apreciada á los ojos de Dios?

LA MADRE. — La que se hace en el misterio y sin ostentacion. Dios no gusta del brillo y de la reputacion que dan los demás; le agrada y es mas meritoria la caridad cristiana ejercida por instintos naturales, que la ejercida porque los demás hablen de ella.

ABUELO. — Continuo: el alma sencilla y cándida de Matilde caminaba soñando con los ángeles, y ella que era la amiga de las flores, era el símbolo de la modestia y hermana de la violeta, tenia su candidez y su pureza.

CARLOTA. — Voy amando mucho á esa niña, porque me parece que sigue mejor camino que su hermana.

MARGARITA. — Calla, no interrumpas; ¡qué fastidiosa eres!

LA MADRE. — Cuidado, Margarita, ya sabes lo que te he dicho; que una niña debe ser amable y complaciente.

EL ABUELO. — Una mañana, Fernanda le dijo á su hermana: Mira, querida Matilde; me he propuesto que seamos las protectoras de los pobres y socorramos su miseria. — Hermana mia, no somos bastante ricas para proteger á todos, dijo Matilde con dulzura. — Ya la encontraremos: la gitana que me dijo la buenaventura me dió un paquete diciendo que no lo abriese sino en un caso extremo, y que allí encontraré lo que necesite. Por entonces se fundó una sociedad de beneficencia, y á la cabeza estaban las dos hermanas; pero á decir verdad, Matilde frecuentaba mas los enfermos que su hermana. Esta decia que un dia ella tendria los tesoros que la prometia el paquete de la gitana y que entonces nadie ejerceria

la caridad con mas profusion. Pasemos aun algunos meses, y llegaremos al terrible azote del cólera en España en 1834.

CARLOTA. — ¿Qué es cólera, papá?

EL PADRE. — Hija mia, el cólera es una terrible enfermedad que no perdona nada, y que en el año que el abuelo ha nombrado diezmó la poblacion de Madrid. El que es acometido del cólera tiene poca esperanza de salvacion: los calambres, el color que toma la piel, y demás efectos, son terribles, y hacen vacilar el valor, y retirar hasta el médico, quien teme ser acometido de la epidemia.

LUISA. — ¿Tambien algunas veces se ha advertido en Paris?

EL PADRE. — Sí, pero desde hace algunos años es mas benigno, y no causa tantos estragos.

EL ABUELO. — Pues como decia, Matilde estaba en todas partes infatigable; no temia ni que ella misma pudiera contagiarse. Un dia, acompañada de una dama de caridad, se dirigió á visitar tres pobres indigentes acometidos del cólera. La habitacion en que entraron mostraba una espantosa mi-

seria; el piso estaba roto por todas partes; tres niños cubiertos de andrajos se rodaban por el suelo, y la madre y el padre yacian en una miserable cama; la muerte era mejor que aquel estado. Despues de haberles prodigado remedios y consuelos y de haberles dado algun dinero, la señora se dispuso á bajar la escalera, y Matilde la siguió cerrando la puerta. Al salir le oyó decir al marido: — Dime, ¿no es la señorita esa que dicen que es tan rica? — Sí, contestó la mujer: — mejor hubiera sido que nosotros tuviéramos una parte de lo que ella tiene de mas en su casa, pero no es tarde. Matilde comprendió aquellas palabras y la maldad que encerraban, y fué tal la impresion que la causaron, que cuando concluyó de bajar la escalera se sentó en el último escalon sin poder dar un paso. La señora que la acompañaba, temiendo que fuese el cólera la hizo conducir á su casa desmayada.

ENRIQUETA. — ¡Qué maldad! cuando ella habia ido á prodigarles aquellas muestras de caridad y de afecto!

ANGELA. — Pobre Matilde; ¡qué ingratitud la de aquellas gentes!

LA MADRE. — Efectivamente que debian de tener el corazon ajeno de toda religion y de todos buenos sentimientos para conducirse de aquella manera.

EL ABUELO. — Figuraos el terror de la madre y hermana de Matilde al creerla víctima de su buen corazon. Fernanda cayó de rodillas á los piés de la cama, durante que su madre la prodigaba sus cuidados, y trataba de calentar sus piés y manos heladas. Dios, que nunca desoye al que le ruega con fervor, atendió á las súplicas de aquella familia, y al poco tiempo Matilde volvió de su desmayo, y mas se repuso cuando vió que se hallaba entre los brazos de su madre y hermana. No bien repuesta de su indisposicion, vinieron á avisarla que una señora excelente y caritativa acababa de caer enferma, y que dejaba abandonadas á sus dos niñas pequeñas. Aquella señora no hacia mucho tiempo habia perdido su fortuna. Matilde fué á su casa, y se encargó durante la enfermedad de aquellas dos inocentes criaturas, asi como de procurarle lo necesario á la madre.

CARLOTA. — Yo no sé cómo despues de lo que la habia sucedido, podia aun ocuparse de ir á socorrer á los enfermos.

LA MADRE. — Porque, hija mia, no se puede juzgar á todos por uno, porque en ese caso no habria quien socorriese la miseria: siempre se encuentra algun ingrato, pero tambien hay muchos que saben reconocer el bien.

EL ABUELO. — Cuando Fernanda supo la indigencia de aquella noble familia, prometió mandar á un criado con provisiones y socorros, y se dispuso á dar un concierto en favor de los pobres. Entonces ya empezaban á ser menos fuertes los estragos de la epidemia. — Querida hermanita, dijo Matilde, tú estás muy ocupada, y no puedes distraerte de tus lecciones —y estudios; permíteme que yo distribuya por tí las limosnas. Como gustes, efectivamente me harás un gran favor. Fernanda se ocupó de buscar los mejores cantantes y los mejores pianistas para que el concierto proyectado diese lo suficiente para socorrer las numerosas familias pobres y enfermas. Gracias á sus buenas relaciones y á la alta posicion que ocupaba, todos los amigos de su madre y de ella patronaron aquella buena obra. Los salones del teatro donde se dió estaban completamente llenos de las familias mas ricas y distinguidas, y de todos aquellos á quienes la epidemia no habia robado algun miembro de su familia, y que no podian asistir á causa del luto. Fernanda se ofreció tambien á tocar, y es inútil añadir que millares de coronas acogieron la caritativa señorita. Esta, vestida con sencillez y elegancia, cautivó los corazones por su modestia, y no solo el oro, pero hasta las mas ricas alhajas fueron mandadas para socorro de los desvalidos.

MARGARITA. — Pero Fernanda era tambien muy buena.

LA MADRE. — Sí, hija mia, pero en lo que ella hacia, su amor propio se halagaba, y en los socorros de Matilde habia mas fondo de caridad que en Fernanda, puesto que aquella no era porque dijeran «¡qué buena es!» y Fernanda al contrario deseaba que todos supieran sus beneficios. La una iba al templo de la beneficencia por un camino que no era desagradable, y precedida por la admiracion y los honores, dispensando los socorros como una reina; y la otra exponia mil ve-

ces su vida sin mas gloria ni ambicion que la de imitar á san Vicente de Paul.

El abuelo. — Una cantidad inmensa cayó en el bolsillo de los pobres; el gigante formidable que por tanto tiempo habia oprimido la nacion empezaba á pasar, y el nombre de Fernanda era pronunciado con entusiasmo en todas partes. Numerosos caballeros deseaban su mano; pero Fernanda preferia estar al lado de su familia. Matilde continuaba á socorrer las numerosas víctimas, que faltas de alimento, y faltas de todo habian salido salvas del terrible azote. Una noche en que todos dormian menos Matilde, oyó un ruido como de una puerta que resiste á una llave, y al mismo tiempo á la luz de la luna vió escalar la pared del jardin. Muda de terror no sabe qué hacer, pero preve el peligro, y se acuerda de las palabras de aquel hombre á quien habia ido á socorrer. No duda que sea él, lo ve adelantarse y abrir con una llave ganzúa la puerta principal, y oye el ruido de los pasos de dos hombres en la escalera. El deseo de salvar su familia la hace tomar una gran resolucion: en su cuarto estaban las armas que habian pertenecido á su padre, y aun sabe que una pistola está cargada; la toma, y se dirige con el mayor sigilo al cuarto de su madre, donde cree oir á los ladrones. Efectivamente la luna alumbraba la cama de su buena madre, y ve el puñal de un asesino levantado sobre ella.

Luisa. — ¡Qué susto hubiera yo tenido; y ni hubiera podido moverme de terror!

Carolina. — ¡Pobre madre, y valiente hija!

Angela. — Continúe Vd., por Dios, abuelito.

El abuelo. — Al ver esta escena, Matilde levanta el gatillo, é inspirada por el amor filial, dispara y hiere á uno de los malhechores: á este ruido levántanse los criados, corren con luces, y encuentran á Matilde sin atreverse á entrar, un hombre tendido en el suelo herido, y la madre de la jóven despavorida y horrorizada. Fernanda corre al ruido, y se arroja en los brazos de su hermana, diciendo: — Matilde, tú eres la verdadera descendiente de nuestro padre; tu valor nos ha salvado á todos, y me conceptúo indigna de ser tu hermana

mayor. — Hermana mia, tú eres mas hermosa, y por consiguiente tus gustos son mas brillantes que los mios ; yo debo

dedicarme a ser la madre de los desgraciados, tú á la gloria y la celebridad. Las dos hermanas se dirigen al herido, y cuál no seria el asombro de Matilde al reconocer al hombre á quien tan generosa y caritativamente habia salvado la vida ; él haciendo un esfuerzo la dijo : — « Señorita, he merecido mi suerte : he sido un malvado, pero ahora conozco el gran re-

mordimiento que si yo viviera tendria toda mi vida: felizmente moriré, y de ese modo os vengareis. Mi ambicion me hizo desear los bienes de mi libertadora, y Dios ha hecho que muera de su mano.» Efectivamente murió pocos momentos despues. Pintaros el asombro de Fernanda y el cambio que se habia operado en ella, seria demasiado largo. Al dia siguiente una multitud numerosa se agolpaba á la puerta de Matilde, la cual hizo una ovacion á aquella que, despues de haber salvado una multitud de familias, habia salvado á la suya propia. Entre tanto Fernanda se decidió á abrir el paquete dado por la gitana, y ¿qué os parece que encontró?

MARGARITA. — ¿Algun tesoro?

CAROLINA. — ¿Una carta?

EL ABUELO. — No, mucho mejor aun; halló un pergamino y en él escritos estos renglones: — «Estás destinada á la corona de la mundana gloria; el orgullo os dominará, pero con un tesoro podeis vencerle; este tesoro es la caridad cristiana.» Al leer estas palabras la jóven prorumpió en lágrimas, y dirigiéndose al cuarto de Matilde la dijo: — Querida hermana: he abierto el paquete de la adivinadora. — ¿Y qué has hallado? — ¡Lo que he hallado! he hallado el conocimiento de una cosa que hasta ahora habia ignorado, á pesar de tu buen ejemplo. — ¿Y qué es, mi querida Fernanda? Es la humildad, la caridad cristiana bien ejercida, como tú la ejerces, no por medio de la adulacion y vanidad, como yo he hecho. Al decir estas palabras, Fernanda sintió unos brazos que la estrechaban, y vió á su madre que la bendecia. — Sed benditas, y vivid en paz; la gitana me habló que tendrias la tendencia al orgullo, y yo la rogué me diera un medio que pudiera curarte, y me dijo que cuando hubieras leido el pergamino, tu salvacion seria hecha. Hoy las dos hermanas son ejemplo de caridad; Fernanda no se ha querido casar, y despues de la muerte de su madre, como anteriormente, no hay un desgraciado que pase por su casa sin bendecirlas.

LUISA. — ¡Preciosa historia! y ciertamente que la conducta de Matilde es digna de servir de ejemplo.

ENRIQUETA. — Sin embargo, se exponia á haber perdido la vida.

EL PADRE. — Dios la protegia; y si no, ya veis por qué casualidad la hizo resorte para salvar la vida á su madre.

LA MADRE. — Yo conocí una niña que todas las mañanas dejaba la mitad de su desayuno para dárselo á una pobre mujer.

CAROLINA. — Dime, Luisita; ¿no es mañana cuando mamá te presenta en casa de Mariana, para tomar el té?

LUISA. — Sí; iré con Angela y con mamá.

LA MADRE. — Sí, es la primera vez que vamos en casa de esas señoras, las cuales han visto á Luisa en casa de una amiga nuestra, y me han rogado la lleve conmigo. Pero ya que de reunion hablamos, bueno será que os explique las reglas de una señorita en sociedad: cuando se va por primera vez á una casa, se hace un saludo á la dueña de ella, y bajo su invitacion se toma asiento; si hay otras niñas, y la edad es propia para ocuparse de juegos, tal como Luisa, por ejemplo, se toma parte en ellos sin fastidiar á las demás y no siendo porfiada, ó amiga de seguir su opinion. Siempre se debe ceder en todas ocasiones: esto denota prudencia. En el caso que no se juegue, se permanece en su sitio contestando cuando pregunten, pero sin mezclarse ó interrumpir la conversacion entablada por las personas mayores. Si es por la noche, se debe tener gran cuidado en no ser dominada por el sueño, y si desean que se toque el piano ó se cante, segun nuestras habilidades, hacérselo repetir dos ó tres veces, pero al fin ceder porque no crean que es por orgullo. Si habiendo concluido nos hacen elogios, admitirlos con modestia y dar las gracias. Tampoco se debe decir si es tarde ó temprano, y si se está en visita con su mamá ó persona superior, esperar á que esta crea oportuno retirarse.

ENRIQUETA. — Diga Vd., tia mia; ¿y cómo es posible retener todo eso en la memoria?

LA MADRE. — Hija mia, muy fácil; cuando se conoce que una cosa nos es útil, grabarla en nuestra imaginacion como un juego ó una leccion. Otro dia os explicaré los deberes de

una señorita en un baile; pues todo debeis de aprenderlo.

EL PADRE. — Ahora, Angela nos explicará la geografía. Una señorita debe saber por lo menos la de las principales naciones. Hoy se explicará la de Francia.

CAROLINA. — He pensado en la conquista de América, y quisiera preguntar á Vd. porqué no se la puso el nombre del conquistador en lugar del nombre que lleva.

EL PADRE. — Voy á explicarte porqué. Hija mia, el descubrimiento del Nuevo Mundo fué mirado como un acontecimiento de la mayor importancia, pero el motivo que ha perpetuado el nombre que lleva no es menos digno de interés. Los descubrimientos posteriores á Colon fueron hechos sin expedicion formal, por lo cual el gobierno español mandó al almirante Ojeda. Cuando este navegador salió de Sevilla, llevó consigo á un italiano llamado Amérigo Vespucci, escribiente, y muy diestro para hacer planos y cartas náuticas. A su vuelta se dedicó aun mas, y formó todos los planos del Nuevo Mundo; y como iban con su nombre, se empezó á decir « planos de Ameriga, » y por último se decian « planos de América » por ser mas fácil, ese nombre insensiblemente se le fué dando á la tierra conquistada. Colon fué el primer descubridor, él debia haberla dado nombre; despues Ojeda, Grijalva, Cortés que conquistó Méjico, y Pizarro el Perú; pues bien ninguno de esos marinos debia darla su nombre: un insignificante piloto tuvo esa gloria. Pero empecemos la geografía de Francia.

ANGELA. — La Francia antiguamente se llamaba Galia, y sus límites llegaban al Norte hasta el Rhin y el Océano, al Oeste el Paso de Calés ó canal de la Mancha, al Sur los Pirineos y el golfo de la Galia ó del Leon, y al Este los Alpes. Los galos tenian un cutis muy fino, cabellos rubios y alta estatura, y su valor iba hasta la temeridad; y cuando no tenian enemigos que combatir, luchaban contra los elementos. Pero siendo muy reducido el pais, pasó un ejército de galos á Italia á pedir un pais donde establecerse; habiéndoselo negado, llevaron sus armas hasta Roma, cuya ciudad estaba completamente indefensa; pusiéronla fuego, pero uno lla-

mado Camilo los derrotó, y despues de varias guerras los galos fueron sujetos á Julio César. Los francos, de lo que ha tomado su nombre Francia, eran los habitantes del otro lado del Rhin; vinieron y la saquearon, y al fin se establecieron en ella, bajo la dominacion de Clovis. Los francos no déjaban crecer la barba, solamente tenian bigotes muy largos; el pelo lo llevaban corto. Los reyes é hijos de reyes eran los solos que podian llevar los cabellos largos y formando como una corona.

LUISA. — Y ¿porqué era eso, papá?

EL PADRE. — Porque era su costumbre; así es que cuando querian impedir á un príncipe el reinar, le cortaban la cabellera, de esta manera se le despojaba de sus derechos. En tiempo de los godos en España, existia la misma costumbre. Los francos eran muy generosos y respetaban mucho las mujeres, pero no permitian ser gobernados por ellas. Su ley, llamada *ley sálica*, no permitia heredar el trono á las hijas de los reyes; pues, segun ellos decian, no querian caer de la *lanza* en la *rueca*, porque en aquella época todas las mujeres hilaban, hasta la reina y las princesas. El siglo pasado la Francia se componia de 40 provincias, despues se dividió en 130 departamentos, y actualmente está dividida en 86 departamentos. Su poblacion es poco mas ó menos de 33.540,910 habitantes. Ahora Luis nos explicara los rios y las islas.

LUIS. — Las principales islas son: en el Océano Atlántico, Sein, Groix, Belle-Ile, Ré y Oleron; en el Mediterráneo, las de Hyeres, de Lerins, y la Córcega. La Francia está regada por 5 rios principales que son: el Rin, el Sena, el Loira, el Garona, y el Ródano. A estos rios se pueden agregar el Saona, el Charenta, el Dordoña, el Adur, la Mosa, el Soma, el Var, el Escalda, y otros de menos importancia.

EL PADRE. — Muy bien; mañana indicaremos algo sobre la Inglaterra. Ahora explicad un poco de la historia sagrada.

LUIS. — La noche en que salieron de Egipto fué la que se celebra como Pascua. El Señor le dijo á Moisés: «Cuando tus hijos te pregunten el dia de mañana qué significa esto, les dirás: — El Señor nos sacó con brazo fuerte de Egipto, de la

casa de la esclavitud. » Dios no los guió por el pais de los Filisteos, porque consideró que si aquellos los movian guerra, se volverian á Egipto. Los guió por el desierto que está cerca del mar Rojo. Moisés llevó consigo los huesos de José, como este lo habia pedido. El Señor guiaba á los israelitas acompañándolos en una nube por el dia, y en una columna de fuego

por la noche. El Señor los ordenó que camparan en Bolsejon. Faraon pesaroso de haber dejado salir de Egipto á los israeli-

tas, mandó un ejército en su persecucion. Asustados estos exclamaron: «¿Para qué nos has traido á este desierto? ¿para morir?» Entonces Moisés rogó al Señor tuviese piedad de su pueblo, y entonces se levantó una nube que impedia á los egipcios ver á los hijos de Israel. Y separando el mar Rojo en dos mitades, lo pasaron á seco, despues volvieron á juntarse las aguas, y perecieron los mandados por Faraon. Despues el Señor convirtió el agua amarga en agua dulce, y les mandó unos granos para que comieran, y esto duró seis dias, y el sétimo se llamó sábado.

EL PADRE. — Continúa tú, Angela.

ANGELA. — Otra vez les faltó agua á los israelitas, y Moisés tocó con su vara á una roca y brotó agua; poco despues sobrevinieron los amalecitas, y Josué fué á pelear contra ellos, y los derrotó pasándolos á cuchillo. Esto lo escribió Moisés por órden del Señor.

LUISA. — Pero, diga Vd., papá; y ¿cómo es que ellos merecieron tantos milagros y favores del Señor, y nosotros no vemos ninguno?

LA MADRE. — Hija mia, rodeados estamos de esos favores, y no reparamos en ellos, porque todos los dias los vemos.

CAROLINA. — ¿Cómo así?

LA MADRE. — Mirad el sol, las estrellas, la tierra, el mar, nosotras mismas; decidme, ¿no es esto un milagro?

LUISA. — Es verdad, mamá; pero hay un pais en que dicen que el sol está mas cerca de sus habitantes, y que el calor es insoportable.

LA MADRE. — Es en Africa, en el medio de América y en Asia; pero sin embargo no es tan insoportable puesto que hay habitantes, y si mirais en Egipto, vereis que allí nunca llueve, porque, segun se ha explicado sobre el Nilo, este se desborda y riega, y da frescura al pais.

ENRIQUETA. — Dígame Vd., tia mia; ¿qué es lo que tiene Carlota en la megilla? parece una quemadura.

LA MADRE. — Sí, hija mia; es el fruto de la desobediencia. Esta mañana tomó las tenazas y se puso á arreglar el fuego; la dije: «Carlota, no toques á la lumbre. — ¿Porqué, mamá?

— Porque puede saltar una chispa, ó un carbon, y puedes quemarte. — Pero, mamá, y ¿cuando Vd. arregla la lumbre? — Yo soy mayor, y estoy acostumbrada. — Pero, mamá, le aseguro á Vd. que no me sucederá nada. » Pero á pesar de mis reflexiones y prohibiciones, cuando se quedó sola, continuó á tocar á la lumbre, hasta que un carbon saltó y prendió fuego á su vestido : los gritos me hicieron correr á su socorro, pero no pude impedir que se quemase una mano y la megilla.

CAROLINA. — ¡Pobre Carlota!

LA MADRE. — No se la debe de tener lástima, porque ha sido culpa suya.

CARLOTA. — Mamá, ¿me perdonará Vd.?

LA MADRE. — Si te corriges, sí, hija mia.

ANGELA. — Si vieras, Carolina, ¿qué trabajo tan bonito á *gancho* estoy haciendo para papá? (Véase dibujo nº 7.)

CAROLINA. — Será para el dia de su santo.

ANGELA. — Justamente.

LUISA. — Yo estoy bordándole una camisa de batista.

ENRIQUETA. — ¿Al realce?

LUISA. — Sí : ya te la mostraré.

MARGARITA. — Yo le daré un ramillete de margaritas.

CARLOTA. — Y yo, la primera flor que he aprendido á dibujar.

CAROLINA. — ¿Y para la fiesta de la abuelita?

LUISA. — Para su santo hemos preparado guirnaldas de flores, con la explicacion de cada flor.

ENRIQUETA. — Ya nos explicareis ese lenguaje.

CARLOTA. — Ciertamente.

LUIS. — Yo pienso darla unos bonitos versos, y como se llama María, una salve en verso.

ENRIQUETA. — ¿Gustas decirla?

LUIS. — No está aun concluida, pero pasado mañana os la diré.

LA MADRE. — Bien, hijos mios, estoy muy satisfecha porque amais á vuestra familia; es el amor mas puro y verda-

dero, y nunca se encuentran mejores amigos que un padre ó una madre.

EL PADRE. — Hasta pasado mañana, porque ya es bastante tarde.

DIALOGO DÉCIMOQUINTO.

EL PADRE. — Muy buenas tardes, hijas mias; parece que venís mas temprano que de costumbre.

ENRIQUETA. — Sí, porque como la noche pasada no vimos á Vds., hemos pensado en que esta noche la leccion seria mas larga.

CAROLINA. — Y dime, Luisita, ¿te has divertido mucho?

LUISA. — Bastante, pero os aseguro que me encuentro mejor al lado de vosotras.

ENRIQUETA. — Gracias; y para recompensarte de esa preferencia, he aprendido un cuento que creo os agradara.

MARGARITA. — ¿Le vas á contar?

ENRIQUETA. — Sí, si me lo permiten.

LA MADRE. — Sí, hija mia, te escuchamos, Enríqueta.

LA CAJA MARAVILLOSA.

En la ciudad de Bagdad habia un pobre zapatero, el cual apenas tenia lo suficiente para vivir, y era tan desgraciado que viéndolo tan pobre, ni aun los zapatos querian darle á componer, pues temian que no tuviera dinero para comprar lo necesario. Una noche que estaba sentado á la puerta de su

tienda, vió pasar á una vieja fea y repugnante: su nariz roma y aplastada, sus ojos verdosos y relucientes, y su boca desmesuradamente grande la daban un aire singular. Era una hechicera.

MARGARITA. — ¿Qué es una hechicera?

LA MADRE. — Hija mia, antiguamente se llamaban hechiceras las que adivinaban el pasado, presente y porvenir, y las que con las cartas ó barajas decian lo que se deseaba saber. Hoy en dia esa supersticion ha pasado, y ninguna persona de talento y buena educacion se vale de hechiceras, gitanas ó sonámbulas, pues se ha visto que no era mas que para saber los secretos de otros, y sacar dinero; continúa, niña, tu cuento.

ENRIQUETA. — La hechicera le dijo: — Buenas noches, buen hombre; me alegro mucho verte, porque eres jóven y valiente, y duélome de tu pobreza, pero si gustas hacerme un gran servicio, te aseguro que nada tendrás que envidiar á los mas ricos.—Gracias, buena mujer; pero como ciertamente desearia salir del estado en que estoy, explícame qué es lo que puedo hacer por tí, y qué provecho sacaré yo de ello. — Escucha: mañana por la mañana antes que el lucero del alba se oculte irás al bosque que se halla á la salida de la villa, y contarás á tu derecha seis árboles; al sétimo que lo conocerás porque está completamente hueco, treparás á la cumbre y en ella hallarás una especie de entrada: déjate deslizar por ella, y cuando estés abajo verás una cueva alumbrada con millares de luces; esta gruta es vasta y espaciosa, y está tendida de las sedas mas ricas y los tapices mas costosos. Allí verás tres puertas cerradas, y las llaves puestas en las cerraduras: abre la primera, y en aquella habitacion verás un gran baul guardado por un leon, que te mirará con ojos terribles; pero no te importe, porque en la primera sala hallarás tres cuchillitos de marfil, y uno de ellos se lo meterás por la boca al leon, y una vez hecho esto puedes tomar cuanto dinero quieras del baul; en ese baul está el dinero en cobre; en la segunda puerta hallarás otra habitacion, y en ella otro baul que encierra la plata; ese baul está guardado por un

enorme oso, el cual parecerá que va á devorarte; pero métele el segundo cuchillo, y sin temor toma cuanta plata desees.

Pero como el oro es el metal mas apreciado, entrarás por la tercera puerta, y allí encontrarás tres grandes pilas llenas de oro, diamantes y perlas. Estas pilas están guardadas por una horrible pantera, que rujirá de furor á tu vista, pero con el tercer cuchillo te verás libre de ella. Tomarás riquezas sin número, y cuando vuelvas á tu casa podrás decir que eres el mas rico de Bagdad. Con que, decídete. — Pero, ¿y el servicio que me habeis reclamado? — Poca cosa: en la tercera sala encontrarás una caja redonda para guardar pastillas de olor; esta caja es de oro y pedrerías, y se trata de que me la entregues. — Aceptado, contestó el maravillado jóven. — Pues hasta mañana por la noche.

Impaciente estuvo el zapatero toda la noche, hasta que el lucero del alba le advirtió que era tiempo de ir al bosque donde se encerraban tantas riquezas. Se vistió, y siguiendo las instrucciones de la vieja, encontró el árbol, subió á él, y se dejó deslizar hasta la gruta. La cantidad de luces le quitó por un momento la vista, pero despues distinguió sobre una mesa los tres cuchillos de marfil, y vió las tres puertas indicadas. Habiendo reflexionado un momento, abrió la primera y se encontró con el leon que lo devoraba con los ojos; pero él se dijo á sí mismo: — No me asusto, porque poseo el medio de vencerte; y adelantándose á él le metió el cuchillo por la boca. Abrió el baul y llenó sus bolsillos de cobre. Ahora, dijo, pasemos á la segunda, y veremos si el oso me deja tan tranquilo como el leon. — Abrió la segunda, y el oso le recibió disponiendo sus patas delanteras para darle el abrazo mortal.

CARLOTA. — ¿Qué abrazo?

LA MADRE. — Los osos, hija mia, para matar al hombre lo abrazan con tal fuerza que lo ahogan.

ENRIQUETA. — Pero nuestro jóven no se desanimó; tomó su cuchillo, y no sin alguna dificultad se lo metió por la boca: despues llenó sus bolsillos de plata, y se dispuso á entrar en el depósito de oro y piedras preciosas. — Buenos dias, cama-

rada, la dijo á la pantera, que le contestó con un rujido; parece que no estais dispuesta á cederme una parte de vuestro tesoro, pero os aseguro que á pesar vuestro me apoderaré de él. En seguida llenó dos sacos que llevaba prena-

rados de oro, perlas y diamantes, y habiendo cogido la caja maravillosa, se dispuso á salir. De vuelta á su casa pasó todo el dia en contar su tesoro, y esperó á la vieja con la mayor impaciencia. Cuando llegó la noche, la vió dirigirse á su casa, y á su llegada le dijo: — Y mi caja ¿la has olvidado? — De ninguna manera: aquí la teneis. Pero, decidme; esta caja debe encerrar algun talisman.— Curioso, ¿no tienes bastante con que te haya hecho el mas rico de Bagdad, sino que quieres conocer mi secreto? Pues no, porque antes morirás. — La vieja sacó una espada, y quiso matarlo, pero él tuvo mas fuerza, se la cogió y la cortó la cabeza. El sentia tener que haber empleado aquel medio violento contra la que le habia dado las riquezas, pero fué contra su voluntad. Despues tomó un saco, metió en él á la vieja y la llevó al rio. Volvió, y al

dia siguiente se vistió con la mayor elegancia, y alquiló la mas bonita casa de la ciudad; y pocos dias despues pasaba por el hombre mas distinguido del pais. Nadie pensó que podia ser el pobre zapatero, y cada cual al ver su riqueza, le habló de la hija del sultan, que era, segun decian, una maravilla de hermosura. Abenamet, á quien llamaremos por su nombre, formó empeño en que lo presentaran, para rendirla sus respetos. — De ninguna manera podreis, le dijeron; la princesa está retirada de la córte, y su padre la tiene encerrada en un palacio de plata, rodeado de fosos y guardado por numerosas tropas. Solamente el sultan y la sultana penetran en aquel recinto. — ¿Y porqué es ese rigor? — Porque cuando nació la hicieron la prediccion de que se casaria con un simple zapatero; y como esto no le agrada á nuestro sultan, la ha encerrado para que no se case sino cuando él la presente algun príncipe. Abenamet conoció que le seria imposible conseguir verla, y se dió á la disipacion, al juego y las fiestas. Pero sucedió que al cabo de cierto tiempo su dinero se iba concluyendo, y cuando vió que no le quedaban sino algunas piezas de oro, pensó en qué modo emplearia para salir de aquel lance. Despidió á los criados, y él mismo se ocupaba de las cosas mas ínfimas, y sus antiguos amigos le abandonaron.

LA MADRE. — Si hubiera sido mas económico, no le hubiera sucedido eso: la disipacion es un vicio perjudicial, y que lleva con él la miseria.

ENRIQUETA. — Un dia estaba sentado al borde de su cama, único mueble que le quedaba, y pensaba cómo encontraria dinero para comprar su comida aquel dia, y buscando en sus bolsillos encontró por casualidad la caja maravillosa: la abrió y cogiendo una pastilla de las que dentro habia, la olió y en el mismo momento la puerta se abrió, y el leon de la gruta se presentó diciendo: — ¿Qué órdenes teneis que dar, señor? — Vaya unas pastillas maravillosas, dijo; por fin he hallado el secreto de esta bienaventurada caja. Con ella podré obtener todo el dinero que desee; y dirigiéndose al leon le dijo: — Tráeme un saco de cobre: el leon desapareció, y poco despues volvió trayendo en la boca lo que le habian pedido. Pero

esto no era bastante, y Abenamet pasó todo aquel dia pensando la manera de adivinar el secreto entero de la cajita. Pero á fuerza de buscar encontró: si sacaba dos pastillas venia el oso, y si sacaba tres, venia la pantera cargada de oro y diamantes. Una vez encontrado el secreto volvió á tomar el corriente de su vida y á dar comidas y vivir con esplendidez. Pero no olvidaba el cómo podria ver á la princesa. — Es extraño que la tengan tan encerrada; y quién sabe si yo seré el feliz zapatero á quien está destinada: pero ¿no podré encontrar con mi caja maravillosa un medio de verla? Si la mando el leon se asustará, si el oso lo mismo, y si la pantera el doble: pero probemos. Tomó una pastilla, y el leon se presentó. — ¿No podrias, le dijo, tomar la figura de un cordero, y traerme á la princesa que está encerrada en el palacio de plata? Un poco tarde es, pero haré lo posible El leon desapareció, y al poco rato volvió trayendo á la princesa dormida. Era extremadamente bella, y sus rubios cabellos caian sobre sus espaldas. Abenamet la besó en la frente, y le dijo al leon que la volviese á llevar. La encantadora alteza fué conducida á su palacio con los mayores miramientos, y á la mañana siguiente le contó á su madre que habia soñado con un cordero que la llevaba por los aires, y que un zapatero la habia besado en la frente.

El sultan y la sultana se enfadaron mucho, y resolvieron que una dama de compañía se quedase por la noche para guardar á la princesa. La siguiente noche el cordero volvió, y el terror de la dama al ver volar por los aires á la princesa fué tan grande, que no tuvo valor para gritar; pero le siguió y vió la casa donde habia entrado y la marcó con yeso Cuando el leon salió vió la marca, y para desconcertarlos marcó todas las de la calle igualmente. La dama de compañía se lo fué á contar al sultan, quien seguido de una buena escolta se dirigió á la casa indicada. — ¡Ah! hé aquí la casa, dijo el sultan, viendo la señal. — Perdonad, luz de los creyentes, pero creo que es esta, pues hé aquí la señal; dijo uno de los oficiales, y entonces vieron que todas las puertas estaban marcadas. — Es increible; ¿cómo y quién ha marcado todas la

puertas? — Espejo de los creyentes, dijo la sultana, tendremos que renunciar por esta noche á saberlo; y se volvieron á palacio.

La sultana, que era mujer de gran talento, imaginó un medio por el cual infaliblemente sabrian quién era el atrevido. Por la noche estuvo presente al acostarse su hija, y cuando vió que estaba dormida la puso en la cintura un bolsillo con yeso, y en el fondo un agujero, de manera que por cualquiera parte que fuera no podria menos de marcar el camino. Así

sucedió: el cordero vino como de costumbre, sin calcular ni conocer el lazo que le tendian, y apenas habia llegado á la casa de su amo, cuando la justicia la invadió, y el pobre zapatero fué conducido delante del sultan — ¡Miserable! le dijo este; ¿cómo te has atrevido á llegar hasta mi hija, y mas que eso haberla llevado á tu demora? — Señor, contestó Abenamet: aseguro que mis intenciones no eran de hacerle daño. Luz de los creyentes, espejo de la verdadera doctrina: por Mahoma perdóname ese desacato. — Perdonarte, no lo creas; en una prision te dejaré hasta que el hambre y la sed te hagan morir. Despues de estas palabras el desgraciado Abenamet fué conducido á una torre, y encerrado con un feroz carcelero, que no tenia ninguna piedad de él.

CARLOTA. — ¡Vaya una injusticia! ¡encerrarle para que muriese!

ENRIQTETA. — Y lo que era mas cruel, que como lo habian cogido sin darle tiempo para nada, su caja maravillosa se habia quedado en su posada

LUISA. — ¡Qué desgracia!

MARGARITA. — ¿Y cómo hizo para salir de allí?

ENRIQUETA. — El cuarto dia estaba tan desesperado y tan débil, que apenas podia hablar; se decidió á ganar á fuerza de oro al carcelero, y le dijo: — Amigo mio, yo conozco tu deber cuál es; pero ese deber no te impedirá hacerme el último servicio, pues de lo contrario toda tu vida tendrias remordimientos. — ¿Y qué servicio es ese? — Ir á la fonda de la Media Luna, y traerme una caja, herencia de mi padre, y con la cual quiero morir; te daré diez piezas de oro por el viaje. Aunque muy empedernido, no lo estaba tanto que quisiera por tan poca cosa perder diez piezas de oro, y fué á buscarla, volviendo al poco rato. Por la primera vez el zapatero apreciaba en todo su valor á la cajita maravillosa, primero le pidió una buena comida que su amigo el oso le vino á traer, y despues habiendo hecho venir al leon, al oso y á la pantera, le intimó la órden al carcelero de dejarle salir. Este intimidado por aquellos tres formidables auxiliares, no se hizo de rogar. De allí se dirigió al palacio del sultan, quien queria

prenderle de nuevo, pero los tres terribles animales destrozaron á los soldados, y todos los que se aproximaban al zapa-

tero. Desde allí se dirigió al palacio de Plata, y libertó á la princesa, la cual agradecida, dijo que era su voluntad casarse con él. El sultan no quiso oponerse temiendo á un hombre que disponia de las fieras, y el matrimonio se celebró con la mayor pompa. Los tres guardianes de los tesoros asistieron no sin que esto aterrase á las señoras. Despues que concluyeron las fiestas, el nuevo príncipe agasajó mucho á sus fieles servidores, y los mandó ir á su subterráneo, y él se quedó con la cajita por si tenia necesidad de ella : desde entonces no se ha vuelto á oir hablar de la gruta de los *Tesoros*.

LA MADRE. — Muy bien contado, Enriqueta ; y si algun dia

teneis la fortuna de hallar una cajita por ese estilo, no olvideis hacer buen uso, y no malgasteis el dinero que Dios nos da.

CAROLINA. — ¡Qué felicidad la de ese zapatero! ¡casarse con una princesa!

LUISA. —¡Y tener á sus órdenes unos criados de aquella especie!

LA MADRE. — Hija mia, la moral de ese cuento es esta: que muchas veces una persona pobre y desgraciada puede subir á las mas altas dignidades, y por eso debemos mirar á todos como nuestros iguales, pues no sabemos á lo que Dios los tiene destinados.

CAROLINA. — ¿No sabes lo que le ha sucedido á María, Luisa?

LUISA. — No.

CAROLINA. — Pues voy á contártelo. Ya sabes que tiene el genio un poco vivo, y que varias veces su mamá la ha reñido á causa de su aturdimiento.

CARLOTA. — Mamá, ¿qué es aturdimiento?

LA MADRE. — Hija mia, aturdimiento se llama la vivacidad mal entendida: por ejemplo, la que cree que por correr á buscar una cosa gana tiempo, ó bien que sin pensar en lo que va á hacer se pone encima de una silla y el fuego prende á sus vestidos, ó la que deja caer una cosa; todo eso es ser una aturdida. Vamos, Carolina, cuenta.

CAROLINA. — Pues bien; ayer estábamos todos reunidos en el jardin; ya sabeis que la casa de María está cerca de un canal, y que al lado hay una noria: naturalmente en aquel sitio el agua es mas precipitada. María ama mucho á su madre, pero en cuanto está sola se olvida de sus preceptos, y todos los dias hay nuevas cosas; sobre todo su mamá la habia prohibido de acercarse á la noria. Ayer María ve un pequeño bote que estaba en la orilla del canal, y creyendo que el agua estando tan tranquila seria muy fácil conducirle, entra en él y se abandona á la corriente.

ANGELA. — ¡Qué imprudencia!

CAROLINA. — Su mamá, que estaba en las habitaciones, ve bote, mas no distingue quién lo conduce: pero figuraos su

temor al ver á su María, que nunca ha tomado un remo en su mano, ni jamás ha entrado en un bote. María cantaba, sin reparar que su frágil barquilla se dirigia hácia la noria.

LA MADRE. — ¡ Dios mio ! ¡ qué desgracia podia haber sucedido ! Continúa, hija mia.

CAROLINA. — Su mamá da un grito y baja corriendo, este grito fué tan terrible que los obreros que se hallaban fabricando una casa allí cerca, corrieron y vieron la madre aterrada y fijas sus miradas en la barquilla. Entonces comprendieron todo, y lanzándose uno de ellos á nado, pudo salvar á María cuando ya su barca tocaba á la fatal rueda.

ANGELA. — ¡ Qué susto para esa pobre madre, y cuánto debió sufrir !

LA MADRE. — Ya veis, hijas mias, á dónde lleva el aturdimiento. Luisita es un poco aturdida, pero creo que con nuestros consejos no nos dará disgustos de ese género.

LUISA. — Tiene Vd. razon, mamá ; y ya vió Vd. cuán juiciosa estaba ayer en casa de esa señora donde fuí con Vd.

LUIS. — Tambien Enrique es un aturdido, y el jardinero Tomás siempre tiene que andar detrás de él. El otro dia se empeñó en coger cerezas de un árbol, y no pudiendo conseguirlo se subió á él ; pero el perro lo desconoció y queria devorarlo : por fin le llamó por su nombre, y se bajó del árbol ; pero al bajarse cayó en un estanque donde habia ranas, y tuvo que ir el tio Tomás á sacarlo de allí, y conducirlo á su casa, donde su mamá se enfadó mucho.

LA MADRE. — Luisito, el otro dia prometistes á tus hermanitas y primas que les recitarias una Salve que habias aprendido para el dia del santo de la abuelita.

LUIS. — Voy á recitarla.

SALVE (1)

Dios te salve, reina y madre
De vida y misericordia,

1) Esta salve forma parte de *las siete palabras*, poema en versa publicado la autora de este libro.

De dulzura y de concordia
Esperanza del mortal;
Dios te salve; á tí llamamos,
De Eva los hijos proscritos,
Llorando nuestros delitos
En este valle del mal.

Vuelve á nosotros los ojos,
Clementísima Señora,
Abogada y protectora,
Del creyente espejo y luz;
Y despues de este destierro
A nos ¡oh Señora nuestra!
El bendito fruto muestra
De tu vientre, que es Jesus.

¡Oh piadosa! ¡Oh clementíssima
¡Oh dulce Vírgen María!
Madre de Dios santa y pia,
Ruega, Señora, por nos;
Para que dignos seamos
Si en nuestro bien te interesas,
De alcanzar cuantas promesas
Nos hiciera el Redentor.

LA MADRE. — Preciosa Salve, Luisito; y estoy segura que la abuelita se alegrará mucho de oirla.

ANGELA. — ¿Sabeis para qué es muy buena? para ponerla en música y cantarla, como se hace en los colegios los dias de la Vírgen del Cármen ó de la Vírgen de Agosto.

ENRIQUETA — Verdad es, que las niñas podrian cantarla; como cuando yo gané el premio el año pasado.

ANGELA. — Sí, y creo que trataré de ver si puedo ponerla en música.

LUISA. — ¡Como eres medio profesora!...

ANGELA. — Un poco; todos me dicen que estoy muy adelantada.

LA MADRE. — Angela, hija mia, no se debe creer que porque otros lo digan por adularnos, sabemos mas que todos; el

tener amor propio en ese género es muy feo; porque nada hay mas agradable ni mas bello que la modestia en una jóven; la modestia embellece la fisonomía.

EL PADRE. — Luisito, explica alguna cosa de la historia sagrada.

LUIS. — Jetro, suegro de Moisés, le trae á su mujer y su hija; despues Moisés por órden del Señor promulgó la ley, ó

decálogo, y en el monte Sinai recibió las tablas de la ley de manos del Señor: estas tablas contenian las leyes contra el robo, para la administracion de la justicia y otras. Moisés permaneció en el monte Sinai cuarenta dias. Cuando bajó vió que los israelitas adoraban un becerro de oro, y fué tal su cólera que tiró las piedras de la ley, y las hizo pedazos, y despues mandó á Levi que pasase á cuchillo á veinte y tres mil hombres.

CARLOTA. — ¡Qué horror! me parece que no hizo bien en dar muerte á todos aquellos hombres.

MARGARITA. — ¿Y porqué cometió aquel delito?

LA MADRE. — Hija mia, porque los israelitas habian prometido de no adorar mas que á Dios, y que adorando un becerro cometian un crímen.

LUIS. — Despues, segun el Señor le habia instruido para formar el Tabernáculo, se dispuso á ejecutarlo, y pidió el perdon de los que quedaban, al Señor. Este se lo concedió, y con su órden partieron para Canaan.

LUISA. — Pero despues de todos los milagros que el Señor hacia para ellos, ¿cómo tenian valor para haber adorado un becerro?

LA MADRE. — Nosotros, hija mia, le desobedecemos todos los dias, siendo glotones, embusteros, desobedientes, coléricos, y no teniendo amor ni temor á nuestros padres. Por consiguiente, para no ser castigados debemos enmendarnos de nuestros vicios.

LUIS. — Entonces se estableció la ceremonia de la misa, aunque no tan perfeccionada como lo fué despues. Moisés fué hecho por el Señor sacerdote del pueblo. Poco despues mandó Moisés por órden del Señor á varios sugetos principales de los israelitas para que explorasen al pueblo, y viesen si las ciudades estaban fortificadas, y si sus habitantes eran de buena índole. Hiciéronlo así; pero cuando volvieron, mintieron atemorizando al pueblo, y diciendo que ellos eran muy poca cosa en comparacion de los habitantes de Canaan, que eran como gigantes. El pueblo entonces quiso rebelarse contra Moisés, y Aaron, Josué y Caleb trataron en vano de apaciguarlo, y el Señor, á pesar de los ruegos de Moisés, los condenó á morir en el desierto, exceptuando á Josué y á Caleb. Despues los condujo á la tierra prometida.

LA MADRE. — Basta, Luisito: hablemos un poco de la geografía.

EL PADRE. — Sí, hijo mio: explica la posicion de la Inglaterra.

LUIS. — La monarquia inglesa está rodeada por el Océano Atlántico, llamado el mar de Alemania y del Norte, y el canal de la Mancha. El Reino-Unido de la Gran Bretaña comprendre el principado de Gales, el reino de Escocia y el de Ir-

landa, y las islas anglo-normandas; la isla de Malta en el Mediterráneo, y Gibraltar en España. Su religion dominante es el protestantismo, en Escocia el calvinismo, y en Irlanda el catolicismo; su poblacion es de 23,400,000 habitantes.

EL PADRE. — ¿Cuántos lagos tiene?

LUIS. — Tiene pocos lagos; el mas grande está en Escocia, llamado el Lomard. En Irlanda son mas numerosos, y el principal es el de Erue.

EL PADRE. — ¿Y los rios?

LUIS. — Papá, ya hemos nombrado algunos en otra ocasion; pero aparte de aquellos, hay el Támesis, el Spey y el Shanuow. El Reino-Unido está dividido en tres reinos, 1° la Inglaterra, capital Lóndres; poblacion, 1.400,000 habitantes; 2° Escocia, capital Edimburgo, poblacion 136,000 habitantes; 3° Irlanda, capital Dublin, poblacion 227,000 habitantes.

EL PADRE. — Basta, Luisito; tú debes aplicarte á la geografía, porque para un niño es muy importante; para las señoritas lo mas principal es conocer la geografía de Francia, Inglaterra, España, América é Italia. Conocer todo lo que ya llevamos explicado, para no encontrarse un dia cortada en cualquier pregunta que la puedan hacer, y á la cual no pudiera contestar.

LUISA. — Diga Vd., papá: he oido decir que la Inglaterra se llamaba Albion.

EL PADRE. — Sí, querida mia, antiguamente; los anglo-sajones la subyugaron y la dieron el nombre de Inglaterra, pero sus antiguos habitantes se refugiaron en el pais de Gales y en Bretaña, por lo que tomó este nombre. Los sajones fueron arrojados de aquel pais por los daneses, que la poseyeron tranquilamente; pero despues los ingleses volvieron á poner en el trono á Eduardo, que tenia sangre de sus reyes. Hoy dia la Inglaterra está dividida en cincuenta y dos condados.

CARLOTA. — Diga Vd., mamá, ¿qué son átomos?

LA MADRE. — Hija mia, cuando penetre el sol en tu cuarto acércate á él y mira si no hay nada que se mueva en el aire

LUISA. — Sí, yo lo he visto algunas veces; una cosa como si fuera polvo.

LA MADRE. — Pues esos son los átomos; el aire está poblado de ellos, solamente que como son muy imperceptibles no se les ve.

MARGARITA — ¿De qué color es el aire?

LA MADRE. — Mirad al cielo, y decidme qué veis.

MARGARITA. — Veo el azul del cielo.

LA MADRE. — Pues eso es el aire. Segun los átomos no se ven, del mismo modo el aire no se ve porque no está condensado.

LUISA. — ¿De manera que el aire está compuesto de pequeñas partes azules?

LA MADRE. — Sí, hija mia.

LUISA. — Y ¿cómo puede sostener el agua?

LA MADRE. — Del mismo modo que cuando llueve las hojas mas débiles de los árboles sostienen las gruesas gotas de lluvia, solamente cuando por efecto de otras que caen encima, se forma una gota mas gruesa, entonces cae porque es mas pesada que el aire ó que la hoja.

CAROLINA. — Diga Vd.: ¿qué es física?

LA MADRE. — Física es una ciencia que enseña á conocer la naturaleza, el aire, el fuego, el agua, la tierra, los árboles, los metales.

MARGARITA. — ¿Qué son metales?

ANGELA. — Hermanita, metales se llaman el cobre, el oro, la plata, el acero, el azogue y otros.

LA MADRE. — Basta ya por hoy; pues como mañana es la víspera del santo de la abuelita, se necesita levantarse temprano.

LUISA. — Yo voy á preparar mi guirnalda.

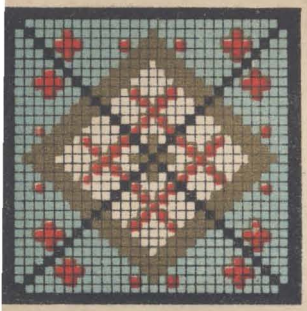
CARLOTA. — Yo mi dibujo.

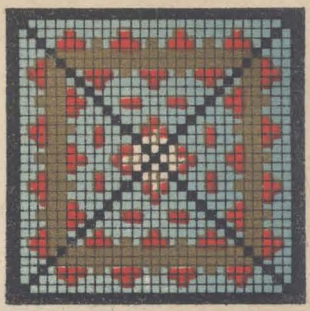
LUIS. — Yo á escribir mis versos.

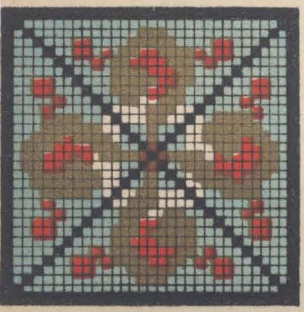
ANGELA. — Y yo voy á preparar el significado de cada flor.

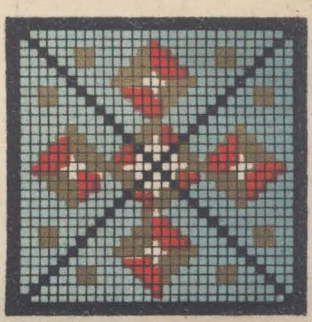
CAROLINA. — ¿Y tú, Margarita?

MARGARITA — Un ramo de margaritas.









Imp Monrocq, 3, r. Bugeaud, Paris.

CAROLINA. — Tambien yo pensaré en felicitarla.
ENRIQUETA. — Y yo.
LA MADRE. — Pues hasta mañana.

DIALOGO DÉCIMOSEXTO.

LA MADRE. — Muy buenas tardes: Carolina, veo que venís mas pronto de lo acostumbrado, para festejar á la abuelita.
ENRIQUETA. — Sí, tia mia.
LA MADRE. — ¿Y qué encierra esa cajita?
ENRIQUETA. — Un pequeño regalo.
CAROLINA. — Pues yo he traido un tiesto.
MARGARITA. — Aquí está mi ramillete.
ANGELA. — ¿Está todo pronto?
LUISA. — Todo.
CARLOTA. — Aquí está mi dibujo.
ANGELA. — Bien, ahora escuchad: cuando abuelita entre en la sala, tendremos erguida la guirnalda por una punta cada una, y todos los presentes encima de la mesa; á su entrada formaremos círculo y la presentaremos la guirnalda.
LUISA. — ¡Excelente idea!
ANGELA. — Héla aquí.
ABUELA. — ¡Qué sorpresa, hijas mias! ¡cuán buenas sois! pero ¿qué es esto, Enriqueta?
ENRIQUETA. — Una labor á gancho, abuelita, que yo la he hecho á Vd. (Véase dibujo número 8.)
ABUELA. — Hijas mias, vuestro amor me enagena, y no po

deis figuraros cuán contenta estoy. Pero ¿y Carlota, qué es lo que me presenta?

CARLOTA. — Abuelita, el primer dibujo que yo he hecho; una rosa con sus hojas.

ABUELA. — ¡Doble mérito, hija mia, por haberme dedicado el fruto de tus estudios!

LUIS. — Yo la ofrezco á Vd. esta salve y esta carta, escrita por mí.

ABUELA. — Muy bien, Luisito, hijo mio, ser tan aplicado; pues á tu edad hacer una salve en verso... ¡Qué bonita guirnalda, de anémonas, balsamina blanca, clavellinas, de coronas de rosas, siempre-vivas, helecho y violetas de Parma?

ANGELA. — Y no es eso solo, abuelita; sino que si me lo permite Vd., la diré el significado de cada una de esas flores.

ABUELA. — Hija mia, veo en esto la mano de tu cariño. Dime el significado.

ANGELA. — La anémona, abuelita, significa *el candor* de vuestra alma y la bondad; la balsamina blanca, la *pureza de vuestros sentimientos*; las clavellinas, *el amor filial* que tenemos por Vd.; las coronas de rosas la *recompensa de vuestras virtudes*, viéndoos rodeada de vuestra familia; las siempre-vivas, que vuestra memoria *será eterna* en nuestros corazones; el helecho nuestra *sinceridad*; y las violetas de Parma, que nos *permita Vd. amarla.*

ABUELA. — Hijas mias, no solo es bonito, sino ingenioso haber hecho esta guirnalda; pero y Margarita ¿qué es lo que me trae?

MARGARITA. — Un ramo de margaritas.

ANGELA. — Que significa la *inocencia* y candidez de la que la ofrece á Vd. esas flores.

LUISA. — Yo, abuelita, he bordado una Virgen en cañamazo; véala Vd: símbolo de su nombre de Vd.

ABUELA. — ¡Esto es demasiado, hijas mias!

CAROLINA. — Yo he traido un rosal entre césped.

ANGELA. — Para manifestar, que se *gana siempre en estar en buena compañía*, como la de Vd., abuelita.

ABUELA. — Y ¿qué puedo yo hacer para recompensaros?

MARGARITA. — Contar un cuento.

CARLOTA. — Es verdad.

ABUELA. — Pues bien; entonces os contaré la historia de una niña que debió su felicidad á las flores.

ROSA, Y EL RAMO DE JACINTOS.

Una señora de alto rango y posicion vivia retirada en una casa de campo con su hija Isabel y Emilia, su hermana pequeña. Como su mamá estaba un poco delicada, era ella la que cuidaba de su hermanita, y decia: «no tengas cuidado, mamá; tengo doce años, yo sabré hacer todo lo necesario para que Emilia no esté al cuidado de los criados.» Por la mañana vestia á su hermana y la hacia rezar las oraciones; despues le daba la leccion de lectura, y despues empleaba en el estudio todos los momentos que tenia libres, para poder enseñar á Emilia lo que ella aprendiera.

CARLOTA. — ¡Ay mamá! ¡qué buena niña que era Isabel: querria parecerme á ella!

LA MADRE. — Hija mia, no tienes mas que estudiar y trabajar como ella para aprender. El saber no está nunca de mas, porque si mas tarde tus padres fueran pobres, tú podrias ayudarles con lo que supieras.

ABUELA. — De esa manera Isabel era querida de todos los que la conocian, y era el orgullo y el júbilo de su mamá; Isabel gozaba de gran libertad y corria con su hermana por el campo en sus horas de recreacion. Siempre que Isabel se dirigia á la izquierda de su casa, veia una pobre niña despeinada y sucia, que habitaba una pobre cabaña; su madre era viuda y habia adquirido el vicio de ir á la villa vecina y embriagarse, dejando abandonada á su hija todo el dia. Como lo poco que ganaba en llevar cargas de leña lo gastaba, su hija faltaba hasta de lo mas necesario; y además, embrutecida por la bebida, cuando venia á su casa maltrataba á su hija. Rosa estaba como idiota, y nadie la veia jugar con las niñas de su edad ni dedicarse á nada, mas que á sentarse en

la puerta de su cabaña y pasar el dia con la cabeza apoyada en sus manos.

CAROLINA. — ¡Pobre criatura! ¡qué infame mujer: dejarla sola y abandonada!

LA MADRE. — En eso ves á lo que sirven los vicios, á que se abandonen hasta los deberes mas sagrados.

LUISA. — ¿Y porqué ella no se cuidaba de estar limpia y de arreglar su cabaña?

LA MADRE. — Hija mia, si desde nuestra infancia no nos enseñaran á ocuparnos de nosotros mismos, seriamos como animales feroces; pues eso le sucedia á Rosa, estando sin instruccion, y sin nadie que la impusiera en sus obligaciones, no sabia nada ni pensaba que hubiera otra cosa que hacer.

LA ABUELA. — Isabel se admiraba de hallarla siempre en aquella inmovilidad, y muchas veces la dirigió la palabra sin que obtuviera contestacion. Se contentaba con mirarla tristemente, como una criatura privada de toda inteligencia. Un dia Emilia pidió á su hermanita por favor que la acompañara para coger margaritas y hacer una corona. Isabel condescendió, y dirigiéndose á un prado donde habia muchísimas, la ayudó á trenzar su guirnalda. De repente Emilia da un grito de júbilo y corre para coger una azucena que se abria á los primeros rayos del sol: era la primera de la estacion. Contenta Emilia volvia á su casa con su hermana, cuando al pasar por la puerta de Juana, esta miró á la azucena que la niña tenia en su mano, y se lanzó, cogiendósela con la mayor violencia. Hecho esto volvió á sentarse tranquilamente, respirando el perfume de la azucena. Isabel se quedó pensativa, y de vuelta á su casa le contó á su mamá lo sucedido añadiendo: « La aseguro á Vd., mamá, que he visto en los ojos de Rosa una cosa que no es idiotismo, cuando arrancó la azucena de las manos de mi hermana; y si Vd. me lo permite, trataré de enseñarla lo mas necesario. — Hija mia, no dudo que con paciencia y cariño tal vez podrás adelantar algo. — Y yo te ayudaré, hermanita, dijo Emilia. — Hija mia, continuó la madre, si empiezas esa tarea, necesitas tener perseverancia, porque te haces un deber, y un de-

ber hay que cumplirlo. No te se debe ocultar que en una naturaleza salvaje, como la de esa niña, tendreis que vencer muchas dificultades. — Mi querida mamá, ayudada por sus consejos de Vd., espero conseguir lo que emprendo. Al dia siguiente Isabel fué con su hermana al mismo sitio, y cogiendo

un ramo de azucenas, se lo dió á Rosa, la cual lo miró con tanto agradecimiento que las lágrimas corrian sin sentirlas por sus megillas. Al otro dia sucedió lo mismo, y Emilia é Isabel determinaron entrar en conversacion con ella. — ¿Porqué no vas á jugar con los otros niños, y porqué no trabajas para poder ganar para vivir? le preguntó Isabel. La niña, sin comprender lo que la queria decir, contestó : Cuando

he querido aprender algo como yo veia á las otras, mi madre me ha dicho que para una pobre como yo, era inútil aprender nada; en cuanto á jugar, nunca he sabido jugar, y las otras se burlan de mí.—Pero ¿porqué, le dijo Emilia, no aprendes á trabajar, podrias así ser rica? Rosa no contestó, porque no comprendia. Isabel entró en la cabaña, y no pudo hacerse cargo cómo una mujer podia tener su asilo en aquel estado de desórden y abandono: los pocos muebles estaban rotos; la cama, sin hacer, se componia de un mal jergon de paja y una manta llena de agujeros. — ¿Porqué tu madre no limpia el cuarto, y no pone lo poco que teneis en órden? le preguntó Isabel.—Porque está cansada cuando viene á casa y se acuesta sin hacer n idecir nada.—Y tú, ¿porqué no pones en órden y limpias los muebles? — Porque no sé, y si pregunto á mi madre, me pega. — Vamos; y si yo te traigo todos los dias un ramo de azucenas, ¿aprenderás lo que yo te enseñe? — ¡Oh, buena señorita! las flores es mi solo cariño en la tierra; dadme flores y haré todo lo que gusteis. Isabel se sonrió y la prometió venir á la mañana siguiente. Cuando Rosa la vió llegar por el sendero, salió á su encuentro y la tomó un ramo de azucenas, entre las cuales habiá una anémona azul. — Vamos, Rosa, dijo Emilia; hoy estarás contenta del regalo. — Sois muy buenas, señoritas. — ¿Porqué no haces la cama? tu madre se alegraria y se pondria contenta, si al volver viera todo esto arreglado. — Mi madre nunca está contenta, mis buenas señoritas. — ¿Cómo quieres que duerma bien en esa cama? — ¿Qué me importa á mí? — Entonces no la quieres. — Yo no puedo quererla, puesto que no me quiere. — Pero ya sabes, dijo Emilia, que si haces lo que te diga mi hermana, todos los dias te traeremos las mas lindas flores. — Sí, yo haré lo que pueda. Isabel entró en la cabaña, y la enseñó á hacer la cama y á barrer el cuarto. Emilia por su parte arreglaba los pocos muebles, y cuando acabaron su tarea, Rosa miraba con admiracion lo cambiado que estaba en su pobre habitacion.—¿No es verdad que parece mil veces mejor, y que gusta ver la limpieza y el órden aun en las mas pobres cabañas? — ¡Ay, señorita! teneis razon; pero mi ma-

dre me reñirá. —¿ Y porqué? — Porque he dejado entrar una extranjera en la cabaña — Yo vendré mañana, y te aseguro que on dirá nada.

Al dia siguiente era fiesta, y las dos hermanos fueron mas temprano que los de costumbre, y hallaron á la madre de Rosa. — ¿Es Vd., señorita, la que se ha metido á dar lecciones y gobernar mi casa? — Sí, contestó Isabel, porque de ese modo enseñaré á Rosa á trabajar y á ganar dinero. — No ne cesito quien gobierne mi casa; y puesto que hasta este dia Rosa ha pasado sin Vd., tambien pasará de hoy en adelan e. — Pero ¿no pensais que un dia puede sucederla cualquie a cosa en vuestra ausencia? — Si la sucede, tanto mejor para ella, porque para ser pobre mejor la será que se muera.

ANGELA. — Esa mujer no merecia piedad.

LA MADRE. — Precisamente porque era tan mala, merecia mas piedad. Porque si no, su alma se perderia irremediablemente. Su miseria podia pasar, pero su ignorancia era un pecado dejarla en ella, por eso Isabel debia tomar mas interés aun en educar á Rosa.

LA ABUELA. — Sin embargo de aquella dureza, no por eso Isabel se desanimó: al otro dia vino como de costumbre á traer flores á Rosa, y en union de Emilia arreglaron todo y limpiaron el cuarto. Despues Emilia dió á Rosa un jarrito de cristal para poner las flores. Pintaros la alegría de la pobre niña seria imposible. — Dime, querida Rosa, ya ves cómo las flores parecen mas hermosas en ese jarrito: pues lo mismo es el cuarto, y tú misma, peinada y lavada, parecerias otra: ¿quieres que te enseñe á peinarte? — Oh no; de ninguna manera. — ¿Y porqué? — Porque no podré yo nunca, pobre como soy, estar peinada como Vd., y mi madre me reñiria. Todos los esfuerzos de Isabel fueron inútiles y tuvo que marcharse sin poder conseguir peinarla. Dos dias pasaron sin venir. Rosa impaciente la aguardaba todos los dias, y viendo que no venia, se determinó á ir á la casa de las dos niñas, para lo cual se lavó un poco en el arroyo, y tomando el sendero que conducia á la casa, preguntó por su pequeña protectora. Esta, que habia querido probarla, la recibió con el

mayor cariño, la llevó á su cuarto, la peinó, la lavó, y la puso un pañuelo y un delantal de Emilia. Cuando Rosa se miró al espejo, se quedó sorprendida del cambio de su fisonomía, y arrojándose á los piés de Isabel la dijo : — Mi buena señorita, haga Vd. lo que quiera de mí, estoy pronta á obedecerla. — Pues bien, querida mia : todos los dias vendrás aquí por la mañana, y aquí aprenderás lo que te es necesario. Efectivamente, desde aquel dia Rosa aprendió á coser.

todos los dias arreglaba su pobre casa antes de ir en casa de su protectora; aprendió á calcetar y se hizo medias, y para su madre. Esta bien sabia á quién debia aquellos cambios; pero su carácter salvaje la impedia bajarse á dar gracias á la niña á quien debia el bienestar que empezaba á tener. Emilia la enseñaba la doctrina, y al cabo de algun tiempo estaba instruida en los preceptos de la religion. Para que no se desanimase, Isabel la dió unos tiestos con flores que Rosa puso loca de alegría en su ventana. Por fin, cuando ya sabia coser un poco, Isabel la dió tela para que se hicera unas camisas

su madre no la reñia mas, y veia con cierta satisfaccion la limpieza y el órden que reinaba. De acuerdo con su mamá, Isabel propuso á Rosa que la enseñaria á bordar, con lo cual podria ganar dinero. La niña se aplicó de tal manera, que al cabo de tres meses bordaba tan bien como la amable maestra. Un dia su madre, cortando leña, se cortó un pié y fué necesario que se metiera en la cama, y llamar á un médico; ¡entonces conoció lo que valia la proteccion de Isabel, y apreció el servicio que la habia hecho enseñando á su hija á todo lo necesario! Esta la cuidaba, la daba las medicinas, y mientras que bordaba la contaba la Historia Sagrada. — ¡Triste de mí! decia la desgraciada mujer; ¿qué seria de mí sin el cariño y la instruccion de Rosa? me hubiera muerto de hambre y de falta de cuidados: ¡bendita sea la hora en que la señorita vino á esta casa! — Estas y otras eran las razones de aquella mujer, y ella que nunca habia tenido una hora de arrepentimiento, juró que por su parte seria buena madre. Un mes se habia pasado y su convalecencia adelantaba notablemente. Una vez restablecida rogó á Isabel que si podria ella aprender á bordar: — Sí, le contestó esta, nada mas fácil; tomad dinero para comprar lo necesario, y Rosa os enseñará. — Dos años despues la madre y la hija habitaban en casa de Isabel y trabajaban las dos en los bordados. El jardin se habia enriquecido con unas azucenas que Rosa cuidaba diariamente, y la mayor alegría reinaba entre ellas. El jardinero de la casa de Isabel se enamoró de las buenas cualidades de Rosa, y aunque no era hermosa, como era honrada y buena, la pidió en matrimonio. Su madre lo aceptó como esposo para su hija, y contando con Isabel se fijó dia para el matrimonio. Su buena protectora se ofreció á ser madrina. — Mi querida señorita, le dijo Rosa, mis economías no son bastantes para comprarme el traje de bodas, y no me atrevo á decírselo á mi madre, porque tendria una gran pena. — No tengas cuidado, querida, el Señor proveerá. El dia de la boda por la mañana Isabel la dió un paquete y la dijo: — Es tu regalo de boda. Dentro habia un traje completo y un ramillete de azucenas. — ¡Oh! mi querida señorita! estas flores vivirán eternamente

conmigo, y siempre recordaré que las debo mi actual felicidad; ¿qué hubiera sido de mí sin haberos conocido? Hubiera vivido toda la vida como un salvaje, sin haber conocido nada de las impresiones dulces de la vida. la azucena azul, símbolo de la confianza, será de hoy en adelante mi flor favorita, y Vd., señorita, no se arrepentirá de haberme acordado su proteccion. — Rosa se casó y vivió feliz con su madre, y todos los años del aniversario de su encuentro con Isabel, llevaba un ramo de azucenas á su protectora.

ANGELA. — Mil gracias, abuelita; la suerte de Rosa me interesaba en extremo, y me alegro de su desenlace.

ENRIQUETA. — No hay nada mas bonito que el lenguaje de las flores, y por consiguiente todo lo que trata de ellas es interesante.

LA MADRE. — En Rosa teneis bien palpable el ejemplo de que el amor al trabajo trae todas las felicidades, y que con aplicacion se vence la pobreza.

LUISA. — Pero no todas tienen una protectora como Isabel.

CAROLINA. — Y por otra parte, hay personas que toda su vida son desgraciadas á pesar que trabajen y se desvelen.

LA MADRE. — Es verdad; pero son las menos, y tambien consiste en saber dirigir y emplear su trabajo. Pero, á propósito de flores: yo sé una anécdota que no deja de ser interesante.

MARGARITA. — Cuéntela Vd., mamá.

TODAS. — Cuéntela Vd.

EL PADRE. — La rosa tiene tambien su papel en la historia. La Inglaterra sostuvo una guerra ochenta años, que ensangrentó aquel desgraciado pais. La casa de Lancastre y el duque de York se disputaban el trono; la primera tenia por insignia una rosa encarnada, y la segunda una rosa blanca. Bajo estos dos emblemas setenta miembros de la familia real perecieron por la espada ó por el hacha. La mitad de la nobleza sucumbió, y poco le faltó á la Inglaterra para caer en la barbarie. Felizmente escapó de aquella calamidad por el matrimonio de Enrique de Lancastre é Isabel de York: de ese modo se unieron las dos rosas.

CARLOTA. — ¿Qué quiere decir emblema?

EL PADRE. — Emblema se llama tomar una divisa como las que antiguamente llevaban los caballeros al torneo; es decir, una banda ó una bandera con un leon ó un castillo en el cual estaba escrito : *Dios y mi rey*, ó *Castilla y mi libertad*; en fin, un lema que servia para la guerra, ó unas armas de familia.

LA MADRE. — Ahora voy á contar yo una anécdota que me sucedió á mí. — Era yo pequeña, cuando en el jardin de mi padre crecian unas hermosas margaritas, y al lado de ellas habia nacido por casualidad una espiga de trigo; mil veces habia yo deseado arrancarla, porque me parecia que seria dañina para las margaritas, pero nunca mi mamá me lo habia permitido. Un dia en que yo porfiaba, mi madre me dijo : — Déjala, hija mia; ¿quién sabe lo que puede encerrarse en esa planta que Dios ha hecho nacer entre esas margaritas? Déjala y veremos sus respectivos destinos.—Al dia siguiente dos vecinas nuestras vinieron á nuestro jardin : la mayor era morena, ojos vivos y brillantes; y la segunda era rubia, pálida, ojos azules, y reflexiva y tímida. La primera se llamaba María y la segunda Luisa. María me dijo : — Dime, ¿quieres darme una de esas bellas margaritas? — Yo tomé la mas bonita y se la dí á la niña, quien la puso en sus cabellos como adorno.

LUISA. — ¡Qué coquetería!

LA MADRE. — Yo pregunté á Luisa si no deseaba nada, y ella me contestó tímidamente : — No, ahora no; pero cuando esté madura me darás esa espiga de trigo. Mi madre admirada, la dijo : — Hija mia, cuenta con ella cuando esté madura. Cuando llegó la noche vimos pasar las dos jóvenes : María llevaba la margarita mustia ya en su cabeza, y Luisa miraba con ojos de esperanza á la espiga que se elevaba fresca y lozana. Es necesario advertiros que la margarita es una flor coqueta y bonita, pero inútil, pues no tiene perfume ni ninguna virtud de las otras flores. Los dias que siguieron, María venia en busca de margaritas para ponerlas en sus cabellos, y cuando la espiga maduró Luisa vino á recogerla, la desgranó

y la sembró en toda regla. Diez años mas tarde mi madre me contó las consecuencias y destinos de cada una de aquellas flores : María, me dijo, es vana y coqueta como la margarita, ha gastado su juventud en la ociosidad y las fiestas, y

se verá en la miseria, porque no tiene mas dote que las margaritas de nuestro jardin, con que adorna sus cabellos; en cuanto á Luisa, con la primera espiga que la hemos dado ha multiplicado de año en año su cosecha, y va á casarse con el mas rico de la villa Pues bien, niñas mias : ¿no es una lec-

cion? El que siembra coge; pero el que derrama su caudal en cosas inútiles no llega á nada mas que al hospital.

ANGELA. — Estoy segura que mamá ha contado eso por mí, porque dice que soy coqueta; pero os aseguro que nunca seria coqueta hasta el extremo de malgastar mi tiempo y mi caudal.

LA MADRE. — Hija mia, cuando se toma aficion á una cosa, no nos parece lo perjudicial que es sino cuando vemos los resultados. Vamos, Luisita, explica cómo has hecho ese cestito de plumas.

LUISA. — Con mucho gusto. Tomad las mas bellas plumas y cortadles el cañon; cortad esta de la forma que deseeis, y hacedla de carton; en las esquinas de la cesta haced agujeros, y pasad las plumas por ellos de manera que le sirva para sostenerse el extremo de los cañones. Despues, para formar el borde de arriba, haceis un arco de pluma, y asegurais de distancia en distancia las plumas: si este arco es de colores mucho mejor.

CAROLINA. — Gracias, Luisita: es muy fácil y bonito.

ENRIQUETA. — Ya he hecho yo uno de musgo como me dijo Angela.

ANGELA. — ¿Y salió bien?

ENRIQUETA. — Perfectamente.

CAROLINA. — Ahora estoy bordando un gorro griego para la fiesta de tu abuelito.

LUISA. — Ahora está en el campo; pero para entonces ya vendrá.

EL PADRE. — Luis explicará un poco de historia, y despues jugareis, por ser la fiesta de la abuelita.

CARLOTA. — ¡Ay sí; es verdad!

MARGARITA. — ¡Cuánto me alegro!

LUIS. — Jericó estaba cerrada y bien pertrechada por temor de los hijos de Israel, y nadie se atrevia á entrar ni á salir. Entonces el Señor dijo á Josué: — Yo he puesto en tus manos á Jericó, dad la vuelta á la ciudad con el arca del testamento, y al cabo de siete dias caerán hasta los cimientos y podreis entrar. Y así sucedió; y Josué salvó la vida á una

mujer llamada Rahab. Y Josué maldijo todo aquel que intentase reedificar á Jericó. Un hombre que se llamaba Achan robó, y fué condenado á morir apedreado.

CARLOTA. — Diga Vd., mamá: ¿qué es el juicio universal?

LA MADRE. — Quiere decir que el mundo no existirá siempre, y el dia en que el Señor decrete su destruccion, llamará á juzgar á todos, y cada uno tendrá que dar cuenta de sus virtudes ó sus vicios, de sus bondades ó sus maldades. Continúa, Luis.

LUIS. — Despues de la toma de Jericó, cinco reyes se unieron para castigar á los gabaonitas que se habian pasado á los israelitas; pero Josué marchó contra ellos y les dió una gran batalla, y con esto y con el granizo que mandó el Señor, murieron multitud de ellos. De manera que entre Moisés y Josué se cuentan treinta y un reyes destruidos; despues de haber ganado muchas victorias murió Josué. En aquel tiempo vivia una profetisa llamada Débora, la cual regia al pueblo, y en todos sus litigios acudian á ella los hijos de Israel. Débora mandó llamar á Barac y le dijo: — El Señor Dios de Israel te da la órden de ir al monte Itraba llevando contigo diez mil combatientes para que venzas á Sísara, general del rey de Canaan. — Si vienes conmigo, la contestó Barac, sí iré; pero si no, no. — Bien está, iré; pero te advierto que no serás tú el que lleve la gloria, porque será una mujer la que entregue á Sísara. Partieron, y Sísara cuando supo su llegada salió á su encuentro; pero el Señor le asustó y todas sus gentes fueron pasadas á cuchillo, y él mismo huyó y se refugió en casa de Jahel. Esta cogió un martillo y un clavo, y entrando sin ser vista le traspasó el cerebro: y despues se lo entregó á Barac.

CAROLINA. — ¡Qué horror, qué crueldad!

LA MADRE. — No podria excusarse la accion de Jahel sin las alabanzas que Débora inspirada de Dios la da, creyéndolo un movimiento extraordinario del espíritu del Creador.

EL PADRE. — Despues, ya sabeis que todo lo que el Señor hacia por el bien de su pueblo no era crímen. Luisito, cuenta la aventura de Ruth.

Luis. — Un hombre que se llamaba Elimelec fué á vivir al país de los moabitas con Noemí, su mujer, y dos hijos suyos casados. Murieron el padre y los dos hijos; Noemí quedó sola con sus dos nueras, y quiso volverse á su país, para lo cual las dijo que se fuesen á casa de sus padres, porque como ella era tan pobre no podrian vivir con ella. Una de ellas se fué aunque muy triste, pero la otra que se llamaba Ruth, dijo

que la acompañaria. Efectivamente se fué con ella y se ocupaba de segar para vivir. Un dia fué á espigar en el campo de un hombre llamado Booz, quien habia oido hablar del buen corazon de la moabita; como era pariente suyo debia casarse con ella y ella se lo dijo. Él viendo que preferia un anciano á un jóven la tomó por esposa.

LUISA. — Por haber sido buena para con su madre Dios la premio.

CAROLINA. — Sí; y la hizo dichosa, y la sacó de la pobreza.

LA MADRE. — Cuando se hace una buena accion, tarde temprano se ve recompensada.

EL PADRE. — Ahora podeis jugar.

MARGARITA. — Enséñanos un juego, Enriqueta

ENRIQUETA. — ¿Sabeis jugar á la *gallina ciega*?

LA MADRE. — Ese es un juego muy antiguo y existia antes de la era cristiana: entonces era conocido con el nombre *yo me defiendo*. Lisia, hija de Fondanus, gustaba mucho de jugar en un jardin que tenian á orillas del Tiber, y un dia jugando á la *gallina ciega* cayó en el rio; y aunque la sacaron viva, sin embargo se apoderó de ella una fiebre contra la cual no hubo remedio. Cuando sintió que aproximaba su fin, distribuyó todos sus juguetes, sus libros y sus trajes á sus amigas: tenia trece años cuando murió.

MARGARITA. — ¡Pobre niña!

LA MADRE. — Enriqueta de Inglaterra amaba mucho jugar al *escondite*, y dicen que cuando se casó, estuvo jugando con sus amigas mientras venian á buscarla para la ceremonia. En Francia, bajo el reinado de Enrique IV, se decia: yo defiendo mi sangre y mi cuerpo; el que me toque le dejo muerto.

CAROLINA. — Mejor seria que bajáramos al jardin.

LUIS. — Ciertamente; allí jugaríamos á las cuatro esquinas.

ENRIQUETA. — Y al mismo tiempo cogeríamos flores

ANGELA. — Y cañas para hacer cestas.

LUISA. — Vamos.

MARGARITA. — Yo tambien.

LA MADRE. — Cuidado, niñas; tened juicio.

LA ABUELA. — Es hoy mi fiesta.

DIALOGO DÉCIMOSÉTIMO.

EL PADRE. — De manera, mi querida Carolina, que cuando te has levantado esta mañana, has encontrado que una capa de nieve cubria los tejados de las casas.

CAROLINA. — Sí, el cielo estaba oscuro y pardas nubes velaban la claridad del dia.

MARGARITA. — Diga Vd., papá, ¿qué es lo que forma la nieve?

EL PADRE. — La nieve, hija mia, es el vapor del agua helada; del hielo que se ha formado en el seno de las nubes durante el frio. Podeis tomar esas bolitas con vuestras pequeñas manos y se irán deshaciendo, por último no es mas que una gota de agua. Pero si tanto sentís la nieve porque esta os impide de salir, ¿qué seria si estuviérais en esos paises montañosos donde dura casi todo el año?

CARLOTA. — ¿Y los habitantes, papá?

EL PADRE. — Hijas mias, para salir de sus cabañas necesitan abrirse paso con azadones, y con ayuda de un baston andan temiendo á cada momento ser enterrados en la nieve.

MARGARITA — ¡Pero tendrán mucho frio!

EL PADRE. — Están, se puede decir, acostumbrados; y si sus manos se tuercen y sus dedos se encorvan, entonces toman á manos llenas la nieve y se frotan con ella.

CARLOTA. — ¿Con nieve? pues tendrán mas frio.

EL PADRE. — No; no hay cosa mejor para desentumecer los miembros entumecidos por el frio que emplear nieve ó hielo.

MARGARITA. — Yo me pondria al lado del fuego.

PADRE. — Harias mal, porque no hay cosa peor, y además que las manos y los piés te se llenarian de grietas.

LA MADRE. — Dime, Enriqueta; ¿sabes que hace muy buena tarde para estar al lado del fuego, contar cuentos y trabajar?

ENRIQUETA. — Verdad es, tia mia; esta mañana leia yo una toria y la aprendí para contársela á mis primas.

CAROLINA. — Si Vd. supiera cuán contenta estoy con mi rmana.

LA MADRE. — ¿Y porqué?

CAROLINA. — Porque desde que recibe sus lecciones de Vds. ha cambiado completamente, y me ama, y no es envidiosa.

ENRIQUETA. — Querida hermanita, yo no sé porqué anteriormente tenia ese defecto, pues veo que no hay nada mas bueno que la union y cariño de dos hermanas. Mi mamá está contenta de mí y me quiere mas.

LA MADRE. — No; quererte mas, no; pero como ve que eres buena y que te enmiendas está mas satisfecha de tí, y por eso te parece que te ama mas.

CAROLINA. — Yo tambien he tratado de corregirme de ser embustera.

LA MADRE. — Muy bien, hijas mias; todos los defectos se pueden perdonar cuando hay un verdadero arrepentimiento.

LUISA. — Vamos, Enriqueta: cuenta tu historia.

ANGELA. — ¿Es histórico ó novelesco?

ENRIQUETA. — Es histórico.

LUIS. — Mamá, yo quisiera contar lo que me han explicado ayer de la geografía; de la posicion de la Italia, sus montañas y sus rios.

LA MADRE. — Despues que Enriqueta nos cuente lo que ha aprendido.

LUIS. — Y ¿porqué no antes?

LA MADRE. — En primer lugar, porque Enriqueta es una señorita, y hay que darla la preferencia; y en segundo, porque siempre se cede á los demás el primer lugar en todo. Tó

eres un poco voluntarioso y amigo de seguir tus caprichos; pero, hijo mio, en este mundo á cada instante estamos obligados á contenernos, y á ceder. Empieza, Enriqueta.

EL VASO DE PLATA.

ENRIQUETA. — Cuando los francos iban á la guerra, y tomaban por asalto fuera una ciudad fuera un castillo, era de derecho del vencedor repartirse el botin que caia en su poder.

ANGELA. — Pues era una injusticia.

LA MADRE. — No lo dudo, hija mia; pero como los hombres han hecho las leyes, está así puesto en los derechos de guerra.

ENRIQUETA. — Se tiraban suertes; el rey tenia derecho á varias cosas, pero sin escogerlas: se conformaba con la suerte como los demás Un dia, los soldados francos perseguian al enemigo, y tuvieron que pasar por la ciudad de Reims, en la cual forzaron las puertas de la catedral, y tomaron por fuerza un vaso de plata. Aquel vaso era una obra maestra, y estaba cincelado de una manera maravillosa: un piadoso emperador habia hecho regalo á la catedral de Reims. El obispo y toda la poblacion se afligieron mucho de aquella pérdida y aquel sacrilegio; aquel, lleno de un santo celo, fué á presentarse á Clovis, quien todavía no era cristiano: — Rey, le dijo, vuestros soldados han robado á nuestra iglesia el vaso de plata que era nuestra joya mas preciada; os suplico que me lo devuelvan. — Ese vaso, contestó el rey, habrá sido reunido al resto del botin; cuando se hagan particiones, yo le pediré para mí, y os lo devolveré. « Efectivamente, poco tiempo despues se hicieron las partes del botin en el llano de Soissons: allí se veian multitud de objetos preciosos, tales como armas doradas, uniformes magníficos, piezas de oro y plata, alhajas y cosas del mayor valor. Clovis habia hecho poner aparte el vaso de plata. — Mis buenos súbditos, dijo el rey, antes que se echen suertes, os pido me dejeis á mí ese vaso de plata, porque deseo darle á la iglesia de Reims. — Señor, dijo uno de los jefes, ¿cómo podríamos negar nada á un rey

tan generoso? Tomad el vaso ; ¡oh rey! y haced el uso que gusteis. — ¿Vosotros consentís todos? dijo á la multitud. — Todos, sí, todos. — Pues yo no consiento, — dijo una voz del pueblo, y un hombre rudo y de una estatura colosal se pre-

sento delante de Clovis. — ¿Porqué? — preguntaron millares de voces. — Porque la suerte es igual para unos como para otros, y si le cae al rey lo tomará, y si no, irá á manos del que la suerte ordene. — Insolente, vuélvete á tus filas ; ese vaso se lo damos á nuestro rey. — ¿Se lo dais? pues bien,

¡que venga á tomarlo! Al pronunciar estas palabras, levantó un hacha de armas y la descargó sobre el vaso, el cual se desfiguró completamente. Un murmullo de indignacion acogió este insulto hecho al rey; varios jefes cogieron el vaso y se lo dieron á Clovis. Este les dió gracias, sin encolerizarse contra aquel hombre brutal. Todo el resto del dia lo pasó en repartir el botin, pero á pesar de su tranquilidad estaba pensando en la manera de vengar aquel ultraje hecho en presencia de sus soldados. Un año despues, Clovis daba su revista anual, llamada *asamblea del campo de marzo*, porque tenia lugar en aquel mes. Al recorrer solemnemente las filas, Clovis reparó que uno de los soldados tenia sus armas en un estado tal de poca limpieza que no pudo menos de mirarle: era el insolente que habia osado insultar al rey. Este se dirigió á él, y le dijo: — Vergonzoso es que un soldado de Clovis tenga sus armas en el estado que tú las tienes, y sobre todo tu hacha de armas. Para que aprendas otra vez á limpiarla, mira. Y el rey le cogió el arma y se la tiró al suelo. El soldado se bajó á recogerla, y entonces el rey le dió un tajo con su hacha de armas, y le dijo: — Así hicistes tú con el vaso de plata. Nadie osó murmurar porque el insulto habia sido grave.

ANGELA. — Sí, pero el castigo era cruel,

LA MADRE. — Sí, hija mia, es verdad; pero aquel hombre habia ofendido á Dios en la persona de su rey.

LUISA. — ¿No sabes, Carolina, que el abuelito me ha prometido contarnos un cuento muy bonito?

CAROLINA. — Estoy muy contenta que haya vuelto del campo.

ABUELO. — Gracias, hija mia; he prometido á Luisa que contaria un cuento, y vereis cómo los malos son siempre castigados.

MARGARITA. — ¡Cuánto me gustan los cuentos que cuenta el abuelito!

CARLOTA. — Y yo.

LA MADRE. — Como el escuchar no impide trabajar, ocupaos en bordar.

ANGELA. — Yo continuo mi petaca.

LUISA. — Y yo un gorro griego que estoy haciendo para el abuelito. (Véase dibujo nº 9.)

LA MADRE. — Hijas mias, cuando la imaginacion está tan ocupada en labores y estudios, no se tiene tiempo para fastidiarse.

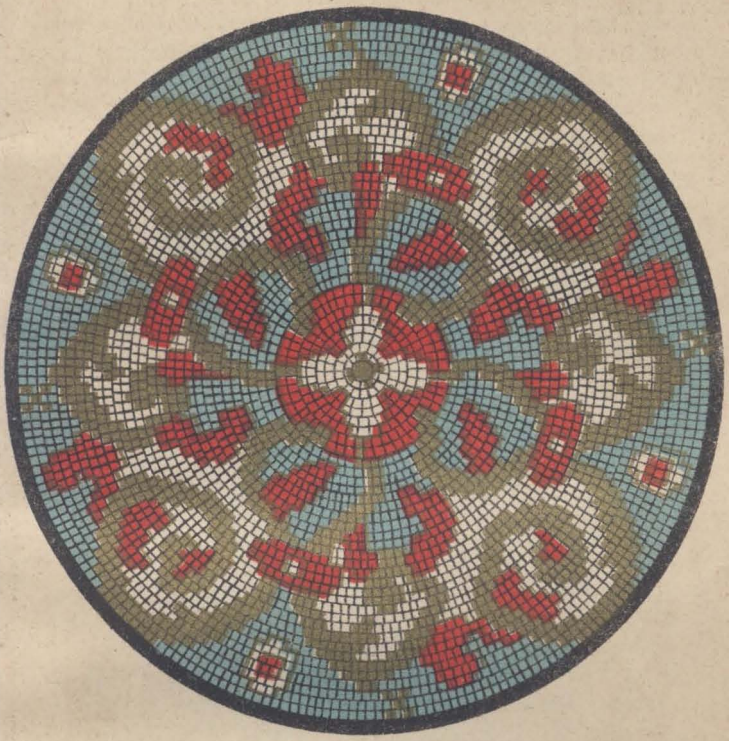
ANGELA. — Verdad es.

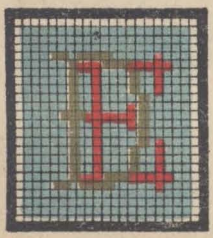
EL ABUELO. — Escuchadme.

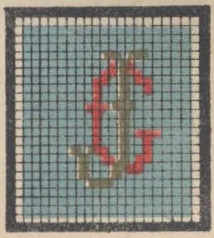
BLANCA DE NIEVE.

Era un dia de invierno; la nieve caia en grandes copos, sembrando sus flores plateadas sobre la tierra. Una jóven reina cosia sentada en una ventana de su palacio: esta ventana era de ébano negro como el azabache. Ocupada en ver

EL ABUELO. — El cazador obedeció, y llevó la niña al bosque; pero cuando sacó su cuchillo para matarla, Blanca de







chas encarnadas. Cuando vió como resaltaba lo encarnado con lo blanco, se dijo á sí misma : — Quisiera tener una niña que tuviera el cútis tan blanco como esa nieve, sus megillas y sus labios tan encarnados como esa sangre, y sus ojos, cabellos y cejas tan negros como el ébano de esta ventana. — En aquel momento pasaba la hada de las nieves en su carro, y habiendo oido á la reina, la concedió lo que pedia; de manera que tuvo una niña blanca como la nieve, sonrosada como su sangre, y con los ojos y los cabellos como el ébano. Pero la reina no tuvo mas tiempo que para abrazar á su hija y decir que deseaba la llamasen *Blanca de Nieve*, y espiró

MARGARITA. — ¡Qué desgracia! ¡tan jóven!

EL ABUELO. — Un año despues, el rey se casó segunda vez. La nueva reina era muy hermosa, pero orgullosa y vana, tanto como la otra era buena y afable. Lo que ella no podia sufrir, era que hubiera otra mujer que fuese tan bonita como ella; habia tenido una hada por madrina, la cual la dió un espejo que tenia un don extremo. Cuando la reina se miraba en él y le preguntaba : — Espejito colgado á la pared, ¿quién es la mas hermosa del pais? — el espejo la contestaba : — No hay ninguna mas bella que tú.— Y la orgullosa reina estaba satisfecha, porque sabia que el espejo decia siempre la verdad. Sin embargo, Blanca de Nieve crecia y cada dia se hacia mas bonita, de manera que á los diez años era hermosa como un bello sol, mas hermosa que la reina. Un dia en que esta le decia á su espejo : — Espejito colgado á la pared, ¿quién es la mas hermosa del pais? — El espejo, en lugar de responderla : « Eres tú, » la respondió : « Es Blanca de Nieve. » La reina se quedó estupefacta, y se puso verde de envidia y cólera. Desde entonces, cada vez que veia á Blanca, su corazon se volvia hiel : tanto la odiaba. De manera que el orgullo y los celos, esas dos malas semillas del alma, crecieron en su corazon como la mala yerba en el campo; hasta que no pudiendo descansar ni de dia ni de noche, hizo venir á uno de sus cazadores, y le dijo : — Llévate á esa niña al bosque para que nunca vuelva á aparecer delante de mi vista; la matarás y me traerás el corazon como prueba de su muerte, y yo se lo daré á

comer á mis perros; ya hace tiempo que la envidia roe el mio. — Pero, ¿y el rey? preguntó el cazador. — El rey está en el ejército; le escribiré que Blanca ha muerto, y no preguntará mas.

CARLOTA. — ¡Qué reina tan malvada!

LA MADRE. — Hija mia, la envidia puede todas esas maldades.

caer la nieve, la reina se picó un dedo con la aguja, y tres gotas de sangre cayeron sobre la nieve, haciendo tres man-

Nieve, viendo que corria peligro de muerte, cayó á sus rodillas, y llorando exclamó : — ¡Ah! ¡mi buen cazador! déjame la vida, te ruego; correré por el bosque y me iré tan lejos que nadie sabrá que existo, y jamás volveré á casa. — Y Blanca de Nieve estaba tan hermosa que el cazador tuvo piedad. — Vamos; vete, corre por el bosque, pobre niña. — Y al decir estas palabras pensaba que, puesto que habia tantas bestias feroces, pronto la devorarian; pero sin embargo ya no pesaba sobre su conciencia. Mató un venado, le sacó el corazon y se lo llevó á la reina; esta creyendo que seria el de Blanca de Nieve, se lo dió á comer á sus perros, como lo habia dicho. En cuanto á la niña, se quedó sola en el bosque y corrió hasta que se agotaron las fuerzas. Los juncos se abrian á su paso y las fieras la dejaban pasar sin hacerla daño. Por la noche vió una casita: tiempo era, pues sus piés no podian ya sostenerla. La casita era lindísima : estaba situada en un sitio muy pintoresco, y un arroyo corria á diez pasos, y un hermoso jardin con árboles frutales la rodeaba. Blanca bebió unas gotas de agua en el hueco de su mano, y entró en la casita para descansar; la puerta estaba solamente entornada: todo era pequeño en aquella casita, y todo era limpio y colocado con órden. Habia una pequeña mesa cubierta de un mantel, y sobre este mantel siete platitos : cada plato tenia su cuchara, su cuchillo, su tenedor y un vasito. Al lado de la pared estaban siete pequeñas camas con las sábanas blancas como la nieve. La pequeña fugitiva, que tenia mucha hambre, comió en uno de los platitos unas legumbres y un poco de pan; bebió una gota de vino en un vaso, porque no queria beber y comer todo, cosa que no hubiera sido difícil. Despues, como estaba muy cansada, pensó en acostarse en una de las camitas, pero ninguna le convenia, porque eran muy pequeñas; por último, la sétima era un poco mas grande: se acostó, y despues de haber encomendado su alma á Dios, se durmió.

MARGARITA. — ¿Y quién habitaba la casita?

CARLOTA. — Deja continuar y lo verás.

ABUELO. — Cuando anocheció completamente los siete due-

ños de la casita entraron. Eran siete enanos que se ocupaban de buscar minerales en la montaña. Encendieron siete lámparas, y entonces vieron que habia estado alguna persona porque no estaba nada en el órden que lo habian dejado. El primero dijo : — ¿Quién se ha sentado en mi silla? El segundo dijo : — ¿Quién ha comido en mi plato? El tercero : — ¿Quién me ha comido mi pan? El cuarto : — ¿Quién ha comido mis legumbres? El quinto : — ¿Quién se ha servido de mi tenedor? El sexto : — ¿Quién ha cortado con mi cuchillo? El sétimo : — ¿Quién ha bebido en mi vaso? Entonces el primero miró al rededor y vió que alguien estaba acostado en la cama del sétimo enano, que era el mas grande de todos : — Mira, ¿quién está acostado en tu cama? Los otros comieron y dijeron : — Tambien en la mia han querido acostarse. El sétimo miraba á Blanca de Nieve que dormia, y llamó á los otros. Todos estaban mudos de admiracion, viendo la belleza de la jóven, la cual alumbraban las siete lámparas : — ¡Oh! Dios mio! exclamaron, ¡qué criatura tan bella! Y estaban tan contentos, que la dejaron acostada en lugar de despertarla. El enano á quien Blanca habia tomado la cama se acostó en el suelo en una estera de juncos. Al dia siguiente cuando amaneció, Blanca de Nieve se despertó, y se asustó al ver los enanos andar por la casa; pero ellos viéndola despierta se acercaron á ella y la preguntaron : — ¿Cómo te llamas? — Me llamo Blanca de Nieve, respondió la jóven. — Y ¿cómo has venido á nuestra casa? » Ella les contó que su madrastra habia querido matarla, pero que el cazador la habia dejado la vida, y que habiendo corrido todo el dia, por la noche habia llegado á la casita, habia entrado, y como estaba muy cansada y tenia hambre, habia cenado y se habia acostado. Los siete enanos la dijeron : — Si quieres arreglar nuestra casa, hacer nuestra cocina, nuestras camas, lavar, coser, hacer medias, y que la casa esté limpia, puedes quedarte con nosotros, y nada te faltará. — Con mucho gusto, contestó Blanca.— Y aunque era hija de rey y de reina, se quedó en casa de los siete enanos, y todo lo tenia en el mayor órden. Por la mañana los enanos se iban á la

montaña á buscar oro, plata y cobre, y por la noche cuando volvian encontraban la mesa puesta. Todo el dia la jóven se quedaba sola, y todas las mañanas cuando salian, como los enanos la amaban mucho, la decian : — No dejes entrar á nadie, Blanca de Nieve, desconfia de tu madrastra; un dia

que otro sabrá que estás viva y te perseguirá. Efectivamente la reina creyéndose libre de Blanca, estuvo dos años sin consultar su espejo. Y durante estos dos años la niña habia crecido y embellecido, encontrándose muy dichosa con los siete enanos. Un dia la reina, acometida de una vaga inquietud, se puso delante del espejo, y dijo : — Espejito colgado á la pared, ¿quién es la mas hermosa del pais? — Y el espejo respondió : — Hermosa reina, tú eres la mas bella de todas las ciudades de tu reino ; pero Blanca de Nieve es mil

veces mas hermosa que tú, en la montaña de los Siete Enanos. — La reina se quedó aterrada; sabia que el espejo no podia mentir, y vió que el cazador la habia engañado, y que Blanca de Nieve vivia. Entonces se puso á pensar cómo haria para que Blanca muriese, porque veia que su envidia no la dejaria en reposo, hasta que fuese la mas hermosa. Al fin pensó que se pintaria la cara y se disfrazaria de vieja vendedora. Disfrazada y pintada de aquel modo era desconocida. Partió para la montaña de los Siete Enanos, llegó á la casita y llamó diciendo: — Buenas cosas que vender, y baratas. — Blanca de Nieve miró por la ventana y dijo: — Buenos dias, buena mujer; ¿qué teneis que vender? — Buenas cosas, hija mia, bonitos cordones para botitas, bonitas cinturas, bonitos terciopelos para collares — Blanca de Nieve pensó que no habia inconveniente en dejar entrar á la revendedora, y quitando el cerrojo la hizo entrar. Vió todas las mercancías y la compró un collar de terciopelo: — Hija mia, la dijo la vieja, ¡qué hermosa sois! pero mas hermosa estareis con este collar. Dejadme que yo os lo ponga, para ver cómo os está. — Blanca de Nieve no desconfiando de nada, se puso delante de ella y la dejó que la pusiera el terciopelo. Pero la infame la apretó de tal manera, que Blanca sin poder dar un grito, perdió la respiracion y cayó como muerta. La reina lo creyó así. — ¡Ah! dijo, te creias la mas hermosa, pero ya no lo eres. — Y se marchó corriendo. Por la noche los siete enanos volvieron á casa y se asustaron cuando encontraron á Blanca de Nieve tendida en el suelo como muerta. Vieron al momento que era el terciopelo lo que la ahogaba; le cortaron; y Blanca empezando á respirar volvió en si poco á poco. Entonces los siete enanos la dijeron: — La vendedora no era otra que la reina tu madrastra; ten cuidado, ahora que ya estás advertida, y no vuelvas á dejar entrar á nadie en la casa, cuando no estemos nosotros.

CARLOTA. — Ya respiro, porque al pensar que Blanca habia muerto me oprimia el corazon.

MARGARITA. — ¡Vaya una reina malvada!

EL ABUELO. — La infame reina estuvo algun tiempo tran

quila porque Blanca de Nieve muerta, ella era la mas hermosa del pais. Sin embargo, un buen dia fué haciendo coqueterías al espejo, y le dijo, como tenia de costumbre: — Espejito colgado de la pared, ¿quién es la mas bonita del pais? — Y el espejo respondió: — Hermosa reina, tú eres la mas bella del reino, pero Blanca de Nieve es mil veces mas bonita que todas en la montaña de los Siete Enanos. — Al oir esto la reina dió un grito de rabia, y toda la sangre se le subió al corazon. Estaba aterrada porque veia que Blanca de Nieve vivia. — ¡Ah! lo que es ahora, dijo, quiero inventar algo, que hunda para siempre á mi rival en hermosura.

Pero dejemos para mañana saber lo que inventó, y hoy se ocupará el resto de la tarde en otras cosas.

MARGARITA. — ¡Qué lástima! estoy deseando saber lo que la sucede á la pobre Blanca.

CARLOTA. — Tambien yo, porque le aseguro á Vd. que me tendrá en cuidado.

LUISA. — ¡Qué bonito cuento! ¡Vaya una infamia!

LA MADRE. — Los celos en la mujer la llevan á los mayores crímenes; por eso es uno de los vicios que mas debemos reprimir. Margarita, ¿porqué estás tan retirada en ese rincon?

MARGARITA. — ¡Ay! mamá, no me riña Vd., pero no he hecho caso de lo que Vd. me habia dicho, y he estado en la cocina donde me he manchado las manos.

LA MADRE. — Hija mia, está muy mal hecho hacer una cosa que yo te tengo prohibida, y para probarte esto mismo, te pondré el ejemplo de una niña.

Andrea era una niña muy buena, á quien su mamá queria mucho. Un dia que salió esta, dijo á Andrea: no vayas hoy á ver á tu hermanita de leche, porque no quiero que vuelvas sola. — No, mamá, no iré. Pero á pesar de esta recomendacion Andrea fué á ver á su hermanita, y regresó antes que su mamá volviera, se arrepintió luego de su desobediencia, y á la hora de comer, como no se atrevia á ponerse á la mesa y lloraba, su mamá le dijo: — Vamos, hija mia, ven á contarme lo que te pasa. — Mamá, la he engañado á Vd., y he es-

tado á ver á Juanita. — Hija mia, ya ves que la tranquilidad se pierde cuando se culpa uno de una falta, y que en la cara se conoce el mal proceder.

LA MADRE. — ¿Ves, Margarita, lo que es engañar á su mamá? Luisito: explicanos algo de la historia sagrada; por ejemplo, Judit y Olofernes.

LUIS. — Habia en Betulia una mujer de extraordinaria hermosura, que era viuda de Manases. Esta mujer se llamaba Judit. Una parte del pueblo de Dios erraba aquí y allá, sitiado en la ciudad por el tirano Olofernes; buscando aquel con que apagar su sed, porque todos los arroyos están secos y agotados por el enemigo que estaba á las puertas. El gobernador de Betulia los exortaba inútilmente; el gran sacerdote en vano queria sostenerlos: su valor estaba agotado. Pero hé aquí que una mujer se presenta entre ellos y les dice que ha descubierto un arroyo; todos corren al sitio indicado, los hijos de Israel se reaniman. El gran sacerdote dice á Judit: — Consérvate casta y sé valiente, y que el espíritu de Jahel te ilumine. — Jahel me causa horror; hundir un clavo en la sien de un guerrero, huésped suyo; ¡no, jamás! Sin embargo la voz de Dios habla á su corazon, y pregunta: — ¿Qué hombre es Olofernes? — Es feroz como Nemrod, afeminado como Sardanápalo, su mirada mata, y su brazo de hierro rompe los robles mas antiguos; su alma corrompida no comprende ni la bondad ni la piedad. Pero el arroyo descubierto por Judit ha sido envenenado por los asirios, y todos creen á Judit culpable de traicion; la heroina quiere probar á su pueblo lo contrario, y se propone matar al general asirio.

LUISA. — ¿Matarlo?

LA MADRE. — Sí, por salvar su pueblo.

LUIS. — Sale de Betulia habiendo hecho prometer que durante cinco dias no entregarian la ciudad, y se presenta á Olofernes con el pretexto de guiarlo á través las montañas de Jerusalen: por medio del vino embriaga al general y le corta la cabeza, y despues la hace llevar á Betulia y colgarla e las almenas: al dia siguiente los soldados asirios vieron la

cabeza de su general, y huyeron abandonando el sitio de la ciudad.

CARLOTA. — Diga Vd., mamá: y ¿cómo el general se fiaba de Judit siendo de la ciudad enemiga?

LA MADRE. — Porque en la gloria del triunfo no pudo pensar que una mujer atacase aquella misma gloria. El ejemplo de Judit es sublime, porque cometió un crimen por salvar el pueblo de Dios, que estaba oprimido por un herege.

EL PADRE. — Luis, explica la geografía.

LUIS. — ¿Sobre la Italia?

EL PADRE. — Sí.

LUIS. — La Italia limita al Norte por los Alpes con el Austria, al Este con el mar Adriático, al Sur con el Mediterráneo

al Oeste con los Alpes y el Mediterráneo. Sus principales islas son: la Cerdeña, la Sicilia, la Córcega, la isla de Elba, Lipari y Malta. Sus lagos principales son: los lagos de Garda, de Isco, de Como, el lago Mayor, de Lugano, y de Perusa: sus principales rios son: el Lisonzo, el Tagliamento, el Pavia, el Brenta, el Bradano, el Tiber y el Arno. Su poblacion es de 21.400,000 habitantes. Su religion es el catolicismo. La Italia comprende el reino de Cerdeña, el principado de Monaco, los ducados de Luca, Parma y Módena. El gran ducado de Toscana, la república de San Marino, los Estados del papa y el reino de las Dos Sicilias. Los principales rios de estas últimas son: el Var, el Magra, el Pó, el Trevia, el Parma, el Serchio, el Marta y la Pescara.

ANGELA. — ¿Es bonito pais la Italia?

LA MADRE. — Muy bonito, hija mia; sobre todo Nápoles, Roma, Florencia y Venecia. Su clima es muy parecido al de la España, sus costumbres tambien, y sus frutos son deliciosos.

LUISA. — Diga Vd., mamá: ¿no hubo una reina que se llamó Juana de Nápoles?

LA MADRE. — Sí, hija mia; y es un buen ejemplo de aquel proverbio que dice *que el que á hierro mata á hierro muere.* Pero mañana os contaré esa historia; es muy interesante. Y como ya hace algunas tardes que no hablamos de la educacion en general, debo ocuparme hoy de eso.

ENRIQUETA. — ¿Y nos contará Vd. mañana esa historia?

LA MADRE. — Sí, hija mia; hablemos de cómo una señorita como Angela debe de presentarse y conducirse en un baile. A su entrada en él debe sentarse sea en el sitio que la designen ó bien al lado de su mamá, que es lo mas regular. Si un caballero se presenta para invitarla á bailar, aceptar, si no se está comprometida con otro, en cuyo caso se le dan las gracias, y se le manifiesta el motivo del rehuso. Cuando se baile tener movimientos modestos, y no pedir á su caballero refrescos ó cualquiera otra cosa, pues para esto os debeis dirigir á vuestro papá ó á vuestro hermano. No hablar mucho, no reir alto, ni mostrarse altanera con las demás. Cuando el

caballero conduce al asiento, darle las gracias, y ser discreta en lo que se habla. El traje de una jóven debe ser sencillo, sobre todo blanco y sin grandes adornos. Si ofrecen helados ó dulces, tomar con moderacion para no pasar por glotona ó mal educada. La mejor prenda de una jóven es la moderacion y la sencillez. No tener envidia de las otras señoritas, y de ningun modo mostrarlo en nuestras acciones ó palabras. Pero me parece que por hoy basta; mañana continuaremos.

DIALOGO DÉCIMOCTAVO.

CAROLINA. — Esta tarde hemos venido mas temprano para que Vd. nos cuente, mi querida tia, la historia de Juana de Nápoles, y para que el abuelito acabe Blanca de Nieve.

ENRIQUETA. — Pero ¿dónde está Luisita?

LA MADRE. — Está en el campo con su papá.

CARLOTA. — Vamos, mamá, cuéntenos lo que hizo esa Juana.

LA MADRE. — Juana de Nápoles, hija mia, estaba casada con Andrés de Charobert á quien ella no amaba, pues sus caracteres eran diferentes, y solo los habia unido la voluntad de sus familias. La reina era hermosísima, y sin embargo no era feliz.

CARLOTA. — ¡No era dichosa siendo reina!

LA MADRE. — No, hija mia, son generalmente las que menos dichosas son. Porque necesitan estar siempre pensando en saber si sus súbditos están contentos, y en llenar sus deberes para con el pueblo. Un dia en que la reina estaba sentada contemplando los jardines de Amalfi y de Sorento, entró

el rey sin hacerse anunciar. — Dios os guarde, Juana, la dijo sentándose á su lado. — No os esperaba tan temprano. — He venido á noticiaros que el papa permite mi coronacion, porque mi hermano ha conseguido esta gracia de Su Santidad. — ¡Cómo! exclamó la reina. — Sí, estoy cansado de sufrir á ese pueblo que me odia, y el cual queria que se realizase mi sueño de esta noche. — ¿Qué sueño? — Soñé que veia dos fantasmas, los cuales me mostraban un cuadro en el que se veia un rey extrangulado con un cordon de seda, y ese rey era yo. — ¡Dios mio! murmuró la reina. — ¿Pero qué estais haciendo, Juana? — ¿Yo? ya lo veis, un cordon de seda para extrangularos, contestó la reina con una sonriza extrema. — Adios, señora, dijo Andrés. Os aseguro que no me agradan bromas de esa especie. Y salió del aposento. Aquella misma noche cuando el rey acababa de salir del cuarto de su esposa se oyeron gritos, y una voz moribunda que gritaba: — ¡Juana! ¡Juana! ¡que me ahogan, que me extrangulan! La reina corrió al salon y sus piés resbalaron en la sangre de su esposo: este habia sido arrojado por un balcon.

CAROLINA. — ¡Qué horror!

LA MADRE. — Hay varias opiniones: unos dicen que la reina fué cómplice; otros pretenden que aunque odiaba al rey no tuvo parte en su muerte, pues lo cierto es que todos los asesinos fueron condenados á muerte aunque apelaron á la reina: entre estos se hallaba una camarera suya. Pero sea de esto lo que fuere, varios historiadores dicen que algunos años mas tarde Juana de Nápoles fué extrangulada con el mismo cordon que su marido. ¡Justicia de Dios!

ENRIQUETA. — Pero ¿y si era inocente?

LA MADRE. — Dios y ella solo lo saben; pero todas las desgracias que despues la sobrevinieron, y por último su muerte, parecen ser las consecuencias de su crímen.

MARGARITA. — Abuelito, ¿gusta Vd. contarnos el fin de Blanca?

LA MADRE. — Qué amable y politica se va volviendo Margarita; así me gusta, hija mia, que hagas atencion á mis consejos.

EL ABUELO. — Creo que la tarde pasada quedamos en la invencion de la muerte que la reina pensaba dar á Blanca. Pues bien, hijas mias, como conocia la mágia hizo una peineta envenenada Entonces se disfrazó de nuevo, tomó el aspecto de una vieja, dejó á la ciudad y llegó á la montaña y á la casita de los siete enanos á la cual llamó. — « Buenas cosas que vender y baratas. » Blanca de Nieve miró por la ventana y dijo: — Pasad vuestro camino, buena mujer, porque no

quiero dejaros entrar. — Por lo menos puedes mirar, linda niña: y sacó la peineta que relucia como si fuera de oro y se la enseñó. — ¡Oh! dijo la niña, ¡cuánto mas negros parecerian mis cabellos con esa bonita peineta de oro! Y Blanca y la vieja acordaron el precio. — Ahora permíteme que entre y

te lo pondré á la moda de la ciudad de donde vengo. — La pobre Blanca sin desconfianza la dejó entrar, pero apenas habia puesto el peine cuando hizo el veneno su efecto y Blanca de Nieve cayó sin conocimiento. — Obra maestra de hermosura, dijo la infame reina marchándose, me parece que ahora no te salvarás. — Felizmente que esto pasaba al anochecer, y que no hacia cinco minutos que la reina se habia marchado cuando vinieron los siete enanos. Viendo á Blanca en el suelo, no dudaron que seria alguna nueva infamia de su madrastra, y viéndola un peine de oro se lo sacaron de la cabeza. Apenas se lo quitaron cuando empezó á volver en sí, y les contó á sus buenos amigos lo que habia pasado. Ellos la recomendaron mas que nunca que no abriera la puerta á nadie.

ENRIQUETA. — ¡Vaya una imprudencia!

CARLOTA. — Ya pudiera estar advertida de la otra vez.

EL ABUELO. — Quince dias se pasaron del acontecimiento que hemos referido, cuando la reina se puso delante de su espejo y le dijo: — Espejito colgado á la pared, ¿quién es la mas hermosa del pais? — Hermosa reina: tú eres la mas bella de tu reino, pero Blanca de Nieve es cien veces mas bella que tú en la montaña de los Siete Enanos. — Al oir esta respuesta la reina temblaba de cólera. — ¡Oh! lo que es ahora es necesario que aunque me cueste la vida muera Blanca de Nieve. — Entonces se encerró en un aposento retirado, y que era el laboratorio donde preparaba sus venenos; y allí hizo una manzana de Calvillo que tenia una apariencia muy buena: blanca de un lado, encarnada del otro. Blanca de Nieve no tenia el cútis mas blanco; Blanca de Nieve no tenia las megillas mas sonrosadas; pero el que comiera de aquella manzana moria. Cuando estuvo concluida, la reina se disfrazo de aldeana y llegó á la montaña delante de la casa de los siete enanos. Llamó á la puerta, Blanca abrió la ventana y dijo. — Oh, lo que es ahora no abro; los siete enanos me lo han prohibido, y además bien me he castigado yo á mi misma por haber abierto. — Bueno, dijo la aldeana, era para darte esta manzana que he cogido para tí, Blanca de Nieve.

— No, dijo esta, porque puede estar envenenada. — ¡Oh! en cuanto á eso tú verás lo contrario; y tomando el cuchillo la cortó en dos pedazos. — Toma, la dijo, yo como lo blanco, come tú lo encarnado. Pero la manzana estaba envenenada del lado encarnado. Blanca viendo que la aldeana comia de la manzana no pudo resistir al deseo de comer; tendió la mano y comió; pero apenas la habia tocado cayó muerta en tierra. La reina subió sobre un banco, y viéndola tendida sin respiracion la contempló con mirada cruel y dijo: — Blanca de Nieve, encarnada como sangre y con ojos como el ébano, ahora los enanos no te despertarán. — Y cuando volvió á palacio consultó al espejo diciendo: — Espejito colgado á la pared, ¿quién es la mas hermosa del pais? — Hermosa reina, tú no eres solamente la mas hermosa del pais, sino la mas hermosa de la tierra. — Y su envidioso corazon se tranquilizó tanto como puede tranquilizarse una envidiosa. Cuando volvieron los enanos y encontraron á Blanca de Nieve en el suelo y que ya no respiraba, la levantaron, la peinaron, la lavaron con agua y vino, la vistieron con un vestido blanco, y la lloraron durante tres dias. Entonces pensaron en enterrarla, pero como tenia la cara muy fresca y con sus megillas encarnadas como la rosa, dijeron: «de ninguna manera pondremos en la tierra este tesoro de hermosura.» Y fueron á casa de un vidriero enano como ellos y le hicieron hacer una caja de cristales trasparentes como las urnas de los santos, la pusieron como en una cama de flores, y escribieron su nombre con letras de oro, y su cualidad de hija de rey. Despues depositaron la caja en lo alto de la montaña, y uno de ellos se quedó para guardarla: y las fieras se acercaron á la caja y lloraron por Blanca de Nieve. Despues vinieron tres aves á mirarla. El primero era un buho; el segundo un cuervo, y el tercero un pichon. Blanca de Nieve estuvo tres años en la caja sin descomponerse en nada. Las flores se ajaron, pero ella estaba fresca como una siempreviva. Al cabo de estos tres años, el enano que guardaba la caja oyó sonidos de trompetas é instrumentos de caza y los ladridos de los perros.

Era el hijo único de un rey vecino que cazaba, y el ar[illegible]or de la caza lo habia llevado mas allá de la frontera hasta la montaña en que estaba Blanca de Nieve. Vió la caja y lo que estaba escrito y le dijo al enano: — Déjame llevar esta caja y te daré lo que quieras — Ni yo ni mis hermanos la venderemos por todo el oro del mundo. — Entonces regalamela, porque veo que desde que he visto á Blanca de Nieve no po-

dré nunca casarme con otra: la llevaré á mi palacio y la honraré como si fuera mi esposa muerta.—Pues volved mañana:

yo consultaré á mis hermanos y veremos lo que deciden El enano consultó á sus hermanos, los cuales tuvieron lástima del amor del príncipe, y cuando el jóven volvió le dijeron: — Tomad á Blanca de Nieve, vuestra es. El príncipe hizo poner la caja en las espaldas de sus servidores, y los acompañaba á caballo; pero sucedió que tropezaron, y en la sacudida Blanca echó el pedazo de manzana que estaba en su garganta, y que por felicidad no habia tragado: apenas salió el pedazo de su boca, cuando abrió los ojos y se puso de pié en la caja: habia resucitado.

MARGARITA. — ¡Qué alegría! No podia yo soportar el que hubiera muerto.

CARLOTA. — Pues ¿y yo? ¡Me parecia que estaba tan triste!

EL ABUELO. — El príncipe dió un grito de alegría, y á este grito Blanca de Nieve miró á su alrededor. — ¡Dios mio! exclamó, ¿dónde estoy? — Tú estás á mi lado, la dijo el príncipe contándola lo sucedido y añadiendo: — Blanca, yo te amo; ven al palacio de mi padre y serás mi mujer. El príncipe tenia diez y ocho años y era el príncipe mas hermoso, así como Blanca era la mas bella princesa. Por consiguiente no le costó trabajo que le amase. Blanca de Nieve llegó al palacio del rey, y como era una jóven tan completa, el rey la acogió como su hija; un mes despues la boda se celebró con la mayor pompa y magnificencia. El príncipe queria hacer la guerra á la reina que tanto mal habia hecho á la princesa, pero esta le dijo: — Si mi madrastra merece castigo el buen Dios la castigará. Efectivamente, este no se hizo esperar; la viruela se declaró en los estados de la malhadada reina y fué atacada de la enfermedad: no murió, pero fué peor, pues se quedó desfigurada. De manera que como ningun cortesano se atrevia á decirle aquella desgracia, sucedió que cuando se levantó le dijo al espejo: — Espejito colgado á la pared, ¿quién es la mas hermosa del pais? — Tú eras la mas hermosa, pero ahora eres la mas fea. Al oir estas terribles palabras, la reina se miró y se encontró tan fea, que dió un grito y cayó para atrás. Corrieron, la levantaron, trataron

de hacerla volver en sí, pero estaba muerta: quedaba el anciano rey. No sintió mucho á su mujer porque le habia hecho muy desgraciado. Solamente de tiempo en tiempo suspiraba y decia: ¿A quién dejaré mi reino? ¡Ah! si mi pobre Blanca de Nieve no hubiera muerto! Contaron á esta lo que pasaba y cuánto se acordaba de ella su padre; entonces se puso en camino acompañada de su esposo, y se quedó esperando á que advirtiesen al rey si queria recibir la mujer del príncipe su vecino, que era la princesa mas hermosa que se habia conocido; el rey dijo: — Si mi pobre Blanca viviera, ninguna otra princesa podria decir que era la mas hermosa. Blanca al oir esto, se lanzó en el aposento diciendo: — ¡Oh padre mio! Blanca de Nieve no está muerta; Blanca de Nieve está en vuestros brazos, padre mio: abraza á tu hija. El viejo rey la conoció aunque hacia tiempo que no la veia, y con un acento que hacia llorar los ángeles de alegría, dijo: — Mi hija bien amada; mi bella Blanca de Nieve; mi hija querida. A la mañana siguiente el viejo rey dejó de reinar, y dejó sus estados á su yerno, el cual á la muerte de su padre reunió los dos en uno, de manera que tuvo el mas grande y mas hermoso reino del mundo.

MARGARITA. — Al fin Blanca fué dichosa.

LA MADRE. — Y la reina recibió el castigo de todo criminal.

CARLOTA. — ¿Y los siete enanos, papá?

EL ABUELO. — Los siete enanos tuvieron mucho favor y gozaron de la amistad de los reyes, quienes los llevaron á palacio y les dieron honores y riquezas.

CAROLINA. — No hay cosa peor que creerse la mas bonita y ser coqueta.

LA MADRE. — Y si no ya ves lo que la sucedió á Laura.

ENRIQUETA. — ¿Qué la sucedió?

LA MADRE. — Que ayer fué al campo con su hermano y su mamá, y ya sabeis cuán preciada está de que es bonita: pues bien, hizo que la pusieran un vestido de volantes, pero cuando se está vestida de ese modo no se puede jugar, y en lugar de eso se paseó gravemente por los jardines y encontró á su hermana de leche, pero como no estaba bien vestida

hizo que no la conocia; entonces el perro de su nodriza la cogió un volante, y sabe Dios cómo pudo salir de aquel lance. De vuelta á su casa se subió sobre un taburete para mirarse en el espejo, y como tenia miriñaque se prendió fuego en la chimenea, y si su mamá no hubiera entrado á tiempo, tal vez no viviria.

CARLOTA. — ¡Jesus qué tonta! y qué bien empleado la hubiera estado el quemarse.

LA MADRE. — Vamos, Carlota; que ese ha sido un defecto del que ha costado mas trabajo corregirte.

CARLOTA. — Sí, pero ya trato de no recaer en él.

ENRIQUETA. — Yo he leido una historia que no deja de ser bonita y tambien es del mismo asunto.

LA MADRE. — Pues cuéntala.

ENRIQUETA. — Habia una vez una señora que era muy hermosa, y que sobre todo tenia el mayor cuidado con su cutis. Todo el tiempo lo pasaba en visitas, y ocupada en mostrar sus bellos trajes. Todas las mañanas pasaba largo tiempo á peinarse, y á perfumarse y mirarse al espejo. Sus hijos estaban abandonados, y apenas los besaba una vez por dia. Su confesor la reprendia, pero no hacia caso. Un dia estaba en su cuarto leyendo la Sagrada Escritura, cuando por casualidad sus ojos recorrieron una página que decia: « Polvo has sido, polvo eres, y polvo te volverás. » Estas palabras la aterraron, y sin saber porqué estuvo pensando todo el dia en ellas. « Efectivamente, dijo, me tengo que convertir en polvo, y entonces ¿de qué me sirve ser tan bella? » Así pasaron algunos dias, y ella siempre tenia presente aquellas palabras. Por otra parte pensaba en las virtudes de su madre, y vió que ella no era lo mismo. Una noche la convidaron á un baile y se puso el traje mas elegante y los mas ricos adornos. Cuando entró, un murmullo de admiracion la acogió y su amor propio se halagó por un instante; pero cuando vió todos aquellos hombres tan gozosos, aquellas mujeres tan bien vestidas, las palabras mágicas la vinieron á la imaginacion y exclamó: — ¿De qué sirve todo esto? ¿qué cuenta darán á Dios de su vida? Ocupada en estas reflexiones se fastidiaba y

al fin se fué á casa antes de la hora acostumbrada, y entró á ver á sus hijos que dormian: entonces vió cuán criminal era en dejar aquellas lindas criaturas en poder de manos mercenarias. Desde el dia siguiente se ocupó en su casa en sus hijos, se volvió una buena madre de familia, y conoció la diferencia que existia entre la felicidad doméstica y la frívola felicidad de los trajes y afeites, y se hizo modesta y sensible.

LA MADRE. — Este es un buen ejemplo, hijas mias; porque efectivamente, ¿para qué sirve la vida, sino para emplearla en buenas obras? Luisito, explica historia.

CARLOTA. — Antes dígame Vd., mamá, ¿qué cosa son los elementos?

LA MADRE. — Se llama elementos, al aire, la tierra, el agua y el fuego.

CARLOTA. — Diga Vd., mamá, en un sitio donde no haga frio, ¿se podrá pasar muy bien comiendo solamente legumbres y frutos?

LA MADRE. — Hija mia, el sol es el que vivifica todas las plantas, pero el invierno tiene tambien su objeto.

CARLOTA. — ¡Cuánto me gustaria que todo el año fuese verano! porque los dias son mas largos, y no llueve tanto; de manera que puede uno pasearse.

LA MADRE. — Sí; pero si no fuera por el invierno, no produciria nada la tierra. ¿No has visto el trigo y la cebada?

CAROLINA. — Sí.

LA MADRE. — Pues bien; veamos cómo crece. Se planta en la tierra antes del invierno; las lluvias de otoño lo pudren, pero el frio del invierno lo robustece; y luego la primavera, que es solamente templada, lo hace brotar y formar las espigas, dentro de las cuales se hallan los granos de trigo.

ENRIQUETA. — Nunca he pensado, al comer el pan, cómo se cria; pero ahora admiraré la Providencia que tan sábia ha sido.

CAROLINA. — Y tambien darla gracias por habernos dado ese pan tan blanco y tan sabroso.

LA MADRE. — Luisito, explica el *Cre lo*.

MARGARITA. — ¿Qué quiere decir en Jesucristo, su único hijo?

LUIS. — Jesucristo, hermana mia, es el solo y único hijo de Dios; vino al mundo en un pesebre, y los reyes magos le adoraron. Padeció por nosotros toda clase de ultrajes, pues habiendo sido vendido por Judas, fué preso y condenado á muerte, pero á una muerte horrible, hermana mia. Le dieron de bofetadas, de lanzazos, y al fin lo clavaron en una cruz donde murió; pero al tercer dia resucitó y subió á los cielos con su divino Padre. Todo esto hizo por salvarnos y lavar con su sangre nuestras culpas.

CARLOTA. — Yo decia el *Credo* sin saber lo que decia.

LA MADRE. — Porque rezais como hablan los papagayos; es decir, por rutina. Jesucristo descendia de Abrahan y de David. Él fué el que instituyó la religion cristiana.

CARLOTA. — Y ¿quién era David?

ANGELA. — Voy á decírtelo. Saul, por órden de Dios, iba á la guerra contra los amalecitas, y debia quitar la vida á to-

dos, hombres como animales; pero él no obedeció al Señor, porque conservó la vida del rey de los amalecitas. El Señor le dijo á Samuel que puesto que Saul le habia desobedecido, que nombrara otro rey. Samuel, por órden del Señor, escogió un rey, hijo de Isai, llamado David.

David mató al gigante Goliat. Saul empezó á tener envidia de él y á perseguirle; muchas veces conoció lo que David valia, y muchas le prometió amarle y le engañó; pero al fin fué reconocido David rey de Judá. Poco despues se enamoró de la mujer de Urias, é hizo que en una batalla le mataran, y despues se casó con su viuda.

CAROLINA. — De manera que vino á ser tan malo como Saul.

LA MADRE. — Sí, hija mia; pero ese es el efecto de los grandes honores: endurecer el corazon.

ENRIQUETA. — Y ¿qué le sucedió?

LA MADRE. — El Señor le perdonó haciendo morir al hijo que habia tenido de Betsabé. — Explica un poco geografía, Luis: dinos las capitales de América cuáles son.

LUIS. — Los Estados-Unidos tienen por capital á Washington; Méjico á la ciudad del mismo nombre; Centro América á Guatemala; Nueva Granada á Bogotá; Ecuador á Quito; Venezuela á Caracas; el Perú á Lima; Bolivia á Chuquisaca; Chile á Santiago; la Confederacion del Rio de la Plata á Buenos Aires; el Paraguay á la Asuncion; el Uruguay á Montevideo; Haiti á Puerto Príncipe; el Brasil á Rio Janeiro.

LA MADRE. — De la América del Sur, ¿qué es lo que está aun bajo la dominacion de la España?

LUIS. — Puerto Rico y Cuba, cuya capital es la Habana.

MARGARITA. — Diga Vd., mamá; ¿qué es lo que celebra la Iglesia con el nombre de Navidad?

LA MADRE. — Hija mia: el nacimiento del Hombre-Dios, el hijo de María, nacido en un establo, hará dos mil años. Voy á contaros un rasgo de su divina bondad. Isabel, hija del rey de Hungría, era un modelo de piedad, y no podia ver un pobre ó un enfermo sin que su corazon no se sintiera conmovido hasta el extremo. Casada con Luis de Turinge, se dedicó

al cuidado de los enfermos, y sucedia que no teniendo bastante con lo que su esposo la daba, vendia hasta sus alhajas para los desgraciados. Un dia que habia dado hasta el último real, vió un pobre que la miraba tristemente, y no teniendo otra cosa que darle, se quitó uno de sus guantes ricamente bordado y se lo dió. Un jóven de la córte que presenció aquel acto, compró este guante al pobre á peso de oro, y lo guardó en memoria de la piadosa princesa, y como un gaje divino. Ella misma hilaba lana para hacer vestidos á los desvalidos; y se presentaba en las cabañas para llevar las provisiones. Su esposo, que la amaba con la mayor ternura, aprobaba la caridad, pero no le gustaba que ella fuera á las cabañas y se agotase las fuerzas. Un dia, sin duda para evitarla un reproche de su esposo, Jesus hizo un milagro que se ha hecho célebre. La princesa habia salido de palacio, y llevaba en su manto pan, carne, huevos y otras cosas; en aquel momento ve enfrente de ella á su esposo, que volvia de la caza. Admirado de ver á la duquesa oprimida bajo el peso de lo que llevaba, la dijo: «¿Qué llevais ahí, querida mia, que tanto os fatiga?» Isabel se ruborizó y no sabia cómo ocultar lo que llevaba. El duque á pesar suyo descubrió el manto, pero ¡cuál fué su admiracion y la de la misma Isabel! en su manto no habia mas que rosas: rosas blancas, encarnadas, y las mas bellas que se podian ver. Esto sorprendió tanto mas á Luis, cuanto que no era la estacion de las flores. La dijo que continuase su camino, y él entró en palacio meditando en el poder de Dios y en las virtudes de su mujer. En el sitio mismo hizo levantar una columna con una cruz en memoria de la que habia visto brillar en la cabeza de su esposa.

CARLOTA. — ¡Qué bonito milagro y qué consuelo para aquella buena princesa que temia el enfado de su marido!

CAROLINA. — ¿Es la que se conoce con el nombre de santa Isabel?

LA MADRE. — Sí, hija mia; murió, y el pueblo la creyó una santa, como lo era.

LUIS. — Diga Vd., mamá; y ¿en qué consiste que hora no hay santos?

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

LA MADRE. — Hijo mio, porque hay menos virtudes y mas vicios.

MARGARITA. — Diga Vd., mamá; y ¿qué se necesita para ser santa?

LA MADRE. — Hacer mucho bien á los desgraciados y ser muy buenos.

ENRIQUETA. — Dígala Vd. á Luisa me tiene que explicar y contar lo que haya visto en el campo.

LA MADRE. — Sí, hija mia; porque justamente ha ido á Enghien, donde se ven lindos lagos y bonitos jardines.

CAROLINA. — Enghien es uno de los sitios mas bonitos de los alrededores de Paris. Es muy pintoresco.

LA MADRE. — Ya iremos un dia todas juntas, y por hoy podemos separarnos porque se hace tarde.

DIALOGO DECIMONONO.

LA MADRE. — Muy buenas tardes, queridas niñas.

LUISA. — Primitas, tengo muchas cosas que contaros.

ENRIQUETA. — ¿Qué?

LUISA. — Figuraos que ayer he visto un eclipse de sol. Por un momento se veian la luna y el sol cruzados.

CAROLINA. — ¿Y cómo es eso?

LA MADRE. — Papá va á explicároslo.

EL PADRE. — Cuando la luna está en el período que llaman luna nueva, está entre el sol y nosotros, y toda la mitad oscura es la que nosotros vemos. Si la luna se encuentra bajo el sol, esta sombra nos lo oculta, y al mismo tiempo oscurece una parte de la mitad luminosa de la tierra que está por el lado oscuro de la luna: hé aquí un eclipse de sol du-

rante el dia, y un eclipse de la tierra por la luna. Cuando es luna llena, la tierra está entre ella y el sol, y toda la mitad sombría de la tierra está vuelta hácia la parte luminosa de la luna.

ANGELA. — ¿Y cómo es, papá, que no todos conocen una cosa tan sencilla como es un eclipse?

EL PADRE. — Hija mia, hay paises en los cuales tardarán todavía largo tiempo en conocerlo.

ANGELA y LUISA. — ¿Y porqué?

EL PADRE. — Porque, por ejemplo, en las Indias orientales creen que cuando el sol y la luna se eclipsan, es un demonio que tiene las uñas muy negras, y que las extiende hácia los astros para cogerlos: durante el eclipse se ven bandadas de indios, los cuales se meten en los rios, porque segun ellos es una posicion muy devota y muy propia á obtener del sol y la luna que los defienda contra aquel demonio. En América estaban persuadidos que era el sol y la luna enfadados. Los griegos creian que la luna estaba hechizada, que los mágicos la hacian bajar del cielo para que echase en las yerbas una espuma malhechora.

ANGELA. — ¿Y en algunos paises adoraban los eclipses?

EL PADRE. — Sí; hay gentes que los adoran: tambien los habitantes de la luna adoran á los de la tierra.

LUIS. — ¿Cómo los habitantes de la luna?

ANGELA. — Pues qué, ¿tiene habitantes?

EL PADRE. — Sí.

ANGELA. — Yo habia oido decir que es una locura creer que está habitada

EL PADRE. — Es muy posible que lo sea. Para mí, yo creo que está habitada, y no por eso disputo con los que creen lo contrario. Pero suponed, niñas mias, que jamás hubiera habido tráfico entre Paris y América; pues bien, un habitante de Paris si nunca habia oido hablar mas que vagamente, si le preguntasen si estaba habitada, ¿qué responderia? Diria que no, porque él nunca habia oido hablar y nunca habia visto un habitante de aquel pais. Pues haceos cuenta que no-

sotros somos ese habitante y que la América es como el pais de la luna.

ANGELA. — Diga Vd., papá, ¿y en qué consiste que en una parte del mes la luna no se presenta á nosotros?

EL PADRE. — En los primeros dias del mes es cuando está entre el sol y nosotros, y por consiguiente no la vemos. Despues poco á poco se va separando del sol, y entonces es el *cuarto creciente*, segun lo llaman. Despues la parte de la luna oscura empieza á no ver la tierra sino de un lado, y entonces es el *cuarto menguante*; pero veo que deseais saber lo que pasa en la luna y sus habitantes.

ANGELA. — Pero, papá, ¿nunca veremos nosotros lo que pasa en ella, ni qué clase de hombres son?

EL PADRE. — Acordaos cuán ignorantes eran los habitantes de América antes que Cristóbal Colon la descubriera: no conocian ni artes, ni ciencias: andaban desnudos y no manejaban otra arma que el arco; miraban el mar como un grande espacio que se unia con los cielos, y el cual ningun hombre podria atravesar, y no tenian ninguna idea de que otros pueblos existiesen mas allá: lo mismo es el pais de la luna. Figuraos la sorpresa de los indios el dia en que vieron llegar unas casas blancas con alas que volaban sobre el mar, y vieron desembarcar gentes desconocidas para ellos, que disponian de armas de fuego y que estaban vestidos de acero. los creyeron bajados del cielo y los creian hijos del sol. Para enterarse de lo que pasa en la luna, seria necesario tener el caballo hipogrifo de Astolfo.

ANGELA. — ¿Y quién era ese Astolfo?

EL PADRE. — Os contaré de lo que se trata. Rolando, sobrino de Carlomagno, se volvió loco porque la bella Angélica habia preferido Medor. Un dia Astolfo, valiente paladin, se encontró en la cima del paraiso terrenal, que está en la cima de una montaña muy alta donde su caballo con alas le habia conducido. Allí encontró á san Juan, quien le dijo que para curar la locura de Rolando era necesario que fuese con él á la luna. Astolfo no se hizo de rogar: un carro de fuego llevó por los aires al apóstol y al paladin. Como Astolfo no era un gran

filosofo, se extrañó de encontrar la luna mucho mas grande que le habia parecido desde la tierra, y mas se sorprendió aun cuando vió lagos, montañas, ciudades, bosques y ninfas que cantaban en estos últimos. Pero lo que mas le admiró fué ver en la luna todo lo que se perdia en la tierra, es decir, las coronas, las riquezas, la gloria, el tiempo que se emplea en el juego; pero sobre todo lo que encontró fué una enorme cantidad de botellas que contenian el juicio de cada uno

ENRIQUETA — ¿El juicio?

EL PADRE. — Sí; y Astolfo vió que las personas que él creia las mas razonables, eran las que mas juicio tenian perdido.

CAROLINA. — ¿Cómo es eso?

LA MADRE. — Sí, hija mia; ya ves todas esas señoras que se quitan la vida fatigándose en bailes y saraos, ó las que por demasiada ambicion pierden su salud en el teatro ó en trabajar mas de lo que se puede resistir; pues bien, todas están faltas de juicio, y el que ha dicho que la tierra está compuesta de locos no se ha engañado.

LUISA. — ¿Y qué hizo Astolfo?

EL PADRE. — Tomó la botella que contenia el juicio de Rolando, y cuando llegó á la tierra se la dió, con lo cual el héroe conoció que efectivamente habia sido una locura amar á Angélica.

CAROLINA. — ¿Y era ese Rolando el que murió en Roncesvalles?

EL PADRE. — Sí, ese mismo.

LUISA. — ¿Y cómo murió?

EL PADRE. — Hija mia, Rolando era un valiente caballero, y seguia á su tio el gran Carlomagno para protegerle de cualquiera traicion. Marchaban tranquilamente por los desfiladeros de los Pirineos, cuando cogidos en el valle de Roncesvalles por los sarracenos hicieron estos despeñar una roca bajo la cual Rolando, á pesar de su valor, encontró la muerte con su fiel amigo Olivier. Entonces tocó el cuerno de marfil que era tan conocido en los combates, Carlomagno vuelve para socorrer á su sobrino; pero cuando llegó era demasiado tarde. La córte vistió luto, y la memoria de Roncesvalles está siempre

presente á los valientes franceses. Los soldados cantaban la cancion de Rolando, y se la enseñaban á sus hijos y nietos.

CAROLINA. — ¡ Pobre Rolando!

MARGARITA. — Diga Vd., mamá, ¿ y esta tarde no se cuenta ninguna historia ó cuento?

LA MADRE. — Sí, hija mia; y puesto que la abuelita y el abuelo están en el campo, yo os contaré un cuento muy curioso.

CARLOTA. — ¿ De hadas?

LA MADRE. — No; de un genio. Escuchad.

LA ESTATUA DE PLATA.

Hijas mias, habia en una ciudad de Grecia un rey que tenia el defecto de ser muy ambicioso. Aparte de las riquezas que poseia, se casó con una princesa que á la hermosura reunia una gran fortuna. Nada podia desear, y lo solo que po

dia al cielo era que le diese una niña hermosa como su madre, y que fuera rubia y con los ojos azules como el firmamento. Efectivamente Dios se lo concedió, y á los pocos meses la reina dió al mundo una princesa á quien llamaremos *Dorada* á causa de sus cabellos.

MARGARITA. — ¡Qué bonito nombre! ¿es Vd. la que le ha inventado?

LA MADRE. — Sí, hija mia; porque el que cuenta una cosa ó la escribe, tiene gusto en buscar nombres que halaguen á su oido.

CARLOTA. — Continúe Vd., mamá.

LA MADRE. — Cuando nació, vinieron las encantadoras, y cada una la dió un don. Pero cuando estaban en la conclusion de los dones, se presentó el rey de los encantadores enfadado porque no le habian llamado para darle un don. — Puesto que no me habeis llamado y que esto es un agravio, voy á darla un castigo á la princesa. — ¿Y cuál es? — El que será un dia convertida en estatua de plata. — ¿De plata? — Sí; y tambien esto mismo castigará al rey de su desmesurada ambicion. Pasaron cinco años, y el júbilo mas grande del rey era ver á su querida Dorada crecer en gracias y donosura, y pensaba con terror en el castigo del rey de los genios. El rey amaba la plata mas que todo en el mundo, y todos sus pensamientos estaban consagrados á ser rico como Creso, y si veia á su mujer con un rico traje, ó á su hija con una flor en la cabeza, su primera réflexion era: « Mas valia que todo eso fuera de plata. » Como Dorada amaba mucho las flores, el rey habia mandado hacer un precioso jardin, no sin pensar que todo aquello seria mejor si fuera de plata. Hacía muchos años que su mayor placer era pasar tres ó cuatro horas al dia en una gruta que estaba en el jardin y en la cual enterraba el oro y la plata. Allí, solo con sus tesoros, los contemplaba y se creia el mortal mas afortunado. Un dia en que despues de haber contemplado sus queridos tesoros, el rey salió á pasear por la orilla del mar, vió de repente un grand remolino de agua y de él salió un bonito genio con alas plateadas y con una túnica hecha de este metal. Como

las apariciones de los genios en aquella época no eran tan raras como lo son hoy en dia, el rey no vió nada de sobrenatural, y no dudó que seria algun amigo oculto que vendria á aumentar sus riquezas. — Mirtile, le dijo, tú eres el mas

fortunado de los reyes, y como nada te falta para tu felicidad, he determinado que una parte de los tesoros que guardas con tanto cuidado sirvan para socorrer á tu pueblo, que tanta miseria encierra. Soy la hermana del rey de los metales : soy la Plata. Dicho esto desapareció. Anonadado se quedó Mirtile, y cuando volvió de su primera impresion corrió á la gruta para impedir que tomasen la mas pequeña parte de sus tesoros; pero vió que la mitad de sus sacos habian desaparecido, y que el genio habia cumplido lo que le dijo. Desesperado volvia á palacio, cuando su hija se presentó delante de él para abrazarle. — Déjame, la dijo con dureza; para caricias estoy yo, cuando daria todo por recobrar mi tesoro. — ¿Y estás seguro que si los recobras dando todo en el mundo, serás feliz? le preguntó una voz. — Ya lo creo. Cuando yo

quisiera convertir en plata todo lo que me rodea. — ¿Y nunca te arrepentirás de ese deseo? — ¿Porqué quieres que me arrepienta? — ¿De manera que deseas que todo se convierta en plata? — Sí, contestó el rey. — Pues bien; que tu deseo se cumpla: esta noche al salir la luna todo cuanto tú toques se volverá plata. Mirtile lleno de júbilo corrió al cuarto de su mujer y su hija, y despues de abrazarlas las dijo: — Mañana sereis las mas ricas del mundo, y os aseguro que todas las princesas os envidiarán. La reina pensó que su marido habia perdido el juicio; y Dorada, que no comprendia lo que su padre queria decir, se contentó con abrazarle. El rey esperó en el jardin la aparicion de la luna, y apenas habia salido, cuando dirigiéndose á la primera flor que tenia delante, la tocó, y la flor tomó la brillantez y dureza de la plata. Feliz Mirtile, dichoso porque veia colmados todos sus votos, siguió tocando las flores, y todo el jardin se quedó convertido en un magnífico plateado. Corrió á su cuarto, y todo sufrió la misma trasformacion; fué á la gruta, y vió todos sus tesoros y además la gruta misma convertida en plata. Pero lo que no le agradó mucho fué que sus pantuflas se trasformaron en plata, porque el peso le impedia andar. Fué al cuarto de comedor y todos los platos los hizo de plata; y esperó la llegada de su mujer y su hija para ponerse á la mesa y gozar de su sorpresa. Pero entonces oyó que su pequeña Dorada llegaba llorando. — ¿Qué tienes, hija mia? la preguntó. Y la niña sin poder contestar, le enseñó uno de sus perros favoritos convertido en perro de plata. — ¿Y porqué te afliges? mil veces mas bonito es así. Su mujer llegó tambien con la fisonomía contristada y le dijo: — Esposo mio, mi rosal favorito que daba las mas preciosas rosas de Alejandría, está convertido en plata. — ¿Y qué importa? De ese modo será mas rico. Te aseguro que no sé cómo, pero he hallado todo el jardin hecho una masa de plata. — ¡Qué desgracia! las flores que esparcian sus ricos perfumes... — No os aflijais por tan poca cosa, dijo Mirtile; sentaos y vamos á comer ¡Cuánto mas valen esas flores de plata que durarán toda la vida, que esa miserable flor que se agosta en el mismo

dia! Ni su mujer ni su hija tenian apetito, y Mirtile se puso á comer solo; pero todos los manjares se volvieron de plata; imposible poderlos comer. El pan se hacia barras, y no podia tomar la mas pequeña cosa. Desesperado empezaba á arrepentirse de su ambicion, pero le estaba reservado lo mas doloroso. Mirtile hubiera dado todo en el mundo por poder cenar; pero viendo que era imposible, se levantó paseándose á grandes pasos. Su agitacion fué advertida por su esposa y por Dorada, la cual le dijo: — ¿Qué teneis, mi buen papá? — ¡Ay, querida mia! yo no sé lo que va á ser de mí. Y al decir esto pensaba en que el mas pobre artesano era mas feliz que él, pues podia comer tranquilamente; y pensaba que si duraba largo tiempo, su muerte era cierta. Al mirar á su pequeña Dorada, pensó que el amor de su familia valia mas millones que toda la plata que él pudiera tener. Por fin pensó que una noche tranquila haria pasar todas aquellas ideas, y que á la mañana siguiente podria combinar su plan y ver la manera de coordinar todo. Por la mañana, segun su costumbre, Dorada vino á dar los buenos dias á su padre, y este sin pensar, y solamente dominado por la felicidad de verla, la tomó en sus brazos diciendo: — «¡Hija mia, querida Dorada!» Pero no bien la habia tomado en sus brazos, cuando vió que aquellas pequeñas formas redondas y suaves se convertian en una barra de plata, y que su hija no era mas que una estatua de aquel metal.

MARGARITA. — ¡Ay mamá, qué desgracia!

CARLOTA. — ¿Y qué hizo entonces?

LA MADRE. — Escucha. El desgraciado padre no sabia qué hacer. La cara de Dorada que pocos momentos antes estaba llena de vida y juventud, habia tomado el tinte brillante de la plata; sus hermosos cabellos rubios no eran mas que otras tantas hebras de plata. ¡Desgracia sobre él! su desmesurada ambicion era causa de la trasformacion de su hija, y aunque tarde, conoció que las caricias filiales valian mas que toda la plata del mundo. A sus quejas acudió su esposa, y podeis figuraros su dolor y su asombro al ver convertida en estatua á su querida Dorada, y mas aun, no sabiendo á que atribuir

aquella metamórfosis. Sin poder articular una palabra se lanzó á ella, y los sollozos solo se oian en aquella casa; pero en uno de los momentos en que el rey quiso impedir á su mujer el que se aproximase, la tocó con un dedo, y su que-

rida esposa quedó tambien convertida en plata. Los lamentos del rey no tuvieron ya límites; todo el dia lo pasó contemplando aquellas queridas figuras que formaban su júbilo y su contento, y mil veces maldijo su ambicion, y deseaba que

todas sus riquezas desaparecieran siempre que su hija y su mujer recobrasen su forma primitiva. Durante aquel funesto dia, mil veces creyó ver una pequeña sonrisa en los labios de Dorada. No pudo dormir en toda la noche, y por la mañana fué á orillas del mar para invocar el genio que tan funesto don le habia dado. No bien se aproximó, cuando le vió aparecer, y mirándole con dulzura, le dijo: — Mirtile, comprendo tu venida á este sitio y me la esperaba. Cuando me decias que no te arrepentirias de que todo se convirtiese en plata, estaba convencido de que no pasaria mucho tiempo sin que vinieras á pedirme gracia; pero era necesario curarte de tu ambicion. ¿Qué deseas? — ¿Lo que deseo? la vida de mi hija y de mi esposa y que tomen su forma natural. — Sí, pero te advierto que tendrás que hacer un gran sacrificio. — ¿Y cuál es? todo estoy pronto á hacer si es preciso. — Pues bien; los tesoros que encierras en la gruta los cederás para los pobres. Escucha: si me hubieras dejado tomar la mitad, no te hubiera sucedido nada; tú eres inmensamente rico: pues bien, ¿porqué has de permitir que sobrándote á tí tanto dinero carezcan los demás y estén en la miseria? ¿No sabes tú que un rey es el padre de su pueblo? Las riquezas no sirven para nada si no ayudan á la felicidad ajena: y si no, ¿preferirás dejar á tu familia trasformada en estatua, ó prefieres guardar tus tesoros? — Mi hija, mi mujer; ¡todo por ellas! — ¿Y me darás el tesoro? — Te lo daré. — ¿Y te enmendarás de la ambicion desmesurada que tienes? — Me enmendaré: nunca hubiera pensado que mi hija pudiera sufrir por ese deseo de acumular plata. — Eres mas razonable que ayer; tu corazon no es tan insensible como yo lo creia, y todavía veo que eres susceptible de conocer que las cosas y las fortunas deben de mirarse como un accesorio á la felicidad. Y dime sinceramente: ¿deseas que te quite el don de hacer todo de plata? — Me es insoportable. — Pues bien; necesitas meterte aquí en donde yo estoy, y despues de haberte bañado yo te daré una botella que estará llena de agua, y con ella rociarás todo lo que gustes que tome su forma primitiva: y sírvate de leccion, que los males que causa la

ambicion no siempre se pueden remediar. Mirtile no quiso que se lo repitiera dos veces, y se lanzó en el agua. Despues tomó la bienaventurada agua y corrió á palacio, donde lo primero que hizo fué rociar su mujer y su hija. No bien el

agua las habia tocado, cuando el tinte de las rosas empezó á brillar en su fisonomía, y la admiracion de las dos no tenia igual. Él las contó la aventura, y despues fueron al jardin para que las flores recobrasen sus formas y perfumes. Sus tesoros socorrieron á los desvalidos, que no cesaban de ben-

decir al rey Mirtile: esto le fué mas satisfactorio que todas las riquezas. Su pequeña Dorada creció, y como memoria de lo sucedido sus cabellos conservaron un tinte rubio blanquecino que no la sentaba mal. Su madre no olvidó tampoco despues de la muerte de su marido aquel acontecimiento, y Dorada conservó siempre en la memoria que la ambicion mal entendida es orígen de muchos males.

CAROLINA. — ¡Qué cuento tan extraordinario! eso no podria suceder ¿no es verdad?

LA MADRE. — No; pero puede servir de ejemplo, y pensar siempre en que todo lo debemos á la Providencia, y que esta puede impedir que abusemos castigándonos con nuestros mismos deseos.

LUISA. — ¿No sabeis lo que me explicó ayer papá?

ENRIQUETA. — ¿Qué?

LUISA. Lo que eran esas pequeñas cerezas encarnadas que vemos en el campo.

CAROLINA. — Y qué son?

LUISA. — Son belladonas. Figuraos que yo iba corriendo con Rosa cuando papá se acercó á nosotras y nos dijo: — Niñas, no comais de esas cerezas. — ¿Y porqué, papá? — Porque es el fruto que da la belladona y es un mortal veneno.

EL PADRE. — Y no queriais obedecerme: fué necesario que arrancara la flor y no dejase ni aun las raices.

LUISA. — ¡Ay papá! si yo lo hubiera sabido no le hubiera desobedecido á Vd.

EL PADRE. — ¿Y cómo podeis pensar que si hubieran sido cerezas buenas os hubiera yo impedido tener el gusto de comerlas? Por eso cuando el padre ó la madre impiden hacer una cosa, no se debe dudar que es porque nos será perjudicial.

LA MADRE. — Y dime, Luisita: ¿tomástes los consejos que te dí?

LUISA. — Sí, mama; pero se me olvidó lavarme las manos antes de comer.

ANGELA. — ¿Pues qué instrucciones la habiais dado, querida mamá?

LA MADRE. — La dije que toda niña bien educada, cuando va á pasar un dia en casa de algunos amigos, debe al levantarse lavarse la cara y peinarse; y si no sabe, llamar á la criada ó la persona encargada, para que cuando deba desayunarse se presente limpia y arreglada. Despues de almorzar lavarse las manos y los dientes, y despues de comer lo mismo.

LUISA. — Ayer habia en casa de Rosa un niño ciego que tocaba muy bien el piano; pero era un hablador.

MARGARITA. — ¿Y cómo tocaba el piano puesto que era ciego?

LA MADRE. — Hija mia, en Paris hay una casa en que los enseñan á leer, escribir, tocar, bordar si son niñas, y á todas las labores.

CARLOTA.—Pero no teniendo vista ¿cómo pueden aprender?

LA MADRE. — Con los ojos del entendimiento. Generalmente los ciegos tienen una tendencia particular para la música.

LUISA. — Está muy mal educado.

LA MADRE. — Pues es precisamente cuando se tiene algun defecto de la naturaleza que hay que hacerlo olvidar por el talento y la moderacion.

CARLOTA. — ¿Y qué cosa es entendimiento?

LA MADRE. — Es lo que nos hace conocer las cosas y saberlas discernir. Nuestra alma tiene tres potencias, que son entendimiento, memoria y voluntad. La primera ya he dicho para lo que sirve; la segunda es la que nos recuerda los objetos que hemos visto ó leido y que el primero ha encontrado mejor; y la tercera es la que nos impulsa á elegir una cosa en vez de otra, ó á ordenar una cosa en lugar de otra. Cuando dicen de una persona que tiene buen entendimiento, es porque tiene talento, y es buena, reservada, laboriosa y moderada en todo. En los brutos, por ejemplo, que no tienen tanto entendimiento, tampoco tienen tanta memoria ni tanta voluntad.

CAROLINA. — Tia mia, yo creo que los animales tienen tambien mucho conocimiento, pues el otro dia mi gatita de Angora comió pescado que la hizo daño y estuvo muy mala;

pues bien, desde entonces no ha querido comerlo otra vez porque conoce el mal que la hizo.

LA MADRE. — Pues entonces los brutos sabrán mas que los racionales, porque cuántas veces se os ha prohibido comer una cosa porque era dañina, y sin embargo no obedeceis: ellos lo hacen por instinto, y no temen ni castigo ni recompensa; y vosotras esperais el castigo en la eternidad, ó la recompensa.

LUISA. — Tiene Vd. razon.

ENRIQUETA. — Diga Vd., tia; he oido decir que Luisa debia contarnos una leccion que su papá la ha dado ayer en el campo.

LUISA. — Sí. Figúrate que papá me llevó ayer á una llanura inmunda y llena de lagunas infectas: cuando llegamos, papá me dijo: « Repósate aquí un momento. » Yo no pude menos de admirarme, y le pregunté porqué elegia aquel sitio tan mal sano: papá me contestó que aquella laguna era la imágen de un perezoso. Despues me llevó á un campo inculto y lleno de espinas y abrojos, y allí me dijo: « Este campo es muy fecundo; pero como no se labra, no produce mas que plantas donde se abrigan las culebras. Pues así es el niño que no estudia y no trabaja: su imaginacion se queda inculta é incapaz de producir nada que sea útil, porque no ha querido elaborarse. »

EL PADRE. — Sí, hija mia, y tú comprendistes que las culebras son la imágen de los vicios que se apoderan del alma de un perezoso.

LUISA. — Despues me condujo á un valle lleno de árboles frutales, de flores y de arroyos límpidos y cristalinos.

EL PADRE. — Y allí te dije que era la imágen de la niña aplicada y estudiosa. Aquella naturaleza fecunda y rica era la imágen de lo que aprovecha cultivar los dones que la naturaleza nos concede, porque de ese modo dan fruto y perfuman la carrera de nuestra vida.

LA MADRE. — Efectivamente, el alma se necesita cultivar y cuidar como un arbusto, que da flores ó no, segun le cuidan.

CAROLINA. — Yo he leido el otro dia el ejemplo de un niño, que preferia ir á correr por el campo á ir á estudiar.

CARLOTA. — Y ¿qué le sucedió?

CAROLINA. — Que conoció, que tanto los animales como las personas tienen que ocuparse y trabajar.

MARGARITA. — Y ¿cómo lo conoció?

CAROLINA. — Te lo contaré. Este niño era muy pequeño, y su mamá le mandó un dia con la criada á la escuela; el dia estaba muy hermoso, y él hubiera preferido jugar á no irse á encerrar en el colegio, por consiguiente preguntó á la criada que si queria jugar con él. «Señorito, tengo que hacer otra cosa. Cuando os deje en la escuela, tengo que ir á buscar trabajo para mi madre, porque sin eso no tendria para comprar pan.» Poco despues vió una abeja que volaba de flor en flor. Entonces le dijo á su criada que le dejase jugar con la abeja. — No, Juanito, porque aunque la ves al parecer ociosa, vuela de flor en flor para recoger con qué hacer su miel, y ya la ves que se vuelve al panal. Despues pasó un perro cubierto de manchas encarnadas, y tambien quiso Juanito enredar con él; pero su amo, que era un cazador, lo llamó para que persiguiera á una perdiz, que poco despues mató de un tiro. El niño continuó su camino y vió al pié de un árbol un pájaro que revoloteaba. — Solo está jugando, dijo; y tal vez se alegraria que yo fuera á jugar con él. — No juega, contestó la criada; está reuniendo yerba, paja y musgo para construir su nido. Efectivamente, el pájaro se elevó, y fué á posarse encima de un árbol donde habia empezado á hacer su casita. Despues encontró un caballo, y vió que ayudaba á labrar un campo, para que este diese trigo, y calculó que él debia de estar en este mundo para ocuparse de algo, y cuando llegó á la escuela, aprendió bien su leccion, y desde aquel dia fué obediente y aplicado.

LA MADRE. — Bien contado, Carolina, y esto puede serviros de ejemplo.

ENRIQUETA. — Ya hace mucho tiempo que Luisito no cuenta nada histórico.

LA MADRE. — Es verdad, y para que nuestra tarde se con-

cluya agradablemente, Luis nos contará la historia de los dos leones, milagro que Dios hizo por una pobre niña.

Luis. — En los primeros años del cristianismo, cuando la ciudad de Lion era pagana aun, algunos de sus habitantes abrazaron la verdadera religion. Los emperadores romanos condenaban á suplicios espantosos los cristianos que no renunciaban á su fe: una jóven esclava llamada Blondina, acusada de ser cristiana, fué conducida delante del gobernador. Este la dijo: — Esclava, quema incienso en el altar de nuestro dios. — Soy cristiana, y no puedo; contestó la joven. — Obedece ó tiembla. — Soy cristiana. El gobernador furioso mandó que la condujeran á la prision, y que la cargaran de cadenas. En la cárcel encontró varios cristianos que se preparaban al suplicio con la mayor resignacion. El ama de Blondina era pagana y rica, y amaba á su esclava sobremanera. — Blondina, la dijo, reniega tu religion y te salvaré. — Jamás; pereceré con mis hermanos de religion. — Pero ¿no sabes que es un suplicio terrible el que vas á sufrir? — Mi fe me dará fuerza. Por fin, el terrible momento llegó: el suplicio debia tener lugar en una especie de anfiteatro, donde habia palcos como para una gran fiesta; el gobernador estaba en uno de ellos, y en una jaula habia dos terribles leones. Dos cristianos fueron devorados; llegó el turno de Blondina, la sacaron á la plaza, y atándola á un poste la dijo el gobernador: — Por última vez, adjura tu religion. — ¡Soy cristiana! Dios mio, recibid mi alma. Tales fueron las palabras que pronunció. El gobernador dió la órden, y dos terribles leones se lanzaron en la arena: sus melenas estaban en desórden y sus ojos centelleaban; se lanzan á la jóven; pero, ¡oh prodigio! al llegar al poste, lamen los piés de Blondina, y se echan á sus piés. El gobernador furioso queria que se irritase á los leones, pero el pueblo entero pedia la gracia de la esclava. «Bien, dijo, si dentro de ocho dias ha cambiado de fe, será perdonada, si no morirá.» Ocho dias despues Blondina fué conducida otra vez á la plaza: firme en su religion, prefirió la muerte á ser una renegada. Pero aquel dia no debian ser leones los que atormentasen á la jóven: fué colocada

en una silla de hierro ardiendo, y colocada encima de una hoguera. Cuando la quitaron, la poca vida que le quedada concluyó en medio de las torturas: su alma subió al cielo para rogar á Dios por los pobres cristianos.

CAROLINA. — Y ¿cómo es que ahora no los persiguen de esa manera?

LA MADRE. — Porque ahora toda Europa, parte del Asia, y casi toda América se han vuelto cristianas; pero todavía en los paises, tales como la India, la Turquía y otros, siguen siendo idólatras.

ANGELA. — Y ¿hubo muchas guerras por el cristianismo?

LA MADRE. — Sí, hija mia; ¡y cuántos hombres han perecido en los suplicios, y cuántos en las cruzadas para conquistar el Santo Sepulcro!

CAROLINA. — ¿Qué eran las cruzadas?

LA MADRE. — Ejércitos que iban á batirse con los sarracenos que poseian el sepulcro del Señor. Estos ejércitos llevaban por divisa una cruz, y en sus trajes llevaban tambien esta insignia. Felipe el Bello, de Francia; Ricardo Corazon de

Leon, rey de Inglaterra; y Lusiñan, fueron los que mas se distinguieron en tiempo del sultan Saladino.

ENRIQUETA. — Dime, Angela: ¿qué estas trabajando en este momento?

ANGELA. — Estoy haciendo una cenefa á gancho; tambien puede hacerse en cañamazo. (Veáse fig. núm. 10.)

LA MADRE. — Basta ya por esta tarde, hijas mias; mañana nos ocuparemos de otras varias cosas, y Luis contará la historia de la patrona de Paris, ó bien otro hecho histórico.

EL PADRE. — Y yo contaré un cuento.

CAROLINA y ENRIQUETA. — Pues hasta mañana.

DIALOGO VIGÉSIMO.

EL PADRE. — Buenas noches, niñas mias; habeis venido un poco tarde.

CAROLINA. — Es porque hemos estado en casa de una señora á tomar el té.

ENRIQUETA. — Por cierto que entre las personas que se encontraban en esa reunion, hemos notado una cosa que quisiéramos que Vd. tuviera la bondad de explicarnos.

ANGELA. — ¿Y qué es, primitas?

CAROLINA. — Figúrate que habia dos hermanas de una gran familia que fueron recibidas con las mayores consideraciones, pero todos preferian á la mas pequeña, á pesar que era muy fea.

ENRIQUETA. — Y la mayor, que era hermosísima, no tenia sino una pequeña parte de las atenciones que prodigaban á su hermana.

CAROLINA. — Mamá nos ha dicho porqué, pero no hemos quedado satisfechas.

EL PADRE. — ¿Qué os ha dicho?

ENRIQUETA. — Nos ha dicho que lo que motivaba esta preferencia era que la hermana mas pequeña, aunque fea, tenia mucha instruccion y una conversacion muy agradable; y su hermana no habia pensado toda su vida mas que en adornarse y no en instruirse, y por consiguiente su conversacion no tenia mas objeto que hablar de las modas, de los peinados y de las *soirées*.

MARGARITA. — ¿Qué es *soirée*?

EL PADRE. — Es una palabra tomada del francés, y que significa sarao ó baile.

CAROLINA. — De manera que su conversacion era insípida y poco amena, lo que hace que huyan de ella y busquen la compañía de su hermana.

EL PADRE. — En eso veis lo que tantas veces os he dicho, es decir, que la hermosura unida al talento tiene mérito, pero sin él, aquella es inútil; y por el contrario, una fea que tenga instruccion hace olvidar su fealdad con su conversacion interesante. ¿Qué creeis que pueda interesar á otros el que un vestido esté hecho de tal ó cual manera, ó que el peinado sea mas alto ó mas bajo? Lo que puede interesar, es la historia, la literatura, la pintura, el dibujo; en fin, una conversacion que denote que se ha aprovechado de los estudios, sin ser un *sábelo todo*, porque en ese caso tambien se cansa á los demás, y se adquiere la opinion de estar muy preciado de sí mismo. Yo conocí dos señoritas que se hallaban en las circunstancias de esas dos hermanas de quien hablais. ¿Y qué sucedió? Que la que encantaba con su hermosura se casó, y á poco su marido, cansado de esas necedades, y no pudiendo ni aun consultarla sobre lo mas pequeño, se separó de ella; y la otra habiéndose casado con un hombre el cual creia que seria difícil que se acostumbrase á su fealdad, á los pocos meses de casado la adoraba y se conceptuaba lo mas feliz ¿Porqué? Porque podia consultarla sobre sus empresas, y el

sano consejo de su mujer le salvó algunas veces de hacer cosas perjudiciales.

LA MADRE. — Verdad es, hijas mias; por eso yo reprendia á Enriqueta, y reprendo á Carlota porque no ama el estudio; ahora que es una niña no lo conoce, pero cuando sea mayor conocerá el bien que sus padres la han hecho corrigiéndola de ese defecto.

EL PADRE. — Y ahora, niñas mias, Angela creo que tiene reservado un cuento para esta tarde.

MARGARITA. — Que lo cuente.

CARLOTA. — Sí; ya estoy deseando oirlo.

ENRIQUETA. — Y yo.

LUISA. — ¿Es el que hemos leido ayer?

ANGELA. — Sí; es muy interesante. Prestad atencion.

EL COLLAR DE PERLAS.

En la bella ciudad de Venecia vivia, hace algunos años, un joyero conocido por su probidad y honradez. Su casa era citada, no solo como modelo de buen gusto, sino por los precios arreglados que en ella se encontraban para las alhajas. Su mujer, muerta hacia ya algunos años, no le habia dejado hijos, y todo su cariño lo tenia concentrado en una sobrina que su moribundo hermano le habia confiado. La dureza del carácter de Angelina contrastaba con la dulzura de su nombre, debido á esa poesía que encierran los nombres italianos. El pobre Caravello sufria en silencio, y nunca una palabra de enojo salia de sus labios. Por otra parte, no tenia nadie en el mundo; su casa se componia de un aprendiz, jóven calavera y endurecido en los vicios, y de Andresino, primer oficial de su tienda. Angelina tenia por una hija de Andresino mucho cariño, y nunca Amina le pedia nada que no lo consi. gulese. El joyero no rehusaba nada á su sobrina, y la sola contrariedad habia sido que un magnífico collar de perlas que aquel poseia habia sido deseado por Angelina; pero él la dijoque aquel era un depósito sagrado, y por la primera vez

de su vida contrarió á la jóven. El odio se albergaba en el corazon de esta, y ayudada por el aprendiz, determinó matar á su tio, que la habia criado y habia sido un padre para ella.

Una noche en que todo dormia y que solo la avaricia velaba, Angelina se dirigió al cuarto de su tio y le asesinó.

MARGARITA. — ¿Le asesinó?

CARLOTA. — ¡Ay! mamá, ¡qué crímen!

ANGELA. — Angelina tomó el collar de perlas, objeto de tantos afanes, y despues de haberlo puesto en lugar seguro,

se acostó. Por la mañana, Andresino fué el primero que vió tan terrible espectáculo; y á sus gritos acudió la justicia, quien creyéndolo criminal, se apoderó de él y lo llevó á la cárcel. Todo fué inútil: el honrado obrero fué condenado á presidio; Angelina se casó con el aprendiz, y continuó el manejo de las joyas. La hija de Andresino la llevaron en casa de una hermana de este. Cuatro años se pasaron. Ya vereis cómo la Providencia descubrió al verdadero criminal y salvó al que era inocente. El tio de Amina era bueno, pero estaba dominado por su mujer, que era ambiciosa y brutal, y que á fuerza de bajezas habia colocado á su marido en el empleo que habia ocupado su desgraciado hermano. Desde la muerte de Caravello nadie habia vuelto á encontrar el famoso collar de perlas. Giovani, el hermano de Andresino, vivia en una especie de soledad, y nunca se le veia ir á ninguna parte ni hablar con nadie; y aunque estaba seguro de la inocencia de su hermano, nunca habia tenido la suficiente fortaleza de carácter para tomar su defensa. Pero lo que mas le heria, era el deshonor que aquella causa habia impreso en su nombre. Si él habia acogido á la niña Amina, era por piedad; así es que la pobre niña sufria los malos tratamientos de su tia, y estaba como una esclava. A cada momento sufria mil reproches, y sus primos ó primas la pegaban como á una pobre criada.

CARLOTA. — Pues qué, ¿á las criadas se las puede pegar?

LA MADRE. — No, hija mia; pero hay gentes tan malvadas, que se creen con derecho de castigar á sus sirvientes como á los pobres negros.

ANGELA. — La pobre criatura sufria todo con resignacion; y esto, en lugar de calmar á su tia, la hacia mas brutal. « Es una bribona como su padre, decia; tiene todos sus vicios, aunque tiene ese aire de santa. Tú, le decia á su marido, la has traido á casa á pesar de mis consejos. Pues puedes estar contento, porque *la cabra tira al monte*, y ya verás algun dia si no trae un nuevo deshonor á la casa. — Pues ¿qué ha hecho? — Lo que hace todos los dias: desesperarme y hacer desesperar á sus primas. » Con todo esto Amina estaba delgada, pálida, y parecia á uno de esos arbolitos que al menor

soplo de viento pueden romperse. En esto llegó á la edad de doce años, y nunca habia olvidado las sábias lecciones que habia recibido de su padre. Y ¡cuántas veces al pasar por la plaza de San Marcos pensaba en que su padre estaria padeciendo, y seguramente inocente! Por fin, llegó el dia de la comunion de las niñas de su edad; su tia se negó á darla un traje, pero el cura de la parroquia la procuró uno, y sola fué á arrodillarse en las losas del altar mayor para recibir la sagrada hostia. Cuando su padre habia sido condenado, era ella muy pequeña, y se acordaba, aunque muy confusamente, de que su collar de perlas habia sido la causa, segun decian, de haber cometido aquel asesinato. La persona á quien pertenecia lo habia rehusado, pero todos creian que existia oculto en alguna parte. La camarera de Angelina amaba mucho á la huérfana, y cuantas veces habia hablado con ella del extraño misterio que rodeaba la muerte de Caravello, la camarera recordaba que en aquella noche Angelina habia estado hablando con el aprendiz, y que despues salió, y volvió á entrar como azorada. Además ella sin duda habia dejado la puerta de la calle abierta, y Andresino habia sido el primero que habia entrado por la mañana. Algunas veces cuando Angelina llamaba, era Amina la que se presentaba á ejecutar sus órdenes, y aquella mujer tenia por la niña una especie de respeto al recordar que por su culpa se veia privada de su padre. Un dia en que Angelina se preparaba á hacer un viaje á Francia, la niña entró en su cuarto, y vió los vestidos y las joyas esparcidos aquí y allá. Un neceser se hallaba sobre una mesa, y Amina ve en él un precioso collar de perlas. « ¡Dios mio! dijo Amina, ¿cómo es que nunca la señora se ha puesto este collar en los bailes y fiestas? ¿Seria este el que tanto han buscado y el que motivó la muerte del signor Caravello? » Amina pensó entonces en la turbacion de Angelina, cuando ella le habia referido la sentencia contra su padre, en la circunstancia de haberse casado con el aprendiz, con quien habia tenido, segun decia la camarera, una larga conversacion la noche del crímen. Todo se la presentó á la memoria Amina contó esto á la camarera, y esta recordó que su amo

le habia dicho á ella un dia : « Pronto no tendrás mas ama que yo. » La niña creyó deber confiar al cura sus sospechas, y el digno sacerdote se presentó al dia siguiente en casa de Angelina. « Vengo, la dijo, á deciros que se ha descubierto el

verdadero asesino de Caravello. » La malvada palideció; pero reponiéndose, le dijo : « ¿Sí? ¿pues no es Andresino? — No; y Dios no permitirá que un inocente sufra y que el culpado esté en la opulencia. — Y ¿quién es el culpado? — Creo que Vd. podrá saberlo si mira en el fondo de su corazon. » Dicho esto, desapareció. Angelina, muda de espanto, creyó que aquella noche la sombra de su tio se le habia aparecido, y que tenia de la mano á Andresino, señalándole un tablado en que se veia una mujer pendiente : aquella mujer era ella.

Algunos dias se pasaron, y sus remordimientos iban en aumento. Su cara estaba cadavérica, y su marido no estaba menos atormentado. Por fin, Amina un dia entró en su cuarto y vió el collar en el mismo sitio, y aconsejada por el sa-

cerdote fué á dar parte: la justicia invadió la casa, y Angelina y su marido fueron conducidos á la carcel. Probado el crímen y confesado por los mismos culpables, el padre de Amina fué puesto en libertad. Pintaros su júbilo al abrazar no solamente á su hija, sino á su libertadora, seria inútil. Cuando vió á su hermano le dijo: «Gracias, gracias; nunca olvidaré lo que habeis hecho por mi hija, y lo que la habeis cuidado.» Estas palabras llenaron de remordimientos á su hermano y cuñada que tan mal habian tratado á la niña; un rubor imperceptible cubrió su frente, y bajaron los ojos sin responder. Giovani se acercó de Amina como para implorar su perdon, y la bondadosa niña le prometió el olvido completo del pasado. Andresino fué acogido por todas partes con las mayores marcas de afeccion, y encontró trabajo en las primeras platerías de Venecia; y no olvidó en su prosperidad á su hermano, colocándole con él en la misma casa.

La marquesa de Capali á quien pertenecia el famoso collar, se lo regaló á Amina y la tomó bajo su proteccion, asegurándola un porvenir. En cuanto á Angelina y su marido, fueron condenados á muerte, pero Amina buscó el medio de que huyeran: su generosidad y buen corazon no tenia igual. Pues bien; cuatro años despues aquella Angelina vino á morir en casa de Amina; su marido habia muerto maldiciéndola, y ella murió, presa de remordimientos.

LUISA. — ¡Qué historia tan triste!

CARLOTA. — ¿Y la tia de Amina?

ANGELA. — La tia de Amina desde aquel dia fué cariñosa, y admiraba las virtudes de esta.

LA MADRE. — Ya veis, hijas mias, cómo el mal que se hace, por oculto que se crea, se descubre siempre, y tiene su castigo tanto en este mundo como en el otro. Se han ejecutado crímenes que por mucho tiempo han permanecido ignorados, y los culpables gozaban tal vez de la consideracion pública; pero siempre ha llegado el dia en que el *dedo de Dios* los ha señalado y ha desenmascarado su vida á los ojos del público. Y si no, voy á referir un hecho que apoyará esto

mismo. Habia una vez un ladron famoso por sus crueldades, y nunca la justicia se habia podido apoderar de él. Su maldad no tenia límites, y nunca un viajero que por desgracia cayera en sus manos, salvaba ni la bolsa ni la vida; un dia un pobre comerciante se dirigia á la ciudad acompañado de un hijo pequeño, y en medio de la noche fueron acometidos por el facineroso. El niño helado de terror se escondió entre unos zarzales, y á la claridad de la luna vió dar muerte á su padre. Por la mañana pasaban unos pescadores y lo recogieron. Veinte años se pasaron, y el niño, ya un hombre de veinte y cinco años, se hallaba un dia en un espectáculo, cuando vió un hombre sentado enfrente de él. Largo tiempo estuvo recordando dónde habia visto aquella fisonomía, hasta que por fin el recuerdo de aquella terrible noche se presentó en su memoria, y dirigiéndose al que le acompañaba, le dijo: « Mira: ¿ves aquel hombre? pues ese fué el que mató á mi padre. — ¡Imposible! dijo el otro; ese es un hombre rico, y vive gozando de la consideracion pública. — Pues yo lo voy á hacer prender y veremos. » Efectivamente, así sucedió; y aquel hombre, reconociendo en el jóven la mano del destino, declaró sus crímenes y fué ahorcado.

LUISA. — Diga Vd., mamá; ¿y ese hecho es verdadero?

LA MADRE. — Sí, hija mia; aquel ladron se llamaba el *Charro de Tejares*, y siendo yo niña he oido contarlo cuando sucedió.

ENRIQUETA. — Es verdad; yo creo que nada puede estar oculto, y que tarde ó temprano todo se sabe.

CAROLINA. — Pero ¿y lo que hace, por ejemplo, una persona sola?

LA MADRE. — Siempre hay una circunstancia que descubre el crímen; hasta las cosas que mas insignificantes creemos.

LUIS. — A propósito de eso, sé yo un hecho histórico.

CAROLINA. — ¿Y cuál es?

LUIS. — La muerte que dió el rey Don Pedro el Cruel á un pobre sereno, y cómo se descubrió.

LUISA. — Cuéntalo.

LUIS. — Ya sabeis que la córte de Don Pedro el Cruel estaba

en Sevilla, y su costumbre era salir á rondar todas las noches por la ciudad.

CARLOTA. — Don Pedro el Cruel ¿no fué aquel rey á quien mató su hermano?

LA MADRE. — Sí, hija mia; y para que no quede desmentido aquel proverbio de que *el que á hierro mata á hierro muere*, Enrique, el de las Mercedes, como llamaban á su hermano, murió envenenado, recibiendo así el castigo por fratricida. Continúa, Luis.

LUIS. — Una noche en que hacia la ronda, mató á un sereno, y creyó que nadie lo habia visto. Tranquilo se fué á palacio, y al dia siguiente, cuando el alcalde le dió cuenta de aquella muerte, dijo: «Te doy de término ocho dias para que descubras al criminal, y si no lo encuentras, tu cabeza me responde.» Anonadado el alcalde puso en juego todos sus satélites para descubrir el autor del atentado, y cuatro dias se habian pasado sin que hubiese descubierto nada. Pero hé aquí que una vieja que habitaba en la calle y en la casa á cuya puerta se habia cometido la muerte, interrogada le dijo: «Yo le diria á Vd. el nombre del que la hizo, pero temo el castigo. — Buena mujer, le aseguro á Vd. que no tiene nada que temer. — Pues bien, el que ha hecho la muerte ha sido el rey. — ¡El rey! Vírgen Santísima, pues ¿cómo lo sabe Vd.? — Porque ya sabe Vd. que Su Majestad cuando anda le suenan las choquezuelas.

MARGARITA. — ¿Y qué es eso?

LUIS. — Las coyunturas de las rodillas. — Pues bien, continuó la vieja; al ruido abrí mi ventana y oí el ruido y hasta conocí al rey. — ¿Pero está Vd. segura? — ¡Ya lo creo! os digo que ha sido él. El alcalde á los ocho dias se dirigió á palacio, y á su vista le preguntó el rey: — ¡Y bien! ¿has descubierto lo que te dije? — Señor, sí. — ¿Y quién es el delincuente? — Señor, ocupa un puesto tan alto, que creo que la justicia humana no podrá castigarle. — ¿Pues quién es? El alcalde se acercó al rey y le dijo al oido: — Perdonadme, Señor; pero como tengo que decirlo, os diré que fué Vuestra Majestad. — Tienes razon, dijo el rey; pero la justicia es

igual para todos, y pueden formarme causa. — Pero, Señor, sereis condenado... á ser ahorcado! — Bien, me ahorcaran en efigie. Y así se ejecutó.

LA MADRE. — Por eso le llamaban al mismo tiempo que cruel, justiciero.

CAROLINA. — ¡Pobre rey! verdad es que dicen que fué muy malo, pero tambien fué muy desgraciado.

ENRIQUETA. — Sí, pero ya sabes que hizo envenenar á la reina Doña Blanca.

LA MADRE. — Basta ya de este asunto, y ocupémonos de otra cosa.

CARLOTA. — Diga Vd., papá: quisiera preguntarle si es verdad que el papel se hace con pedazos de tela viejas.

EL PADRE. — Sí, hija mia, es verdad; y cuando vosotras os acostais, hay otros que velan en las calles para recoger lo que ha de servir para el papel.

MARGARITA. — ¿En las calles?

EL PADRE. — Sí, los traperos; á las diez de la noche salen de sus miserables habitaciones, y van por las calles con un gancho, una cesta y una linterna, recogiendo todos los pedazos que encuentran. Despues los venden á los fabricantes. Los mas ordinarios sirven para hacer el carton, y los otros el papel.

LUISA. — De manera que este bonito vestido que con tanto cuidado me ha hecho la costurera servirá para hacer papel, y luego para quemarlo.

EL PADRE. — Probablemente; ya ves, así son todas las vanidades humanas. Pero voy á deciros cómo fabrican el papel. Si entrais en una de esas fábricas, vereis mezclados los pedazos unos con los otros, y despues los vereis separados: la lana de un lado, la franela de otro, el algodon, el paño y demás, ya parecen menos sucios que entre las manos del trapero, porque están colocados con órden; despues las mujeres destinadas á deshilar hacen hilas, las riegan con agua y las meten en las bodegas para que se haga como una especie de masa. Despues pasan aquellas hilas por un cilindro hasta que no queda señal de tela, y se forma una masa negra y repug-

hante. Despues la pasan al gas para que quede blanca, y mezclan el color que desean para que sea blanco, azul ó encarnado; despues la pasan por otros cilindros donde la ponen sobre franela y despues sola, y al fin la lisan y la ponen á secar: tal es el papel.

CARLOTA. — ¡Qué trabajo, papá! pero ¿y ganarán mucho los traperos?

EL PADRE. — El que mas, hija mia, gana de veinte á veinte y cinco cuartos por dia.

MARGARITA. — ¿Y pueden vivir con eso?

EL PADRE. — Sí, hija mia, y con menos; esos hombres duermen sobre una cuerda y se mantienen de aguardiente y patatas.

MARGARITA. — ¿Cómo que duermen sobre una cuerda?

EL PADRE. — Sí, porque entran en una taberna donde hay al lado del mostrador una cuerda, y sobre ella se apoyan para dormir. Cuando llega la mañana, el criado de la taberna suelta por un lado la cuerda y todos caen al suelo. Así se despiertan.

CARLOTA. — ¡Ay papá! ¡cuántas gracias doy á Dios porque me ha dado una buena cama!

LA MADRE. — Haces muy bien, niña mia, porque no sabemos todo lo que le debemos.

LUIS. — Mamá, mucho tiempo hace que no hablamos nada de historia.

LA MADRE. — Cuenta, hijo mio, la historia de Radegonda.

LUIS. — Con mucho gusto. Reinando Clotario I, el rey de Turingia dió motivo para disgustarle, y aquel marchó contra él con un ejército. El rey de Turingia pensó que por medio de una estratagema podria salvar su campo: hizo hacer inmensidad de fosos, y despues los cubrieron de tierra y yerba como si estuviera llano y florido. Los francos llegaban á galope, y varios de ellos cayeron en el lazo; pero cuando conocieron este, les fué fácil de evitarlo. Los reyes de los francos Clotario I y su hermano vencieron completamente á los turingenses, y para vengar la muerte de sus soldados en los fosos quitaron la vida al rey y la familia real. Despues suje-

taron la Turingia bajo su yugo. Cuando su victoria estaba asegurada, presentaron al monarca una princesa de sangre real llamada Radegonda, de edad de nueve años, y un hermano suyo mas pequeño aun. La niña era muy hermosa,

y su inteligencia era mas de lo que su edad permitia. Lloraba, y al llorar, nuevos encantos se repartian en su fisonomía. El rey Clotario no pudo menos de admirar tanta inteligencia unida con tanta hermosura, en tan tierna edad. — No

llores, la dijo; no sabes la suerte que te está reservada; serás reina de Francia; sí, oidme todos: deseo que sea educada con cuidado, y á los diez y ocho años me casaré con ella. Sus compatriotas me obedecerán mejor. Radegonda lloraba, y se estremecia al pensar que seria esposa del asesino de su familia. Clotario enfadado con su llanto, la dijo: — Seca tus lágrimas, ó tu hermano morirá.

MARGARITA. — ¡Qué crueldad!

CARLOTA. — ¿Y qué hizo Radegonda?

LUIS. — La jóven, aterrada al oir aquellas palabras, abrazó á su hermano y prometió al rey que no lloraria. Despues fueron conducidos á una fortaleza, y educados con el mayor esmero. Radegonda adelantaba en hermosura, en piedad y en ciencias: no pasaba un dia en que el recuerdo de sus padres no amargase su vida, pero su hermano dulcificaba su dolor. Los dos se ocupaban en reunir los pobres niños del vecindario y darles alimentos y vestidos. Por fin, el momento temido llegó. Radegonda tenia diez y ocho años, y el dia estaba fijado para su enlace. Una brillante escolta vino para conducirla á palacio, y resignada con la voluntad de Dios se casó con el rey. Este era brutal de carácter, altanero, y Radegonda creyó de su deber amarle: su vida era un contínuo dolor; y para completar sus desgracias, seis años se pasaron sin que tuviera herederos. Clotario se figuró que un dia el hermano de su esposa podria quitarle la corona de Turingia, y le mandó dar de puñaladas.

ANGELA. — ¡Qué horror! ¡ese rey era un hombre sin alma y sin sentimientos!

LUIS. — Cuando la reina supo la noticia se horrorizó, y le parecia que la tumba de su padre y su familia se abria para reprocharla su enlace. Fué al encuentro del rey y le dijo: — Quisiera buscar un consuelo á mi dolor al lado de Medard, obispo de Noyon; permitidme que vaya. Clotario, sin atreverse á mirarla, la dió su consentimiento. Radegonda llegó á aquella ciudad cuando el obispo celebraba en la catedral la santa misa: al entrar, la reina se dirigió al altar mayor y le dijo: — Ministro del Señor, deseo consagrarme a Dios; re-

nuncio al mundo para siempre; dadme el traje y velo de las religiosas. — Reina, ¿olvidais que sois la esposa de Clotario? — Lo era, contestó; pero al hacer morir á mi hermano, ha roto los lazos que me unian á él: no tengo otro esposo sino Dios. La escolta que la habia acompañado exclamó: — Guárdese vuestra Eminencia de obedecer á la reina, ó temed el enfado de Clotario. Pero el pueblo que se hallaba presente gritaba: — Dios ha dado ese pensamiento á la reina; Dios la ha conducido aquí; consagradla. Radegonda dirigió una mirada tan llena de majestad á sus oficiales, que no se atrevieron á desobedecerla. Entonces Medard la dió el velo y la consagró al Señor. La reina se quitó la corona y los diamantes con que estaba adornada, y los destinó á los pobres.

ENRIQUETA. — ¿Y qué hizo Clotario?

LUIS. — Cuando recibió la noticia, su furor no tuvo límites; pero se apaciguó, y viendo que no podia remediar nada, se conformó.

CAROLINA. — ¿Y Radegonda?

LA MADRE. — Radegonda, hija mia, fué un modelo de virtudes y protectora de las artes. Ella fundó el monasterio de Santa Cruz en Poitiers, y allí terminó sus dias.

LUISA. — ¡Pobre reina! ¡cuánto debió sufrir viendo morir toda su familia y por último á su hermano!

CARLOTA. — ¡Y yo que creia que ninguna reina podia ser desgraciada!

LA MADRE. — Pues te engañabas. Son las mas desgraciadas de su reino, y te aseguro que habria algunas que cediesen su diadema por una casita sencilla donde gozasen de la libertad, y donde estuviesen libres de la enfadosa etiqueta de la córte. ¡Cuántas veces os he dicho que no son las riquezas ne los honores los que pueden hacer dichosas; es una conciencia tranquila, una familia amada, y las afecciones puras y desinteresadas! Eso falta en la córte, en la cual la ambicion domina hasta los sentimientos de la naturaleza.

ANGELA. — ¿Y porqué, mamá? Porque á mí me parecia al contrario. En una buena posicion, entonces es cuando se po-

dria probar su amor á su familia, y que fuese en provecho suyo los favores de que se goza.

LA MADRE. — Tú crees eso, mi querida Angela; y aun cuando no hay regla sin excepcion, sin embargo, mas se ven gentes que suben al poder y cambian de un carácter dulce en carácter altanero, y de una bondad sin límites, á un egoismo completo. El aire que en las córtes se respira, generalmente es ponzoñoso; porque la adulacion desgraciadamente es muy agradable al corazon humano, y te aseguro que se han visto padres y hermanos olvidar hasta su familia, y si su nacimiento era oscuro, ocultarlo con el mayor cuidado, cuando siempre se debia tener á gloria, no los blasones heredados de familia, sino los que se adquieren con nuestro trabajo; cuánto mas glorioso es decir: « todo esto que me rodea, los favores de que gozo y los honores, lo debo á mí mismo, á mi aplicacion y á mi trabajo. »

CAROLINA. — ¿Es verdad que Angela está convidada á un baile para mañana?

LA MADRE. — Sí, pero irá con su papá, porque yo no pienso ir.

LUISA. — ¡Cuánto me alegro! estará Vd. con nosotras y nos contará alguna bonita historia.

CAROLINA. — ¿Y qué traje piensas llevar?

ANGELA. — Yo deseaba ponerme un vestido azul con estrellas de plata y una corona; pero mamá quiere que me ponga un vestido blanco con cintura azul, y una rosa en la cabeza.

LA MADRE. — Angela, te he dicho muchas veces que la sencillez en una jóven es muy apreciable, y que á tu edad seria harto ridículo que te presentaras llena de plata y brillantes, que solo pertenecen á las señoras casadas; y aun si tienen buen gusto se distinguen por su traje elegante pero sencillo. Una jóven como tú debe de llevar un traje blanco de muselina ó tul, emblema de su pureza y de la juventud: las gracias se realzan aun mas con un traje de ese género, y está segura que si te vieran de otro modo, dirian que eras una tonta, y de mí por permitírtelo dirian que queria hacerte brillar inmodestamente.

CAROLINA. — Angela se alegraria mas si la permitiera usted llevar un traje mas rico.

LA MADRE. — Lo que prueba su coquetería. Esa es una gran falta en una jóven de su edad: además que debe conocer que solo me guia su interés.

CARLOTA. — Y cuando Vd. nos reprende por cualquiera cosa, ¿es tambien porque nos quiere?

LA MADRE. — Sin duda: los indiferentes no les importa lo que haceis, bueno ó malo; pero á mí, si haceis una cosa mal, mi cariño me hace reprenderos, para que cuando seais mayores no digan: «¡Qué mal educada está esa niña! Se conoce que su mamá no se ha ocupado mucho de ella; ¡qué padres tan descuidados!» y otras cosas por el mismo estilo.

MARGARITA. — ¿Y cuando nos reprende la directora del colegio?

LA MADRE. — Lo mismo. tiene un interés en que seais bien educadas, y aprendais y aprovecheis de sus consejos, porque os quiere; y además le agrada cuando oye decir: «Esa señorita ha sido educada en el colegio de la señora de tal; qué bien enseñada está; cómo se conoce que está educada por ella!» Y esto halaga su amor propio.

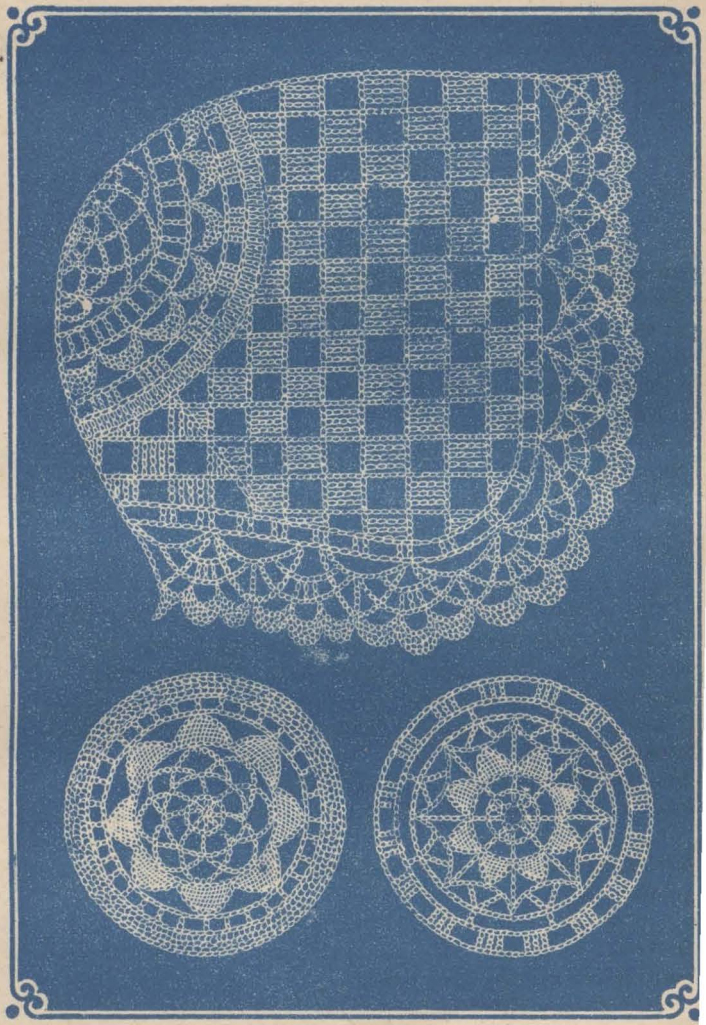
CARLOTA. — Nuestra profesora es muy buena: todos los dias nos enseña buenos ejemplos, ¡y nos reprende con tanta dulzura! Pero sobre todo quiere mucho á una de mis condiscípulas.

LA MADRE. — La directora de un colegio debe amar á todas igualmente, para que no haya envidias; pero al mismo tiempo debe, si alguna de los señoritas se distingue por sus estudios ó su aplicacion, citarla como ejemplo á las demás.

LUISA. — Justamente ayer me dijo á mí que enseñase á Carlota la manera de hacer la puntilla á gancho (véase dibujo núm. 11).

LA MADRE. — Es el deber de una buena hermana; pero basta por esta tarde, hijas mias; mañana si sois buenas os contaré una historia muy bonita.

CAROLINA. — Hasta mañana.



Imp. Monrocq. S.n Styles. Havre.

DIALOGO VIGÉSIMOPRIMERO.

CAROLINA. — Esta tarde tengo que contarla á Vd. lo sucedido en el colegio, y lo que nos ha ha explicado nuestra profesora.

LA MADRE. — Dime, hija mia, porqué Carlota ha venido llorando y no ha querido comer.

CAROLINA. — Voy á decírselo á Vd. Despues de habernos explicado varias cosas de Historia Sagrada, la profesora nos preguntó si sabiamos cuál era nuestra obligacion en el dia : le contestamos que obedecer á nuestros padres y á nuestros profesores : entonces nos dijo lo siguiente : — ¿teneis hermanos? — Sí, la contesté yo. — Entonces, me dijo, teneis obligacion de ser buena hermana. ¿ Dónde estais en este momento? — En el colegio. — De manera que teneis obligacion de ser buena discípula. — Sí. — ¿ Estais sola aquí ? — No; estoy con mis compañeras. — Entonces teneis obligacion de ser buena compañera. Ya veis cómo á pesar de ser una niña, teneis obligaciones que cumplir, como hermana, como discípula y como compañera. Ahora debeis pensar en los deberes que esto os impone y enmendaros de las faltas que habrán Vds. cometido. Deben ser Vds. obedientes, altivas y estudiosas, amables y complacientes : no ser orgullosas y perdonar los agravios que nos hace nuestro prójimo.

LA MADRE. — Vuestra profesora es muy instruida, y con lecciones de ese género no dudo que seais dignas de llamaros sus discípulas.

CAROLINA. — Despues nos dijo que para que el deseo de aprender no se debilitase, debiamos siempre hacernos la idea

de que no sabiamos nada; además, añadió, que todos estos deberes son muy pequeños en comparacion de los que tendreis que desempeñar cuando seais mayores, en vuestra casa y con vuestra familia, y nada es mas fácil que engañarse sobre su propia instruccion.

LA MADRE. — Tiene razon; yo conocí una señora que tenia una hija de quince años, coqueta, amiga de las diversiones, y descuidada en todo lo concerniente á sus deberes, glotona, perezosa é indiscreta, rica en fin de los defectos que hacen la desgracia de toda la vida. Su único deseo era ir á las sociedades y dejar en la casa á su hermanita pequeña á cargo de los criados. Todas las reprensiones de su mamá no servian, y esta imaginó un medio de curarla; la mandaba á todas las diversiones con su papá, y su buena madre se quedaba en la casa á cuidar de la otra niña, y siendo rica y hermosa se privaba de todo lo que el mundo la brindaba. Todos los dias la hija veia ocupada á su mamá en obras de caridad, y á pesar de no ir á diversiones estaba mas sonrosada y saludable que ella. Esto la hizo pensar en que aquellas noches pasadas en bailes y saraos la fatigaban; que por la mañana sus ojos estaban hundidos y con ojeras; que nada aprovechaba de todo esto, sino estar cansada y descuidar sus deberes; y de allí quiso imitar á su mamá, no ir á sociedad sino una vez por semana, ó dos veces por mes, y ocuparse en ayudar á su buena madre; y el dinero que ahorraba de los trajes destinarlo á los pobres; hoy en dia está casada y su vida es ejemplar: su esposo la adora, y sus amigos la respetan. Pero cuéntame porqué lloraba Carlota.

ENRIQUETA. — Yo se lo contaré á Vd. Cuando la profesora estaba hablándonos y dándonos estos consejos, vino una señora, madre de una de las niñas, y todas las señoritas se levantaron menos Carlota.

LA MADRE. — ¡Cómo! ¿No se levantó para hacer el saludo de buena educacion?

CAROLINA. — No; pero hay que disculparla porque todavía es muy pequeña para conocer que cometia una falta muy grave.

LA MADRE. — ¿Disculparla? De ninguna manera.

ENRIQUETA. — Bastante castigada fué, porque la profesora mostró las labores de todas las niñas menos la suya; y despues que la señora se fué, la profesora la dijo que en castigo de su falta de educacion no bajaria al jardin con nosotras. Por eso ha llorado.

LA MADRE. — Carlota, venid aquí.

CARLOTA. — Mamá, la aseguro á Vd. que no lo hice con intencion.

LA MADRE. — Venid aquí. ¿Qué es lo que tantas veces os he dicho sobre la educacion? Os he dicho que una señorita debe ante todo el respeto á sus mayores, y lo que tú has hecho es una falta de respeto. Te he dicho que una señorita debe cuando entra una señora, levantarse y saludarla con modestia, y si está sola, ofrecerla una silla y hacer que tome asiento. Permanecer de pié mientras que ella permanezca, y cuando se marche conducirla hasta la puerta, y no cerrarla hasta que haya bajado algunos escalones. No irás mañana á Tullerías y permanecerás en casa estudiando.

MARGARITA. — ¡Ay mamá! perdónela Vd.: ella se enmendará; la aseguro á Vd. que yo no saldria si mi hermanita se quedara en casa. Yo te prometo que no volverá á faltar á sus deberes.

LA MADRE. — Abrázame, Margarita: mereces que te conceda el perdon de tu hermana, porque la amas tanto: ven, Carlota, abraza á Margarita.

CARLOTA. — Querida hermanita, eso solo hastaria para que yo me corrigiera de mis defectos. Mi buena mamá, la aseguro á Vd. que nunca volveré á enfadar á mi profesora ni á usted.

ENRIQUETA. — Y ahora cuéntenos Vd. el cuento de que nos habló ayer.

LA MADRE. — Sí, hijas mias; escuchad.

LA PRINCESA DE LA MANCHA AZUL.

Habeis de saber, niñas mias, que en una de las ciudades de Georgia vivia un príncipe en compañía de un hijo único,

galante y de buen corazon. Cuando nació, un encantador habia sido su padrino y le habia dado todos los dones; pero le habia tambien dotado de un defecto, la inconsecuencia. Cuando llegó á la edad de veinte años, pensó en casarse, y la casualidad le hizo conocer á una jóven que vivia en los arrabales de la ciudad. Voy á contaros la manera como la conoció.

En una casita modesta vivia Zulima, rica en donosura, rubia y hermosa como una espiga de oro. Su madre, viuda de un militar, la adoraba, y soñaba para ella un porvenir feliz y lleno de encantos. Sus encantadoras la habian dicho que llegaria á ser reina. Zulima tenia diez y ocho abriles: su blanca tez y sus cabellos dorados, y mas que todo su modestia, la daba realce y admiraba á cuantos la conocian. Su madre se decia que si bien lo dicho por las hadas podía ser una ilusion, no dudaba que su hija encontraria un buen partido, porque era un tesoro de gracias, y en toda la Georgia no se podia encontrar una igual. Salvo una pequeña imperfeccion que en la espalda tenia: una mancha azul, pero de un azul tan bonito que casi era un adorno.

Una tarde en que se hallaban sentadas en el jardin, oyeron ruido de caballos y perros, y no dudaron que era una partida de caza; pero el cielo se cubria de nubes y la lluvia empezaba á caer á torrentes, cuando la puerta se abrió, y un caballero adelantándose hácia ellas las pidió hospitalidad. — ¡Cómo, señor; con muchísimo gusto! Zulima, entra en casa y haz preparar una buena cena, y despues retírate. — ¿Porqué se ha de retirar, señora? ¿Porqué os habeis de privar de su presencia? Yo soy un hombre honrado, y os aseguro que nada os sucederá. Dicho esto siguió á la anciana, quien le condujo al comedor. En él estaba preparada una buena mesa, y Zulima se disponia á retirarse cuando su madre la dijo: — No, Zulima; quédate, porque no quiero que nuestro huésped pudiera pensar que desconfiábamos de su hidalguía. — Señora, para recompensaros os diré que soy el príncipe Pensamiento, y me llaman así por mi viveza. — ¡Cómo, señor! ¿sois vos á quien tenemos el honor de admitir en nuestra pobre morada? — Sí; y no solamente eso, sino que me habeis

hecho el hombre mas feliz de la tierra. — ¿Cómo así? — Desde que he entrado he contemplado á la bella Zulima, y envidio la felicidad que gozais viviendo al lado de este ángel. — Señor, perdonadme si no os he conocido, y si no os he re-

cibido como merece vuestro rango. Mi respeto y veneracion por vuestra augusta familia es proverbial, y puede vuestro Honor disponer de cuanto yo poseo. — Su amable hija de usted me ha hechizado, y desde mañana vivirá en palacio. —

Pero, señor, no ignorais que su condicion es humilde, y que para esposa vuestra no podria aceptar. — ¿Porqué? La aseguro á Vd que mañana tendré el permiso de mi padre, y que él no podrá menos de alabar la eleccion de tanta gracia y hermosura. El cielo se ha serenado: voy á reunirme con mis monteros, y mañana volveré en busca de la divina Zulima. El príncipe se fué á palacio, y al acostarse vió entrar en su cuarto á un anciano con barba blanca, pero con una fisonomía llena de majestad y bondad. — ¿Quién sois, que sin mi órden entrais en mi estancia? le preguntó el príncipe. — Yo soy el encantador Merin-lazu que te sirvió de padrino, y soy el protector de Zulima. Al pronunciar estas palabras el anciano dejó su forma terrenal, y quedó trasformado en un genio. Pensamiento, admirado de aquella aventura, se arrodilló y le dijo: — ¡Oh tú que me serviste de padrino, y que dices ser protector de mi amada, protégeme y haz que mi padre me otorgue su mano. — De todos mis protegidos, ninguno es mas digno de ella que tú; pero solo temo una cosa: tu *inconsecuencia*. Eres justo, clemente, amable; pero lo que hoy amas mañana lo detestas, y has de saber que muchas veces lo que se deshecha es lo que puede hacer nuestra dicha. — Te aseguro que nunca tendrás que arrepentirte; una criatura tan perfecta no tendrá que sufrir mis defectos: ella sin ninguno..... pero ¿porqué os cubrís la fisonomía? explicaos: si su cuerpo no es perfecto, porque no hay nadie que sea completo, su alma debe ser pura como un arroyo cristalino. — Mortal, tú hablas como se habla á tu edad. Verdad es que Zulima no solo es hermosa y virtuosa, sino que su alma es pura y dulce como una paloma. Pero tiene una mancha indeleble que deja imperfecta su hermosura celestial, y me entristezco al pensar que todo lo humano es muy efímero. Por eso temo que tú, caprichoso como las ondas, no la ames como merece y que la hagas desgraciada. Pensamiento protestó mil veces que la amaria siempre, pero el genio no estaba satisfecho. — Mira, le dijo; para que sepas lo que es esa imperfeccion, voy á trasportarte al cuarto de Zulima; despues reflexionarás esta noche, y mañana verás lo que has de hacer.

— Te aseguro que no renunciaré á Zulima, y que antes preferiré la muerte. — Ven, y reflexiona. Y Pensamiento se halló sentado en un coche nacarado y brillante, tirado por dos pájaros de extraordinaria blancura, y atravesando su dorado palacio y las casas de la ciudad, se halló en el jardin de Zulima. — Te conduzco al cuarto de tu futura esposa, que será tu dicha en este valle de lágrimas; pero sobre todo, antes de decidirte, piénsalo bien y no seas inconsecuente, pues no te perdonaria nunca la desgracia de mi protegida. — ¿Porqué Dios puso esa mancha en criatura tan perfecta? — Calla, imprudente mortal. Nunca se pregunta porqué: esa palabra perdió á Satanás, el ángel precito; perdió á la primera mujer. La razon del porqué Dios hace las cosas es un arcano para el hombre, y siempre que ha querido saberlo se ha perdido en lo infinito, y nunca puedes saber si Dios al hacer esa mancha ha creido tener razon. — Mi buen genio, perdonadme, soy indigno de ser vuestro ahijado; á vuestro lado mi ser vacila, y me parece que las palabras que salen de vuestros labios son otras tantas cosas nuevas para mi espíritu terrenal. Acato la voluntad del Criador, y amo esa imperfeccion que marca esa criatura sin igual. ¿Quién sabe si será la union de nuestros corazones. Pues mi esposa poseerá esa señal que ninguna otra tendrá. Mi amor será solo para ella, y mi carácter inconsecuente se fijará. — Mucho alabo esos sentimientos, y te aseguro que á pesar de tu defecto estoy por concederte á Zulima. Pero ya hemos entrado en su cuarto: mira á tu amada. Zulima estaba acostada en una cama blanca como la nieve, y su espalda estaba descubierta de manera que se veia en el lado derecho una especie de clavel azul. Estaba tan fresco y hermoso, que parecia una flor de primavera, y resaltaba sobre su bianca y trasparente tez. Era una miniatura perfecta. — ¡Cómo! exclamó Pensamiento; ¿esa era la falta que vos me decíais? Pero os aseguro que no lo veo así, y que al contrario es un nuevo encanto. Mirad: parece que Zulima sonrie en su sueño, y se diria que se burla de nuestra puerilidad. — ¿De manera que la tomarás por esposa? — Te lo juro. — ¿Y nunca la echarás en cara esa señal? — Ja-

más. — Pues escucha: Zulima será tu esposa; pero la primera vez que tengas la idea de arrepentirte, te condeno á viajar sin descanso y como el Judío Errante, no tener un lugar donde reposar tu cabeza, hasta que sepas apreciar las

virtudes de tu esposa. — Bien: acepto. El genio y el príncipe volvieron á palacio, y á la mañana siguiente Merin-lazu habló con el rey y obtuvo el permiso para Pensamiento, no sin que su padre temiese de la inconsecuencia del príncipe.

CARLOTA. — ¿Con que tan perjudicial es ese defecto?

LA MADRE. — Sí, hija mia; porque hay veces en que la inconsecuencia en una palabra, en un negocio, en una cualquiera otra cosa, ocasiona la pérdida de una fortuna ó de otra cosa interesante. Una vez que se ha dicho una cosa séria, se sostiene siempre, y no se cambia á cada momento como las veletas. Pero continuo: El príncipe no cabia en sí de gozo, y escoltado por la guardia y seguido de toda la córte, fué á buscar á Zulima y la condujo á palacio donde se celebró la boda. La sencilla Zulima sufria, porque pensaba que aquella señal seria causa de risa para todos los cortesanos, pero ya os he hablado de la adulacion de las córtes; todos admiraron aquel clavel, y todos á porfía decian que era una nueva belleza en la princesa. Pensamiento admiraba cada dia mas aquella imperfeccion, y los cortesanos creian que el carácter del príncipe cambiaria con el contacto de una esposa tan buena y virtuosa.

Un año se pasó sin que Pensamiento pasara un momento sin pensar en su esposa, y aparte de los negocios de la córte, nada le agradaba tanto como el verla y estar á su lado. Pero el hombre nunca está contento con la dicha verdadera. Una noche en que habia gran reunion en palacio, y en el momento en que Zulima se disponia á presentarse en los magníficos salones, se vió acometida de una fiebre violenta, y fué necesario acostarla y llamar al médico. Pensamiento, no pudiendo faltar á la reunion, se dirigió á los salones, y solo y contristado recibió los cumplimientos de la córte. Todos le preguntaron por Zulima, y se apesadumbraron al saber su dolencia. Pensamiento se retiró temprano, y al entrar en el cuarto de su esposa, la encontró como aletargada; por primera vez desde su matrimonio le pareció ridícula la mancha azul, y convino en que era una imperfeccion, y se acostó pesaroso y disgustado. Al dia siguiente Zulima estaba pálida, y al entrar Pensamiento notó que estaba con ella mas indiferente. Acostumbrada á su ternura, se puso á llorar amargamente. Arrepentido el príncipe la estrechó en sus brazos, y no pudiendo soportar aquella mancha, se retiró á su cuarto, en donde en-

contró al genio. — Príncipe, le dijo, he oido que habeis afligido á Zulima, y os advierto que sea la última vez: debeis consideraros muy dichoso en estar unido á una criatura tan perfecta, salvo la mancha azul, que tanto os entusiasmaba, y ese defecto se halla oculto entre tantas perfecciones, entre tantas virtudes, que es imperceptible. Ten presente lo que te digo: no hay nada mas duradero que la afeccion de una familia, y de una esposa buena y bondadosa. Has visto muchas veces que el mas preciado brillante tiene una ligera mancha, y no por eso pierde su valor. El príncipe corrió al cuarto de su esposa, y la dijo que le perdonara, pero Zulima veia que cada vez que veia la mancha azul, cosa que sucedia todos los dias, pues la etiqueta exigia que estuviera escotada, una nube empañaba su semblante, y mas de una vez huyó de ella para no verla. Un dia ya se atrevió á decirla que aquella imperfeccion era muy notada, y que daria todo el mundo porque se borrase. Zulima lloró toda la noche, y al siguiente dia viendo la indiferencia é inconstancia de su marido, se retiró en casa de su madre. Aquel dia Pensamiento se dirigió á caballo á pasear al bosque, y apenas estaba en él cuando oyó una voz que le dijo: — Príncipe, mi sufrimiento llega á su colmo; *anda*. Como te dije un dia, andarás durante cien años, y si al cabo de ellos te arrepientes de tu inconsecuencia, y estás convencido que no hay nada perfecto en la humanidad, te perdonaré y encontrarás á Zulima como está hoy. El príncipe al oir estas palabras se enfureció contra el genio, y determinó seguir con su capricho, y ver si no encontraria una criatura perfecta. Parecia que una fuerza desconocida llevaba á su caballo, y durante todo aquel dia erró sin saber por dónde, y al anochecer llegó á una cabaña. Una jóven le abrió la puerta, y habiendo entrado encontró á una buena vieja que le ofreció hospitalidad. Se sentó, y cuando miró á su hija, vió que era hermosísima. — Bonita hija teneis, buena mujer: debeis estar orgullosa con ella. — ¡Ay, señor! todas esas perfecciones encierran el corazon mas malvado, y os aseguro que desearia mejor que fuera fea, pero agradable y tierna para mí. — Vamos, pensó para sí el príncipe; á esta le

falta mucho para ser perfecta. A la mañana siguiente se levantó, y despues de despedirse de la pobre vieja, subió en el caballo y continuó su camino. Pero si él dirigia el caballo por un lado, este se encabritaba y seguia otro; y si durante el dia deseaba bajarse para pasear, veia que estaba como clavado en la silla. — Maldito encantador, decia; no es mala la penitencia que me ha dado. Pero alguna encontraré perfecta, y entonces veremos. Al segundo dia llegó á un magnífico palacio; llamó y pidió le dejaran pasar la noche; pero una princesa jóven y agraciada se asomó á una ventana y le dijo con voz brusca y agria: — ¿Qué quereis en mi palacio á estas horas? sabe, imprudente extranjero, que estás en el palacio de la hada Falsedad, y que todo lo que se anida en esta casa es engaño, falsía y crueldad. El príncipe continuó su camino pensando que parecia imposible que una jóven tan donosa tuviese aquel mal fondo, y fuera capaz de engañar á los mortales. Aquella noche no tuvo dónde acostarse, y se acordaba cuán feliz era en su casa rodeado de su familia y al lado de su esposa; pero no hay que desanimarse todavía: he caminado muy poco. Veremos en el resto del viaje, se dijo á sí mismo.

Se pasaron algunos dias sin que le sucediera nada de particular, y una noche llegó á una casa de campo que respiraba limpieza y buen gusto: llamó, y despues de las primeras preguntas, le hicieron entrar en una sala baja amueblada con elegancia, y donde se oian los cantos de los pájaros. Una jóven modesta y muy bonita estaba sentada delante de un caballete, y ejecutaba con la mayor gracia un paisaje. Poco despues entró otra jóven, hermana de la primera, y despues de saludar al extranjero, fué á colocarse al lado de la ventana, y se puso á bordar. Su madre vino poco despues y manifestó al príncipe su satisfaccion en poder acoger á un viajero. — Este es el templo de la virtud y las gracias, y me parece que esta vez habré encontrado la perfeccion que busco. En estas reflexiones estaba sumido el príncipe, cuando una de las dos hermanas, levantándose de repente, pasó como una flecha delante del príncipe y desapareció. Admirado este, se

dirigió á la madre, y la preguntó qué motivaba aquella precipitada salida. — Señor, le contestó la madre, soy muy desgraciada con mis dos hijas, y para que comprendais esta desgracia, voy á poneros al corriente de todo. Figuraos que mi hija Laura, que es la que veis sentada al caballete, es una criatura perfecta tanto en talento como en buen corazon y amor para su prójimo; pero tiene un defecto de la naturaleza. — ¿Y cuál es? — Que es sorda; esa es mi mayor desgracia, pues ha tenido muchos grandes señores que la han pretendido, pero al conocer esa imperfeccion han desistido, y pasa su vida solitaria y triste sin mas placer que la pintura ó la lectura. Su natural sencillo y dulce se rebela, y algunas veces tiene momentos de furor insensato en que no conoce ni aun á mí, y pide á Dios cuenta el porque la ha dado ese defecto. — ¿El porqué? repitió el príncipe recordando una circunstancia de su matrimonio; el porqué, buena mujer, no se puede saber. Los decretos de Dios son impenetrables. — Mi segunda hija es el reverso de la medalla de su hermana; es decir, que no quiere instruirse ni aprender nada, y corre todo el dia como si tuviera cuatro años, haciendo mi desgracia, pues ella podia ser nuestro sosten; pero es inconsecuente, sin que la edad haga nada en ella ni la dé aplomo y carácter. Es una especie de ardilla que no tiene disposicion para nada mas que para coger nidos de pájaros: esa es su felicidad; y mirad, cuando ha pasado al lado vuestro, era porque desde la ventana habrá visto algun pájaro ó alguna cosa que la pueda divertir. De manera que de dos hijas no tengo ninguna que sea capaz de ayudarme en la vejez. — Está visto, dijo el príncipe, que no se encuentra la perfeccion, y que todos los mortales están condenados á tener defectos que les sean perjudiciales. El príncipe, despues de compadecerse de aquella buena mujer, continuó su camino desanimado, y empezando á arrepentirse de su inconsecuencia. Al amanecer de un bello dia, llegó á un pais desconocido, y no fué poca su admiracion al oir gritos que no sabia de dónde salian, é imprecaciones contra él. Miró al suelo y vió cantidad de hombres y mujeres, pero tan pequeños que no se veian: conoció que estaba en el

pais de los enanos. Estos al verle le creyeron un gigante, y huian de él y se refugiaban en las casas, cuya altura no pasaba de cintura. — Vaya unos entes desgraciados, se dijo: ¿se puede ver mayor imperfeccion? Si estos vieran á Zulima, á

pesar de su mancha azul, la creerian una diosa. ¡Míseros mortales, que nunca estamos contentos con lo que el Señor nos ha concedido! Pensamiento pasó todo el dia en pensar que habia sido muy cruel con Zulima, y que su imperfeccion era muy ligera en comparacion de las que en otros veia. Una no-

che llegó en casa de una señora que gozaba de gran reputacion, y fué introducido en su sociedad, donde la vió rodeada de admiradores, y vió tambien á su marido sentado en un extremo del salon. — ¿Porqué, dijo á un caballero que se hallaba á su lado, el esposo de esa señora que tiene tanto mérito está retirado de ella, y parece no hacer atencion á lo que le rodea? — Ese caballero es un hombre muy desgraciado y digno de lástima. Su mujer, á quien todos creen de un gran mérito, es coqueta, descuidada para su casa, y no pensando mas que en los dijes y adornos. Sus hijos están abandonados, su marido lo mismo, y además de eso, como todos la adulan, es inconsiderada, y manda con despotismo creyéndose superior. — ¡Cómo! ¿una mujer de talento tiene esos defectos? — Sí; porque su talento es superficial, y no está basado en una buena moral y sana educacion. — Verdad, dijo Pensamiento; ¿de qué sirve la hermosura sin la dulzura, la bondad y la pureza de alma? Un defecto corporal se puede perdonar, porque la hermosura se pierde y los dotes del entendimiento no. Una persona puede ser bella como Narciso y carecer completamente de los dones necesarios á la felicidad de la vida.

MARGARITA. — ¿Qué es un Narciso?

LA MADRE. — Narciso es un personaje mitológico, y segun la Fábula era un jóven muy hermoso y se enamoró de sí mismo cuando se vió en el cristal de una fuente, y quiso coger su imágen; pero como esto no podia ser, murió de dolor, y los dioses le convirtieron en flor.

LUISA. — Continúe Vd., mamá.

LA MADRE. — Al oir Pensamiento todo lo que decian, y al recordar todo lo que él habia visto, se convenció que no hay mas perfeccion que la del alma, y entonces comprendió lo injusto que habia sido con Zulima, que tantas y tan buenas cualidades poseia. Por la noche en su cuarto se decia en alta voz: «¡Cuánto daria porque Merin-lazu me perdonase mi inconsecuencia y me condujera al lado de mi adorada Zulima, que es la mas perfecta que Dios habia hecho, y juraria que nunca se arrepentiria de haberme perdonado! Su gracia, su

bondad, su dulzura, ¿qué no valen en comparacion de todas las demás, y la mancha azul cuán pequeña no es comparándola con esos defectos que en los otros veo?» Apenas habia dicho estas palabras cuando vió un humo espeso, y de aquella nube salir al genio su padrino. «Príncipe, le dijo, veo que estais arrepentido, y os perdono. Estoy seguro que vuestra inconsecuencia se habrá corregido, porque no hay mejor consejo que el que uno mismo se procura. Ya has conocido que debemos acatar los decretos del cielo, y que lo que nos envia debemos aceptarlo y contentarnos con lo que poseemos, pues estamos expuestos á perderlo todo por ambicionar lo imposible. — Llevadme á Zulima y pedidla que me conceda su perdon. — Ya lo tienes acordado, y ahora vén.» El príncipe y el genio subieron en un carro, y atravesaron los espacios, hasta Georgia; llegaron al palacio del rey su padre, donde encontró á este y á Zulima que le recibieron con los brazos abiertos, y fué el príncipe mas feliz de su tiempo.

MARGARITA. — ¿Y el genio?

LA MADRE. — El genio los protegió siempre, y no tuvo mas motivos de queja de Pensamiento.

LUISA. — ¡Qué bonito cuento! La aseguro á Vd., mamá, que nunca ha contado otro tan interesante.

ENRIQUETA. — Verdad es que nuestra profesora dice que debemos contentarnos con lo que poseemos, sin desear otra cosa; porque muchas veces se encuentra el castigo.

CAROLINA. — Diga Vd., tia mia, ¿permite Vd. que Carlota vaya á buscar la muñeca que Vd. la ha comprado, y que nos la enseñe?

LA MADRE. — Sí, hija mia; puedes ir, Carlota.

CARLOTA. — Llamaré á María.

LA MADRE. — ¿Para qué?

CARLOTA. — Porque es de noche, y tendria miedo.

LA MADRE. — Nunca has tenido miedo hasta ahora, y me admira que lo tengas.

CARLOTA. — Es que yo no sabia que habia fantasmas, y aparecidos y duendes, que venian por la noche.

LA MADRE. — ¿Quién os ha dicho eso?

CARLOTA. — La niñera; dice que ella ha visto un duende con grandes cadenas y con unos ojos furiosos.

MARGARITA. — Y que corria detrás de ella.

LA MADRE. — Eso es la consecuencia de entablar conversacion con gentes sin educacion; todo lo que dice la niñera son tonterías: no hay aparecidos ni duendes; y si hubiera peligro en ir sin luz, no os lo permitiria yo, porque os quiero demasiado para exponeros. Si estuviera Luis aquí, iria por toda la casa sin luz, porque él no cree esas supersticiones.

CAROLINA. — De manera que lo que cuentan de fantasmas ¿es una mentira?

LA MADRE. — Completamente, hija mia: algunas veces la imaginacion exaltada nos hace ver cosas imposibles; pero estad persuadidas que los muertos no vuelven y su alma no se ocupa en cosas terrenales.

LUISA. — Pues ¿y aquella señora á quien se le habia muerto una niña y creia verla todas las noches?

LA MADRE. — Eso es lo que os digo: es la imaginacion exaltada. Una señora, amiga mia, perdió una niña de tres años á quien adoraba, pues además de ser única, era un dechado de gracias y de talento. Pues bien, desde que murió nunca pudo entrar sin luz en el cuarto donde habia muerto, porque se le figuraba que la veia en la cama, sentada segun tenia costumbre, y que la decia como en los últimos dias de su enfermedad: «Ven, mamita, ven; acuéstate conmigo;» ó bien las palabras que durante su enfermedad proferia, cuando la iban á aplicar alguna medicina: «Mamá, ten cuidado; mamita, haz atencion,» con el acento triste de una persona que está muy enferma. Pues bien, todas las noches, desde su muerte, tuvo que dejar una lamparilla para dormir, porque su hija estaba siempre presente á sus ojos bajo diversas formas, y sus sueños eran agitados y llenos de imágenes terribles. Esto era su imaginacion exaltada; y el excesivo amor que tenia á su hija le hacia verla en sueños. Pero repito que era efecto de su cabeza, pero no porque fuera verdad. Nunca creais, hijas mias, en los duendes ni aparecidos, pues denota mala educacion y falta de entendimiento.

LUISA. — Diga Vd., mamá, ¿y qué es lo que hace que cuando se va por un camino se nos figura que los árboles se mueven y que se ven sombras?

LA MADRE. — Todo efecto de la imaginacion predispuesta, sea por las lecturas de escenas de fantasmas, ó porque creemos que es un pais en el cual nos hemos de hallar con ladrones ó asesinos.

ENRIQUETA. — Eso me sucedia en mí cuando he viajado en España é Italia.

LA MADRE. — Sí, hijas mias; pero se deben desechar esas ideas, y hacerse fuertes y no creer en nada de lo que nos cuentan de ese género. Pero veo que ya es tarde y que nos podemos separar.

DIALOGO VIGÉSIMOSEGUNDO.

ANGELA. — Puesto que ayer no tuve el gusto de veros, esta tarde os contaré yo una bonita historia.

LUIS. — Y yo tambien os contaré algo de la historia de España.

ENRIQUETA. — ¿Sabes qué desearia me dijeras? Si te divertistes anoche y si vistes trajes muy bonitos.

ANGELA. — Sí; habia trajes muy ricos, pero una señora anciana llamaba la atencion por su traje tan costoso como ridículo, y cargada de dijes y brillantes.

LA MADRE. — Ya ves porqué yo te digo que la sencillez es la mas apreciada. Estoy segura que todos te dijeron que estabas muy bien con tu lindo vestido blanco.

ANGELA. — Verdad es : todos me dijeron que estaba muy bien, y bailé mucho y estaba muy contenta.

ENRIQUETA. — Nosotros pasamos una tarde muy agradable, y tu mamá nos contó un cuento muy bonito.

ANGELA. — El placer de haber estado en una reunion no me hizo olvidar que hubiera sido muy feliz estando aquí á vuestro lado.

CAROLINA. — Gracias, querida primita.

ANGELA. — Esta mañana he leido una bonita historia, y os la contaré si gustais.

TODAS. — Sí, sí.

LA MADRE. — Luis contará antes alguna cosa de historia.

LUIS. — Con mucho gusto.

LA MADRE. — Cuenta la historia del pobre y san Martin.

LUIS. — San Martin nació en Francia y fué educado en Pavía. Su familia era pagana; pero él, desde muy pequeño, abrazó la fe cristiana y fué admitido á la edad de diez años en el número de catecúmenos.

CARLOTA. — ¿Qué es catecúmeno, mamá?

LA MADRE. — Es el nombre que se daba, en la religion primitiva cristiana, á los que se instruian para el bautismo.

LUIS. — En aquel tiempo el emperador Juliano llamó por un edicto á los hijos de los veteranos para que se alistasen bajo sus banderas. El padre de Martin habia sido jefe, y él entró en el ejército de los galos; entonces tenia diez y seis años. A pesar que la vida militar no es á propósito para poder continuar sus deberes como cristiano, Martin daba cada dia ejemplos de la mas sana virtud, y sobre todo en lo que mas se distinguia, era en la caridad cristiana. Un hecho fué lo que puso el colmo á su reputacion de cristiano. Durante un invierno muy rigoroso, se halló de guarnicion en Amiens, y encontró un pobre que imploraba la caridad pública. Martin habia distribuido todo lo que poseia, y no le quedaba mas que sus trajes y sus armas. El jóven soldado no vaciló : con su es-

pada cortó en dos su capa y le dió la mitad al mendigo, y como pudo se envolvió en la otra mitad. La noche siguiente creyó ver en sueños á Jesucristo cubierto con la mitad de la capa que le había dado al pobre; aquel sueño le afirmó aun mas en su religion, y pocos dias despues recibió el bautismo. Siguió aun algun tiempo en el ejército, pero despues recibió su licencia, y fué á ver á su familia.

Una noche atravesaba los Alpes, cuando se encontró en medio de una banda de ladrones que amenazaron matarle. En aquel peligro, Martin conservó tal calma y serenidad que admiró á los mismos asesinos, y concibieron por él una especie de consideracion y respeto. Uno de ellos le preguntó si no habia tenido miedo cuando los puñales estaban levantados sobre él. Martin contestó que no, que la fe en su Dios era tal que estaba convencido que le salvaria. Los ladrones le dejaron en libertad, y poco despues decidió á su madre á recibir el bautismo. Martin sufrió con el obispo de Poitiers muchas persecuciones, pero él fundó el primer monasterio que ha existido en la Galia. Allí vivió retirado con varios discípulos, y los habitantes de Tours le eligieron por obispo. Como una parte de la ciudad era aun pagana, se dedicó á predicar la palabra de Dios. Antes de morir tuvo el consuelo de ver toda la Galia convertida al cristianismo.

MARGARITA. — Mamá, ¿y porqué los ladrones no le mataron, puesto que son tan feroces?

LA MADRE. — Porque en su cara se reflejaba la divina paciencia y el valor, y los bandidos no se atrevieron: el temor de Dios es, aun para los mas salvajes, una especie de lazo que retiene al cometer una mala accion.

MARGARITA. — Dí, mamá, ¿no es verdad que esas campesinas que hemos visto el otro dia cogiendo trigo son muy felices?

LA MADRE. — ¿Y porqué?

MARGARITA. — Porque pueden correr todo el dia por el campo, en lugar que nosotras estamos con un libro en la mano y obligadas de estar sentadas todo el dia.

LA MADRE. — Hija mia, tambien trabajan todo el dia para

recoger las espigas que molidas se vuelven harina con la cual hacen el pan. No son tan felices como crees, porque estar inclinada al suelo da dolor en las espaldas y el cuerpo; luego esas pobres criaturas tienen sed, y no pueden beber mas que un poco de agua. Y tú, que trabajas dos horas por dia tranquilamente, sin sufrir los ardores del sol, te quejas aun.

MARGARITA. — ¡Ay, mámá! tiene Vd. razon: ya no me sucederá otra vez: trabajaré mi leccion sin quejarme, y tendré lástima de esas infelices.

LA MADRE. — Vamos, Angela; cuenta tu historia.

ANGELA. — Empiezo.

LA PRINCESA DE LA RUECA DE ORO.

En una hermosa tarde de otoño caminaban dos niños de poco mas de nueve años, apresuraban el paso porque la noche se acercaba y temian perder su camino, y en lugar de él ir á un bosque cercano donde habia, segun decian, una hada dotada de la mayor crueldad y que comia los niños. Sin embargo de esto, nuestros dos viajeros se perdieron y anduvieron errantes aquí y allá hasta que vieron una luz á lo lejos. Creyendo que seria algun pueblo ó alguna casa de campo, se determinaron á llegar, y encontrando las puertas abiertas, entraron por unas grandes habitaciones amuebladas con el mayor lujo. La aventura les parecia extraña, y mucho mas cuando al atravesar una sala encontraron una vieja de fisonomía severa y cruel al parecer, la cual al ver los dos niños dejó escapar como un grito y dijo: — « Buena cena, buena cena; carne tierna para esta noche. » A estas palabras un hombre negro se presentó, y cogiendo á uno de los niños que daba grandes gritos y apostrofaba á la vieja llamándola vieja hechicera, bruja y otras cosas, le llevó á una especie de bodega. En este tiempo el niño que habia quedado en la sala transido de temor, se dirigió á la vieja y la dijo con la mayor dulzura: — Espero, buena mujer, que no hareis conmigo como con mi compañero. — Lo mismo.

porque yo me mantengo de la carne de los humanos; pero como no muchos se pierden en mi bosque, tengo que aprovechar. — Escuchadme: yo soy bueno y nunca digo mal á nadie: yo os serviré y haré todo lo que querais... Cantaré,

tocaré y os divertiré. — Pues bien, canta. — El niño se puso á cantar con una voz tan dulce, que la vieja poco á poco se serenó y le dijo: — Mira: eres el primero que ha logrado conmoverme, y te perdono con condicion de que cuando tenga

necesidad de tí acudirás á donde yo te diga y harás lo que te mande; y para probarte que no perderás nada con mi amistad, toma esta nuez, y cada vez que desees alguna cosa no tienes mas que decir: « Nuez, haz tu deber y dame tal cosa, » y al momento tendrás lo que desees. Ahora toma el camino de la izquierda y vete á la ciudad, donde te ocuparás en aprender el juego de las armas, y yo te diré para qué. Tu dulzura me ha desarmado, y bien dicen que un buen genio es capaz de ablandar á un tigre. El niño dió las gracias á la hada, y siguiendo sus órdenes se dirigió á la ciudad vecina: allí siguió la carrera de las armas, y cuando le faltaba dinero recurria á la nuez. Así se pasaron ocho años sin que hubiera vuelto á oir hablar de la hada, cuando un dia se presentó en su casa y le dijo: — « Mira, Aladin; necesito que vengas para guardar un tesoro que deseo confiarte. Es una princesa, que ingrata á mis favores, no ha querido casarse con el rey de los encantadores que es primo mio, y este la ha condenado á hilar toda su vida con una rueca de oro, hasta que encuentre uno que la diga dos palabras misteriosas, y con las cuales yo tambien me desencantaré. » El jóven siguió á la hada, y encontró en un palacio de cristal á una jóven hermosísima, pero de un talento tan limitado, que no era posible que pudiera continuar una conversacion. Su oficio era tener una rueca de oro en la mano. La princesa Lelia estaba sentada en un precioso trono al cual nadie podia acercarse, y para darla de comer, se le ponia en el extremo de una caña. Aladin se encargó de ser su guarda y no dejar acercar á nadie. Por la noche, no bien se habia dormido, cuando oyó unos gemidos que salian del cuarto de Lelia, y levantándose se acercó de puntillas y escuchó. La princesa se quejaba de su suerte, y hablaba con tanto talento, que Aladin se preguntó si era la misma que él veia por el dia sin saber responder á las preguntas mas simples. — ¡Oh, hermano mio, decia la princesa: cuán desgraciada soy en no poderte salvar de ese maldito encantador que te ha convertido en pájaro, y además queria que yo me uniera á él! un monstruo de crueldad; ¿no hallaré á nadie que nos salve con esas mágicas pa-

labras? Aladin recordó que en el jardin habia un pájaro verde lindísimo á quien la princesa miraba mucho durante el dia, y calculó que seria el hermano de la divina princesa. Al dia siguiente le dijo á la nuez: « Nuez, haz tu deber, y tráeme aquí á la hada mi protectora. » Apenas habia pronunciado estas palabras cuando la vieja se presentó delante de él.—Dime, mi buena hada, ¿porqué la princesa fué condenada á tener la rueca de oro en sus manos y á no poderse mover de su asiento? — Voy á decírtelo, para que sirva de ejemplo á todas las niñas que sean altaneras. La princesa Lelia, como ves, era un prodigio de hermosura, y era tan coqueta y altanera, que todo se la figuraba poco para ella, y creia que tenia derecho para martirizar á los criados, y ser déspota hasta con su madre. Su mayor placer era enamorar á los príncipes para mandarlos y hacerles morir, víctimas de la hermosura de la princesa. El rey de los encantadores se enamoró de ella; pero fué para él tan altanera como para los otros, y despues de haberle engañado con una cita, lo hizo prender. Pero como era un encantador, pudo escaparse. Entonces el encantador trasformó en pájaro á su hermano que era quien la ayudaba, y á ella la condenó á que estuviese en el mismo sitio sin moverse y con la rueca en la mano hasta que se pronuncien esas palabras misteriosas. Aladin pensaba noche y dia en la manera de adivinar, y pensaba tambien que no hay nada mejor que un buen carácter, y sobre todo la dulzura, pues si la princesa no hubiera sido tan dura y altanera, no se veria en aquel estado; y si hubiera tratado bien á sus criados, estos la amariar en lugar de odiarla. La princesa empezaba á acostumbrarse á ver á Aladin, y su cara tomaba cierta expresion de gozo cuando él entraba. El rey de los encantadores se presentó á Aladin y le dijo: — « Aladin, teme mi cólera si tratas de salvar á la princesa. » La hada le tranquilizó y le dijo: — « Si me desencantas al desencantar á la princesa, te aseguro que te casarás con ella, porque entonces el encantador pierde su poder. » Aladin determinó salvar á su protectora y á la princesa, para lo cual observaba todo el dia y por la noche lo que la princesa hablaba, y siempre veia que

su arrepentimiento era sincero, y que si volvia á su palacio seria buena para todos y su altanería se trocaria en bondad y dulzura.

CARLOTA. — En verdad que siendo tan mala merecia su suerte; ¿porqué habia sido tan altanera y déspota?

LA MADRE. — Ese es un vicio muy malo, porque se debe tratar á todos con dulzura y moderacion, porque Dios ama á los dulces de corazon y castiga á los soberbios. Es necesario que siempre velemos por nosotros mismos, porque una falta puede traer perjuicios incalculables.

MARGARITA. — Angela, continúa Deseo saber cómo Aladin desencantó á la princesa.

ANGELA. — Una noche Aladin la oyó quejarse y decir: — « ¿Porqué fuí tan inconsiderada é hice tanto daño á mis semejantes? ¿Porqué mi altanería y despotismo fué causa de la muerte de aquellos pobres príncipes que tanto me amaban, y que habiéndome casado entonces, no hubiera incurrido en la cólera de ese maldito encantador. Si volviera á estar en mi casa, seria dulce para mi madre, á quien tantas veces traté mal y con dureza; seria buena para mis criados, que son iguales á mí, porque todos somos hermanos; y me enmendaria y seria ejemplar. » Tres dias se habian pasado cuando Aladin tomó una gran resolucion. Entró en el cuarto de la princesa y la dijo: — « Princesa, si como os he oido estais arrepentida, todavía sereis feliz, porque no hay mala accion que no se borre con un sincero arrepentimiento. El encantador os perdonará, y volvereis á vuestro esplendor. ¿Qué me contestais? Siempre dando vueltas á esa rueca de oro; *permita el cielo* que se rompa en mil pedazos si estais curada de vuestra falta. » Al decir estas palabras el palacio tembló, la princesa se levantó de su silla despues de siete años, y una dama ricamente vestida se presentó á los ojos admirados de Aladin. — « Tú nos has salvado; yo soy la hada tu protectora que estaba oculta bajo la forma de vieja hasta que Lelia volviese á su palacio. La rueca de oro era el talisman del encantador: con tus palabras se ha hecho mil pedazos; la princesa será tu esposa; su hermano tambien está desencan-

tado. — Gracias, amable Aladin, gracias. Al contarme la hada tu buen carácter y tu dulzura, he visto cuán horrible habia sido mi conducta; vana, coqueta y altanera, despreciaba los sanos consejos y las advertencias que me hacian, y he necesitado de este castigo para corregirme. — Aladin, ven al reino de la princesa, donde nos esperan, y reina en paz y sé para todos un padre y no un rey absoluto. »

Un carro de marfil los esperaba, el cual los condujo al reino de Babin-Rolan, y allí la madre de Lelia recibió á Aladin como se merecia: se casó con la princesa, y esta fué tan buena, que se adquirió el cariño de todos.

LA MADRE. — Escuchadme, hijas mias: hoy dia no hay encantadores que castiguen, pero la conciencia es nuestro castigo. La rueca de oro quiere decir, que el dia en que conocemos el mal que hemos hecho y en que sinceramente nos corregimos, nuestra conciencia rompe con el pasado y se purifica, quedando libres del peso de la culpa, y la tranquilidad sustituye al malestar y á la zozobra interior. Si pensáramos en la muerte nos corregiriamos de todos nuestros defectos, porque mas desearíamos dejar buenas memorias á nuestros parientes, amigos ó criados, que no llevar á la tumba el desvío general y las antipatías; desearíamos mas ver rodeado nuestro lecho mortuorio de gentes que nos sientan, se duelan de nuestra muerte y alaben nuestras virtudes, que no vernos solos con el Divino Juez, y tener que reprocharnos las malas acciones que hayamos cometido, ó las desgracias que hayamos causado. Nada mas dulce que llevar á la tumba la conciencia tranquila, y que nuestra alma al subir á la celestial morada, suba limpia y pura.

MARGARITA. — Diga Vd., mamá: ¿porqué esos niños van descalzos sobre la nieve? ¡Me da mucha lástima!

LA MADRE. — A mí tambien; pero todavía hay gentes mas desgraciadas que ellas.

CARLOTA. — ¿Mas desgraciadas?

LA MADRE. — Sí; acercaos y decidme: ¿no veis esa pobre mujer que lleva un niño por la mano y el otro en sus brazos, y que implora la caridad pública? ¿No veis cuán rojos tiene

sus ojos, y qué pálida y fatigada está? Uno de los niños llora, y el otro pide pan, y esa pobre madre no tiene nada que darles; ¡ya veis cuán desgraciada es! Los otros niños están descalzos, pero tienen una cabaña donde ir por la noche, y un pedazo de pan; y esa mujer no tiene nada.

MARGARITA. — ¿Quiere Vd. que la dé un poco de pan?

LA MADRE. — Sí, hija mia; pero como yo tengo tambien mi familia y mis deberes, no puedo darla siempre que quisiera.

CARLOTA. — Mamá, tú nos das todos los dias tres ó cuatro cuartos para dulces y para comprar tortas; pues desde hoy los economizaré, y daré todos los meses á esa mujer los tres ó cuatro francos para que compre pan á sus hijos.

LA MADRE. — Carlota, eres una niña muy buena, y te aseguro que estoy contenta de tí; y en prueba de ello voy á decir á María que le diga á esa pobre mujer que venga á comer todos los dias con sus niños, y les daremos un pan y algo de otra cosa.

MARGARITA. — ¡Ay, mamá! Le aseguro á Vd. que tengo ganas de llorar: tanto es lo que me he enternecido; yo no sabia que existian gentes tan desgraciadas.

CAROLINA. — Mamá conoce una mujer que era muy buena, y un dia recogió á una pobre y la dió de comer. Pues bien; esa pobre mujer fué aun algunos dias á comer, y cuando menos se esperaba, murió un pariente que tenia y la dejó toda su fortuna, que ella compartió con la que la habia protegido.

ENRIQUETA. — Sí, y hoy viven juntas.

ANGELA. — ¿Qué estás haciendo ahora, Carolina? ¿Qué labor haces?

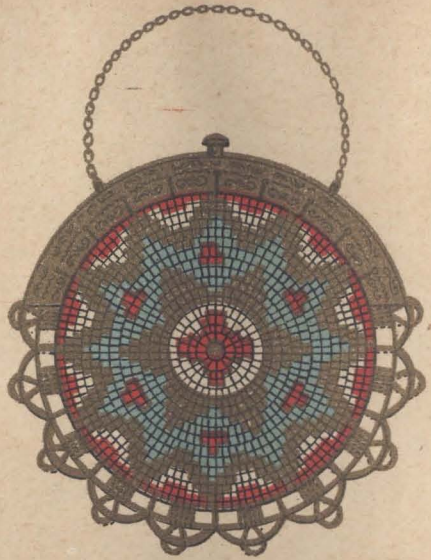
CAROLINA. — Estoy haciendo un bolsillo á gancho.

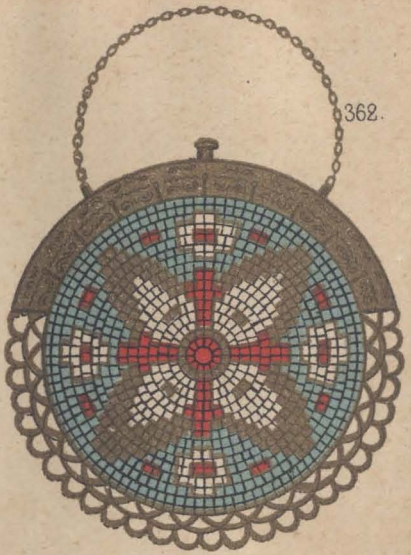
ANGELA. — ¿Con boquilla?

CAROLINA. — Sí, con boquilla dorada. (Véase el dibujo número 12.)

ANGELA. — ¿Es para tu papá?

CAROLINA. — Sí; me aplico porque cada vez que le regalo alguna cosa, su satisfaccion es muy grande, y esto me causa alegría.





362.

LA MADRE. — No hay nada mas satisfactorio que la satisfaccion que causamos á nuestros padres y maestros.

LUISA. — Diga Vd., mamá, ¿con qué se hace la porcelana?

LA MADRE. — La porcelana, hija mia, es una invencion china y de las mas antiguas. La porcelana se fabrica con una tierra llamada *greda*, que forma una masa con el agua que se endurece al fuego, y el calor mas violento no puede romper. Lo mas difícil en la porcelana es pintarla, porque los colores pierden mucho al fuego; por eso las porcelanas pintadas de Sevres son tan elevadas en precio.

CARLOTA. — ¿Y el vidrio, mamá?

LA MADRE. — El vidrio no encierra materias caras ni difíciles de encontrar: se compone de arena, potasa y cal. Todo esto se funde, y con ello se forma el vidrio.

MARGARITA. — Yo he visto bonitos botes de vidrio pintados de colores en una tienda de moros.

CARLOTA. — ¿Diga Vd., mamá; á propósito de moros, quisiera que Vd. me explicara si profesan la misma religion que nosotros.

LA MADRE. — No, hija mia.

CARLOTA. — Entonces ¿no creen en Dios?

LA MADRE. — Sí, tienen su Dios y creen en Mahoma su profeta. Pero no creen que Jesucristo es Dios: por eso son infieles.

LUISA. — ¿Pues qué creen que es?

LA MADRE. — Creen que fué un profeta como el suyo y como Moisés.

CAROLINA. — Tenga Vd. la bondad de explicarnos quién fué Mahoma.

LA MADRE. — Con mucho gusto. Empezaré por nombraros las varias sectas que salieron de la religion fundada por Mahoma. Las principales son los Sonnitas y los Escitas. Los primeros admiten la sucesion de los califas, y ocupan todo el imperio otomano, el Egipto, el Africa, la Arabia y las islas de la India. Los segundos no reconocen sino los sucesores de Mahoma: esos ocupan el resto del pais musulman. Mahoma era hijo de una pobre mujer, y entró

siendo muy niño en casa de un mercader. Este murió, y Mahoma se casó con la viuda. Tenia mucho carácter, y sobre todo una desmesurada ambicion. Su nacimiento oscuro le condenaba á pasar una vida ignorada, pero él la quiso hacer célebre fundando una nueva religion. La empresa no fué muy difícil, porque en aquella época los cristianos que habia en aquel pais eran muy poco instruidos, entre los cuales habia tambien judíos é idólatras. Mahoma supo hacerse partido y atraer discípulos; para estar bien con los cristianos hablaba de Jesucristo como de un profeta, á los judíos de Moisés, y á los paganos observando sus creencias. Hablando de Moisés, decia que Dios le habia dado una ley para los truenos y relámpagos, y que con ellos les inspiraba temor; que como por este medio no lo habia conseguido, habia mandado un profeta para estimular á su pueblo por medio de la dulzura, y como tambien habia sido inútil, le habia mandado á él para que le fueran fieles por la espada. Por este medio se hizo muchos partidarios. Pero él mentia invocando una falsa religion. Mahoma prohibió el estudio de las ciencias y las artes, porque así creyó que seria el medio de hacer subsistir su religion.

Todos sus libros se limitan al Alcoran, libro lleno de sentencias y oraciones, compuesto por el mismo. El llegó de legislador á monarca, y dejó el trono á su descendencia. Su sepulcro está en la Meca, y dicen que está sostenido por piedras iman. Pero las personas instruidas y religiosas le miran como un impostor.

ANGELA. — He oido decir que los árabes despues de Mahoma han sido muy adelantados en las artes y la literatura.

LA MADRE. — Efectivamente hubo un tiempo en que la literatura árabe descolló entre las otras; en el siglo XV Abrahan Zachut en Sevilla publicó un libro de familias, especie de historia universal; en España fundaron muchas escuelas, y la lengua hebrea, rica como es, produjo bellísimas composiciones. Se contaban setenta bibliotecas árabes, y los que se llaman hoy bárbaros eran los que daban lecciones á la Europa en letras y artes. Los griegos son los mas antiguos en las

ciencias, como os explicaré en nuestra próxima tarde; los árabes han tenido varios matemáticos célebres que son desconocidos en Europa, y de ese pueblo de quien se debe admirar la grandeza, vienen los cuentos, la astrología, la astronomía, y la medicina y la química le deben mucho. Las *Mil y una Noches* son en lengua árabe lo mejor que se ha escrito, pero en las traducciones pierden mucho.

Pero ya que hablamos de los musulmanes y su literatura, hablaremos de las artes. Los árabes antes de Mahoma eran un pueblo nómada, pero entre ellos tambien los habia mas civilizados unos que otros. El templo de la *Kaaba* en la Meca era el mas célebre de la Arabia; ellos dicen que este templo fué edificado por Adan, Abrahan é Ismael, y enseñan dónde están enterrados el profeta y su hijo: los adornos de sus edificios son delicados, y nada puede dar una idea: para juzgar se necesita ver la Giralda de Sevilla, la catedral de Córdoba, el palacio de la Alhambra y los preciosos edificios de Tánger y Túnez. La poesía de los árabes es rica, armoniosa y dulce.

LUIS. — Diga Vd., mamá, ¿y no nos hablará Vd. algo de la literatura griega, romana, francesa y española, y de las bellas artes?

LA MADRE. — Sí, hijo mio; papá os explicará todo esto en las tres tardes que nos quedan estar reunidos, para que al separarnos de vuestras primitas, se les haya dado nociones de todo. Porque una señorita tiene que saber de todo esto un poco, por si se halla en parte donde la pregunten, que pueda contestar.

CAROLINA. — ¡Cómo! ¿ya deben Vds. dejarnos pronto?

LA MADRE. — Hija mia, negocios de familia me llaman á mi pais, y como creo que será para largo tiempo, llevo conmigo á vuestras primas. Y creedme que estaré satisfecha si algun dia recibo noticias que mis lecciones os han servido para vuestra felicidad, así como creo que les servirá á mis hijos.

ENRIQUETA. — ¡Cuánto nos acordaremos de sus sanos consejos de Vd., y de las tardes que hemos pasado á su lado!

MARGARITA. — ¡Cuánto sentiré separarme de vosotras! Y un dia no se pasará sin que me acuerde.

LA MADRE. — Felizmente, que os dejo corregidas de vuestros defectos, porque vuestro buen natural ha sabido discernir y conocer el fondo de verdad que encierran mis lecciones. Pero todavía es temprano, y aprovecharemos para hablar algo sobre los griegos.

EL PADRE. — La religion primitiva de los griegos lleva á un alto grado lo fabuloso: para ellos, en su religion pública y privada, Júpiter era su centro; en sus oraciones lo invocaban como rey y como padre; él era el protector de la hospitalidad, del matrimonio y del hogar doméstico. Segun adelantó la civilizacion, decayó aquella veneracion. Los *sabios de la Grecia* la dieron leyes, y sus artes y ciencias se extendieron á la Italia. Se les puede considerar como los primeros, y todavía guardan ese honor. Bajo el mas bello cielo del mundo, entre el Asia, la Europa y el Africa, la Grecia fué el pais de los héroes, y descollaba como una rosa en un campo inculto, en medio de un mundo bárbaro é incivilizado. El primer período de su literatura fué fabuloso completamente: el griego Platon ha sido considerado como el primer escritor en prosa, y el idioma griego, dulce como la miel, se prestaba á ello. Los griegos primitivos vivian en los bosques y se mantenian de hojas verdes, de raices y de yerbas.

MARGARITA. — ¿De yerbas?

EL PADRE. — Sí, hija mia. Poroneo fundó la primera ciudad, y enseñó á los habitantes á vestirse con pieles de jabalí: poco despues se fundaron las primeras ciudades de la Grecia. Herodoto fundó un templo. Este mismo cuenta que en tiempo que los dioses no tenian nombre aun, la gran profetisa vendida por los fenicios levantó un templo á Júpiter, compuesto de ramas y hojas verdes.

ANGELA. — Diga Vd. mamá: ¿y dónde se inventaron las tapicerías?

LA MADRE. — Los primeros fueron los orientales y los griegos, y formaban mil figuras alegóricas en las tapicerías.

CAROLINA. — Diga Vd., mamá: ¿qué tiene Luisa?

LA MADRE. — Yo no sé, hija mia.

LUISA. — Tengo mal humor.

LA MADRE. — ¿Mal humor una niña? Nunca se debe tener mal humor: es muy feo á tu edad. Pero á propósito de eso te contaré una anécdota. Una niña llamada Matilde, era un modelo de gracia para todo el mundo, y era querida de todos por su buen carácter; jamás su mamá la habia visto de mal humor. Por la mañana se levantaba con la sonrisa en los labios, y despues de haber abrazado á su mamá, se ocupaba de sus estudios y sus juegos. Pero hé aquí que un dia se levanta con el entrecejo fruncido, sin casi saludar á su mamá y malcontenta de su criada Juana, que tan buena era para ella. A la hora del almuerzo no encontró nada á su gusto; su mamá la observa y no la dice nada. Llega la hora de su leccion, y Matilde pone mala cara á su maestro. — « Vamos, niña, la dice este, hoy está Vd. de mal humor y la leccion no saldrá bien. — Nunca está Vd. contento: si leo demasiado aprisa se enfada Vd.; si no, dice que no sé mi leccion; de manera que no sé qué hacer: siempre me reprende Vd. — No siempre, mi querida niña, porque ya sabe Vd. que digo: « bien, muy bien, ó cosas por el estilo. » — Una casualidad, porque si no, siempre hay algo que decir. » La leccion concluyó, y esta escena se renovó con la profesora de piano, con el maestro de inglés y demás. La hora del paseo llega, pero Matilde dice que hace demasiado calor y no quiso salir. Se puso á jugar con Aini, su gata favorita, pero como estaba de mal humor, la tiraba de las orejas, y la gata huyó de ella. Por fin, el dia se pasa y llega la hora de acostarse. Matilde recitaba sus oraciones todas las noches, y su mamá la dijo: — « Hija mia, repasa en tu memoria lo que has hecho hoy, por si tienes algo que reprocharte. » Matilde comprendió que habia hecho mal, y despues de besar á su mamá se durmió. Al dia siguiente Matilde se levantó como de costumbre, contenta y dispuesta á sus labores y estudios; pero su mamá no habia olvidado su mal humor de la víspera, y quiso darla una leccion.

LUISA. — ¿Cómo?

LA MADRE. — Vas á ver. Al levantarse llamó á Juana como tenia de costumbre, para que la peinara y la lavara. Juana se présentó con aire de mal humor. — « Esté Vd. quieta, señorita, la dijo : siempre está Vd. moviéndose, de manera que no hay medio de poderla peinar. — Pero, Juano, si no me muevo. — Tal vez es una idea mia. Lávese Vd. mejor las manos; yo no sé qué tiene Vd. hoy, pero todo lo hace Vd. al revés. » Juana salió del cuarto dejando á Matilde sorprendida é inquieta. — ¿Qué tiene hoy Juana, mamá? — Está de mal humor sin duda, hija mia. A la hora de almorzar, Matilde pidió mas pan tostado para su café. — No hay, la contestó la criada, porque el que queda está un poco quemado, y como tiene Vd. tan mal genio... ¿Yo mal genio? ¿qué importa que esté un poco quemado? y sobre todo, esperaré á que tueste Vd. otro. — No hay lumbre: ¡siempre tiene Vd. unas maneras conmigo! — ¿Yo malas maneras? mamá, ¿qué dice Vd á todo esto? — Hija mia, la cocinera está de mal humor. — Matilde se acordó de la víspera y no replicó. A la hora de la leccion de piano la profesora la reprendió porque las escalas no iban seguidas, porque los dedos no tenian agilidad, y se marchó castigándola con estudiar la misma leccion para el dia siguiente.—¡ Ay, mamá! dijo Matilde, yo no sé qué tiene hoy mi profesora ; todo lo ha encontrado mal, y me ha reprendido por todo. — Se ve que estará de mal humor. Llegó la hora del paseo, pero el cielo se cubrió de nubes y una lluvia menuda y fria empezó á caer. — ¡Qué desgracia! dijo Matilde; ¡mira, mamá, cómo llueve; dos dias sin salir! — Ayer fué porque no quisiste, hija mia. Matilde quiso jugar con la Aini, pero esta se acordó de la víspera y huyó de ella. — Decididamente, tambien la gata está de mal humor. — Hija mia, los animales no tienen mas que el instinto, y no son como las personas á quienes se les perdonan sus defectos, por los que nosotros tenemos. — Querida mamá, comprendo la leccion, y te aseguro que no volveré á tener mal humor. »

LUISA. — Ni yo tampoco; porque Dios ha dicho: « No hagas á los otros lo que no desees que hagan contigo. »

LA MADRE. — Enriqueta y Carolina vendrán conmigo al

jardin para coger un ramo de flores, porque mañana es la fiesta del colegio, y deseo hacer este presente á vuestra buena profesora, á quien debeis la buena educacion que se desarrolla en vosotras.

ANGELA. — Diga Vd. mamá, que tambien se la debemos á Vd.

LA MADRE. — Hija mia, yo no hago mas que secundarla en sus consejos.

CAROLINA. — Pues vamos al jardin.

TODAS. — Vamos.

LA MADRE. — Sí, y mañana nos reuniremos temprano.

DIALOGO VIGÉSIMOTERCERO.

LA MADRE. — Buenas tardes, Enriqueta; ¿tu hermanita no viene?

ENRIQUETA. — Sí, tia mia; pero creo que está con una niña del colegio en la puerta.

LA MADRE. — Luisito va á explicarnos las diferentes lenguas de América.

LUIS. — Y la literatura de la Italia y España.

LA MADRE. — Bien, hijo mio; eres muy estudioso.

CAROLINA. — Buenas tardes tengan Vds.

LA MADRE. — Muy buenas, Carolina; pero parece que estás pensativa: ¿qué tienes?

CAROLINA. — Es porque estoy entristecida.

LA MADRE. — ¿Porqué?

CAROLINA. — Lo contaré. Ha de saber Vd. que hay una niña en mi colegio á quien yo quiero mucho, pero esa niña es muy pobre; y tan pobre, que su mamá no pudiendo pagar la pension mas que á la mitad, ha conseguido por medio de una amiga de nuestra profesora que solo pague media, y que vaya una parte del dia. Muchas veces cuando me han dado á mí un buen almuerzo, he compartido con Juliana mi parte, porque ella no tenia sino un pedazo de pan y queso: es verdad que ella por su parte hace por mí lo que puede, y si ignoro alguna cosa que ella sabe, me la dice ó procura saberla. Ayer la madre de Juliana la habia dado veinte francos para que los llevara á una mujer á quien se los debia. Juliana los envolvió en la punta de su pañuelo, pero en la calle le perdió: ¡figúrese Vd. su pena! Buscó por todas partes, pero no le fué posible encontrarles. ¡Veinte francos! ¡Las economías de su mamá durante un mes! Desesperada llegó al colegio, y yo, viéndola llorar, la pregunté la causa de su pena; ella me la contó. Pero como su pena era cada vez mas grande, pensé que poseeria yo tal vez aquella suma del dinero que mamá me da para mis juguetes; fuí á casa, la conté, pero no llegaba á ocho pesetas. ¿Qué hacer? mamá me lo hubiera dado, pero yo no queria que supiera que la niña habia tenido aquel descuido. Todo el dia pensé cómo lo remediaria, pero no encontraba nada: mis juguetes valen mas, pero no me creia con derecho de tomarlos; pero de repente me acordé de los premios que yo habia ganado en el colegio: aquello me pertenecia. Allí habia libros, medallas y coronas; pero los libros y una pequeña estatueta eran lo de mas valor. Ciertamente que me daba pena que aquellos bonitos libros dorados y lindamente encuadernados pasaran á otras manos.

LA MADRE. — El sacrificio era tanto mas grande y generoso, cuanto que no hay nada que se ame tanto como esos premios debidos á nuestros estudios y á nuestra aplicacion. Es el fruto de nuestra inteligencia, son los triunfos de nuestra infancia, y comprendo tu pena.

CAROLINA. — Sin embargo, los tomé y los puse sobre una

mesa; temblaba que mi mamá entrase, mas ella me creia en el colegio, y solo Rosa la camarera estaba en mi secreto. Sobre la cubierta de cada uno veia escrito: *Premio de aplicacion á Carolina Sandoval*, y no pude menos de llorar; por fin los envolví en un papel con el mayor cuidado, y ya me disponia á dárselos á Rosa para venderlos, cuando mi mamá entró en mi cuarto. Figúrense Vds. mi turbacion: mamá vió el paquete y preguntó qué significaba todo aquello; yo no queria contárselo, pero Rosa lo dijo todo.

LA MADRE. — Hizo muy bien, porque eso no era una falta, era una muestra de tu buen corazon.

CARLOTA. — ¿Y qué hizo tu mamá?

CAROLINA. — Mi mamá me besó en la frente y me reprendió con dulzura porque no habia tenido valor para confiarle una buena accion; y abrazándome me dijo: — « Hija mia, toma veinte pesetas y dáselas á tu amiguita, para que su pobre madre no la riña. En cuanto á tus premios que tanto amas, te los haré encuadernar con mas lujo y los conservarás siempre como recuerdo de una buena accion. Además, toma diez pesetas para tí, para que las reunas á tus ahorros.

MARGARITA. — Querida Carolina, ¡qué buena eres, qué contenta debe estar tu mamá!

CARLOTA. — Yo creo que no hubiera tenido valor para sacrificar mis premios de colegio.

ENRIQUETA. — Hermanita, ¡vales mucho mas que yo, conozco tu superioridad!

MARGARITA — ¿Y Juliana?

CAROLINA. — Podeis figuraros su agradecimiento, y con qué alegría volvió á su casa despues de haber pagado los veinte francos.

LA MADRE. — Con un corazon semejante encontrarás siempre amigos en tu vida, pues no hay amistad mas segura que la que se adquiere por la gratitud. Vamos, Luis, explica las lenguas.

LUIS. — Empezaré por la lengua mejicana.

EL PADRE. — Hijo mio, bajo el nombre de lenguas ameri-

canas se comprenden la de los peruanos, mejicanos, y los demás paises de la América del Sur.

LUIS. — Entre las lenguas que se hablan en el pais encerrado entre el Océano Atlántico, el Amazonas, el Grande Océano y la region de Guatemala, citaremos las siguientes: el *caraibo*, que se habla en la Guyana, es uno de los idiomas mas dulces y sonoros de la América: la manera de hablar las mujeres es diferente de los hombres; el *tamanaque*, que se habla en la ribera derecha del Orinoco, es un idioma rico y que se presta á todo; el *guarani*, que se habla en los Andes, la Plata y parte del Orinoco. Pero el mas conocido es el mejicano ó azteca: es sonoro y rico, y se pronuncia sin las letras guturales que tiene el alfabeto español. Los mejicanos antiguamente se servian de nudos de diferentes colores para conservar el recuerdo de los acontecimientos. En 1553 los españoles fundaron una clase en la universidad de Méjico para explicar la pintura geroglífica, y la Biblioteca de Paris posee un tomo traducido del mejicano.

El *peruano* se habla en el Perú, la Plata y la Nueva Granada, no solamente por los indígenas, sino por los españoles de alta clase. Es un lenguaje dulce, armonioso y muy poético.

EL PADRE. — Explica la religion que profesaban los peruanos.

LUIS. — La religion suya era sencilla y se limitaba á rendir culto á los objetos de la naturaleza: adoraban al sol, la luna y las estrellas. Sin embargo, reverenciaban un Dios desconocido á quien llamaban *Paeha Camae*, que quiere decir fundador del universo; le miraban como un ser invisible, y se limitaban á adorarle mentalmente. En épocas muy lejanas los peruanos hacian sacrificios humanos, pero cuando los españoles conquistaron el Perú abolieron aquel uso. El sol tenia por nombre *señor del dia*, y reverenciaban á la diosa del Océano.

EL PADRE. — ¿Cuál ha sido el pais que mas se ha distinguido en literatura y artes?

LUIS. — Despues de la Grecia, Italia; y despues de la Italia, España.

EL PADRE. — Explica el orígen de la lengua española.

LUIS. — El español, lo mismo que el francés y el italiano ha nacido de la mezcla del latin y las lenguas bárbaras; pero del que mas ha conservado ha sido del latin. En el siglo XVIII habia en España diez idiomas distintos; el antiguo español ó castellano; el cantabrio; el griego; el latin; el árabe; el caldeo; el hebreo; el celtíbero; el catalan y el valenciano; estos dos últimos se conservan aun en las provincias de ese nombre. La majestad y la energía de la lengua castellana ha sido siempre ponderada, y hasta la Italia, cuyo idioma es tan dulce y armonioso, dice que el español es la lengua de Dios. Los romanos llevaron el emporio de las artes á nuestra nacion, y el brillante genio de los árabes á pesar de su civilizacion no pudo borrar el paso de la civilizacion romana en España. El noble pueblo español vivió en un aislamiento completo durante la invasion musulmana, y se dedicó al catolicismo; despues cayó en poder de la inquisicion, y durante algun tiempo las artes estuvieron abandonadas. El idioma castellano es rico, armonioso, y gramaticalmente hablando, se parece al portugués, en la gramática. Tiene varios dialectos tales como el catalan, valenciano, vizcaino y asturiano.

MARGARITA. — Me ocurre una cosa, papá: dispénseme Vd. que le pregunte quién conquistó el Perú.

EL PADRE — Francisco Pizarro, hija mia.

CARLOTA. — Diga Vd., papá; he leido ayer que el Rhin era uno de los rios mas caudalosos de Europa.

EL PADRE. — Sí, hija mia; el Rhin es el mas caudaloso despues del Volga y el Danubio; sus orillas son pintorescas y deliciosas; es oriundo de la Suiza, y en Lautenburgo forma la célebre cascada que es la admiracion de los viajeros. Pero basta ya de este asunto.

ENRIQUETA — Diga Vd., tia mia; Juana, llamada la Loca, ¿era hija de los Reyes Católicos?

LA MADRE. — Sí, hija mia; y mujer de Felipe llamado el Hermoso.

CARLOTA. — ¿Y porqué la llamaban la loca?

LA MADRE. — Porque se volvió loca á la muerte de su esposo

á quien amaba tiernamente. Juana de Castilla era hija de los Reyes Católicos y heredera del reino de España; se habia casado con el archiduque Felipe, que nacido en el trono de los Césares, regia los Estados de Flandes y Brabante; era veleidoso y festivo; su carácter no simpatizaba con la tierna Juana, que no era hermosa; el padre de Felipe V desconocia los dotes de su esposa, y su indiferencia desgarraba el corazon de Juana. Ocupada de la educacion de Cárlos, que primero de este nombre en España debia ser el rey mas poderoso de su siglo, la princesa veia con dolor las disensiones que mediaban entre su padre y su marido. Cuando cayó con la enfermedad que le condujo al sepulcro, la archiduquesa no se separó un momento de su lado, y cuando murió, su razon se extravió y lo cubrió de vestidos magníficos, y los restos de este príncipe la acompañaban por todas partes. Murió en Tordesillas, habiendo arrastrado una existencia solitaria y desgraciada. Los españoles la amaban á causa de su demencia.

ANGELA. — Desearia que Vd. nos contase esa historia árabe que leyó Vd. el otro dia.

LA MADRE. — Escuchad pues.

LA CASA DE LOS ROSALES.

En la oriental Granada veíase hace algunos años una casita de escultura árabe, y en ella vivian dos mujeres, madre é hija. No tenian mas amparo que la Providencia, ni mas riqueza que el sol de Andalucía. En su casa tenian una torrecita desde la cual veian toda la vega de Granada, y se ocupaban de recoger á los viajeros que se hallaban en medio de la noche sin asilo y expuestos á las bandas de ladrones que recorrian el pais. Ursula, que así se llamaba la madre, cumplia un voto que habia hecho, porque su marido se habia salvado milagrosamente. No siendo los dias de gran fiesta, la madre y la hija no salian nunca de casa, y una vieja criada llamada Manuela vendia en la ciudad las labores que hacia Aurora. No dejaban por eso de estar contentas, porque las almas que viven en la soledad gozan de una tranquilidad exenta del bu-

licio del mundo, y el recogimiento es profundo y verdadero. Y por otra parte ¡era tan bella la vista que disfrutaban! ¡La vega de Granada era tan extendida! Mil veces veian pasar los comerciantes cargados de ricas mercancías, pero nunca la en-

vidia dominaba sus corazones, y nunca Aurora pensó que mas allá de su casita existia un mundo de diversiones y riquezas; el sol y las bellas noches de España eran sus únicos amigos, y pasaba horas enteras contemplándolos. Solamente Ursula pensaba algunas veces en que si ella moria, Aurora quedaria expuesta á los mil inconvenientes de la pobreza, y pensaba en que si su hija encontrara un buen esposo, la dejaria partir aunque con harto dolor de su corazon. Llegó el dia de la Pascua de Pentecostés, y Aurora y su madre, des-

pues de haber oido misa, se dispusieron á regresar á su casa, pero antes se sentaron un momento en un paseo. « Diga Vd., mamá, dijo Aurora, ¿no es verdad que el desear lo de otros es pecado? — Sí, hija mia, así nos lo dicen los mandamientos de Dios. — Pero ¿y si se desean con sana intencion? — Entonces Dios solo puede juzgar. — Pues bien, mamá, te diré que envidio ese hermoso jardin que se ve enfrente de nosotras, y en el que hay tantos rosales, y te diré el porqué... El otro dia te acordarás que estábamos en nuestra torre, y que viendo el ponerse del sol calculamos que al dia siguiente haria magnífico, y que en lugar de eso, cuando nos despertamos, llovia á mares, y el cielo estaba sombrío como una profunda noche. — Pero qué tiene que ver todo eso con los rosales de ese jardin; le preguntó Ursula. — Escucha. Sabes que en las noches de invierno, como nuestra casa está casi fuera de la ciudad, temo siempre por los pobres viajeros. Pues bien, si ese jardin fuera mio, ese jardin encierra árboles frutales y flores, y con la venta de aquellos y de estas, compraria una linterna y la colocaria en la torre, para que supieran que era una casa habitada donde podian encontrar asilo. — Pobrecita, Dios escuchará tal vez tu deseo, y nos procurará una existencia menos azarosa, y de manera que puedas cumplir tu deseo. Dicho esto, se encaminaron á su casa, y vieron pasar multitud de jóvenes que se dirigian al campo para respirar el aire puro. Despues de la Pascua cayó mala la viuda, y por consiguiente Aurora tenia muy poco tiempo para subir á su torre, y poder trabajar para vivir.

ENRIQUETA. — ¡Qué triste posicion!

LA MADRE. — Aurora cuidaba á su madre con el mayor cuidado, y lo demás del tiempo lo pasaba en oracion. Pasaron dos meses, y gracias á su hija y á la pobre Manuela, Ursula escapó á la muerte. Pero entre tanto sus recursos se habian agotado, y habian llegado á ese extremo en que solo Dios puede prestar consuelo. Aurora leia el Evangelio, y sobre todo aquel pasaje en que dice: « Las aves no siembran ni cosechan, pero el Todopoderoso las protege para vivir, » la admiraba y aumentaba su fe. La cara de la jóven habia to-

mado cierto tinte celestial, y una confianza ciega sucedió en su alma á la desesperacion. Su pobre madre estaba todavía en la cama aunque convaleciente, y aquella noche el aire zumbaba, y la lluvia caia con rapidez. Aurora se acostó y se durmió con la mayor tranquilidad: al dia siguiente levantóse al rayar la aurora, y al bajar la escalera no se quedó poco sorprendida encontrando varios cueros llenos de aceite, y otros de provisiones, y que estaban allí como llovidos del cielo, porque nadie conocia la posicion de las habitantes de la casita, y corrió á anunciar á su madre aquel prodigio. — Hija mia, la dijo esta, ya sabes que el Señor le mandaba á san Antonio un cuervo con un pan en el pico, para que se alimentase en el desierto. Ursula acordándose de lo dicho por su hija el dia de Pascua, determinó aquella noche poner una lámpara en la torre, puesto que el cielo les deparaba el aceite. Pero al desatar el saco nueva sorpresa: una bolsita encarnada llena de monedas de oro estaba sujeta con un cordon. Las dos mujeres dieron gracias á la Providencia, y habiendo comprado una linterna, la pusieron en la torre.

Una noche en que se habian acostado mas temprano que de costumbre, oyó ruido en la escalera, y cuál no seria su terror al ver entrar en su pobre habitacion cuatro hombres armados. — Nada temas, buena mujer, la dijeron; pero dí á Aurora que se presente. No tenemos idea de hacerte daño alguno, antes al contrario. Tienes miedo; pues bien, no la llames. Te diré que somos contrabandistas, que venimos de Málaga, y que como sabemos vuestra desgracia, hemos querido protegeros Mira, toma esta bolsita que encierra un talisman, y en la escalera encontrarás otra cosa que no te desagradará. Ya nos volveremos á ver, porque ahora queremos entrar en Granada antes de que asome la luz del sol. Dicho esto, se marcharon, y por largo rato oyó Ursula el ruido de sus caballos. Entonces despertó á su hija y le contó lo sucedido, y ambas bajaron á ver lo que les habian dejado en la escalera, y hallaron una cesta llena de comestible y una cartera con dinero.

Un dia y otro se pasó sin que ningun nuevo acontecimiento

viniera á turbar el retiro de las dos mujeres, cuando una noche oyeron á la puerta de su casa como un gemido. Ursula abrió la ventana, y á la luz que despedia la linterna de la torre, vió un hombre tendido á la puerta y al parecer herido. Ursula manda bajar á la criada, y vieron que aquel hombre no tenia mas que una ligera fractura en un brazo, por consiguiente, ayudado por la criada, pudo subir hasta el primer piso. — Buenas mujeres, las dijo el desconocido, hace ya tiempo que os conozco, y queria ocultaros la mano de que se sirve Dios para amparar á la virtud, pero podeis reconocerme, y prefiero decíroslo yo mismo. La casualidad de haber caido de mi caballo ha motivado esta entrevista. Yo soy el posesor del jardin de los rosales, y el dia de Pascua oí vuestra conversacion; cuando llegó la época de la cosecha, mandé hacer una llave, y mandé poner yo mismo los sacos de cuero en la escalera, con el bolsillo, porque estoy convencido que dar á los pobres el bien propio es aumentar este. Yo fuí quien disfrazado de contrabandista vine una noche con el solo objeto de veros. El jóven tenia tanta dulzura, y una apariencia tan noble que Ursula no se cansaba de oirle y Aurora de mirarle. — Mis ideas, continuó, han sido siempre de encontrar una compañera honrada aunque pobre con quien compartir mis bienes, y si me lo permitis, os pediré la mano de vuestra hija. — El honor es mas grande de lo que merecemos, pero os diré que no puedo aceptarle. — ¿Y porqué? — Es un secreto de familia, y si me lo permitis, os pido ocho dias para reflexionar. — El secreto le conozco, pero como no quiero abusar, os dejo. El jóven subió en su caballo y se dirigió á pasos lentos á Granada. Despues que se marchó, Ursula habló con Aurora de esta manera: — Hija mia, hice voto á tu padre que no te casaria hasta que encontrase un papel en el cual acredito yo mis derechos al marquesado de Miranda, y el cual me fué arrebatado á la muerte de mi padre. Nuestro protector es amable, y no dudo que te hará feliz, sobre todo porque posee buena moral y fe en su religion. Durante estos ocho dias escribiré á la córte, y esperemos en el Señor que segun nos ha protegido en la adversidad, nos protegerá en esta ocasion.

Ursula y Aurora se acostaron, y despues de tantas emociones durmieron hasta ya muy entrada la mañana. La madre se levantó, y escribió á un antiguo amigo de su padre.

CARLOTA. — Diga Vd., mamá, ¿no valia mas que Ursula hubiera casado á su hija, y luego hubiera buscado aquellos papeles, puesto que estaban en tan triste posicion?

LA MADRE. — No, hija mia, porque ella habia prometido á su marido que no la casaria sin encontrarlos, y como la palabra que se da á un moribundo es sagrada, por eso Ursula no queria tener el remordimiento de haber faltado á ella.

MARGARITA — Vamos á ver lo que las sucedió.

LA MADRE. — Los ocho dias se pasaron sin tener contestacion, y las dos mujeres se desolaban pensando que les seria imposible dar una respuesta definitiva al jóven. Pero cuando Dios protege no se cansa, y se debe de tener ilimitada confianza en él. Aquel que en la miseria no las habia abandonado, ciertamente no las abandonaria entonces, y si no, seria tal vez para probarlas.

ANGELA. — ¡Cuán infinita es la bondad de la Providencia! ¡de cuántas maneras nos prueba su cariño! Y somos unos verdaderos ingratos cuando algunas veces nos quejamos, sin pensar en todos los beneficios que diariamente recibimos.

LA MADRE. — Es verdad, pero nunca estamos contentos deseamos una cosa, y cuando la tenemos la despreciamos, y entonces deseamos otra. Tal es la vida.

LUISA. — Vamos, mamá, continúe Vd.

LA MADRE. — La tarde del octavo dia, vieron llegar un criado cargado de presentes, y antes que pudieran rehusarlo habia depuesto todo y se habia marchado. Poco despues recibieron las tarjetas de varias personas distinguidas, sin que supiesen á qué atribuirlo. Una cocinera y una doncella se presentaron para servir á Aurora, dándola el título de condesa. Una costurera llevó ricos vestidos de novia, y las cinco de la tarde habian llegado sin que ni la madre ni la hija pudieran darse cuenta de lo sucedido; les parecia un cuento de las *Mil y una Noches*. Por la noche una magnífica música

estacionaba en la calle, y los criados preparaban una suculenta cena y una magnífica mesa. Por fin, llegó el autor de todos aquellos prodigios: el jóven entró elegantemente vestido, y dirigiéndose á Aurora, la dijo: «Salud, condesa de Miranda, ya han pasado los ocho dias, decidme si aceptais á vuestro humilde súbdito para que os sirva de apoyo en la carrera de la vida. — Pero, señor, dijo Ursula, ¿qué significa todo esto? La posicion de mi hija no está de acuerdo con este lujo, y creedme que nos ofendeis. — El coche os espera, vestíos y venid, despues tendreis el significado de todo.» Ursula obedeció, y seguida de Aurora entró en su cuarto para vestirse. Nueva sorpresa: sobre la cama habia un precioso vestido de novia, una riquísima corona de brillantes y un papel que decia: «Si aceptais, vestíos, y despues os será explicado todo; no temais, vuestro padre os bendice desde el cielo.» Aturdida, Aurora se dejó vestir maquinalmente, y cuando su madre y ella estuvieron dispuestas, bajaron, y conducidas por el jóven subieron en el coche y llegaron á la casa de los Rosales; subieron por una escalera alumbrada de mil bujías, y á través de los tapices se oian los murmullos de los convidados y el ruido del festin; los criados saludaban, y Ursula y su hija llegaron á un salon adornado con el mayor gusto y en el cual estaban dispuestos seis sillones. Ursula no pudiendo contenerse, exclamó: «Decidme por Dios ¿qué significa esto? — Mirad, ¿no os acordais de una bolsita que yo os entregué? — Sí, pendiente la tengo al cuello, y nunca la he abierto, hasta que pasara el tiempo que vos me habiais dicho. — Abridla pues.» Ursula la abrió y sacó un papel que leyó con la mayor ansiedad, y dando un grito, exclamó: «¡El testamento de mi tio! ¡el título de mi hija! Eres condesa de Miranda y puedes casarte. A él se lo debemos todo, ha sido nuestra providencia. Nuestra fe en Dios nos ha protegido.» Cuando el contrato se formuló, Aurora entró en los salones, y todos la saludaron como condesa de Miranda.

CAROLINA.— De manera que el haberse sentado enfrente de la casa de los Rosales la valió toda la fortuna.

LA MADRE. — La mas pequeña circunstancia decide de toda nuestra vida.

ANGELA. — Yo creo que todo depende de la mas ó menos confianza que se tiene en el porvenir y en la fortuna de cada uno.

LA MADRE. — Niñerías; al nacer tiene uno su destino, y siempre se cumplirá.

ANGELA. — Diga Vd., mamá, ¿cree Vd. que volveremos á Europa?

LA MADRE. — ¿Porqué me haces esa pregunta?

ANGELA. — Quisiera saber si veria á mis primitas otra vez en Paris.

LA MADRE. — Es justamente lo que os decia; ¿quién sabe

las diferentes circunstancias que podrán impedir ó realizar vuestra vuelta? ¿Quién sabe tambien lo que podrá suceder al padre de Carolina y Enriqueta, y si estas tal vez partirán de aquí ó por una cosa imprevista vendrán á Chile? La vida es una rueda que da tantas vueltas, que es imposible contar su curso; así como en otro concepto, es una montaña: cuando se llega á la cumbre es la juventud, y desde allí ya no es mas que el camino para la eternidad; ¡dichosos los que llegan al fin de él sin remordimientos!

EL PADRE. — Creo que puesto que nos faltará solamente dos tardes que pasar juntos, deberiamos, aparte de algunos pequeños cuentos, ocuparnos en instruirles de los conocimientos de la sociedad y la educacion en general.

LA MADRE. — Y de historia en general, y en particular de la España y Francia.

ANGELA. — Yo he leido cómo el célebre fray Luis de Granada llegó al puesto que ocupaba.

LA MADRE. — Cuéntalo.

ANGELA. — No hacia muchos años que Granada habia sacudido el yugo de los sarracenos, cuando nació en aquella ciudad un niño hermoso como el sol; pero su madre era extremadamente pobre, y poco despues de su nacimiento murió su padre dejándole con su madre, que tenia por solo recurso el ir á un convento á comer la comida de los pobres. Los religiosos querian mucho al niño porque era dócil y sumiso, y además que si tenia un pedazo de pan, se lo daba á los otros pobres niños de la Alhambra. Una vieja mora gustaba mucho de tenerle á su lado, y él estaba horas enteras oyéndola contar cuentos en el jardin que se hallaba al lado de la torre de los Siete Suelos; como era mora, todos la despreciaban y la llamaban infiel, hechicera y otras mil cosas, y la robaban las frutas que tenia en su jardin; el niño tuvo mas de cuatro veces que tomar su defensa, y ella le amaba con estremo. Una tarde se hallaba jugando con varios niños, cuando el marqués de Mondejar pasó por allí; este marqués era el primero de su título, y habia ayudado mucho á la toma de Granada, y con ese motivo era capitan general de la ciudad;

uella tarde se dirigia desde la Alhambra al Generalife, y reparó en el niño, agradándole su rostro inteligente y afable, y le llamó. Encendido el niño como una rosa, se acercó al noble caballero, quien le preguntó: «¿Cómo te llamas? — Luis, para servir á Vd. — ¿De dónde eres? — De la misma Granada. — ¿Tienes padres? — Tengo mi pobre madre vieja y necesitada. — ¿Con que eres tan pobre? — Señor, con la voluntad de Dios nada me falta. — ¿Querrás venir conmigo? — No, porque no podria vivir sin mi pobre madre; se moriria de tristeza. — Pero puedes preguntárselo. — Sí puedo, y si me lo permite, la obedeceré.» El marqués admirado del despejo del niño, mandó venir á la vieja, la señaló una pension y se llevó á Luis á su palacio. Educado con sus hijos, cada dia daba nuevas muestras de su buen natural y de su caridad su diversion era estudiar y hacer bien á su prójimo; sus palabras eran dulces como la miel, su persuasion no tenia igual, su moral era sana y purísima, y dejó á la posteridad sus excelentes obras. El huérfano desválido, protegido por el marqués, fué despues fray Luis de Granada.

CAROLINA. — Diga Vd., mamá, ¿fueron Fernando é Isabel quienes conquistaron á Granada?

LA MADRE. — Sí, hija mia, ellos completaron la grande obra que sus antecesores habian empezado. Fernando III, llamado el Santo, conquistó á Sevilla, y la Católica Isabel siguió las conquistas de sus antecesores; pero hasta el reinado de Felipe III no salieron los árabes completamente del territorio español.

LUISA. — ¿Y cómo habian entrado en España?

LA MADRE. — Por la traicion del conde don Julian, que queriendo vengar una ofensa que le habia hecho el rey Don Rodrigo, vendió á todos sus compatriotas y abrió las puertas de España á los sarracenos. Entonces se dió la célebre batalla del Guadalete, en la cual, segun unos, pereció el rey en la corriente del rio, y segun otros, se refugió en Portugal. Desde entonces se apoderaron los árabes de nuestra patria. Don Pelayo se levantó en Asturias y peleó con el mayor valor, pero no impidió los progresos de sus conquistas. Setecientos años

ocuparon la feraz tierra de la Andalucía; pues de las otras provincias fueron poco á poco arrojados.

CARLOTA. — Diga Vd., mamá, ¿y cuando salieron de España dónde fueron?

LA MADRE. — Fueron á Africa, donde despojados de todos sus bienes lloran aun la pérdida de la Damasco de Europa como llamaban á Granada.

LUISA. — Dicen que hay una puerta que no se ha vuelto á abrir.

LA MADRE. — Sí, hija mia, la puerta del Perdon; por allí salió Boabdil y nunca se ha abierto despues. Cuando llegó al seno del Padul, su madre viéndole llorar como un niño, le dijo: « Llora, llora como un hombre, por lo que no has sabido defender como rey. »

CARLOTA. — ¿Pero no seria su culpa?

LA MADRE. — No, hija mia; pero el que se vuelve contra sus padres, tarde ó temprano recibe el castigo.

LUISA. — ¿Pues qué hizo á su padre?

LA MADRE. — Durante que el rey Muley Hassan fué á Málaga, se apoderó del trono y sublevó al pueblo contra él. Cuando el rey volvió, se puso á la cabeza de sus partidarios, pero todas estas disensiones no hacian mas que aumentar el peligro exterior. En lugar de defender su reino se ocupaba en hacer la guerra á su padre, sus generales se cansaron, sus tropas se pasaban todos los dias á los cristianos, y por último la muerte de los abencerrajes puso el colmo á todo.

ENRIQUETA. — ¿Pues qué los mató?

LA MADRE — No, hija mia, pero los mandó matar á traicion.

CAROLINA — ¿Y cómo fué eso?

LA MADRE. — Los mandó llamar á palacio, y segun iban entrando los iban cortando la cabeza en el patio de los Leones. Todos los abencerrajes que se salvaron se pasaron á los ejércitos castellanos.

LUISA. — ¿Y porqué fué aquella bárbara órden?

LA MADRE. — Porque habia dos partidos enemigos, los zegries y los abencerrajes. Los zegries eran del partido del

rey, y los abencerrajes del de su padre: pero la flor de la nobleza se hallaba en los últimos. Pues bien, el rey creyó las calumnias de un zegrí, y aquel motivó aquella mortandad y aceleró la pérdida de Granada.

ANGELA. — Qué bonita es la historia de España.

LA MADRE. — S, y habeis de notar que es en la que menos horrores se ven. En las otras naciones el respeto filial, la religion y el amor á su prójimo no está tan arraigado como en las Américas españolas y la España.

CAROLINA. — ¿Y en qué consiste esto?

LA MADRE. — En que la España profesa la religion en alto grado, y por consiguiente siguiendo las leyes del Evangelio, se puede ser buen hijo y buena esposa. No os separeis jamás de vuestros deberes, y pensad que lo que hareis con vuestros padres, os exponeis á que vuestros hijos lo hagan con vosotros. Sed buenos, para que lo sean los demás; sed caritativos para que encontreis una mano que os atienda en la desgracia, y sed para todos como hermanos; si algun dia teneis á otros á quien enseñar, tomad estas máximas y sereis felices, porque es una gran satisfaccion enseñar al que no sabe, corregir al que tiene defectos, ser caritativo con el indigente, y pensad que en la vida se necesita de todos, hasta del que nos parece mas insignificante.

ANGELA. — ¡Ay, mamá, si Vd. supiera qué pena tengo!

LA MADRE. — ¿Porqué?

ANGELA. — Porque no me he corregido tan pronto de mis defectos como debiera, con el ejemplo de una madre tan virtuosa.

LA MADRE. — Hija mia, yo tambien tuve necesidad de que me corrigieran, y para llegar á poder educaros tuvieron que educarme á mí.

LUISA. — Nuestra profesora dice que se debe pensar que no aprendemos nada inútilmente, y que todo sirve para el porvenir.

LA MADRE. — Tiene razon, y no solo eso, sino que nunca se ha acabado de aprender. Todos los dias con solo que baje-

mos al jardin ó nos pongamos al balcon, ó miremos al firmamento azul, encontraremos nuevo motivo de estudio.

EL PADRE. — Basta ya por hoy, pues es muy tarde.

CAROLINA. — Pues hasta mañana.

LA MADRE. — Hasta mañana.

DIALOGO VIGÉSIMOCUARTO.

LA MADRE. — Hijas mias, esta tarde espero que os ocupareis de trabajar un poco.

ANGELA. — ¿En qué, mamá?

LA MADRE. — En bordar en felpas.

CAROLINA. — Yo no sé.

ANGELA. — Para bordar bien en felpillas se hace dibujar lo que se desea en el papel, y se procura que quede muy unido.

ENRIQUETA. — ¿Y qué bordas, algun cuadro?

ANGELA. — Un san Rafael, porque es el nombre de papá.

LUISA. — Es muy bonito

CAROLINA. — ¿Qué decia Luis que nos contaria esta tarde?

LUIS. — Una historia de en tiempo de Pepino el hijo de Cárlos Martel.

LA MADRE. — Cuéntala.

LUIS. — Pepino fué el jefe de la segunda rama de los reyes de Francia. Era un hombre de una actividad infatigable y de una voluntad de hierro, pero era muy pequeño, por lo cual le llamaron el *Pequeño*. Los señores de la córte de aquellos tiemp s eran vigorosos y altos de estatura, y á menudo se

mofaban del rey, y hasta decian que era vergonzoso dejarse mandar por un rey que no les llegaba á los hombros. Pepino sabia todas estas hablillas, pero se calló y determinó darles una leccion. Un dia en que debian combatir un leon y un toro, en el anfiteatro lleno de gente estaban todos los grandes de la córte. Era uno de los espectáculos mas animados de aquella época. Pepino llega, da la señal, y las dos fieras son introducidas en la arena. Las dos estaban sin domesticar, y eran tan feroces la una como la otra. El leon tenia la melena erizada, y entró dando un rugido que hizo estremecer á los espectadores. El toro se presentó con la cabeza baja y en disposicion de esperar al enemigo: el combate fué encarnizado y la arena estaba roja de sangre. Los asistentes seguian con terror aquella espantosa lucha.

De repente Pepino se levanta, y volviéndose á los señores cortesanos, les dice: — « ¿Quién de vosotros se atreverá á separar estos dos animales? » A estas palabras todos se miraron admirados; pero ninguno se atreve á responder. « Pues bien, dijo el rey, será el mas pequeño de vosotros. » Y al decir estas palabras se lanza en la arena sable en mano; mientras todos los espectadores se estremecen de su audacia.

MARGARITA. — ¿Y no le devoraron?

LUISA. — ¡Qué miedo!

LUIS. — Se adelantó á los dos animales que furiosos contra sí mismos luchaban con encarnizada rabia. El rey se adelanta y da un sablazo en la cabeza al leon, y con otro mata al toro. Entonces se volvió con el sable sangriento en la mano á los espectadores, y dijo: — « ¿Y ahora me creeis digno de mandaros?» Y como los unos avergonzados se callaban y los otros se esforzaban en aclamaciones, añadió: — « Goliat era mas grande que David y David mató á Goliat. Sabed que el valor del hombre no está en la mas ó menos estatura. » Desde aquel dia todos decian: « Pepino es pequeño, pero es un gran guerrero y un gran rey. »

LA MADRE. — Es mucha verdad. ¡Cuántas personas se han visto pequeñas y enfermizas, y que han emprendido grandes empresas y las han concluido!

CAROLINA. — No, porque dicen que en un cuerpo pequeño se puede encerrar una grande alma.

LUISA. — ¡Qué valor!

LA MADRE. — Su energía le hizo amar de sus súbditos; la energía se necesita para todo. La actividad es el tesoro mayor de nuestra existencia, y sin actividad no se hace nada. El niño la necesita para sus estudios, los mayores para sus negocios, los criados para sus deberes; y á propósito de esto me acuerdo de una historieta que voy á referiros.

En los alrededores de Paris habia una familia que se componia de dos hermanas, el padre y la madre. Enriqueta y María eran de caracteres diferentes como de fisonomías. María activa y aplicada era el júbilo de la casa, Enriqueta por el contrario era poco activa y descuidada. La fuerza y salud se veian impresas en la fisonomía de María, y la palidez cubria la de Enriqueta. Su naturaleza indolente no la permitia ni aun seguir una conversacion, y su sola palabra era siempre: « estoy mala, me fastidio, jamás podré aprender esto, es muy difícil, » y con esto no estudia, y toda su familia, temiendo que caiga enferma, la rodea y la sirve. Su mamá sin embargo conocia que aquella poca actividad no era porque estuviera enferma, sino que era por carácter, y la dijo que si no trataba de enmendarse, la mandaria otra vez á la pension donde habia estado. Creyó que con esta amenaza conseguiria un buen resultado, pero Enriqueta contestó en tono débil: « Estoy resignada á todo, mi vida será de corta duracion, puede Vd. hacer lo que guste conmigo. » María se desesperaba y no sabia cómo hacer para curarla. Por fin su imaginacion emprendedora encontró un medio y le puso por obra.

LUISA. — Vamos, mamá, ¿y qué medio fué ese?

CAROLINA. — Sí, porque era difícil curar un carácter tan particular.

LA MADRE. — Vais á ver cómo lo consiguió. María fué á ver al médico de su familia y le dijo: — « Señor doctor, Vd. sabe cuántas veces ha venido á mi casa para curar á mi hermana y no lo ha podido conseguir, pues yo me propongo curarla. — ¿Cómo? — Sí, pero tengo necesidad de vuestra ayuda —

Señorita, cuente Vd. conmigo, pero la aseguro que es una empresa muy difícil. — No importa, probaremos: cuando venga Vd. pasado mañana, diga Vd. á mi hermana que la encuentra muy cambiada, y que tiene síntomas de una grave enfermedad; en fin, por último la dirá Vd., que necesita meterse en cama. Lo demás yo me encargo. » Efectivamente, dos dias despues Enriqueta estaba en la cama, y hasta su mamá creia en el peligro de su mal.

Dos dias despues María esperó la visita del médico, y despues que se marchó, entró con la cabeza baja, la vista contristada y dirigiéndose á la cama, ordenó que la criada quitase todas las tisanas y drogas y que la dejase sola con su hermana. Despues se sentó á su cabecera, y la preguntó: — « ¿Cómo estás, querida hermanita, te encuentras mejor? añadió con un gran suspiro. — No, estoy muy mal, muy mal, te lo aseguro. — Eso es lo que el médico me ha dicho... pobre Enriqueta, tan jóven, él no espera nada sino de tu naturaleza, y por eso he mandado quitar todas las medicinas. Enriqueta se puso á llorar. — Lo que me consuela es que como tú estás resignada á todo, sufrirás con paciencia, pero para consolarte te contaré lo sucedido en los desiertos de Panamá, cuando la América encerraba salvajes indígenas, mas que no ahora; escucha. » Y María contó lo siguiente:

« En uno de aquellos bosques vivia una pobre familia de salvajes y se mantenian solo de la caza y la pesca. En la familia habia una niña que se fastidiaba á todas horas y de ver todos los dias los mismos sitios, y un dia pensó en alejarse para descubrir un pais nuevo para ella. Efectivamente, emprendió su camino, y se extasiaba al contemplar aquella magnífica naturaleza, aquellos árboles á los cuales nunca habia tocado la mano de persona humana, y aquellos arroyos en que se albergaban los cocodrilos y los caimanes: los pájaros cantaban en los árboles, y todo sonreia al sol de América, brillante y puro en un cielo azul y trasparente. — ¿Y qué edad tenia esa niña? preguntó tímidamente Enriqueta. — Tu edad poco mas ó menos, de quince á diez y seis años. Pero escucha: cuando estaba mas extasiada contemplando

todo esto, hé aquí que oye un gran ruido detrás de ella, y volviéndose ve un enorme caiman que se adelantaba por un arroyo y venia á su encuentro, quiso subir á un árbol, pero sus ramas cedieron bajo sus manos; quiso correr, pero las piernas le flaquearon; gritó, pero nadie la respondió en aquel desierto; *resignada* se entregó en manos de la Providencia, y el caiman la devoró. Pero habia luchado; era buena, afable, pero luchó antes de ser vencida. Pues bien, hermanita, estás á la vista de la fiera, resignate. — Pero yo no quiero morir, deseo vivir, amo. — El hilo de la vida no está sujeto á nuestra voluntad, vas á morir, y no habrás cumplido con ninguno de los deberes que la vida impone; tú no luchas como la niña salvaje, no tienes valor ni voluntad. Pero te voy á contar un hecho referido por el médico del emperador Napoleon I.

» Una señora estaba muy enferma, en tal extremo, que los médicos aconsejaron á su familia, para que la administraran los Santos Sacramentos, y añadieron que era inútil que volvieran porque la enferma no pasaria la noche. Esta buena señora amaba con la mayor ternura á su hijo, y aunque le hubieran escrito no podia llegar hasta pasados dos ó tres dias. La enferma luchó con la enfermedad, y juró que no moriria hasta abrazar á su hijo. Este llegó, y la reaccion que se operó fué tan grande, que á los ocho dias estaba salvada. Pues bien, ella amaba á su hijo, y tú no amas á tu familia. — ¿Cómo que no os amo? — No, porque si nos hubieras amado, hubieras fortificado tu naturaleza por medio del trabajo. La inaccion mata, y una persona robusta y llena de salud la pierde en la molicie. — Pero hermana mia, yo deseo vivir, y entonces verás si me corrijo. María dejó á su hermana y salió del cuarto para ir en casa del médico. — Y bien, la preguntó este, ¿la curacion adelanta? — Veremos, pero espero que sí. — Os aseguro que me da pena engañarla haciéndola creer que va á morir. — Se necesita un remedio tan fuerte para que produzca buenos efectos en su falta de energía. Por la noche María fué á ver á su hermana, y esta la dijo: Creo que tengo fiebre, María, ahora es cuando conozco

que mi marcha en la carrera de la vida debia de haber sido otra; me arrepiento, aunque tarde. — Nunca es tarde si nuestra voluntad es firme; levántate mañana, deja esa cama, y adquiere en el trabajo la energía que te falta por naturaleza. El remedio fué eficaz, Enriqueta se levantó la mañana siguiente y bajó al jardin, donde su hermana la dijo: — Mira esos árboles cubiertos de verdor, mira esos pájaros que cantan y hacen sus nidos, la naturaleza entera saluda al Criador, y sin embargo, el invierno se aproxima, las hojas de esos árboles van á caer, estos estarán cubiertos de nieve, los pájaros se ocultarán en sus nidos; pues bien, amiga mia, la juventud es como la primavera que pasa, y llega la vejez mas pronto de lo que pensamos. Pero esas hojas volverán á retoñar y la vida no retoña. — Gracias, hermana mia, gracias, trabajaré, y te aseguro que mi recompensa será el dia en que oiga decir que están contentos de mí. — Si tus esfuerzos no fueran coronados, no tendrias nada que reprocharte; pero cuando se estudia con confianza de sí mismo, siempre se adelanta, porque Dios los bendice y los ama. »

CAROLINA. — ¡Qué hermana tan buena!

LA MADRE. — Sí, hija mia, porque lo que en la niñez es un defecto, luego ya es un crímen. A los quince ó diez y seis años una jóven debe ser un apoyo para la casa paterna, una ayuda en la adversidad, y aun así no pagará el cuidado y la vigilancia que ha debido á sus padres en la niñez. Nunca se puede comprender lo que una madre encierra de amor para sus hijos, y nunca podemos pagar lo mucho que la hemos hecho sufrir, en nuestras enfermedades, en nuestra educacion, y además la madre debe ser la primera en nuestras afecciones, porque ¿quién es mejor amiga que una madre? Otra persona podrá vender un secreto que nos perjudique, una madre nunca; amigos se pueden encontrar, y muy buenos, pero si nuestra madre muere, nunca la volvemos á encontrar. Por eso, hijas mias, se os encarga el respeto y la consideracion, y que si podeis costándola un trabajo alargar su vida, que por razon natural tiene que ser mas corta que la vuestra, hacedlo. ¿Por quién sentís ese júbilo que llena vuestros

corazones al recoger en los colegios los premios de vuestra aplicacion? por el placer de entrar en vuestra casa, y que un beso de vuestra madra acoja y recompense vuestro trabajo. Cuando yo he emprendido vuestra educacion, me he acordado de mi infancia, y he recordado que los elogios me eran muy gratos; y he leido mil veces esos libros que forman la educacion. Pueden contarse de dos clases: los primeros en que creen á la infancia ignorante como efectivamente lo es, pero que en lugar de desarrollar su imaginacion con ejemplos verosímiles, con reglas para la primera edad, no contienen mas que cuentos ridículos y sin ningun fondo de moral ni de religion. Salvo la experiencia de la vida que solo el tiempo nos enseña, ya teneis en este momento el grado de inteligencia que os es necesaria para comprender mis últimas lecciones. He formado vuestros jóvenes corazones, y como nuevas ocupaciones me esperan, mis hijas tendrán ya las suficientes reglas para no recaer en los defectos que las he corregido. En cuanto á vosotras, Carolina y Enriqueta, si me amais, mis consejos os servirán para el porvenir. Los estudios, las impresiones, las alegrías y las penas que habeis probado en vuestra educacion, son otros tantos medios para perfeccionarla.

ANGELA. — Querida mamá, todo lo que Vd. nos ha enseñado quedará grabado eternamente en nuestros corazones.

LA MADRE. — Es muy posible que nos separemos por algun tiempo, y que os quedeis con papá en Paris; no olvideis nunca que desde lejos os miraré y os aconsejaré. Pero dejadme explicaros los dos géneros de libros de que os hablaba. Decia que esos cuentos no encerraban nada, y que en lugar de eso la infancia necesita ideas netas y verdaderas, y por lo menos tan correctas como se deben emplear con una imaginacion tan juvenil. El segundo género de libros, que han sido escritos por autores de mérito, no por eso dejan de tener un defecto grave: si hablan de religion, lejos de hacerla ver como un sentimiento de los mas nobles del alma, como la mas dulce y pura de las afecciones, como uno de los elementos de nuestra felicidad, nos la hacen ver bajo una forma severa é implacable para aquel que comete una falta, y que atormenta

hasta la conciencia del justo. Efectivamente, Dios castiga á los incorregibles sobre todo; pero es dulce, justo, misericordioso, y sabe apreciar el arrepentimiento de un niño, y perdonar la falta de un criminal.

CARLOTA. — De manera, querida mamá, que me perdonará mis defectos, si me corrijo.

LA MADRE. — Sí, hija mia, y ya ves que desde que eres buena, ya no tienes que temer mis reprensiones con tanta recuencia, y tu conciencia está mas tranquila.

MARGARITA. — ¿Y yo?

LA MADRE. — Dios, hija mia, te juzga y sabe si en tu interior deseas enmendarte, y si es así, él te ayudará con su divina inteligencia. Yo no he querido imitar ni los defectos de los primeros libros, ni la severidad de los segundos. Para que conozcais si debeis hacer una cosa, debeis preguntaros á vosotras mismas: «¿podemos decirla á todo el mundo?» Si no es así es que se aparta de las reglas que yo os he dado.

LUIS. — Mamá, si Vd. me dice que está contenta de mí, entonces estoy seguro que los demás lo verán de la misma manera.

LA MADRE. — Mi querido Luis, los ojos de una madre se engañan algunas veces, pero los del mundo nunca. El juzga lo bueno y lo malo con la frialdad y severidad que distingue al que mira una cosa sin interés del corazon. Si haceis un trabajo cualquiera, debeis mostrarlo á personas completamente indiferentes, porque aquellos os dirán la verdad. En nuestra última leccion de mañana, concluiré de daros las nociones necesarias. Hoy podemos dedicar nuestro tiempo á explicar algo de la antigua historia de Francia. Explica la fundacion de la lengua francesa, una de las mas extendidas en Europa.

LUIS. — En el siglo X, la invasion de los normandos procuró á la nacion francesa uno de sus mejores elementos. Las primeras nociones de la lengua francesa son normandas de orígen. Desde un principio tendió á hacerse conocer en Europa. Esta tendencia era á causa que la universidad de Paris era la mas importante de aquella época. La historia de Normandía es una de las primeras obras francesas. La primera casa

reinante en Francia fueron los Merovingienses. Este pais, en su infancia, estaba dividido en ducados y principados: tales como Borgoña, Aquitania, la Bretaña y otros.

ANGELA. — Diga Vd., mamá, ¿cree Vd. que la pintura puede dar reputacion y gloria?

LA MADRE. — Hija mia, ha sido la mayor gloria de la Italia, la España y otras naciones. Rafael, Miguel Angel, Murillo, Velazquez, Rubens y otros, han ilustrado la carrera de la pintura.

CAROLINA. — Angela, que pinta tan bien, podria hacer cosas de mérito.

LA MADRE. — En Francia ha habido una jóven llamada la señorita de Mignard, que fué hecha célebre, porque su padre fué un pintor muy conocido del reinado de Luis XIV.

MARGARITA. — Diga Vd., mamá, ayer nos prometió Vd. que contaria una historia del dia de los Reyes.

LA MADRE. — Sí, hija mia, una de las antiguas costumbres de la Francia es la fiesta del bizcocho el dia de los Reyes.

CARLOTA. — ¿Y qué reyes son esos?

LA MADRE. — Hija mia, cuando nació el Salvador del mundo, el que fundó la santa religion cristiana, el que se inmoló por salvar á sus semejantes y darnos el ejemplo de caridad y de abnegacion cristiana, como ya os he dicho, nació en un pesebre, y guiados por una estrella mandada por su divino Padre, vinieron los reyes magos del Oriente para adorarle. Estos santos reyes fueron Gaspar, Melchor y Baltasar. Pues esa es la fiesta que celebra la Iglesia el 6 de enero.

MARGARITA. — Cuente Vd. lo del bizcocho, mamá.

LA MADRE. — En España se tiran los *estrechos*, que es el escribir los nombres de las personas presentes para saber quién será rey ó reina; en Francia se oculta una haba en un pastel, y el que la encuentra es rey ó reina. Ahora empiezo mi historia. Hará como unos veinte años que existia una familia amiga mia, la cual se componia de tres hijos y un sobrino que habian recogido por caridad. Por lo demás, todos le maltrataban, y solo la consideracion de su primita Agustina, niña de nueve años, y que dulcificaba su posicion por

su cariño, solo aquella consideracion, repito, la retenia en la casa, porque hacia tiempo que tenia idea de ir á buscar fortuna, y al mismo tiempo dejar de ser gravoso á sus parientes. Si la niña estudiaba mal ó rompia alguna cosa, era Ernesto el que cargaba con toda la culpa. y esto aumentaba el cariño de la niña.

MARGARITA. — ¡Pobre Ernesto!

LA MADRE. — Vas á ver de qué medio se valió el Señor para enseñarles la caridad para su prójimo. Un perro llamado Sultan era el solo compañero de sus tristezas, y su cabeza inteligente adivinaba el sufrimiento de su amo. Agustina era un prodigio de habilidades; cuando llegó el dia de Nochebuena, todas sus primas recibieron regalos menos el pobre huérfano. Perc la niña le regaló un magnífico ramo de laurel blanco que un sacerdote vecino la habia regalado. Mas su felicidad no duró mucho. Una de sus primas dejó caer como por casualidad un fósforo, y el ramo de laurel se quemó con sus hojas lindas y perfumadas. Al dia siguiente Agustina estaba mala, y Ernesto se decidió á buscar fortuna en paises lejanos. Pero el apuro era para procurarse ciento cincuenta pesetas que costaba el pasaje. El pobre niño lloraba, y Agustina le preguntó la causa de su dolor. El se la dijo, y la niña todo el dia estuvo pensando como ayudaria á su pobre amigo. Sin embargo, durante este tiempo llegó la fiesta de los Reyes, por casualidad Ernesto halló la haba y fué rey; pero no atreviéndose á aceptar el papel, rogó á Agustina que fuese reina. Esta, loca de contento, no pudo soportar su emocion, y cayó de rodillas medio desmayada. Su tio le dió el permiso de embarcarse, y al dia siguiente el capitan le recibió sin querer que pagase nada.

MARGARITA. — ¿Y á dónde fué?

LA MADRE. — Su prima lloró mucho á su partida, y le prometió que la parte del pastel que la habia tocado, lo guardaria hasta su vuelta. Sultan siguió á su amo, y fué recibido en el buque. A su llegada el capitan le dió una cadena que le habia sido entregada por su prima. El pobre Ernesto juró guardarla toda su vida A su llegada á Ca-

lifornia el capitan se interesó por él y le ayudó en sus primeras empresas.

CARLOTA. — ¿Y qué edad tenia?

LA MADRE. — Tenia catorce años. Doce se habian pasado, cuando un dia los habitantes de la ciudad en que pasaban estos acontecimientos vieron llegar un mendigo acompañado de un perro, que se paseaba por las calles cantando y pidiendo limosna; su traje eran unos andrajos, y su cara estaba cubierta á la mitad por un sombrero que tenia anchos bordes. Todo el mundo despreciaba al pobre mendigo, y no sabian cómo no se moria de hambre. Sobre todas, las orgullosas hermanas de Agustina le insultaban y le amenazaban, porque generalmente era delante de su casa donde el pobre se estacionaba. — Amigos mios, decia con la mas santa resignacion; olvidais que todos somos hermanos, y que el mas poderoso se puede ver en mi posicion; que Jesucristo nuestro divino Maestro tambien sufrió la pobreza, y que nos enseña á proteger á nuestro prójimo. Varios dias se pasaron, y el mendigo continuaba su caminata, y cada dia Agustina, que vivia muy retirada, encontraba en su cuarto un bonito ramo de flores. ¿Quién se las enviaba? Esto es lo que ella no podia adivinar. Cada vez que el pobre pasaba por su puerta, la jóven le daba una moneda y decia: «Rogad por mi primo Ernesto.» Una noche el pobre encontró á la criada de Agustina y la dijo: — Dígame Vd., ¿porqué su señorita me dice siempre que rece por su primo Ernesto? — ¡Pobre hombre! esa es una historia muy triste, y si estuviera despacio os la contaria; pero si quereis, venga Vd. mañana por la noche cuando ella esté en vísperas, y os la contaré.

Al dia siguiente vino el pobre, y la vieja criada le contó lo que os he ya dicho, y añadió que su señorita siempre pensaba en lo que habria sucedido á su primo, y que con este pensamiento desde la partida de aquel no se habia ocupado de mas sino de aliviar la desgracia y ser buena y caritativa; que conservaba el pastel de los Reyes como una reliquia, y abriendo un cajoncito le enseñó aquel recuerdo. El pobre se arrodilló delante del baul, y lo consideró como una cosa sa-

grada. Despues, dando las gracias á la criada, desapareció. Pero cuando Agustina, segun su costumbre, abrió el baulito antes de acostarse, dió un grito y cayó desmayada. Su cadena estaba en el baul. Desde aquel dia la pobre niña no dudó que su primo vivia aun, y sus plegarias subieron hasta el Todopoderoso. Su valor renació, y se la figuraba que una mano oculta la protegia y la reanimaba. Su piedad se acrecentó, y todos los desgraciados la bendecian. Sus hermanas no tenian tranquilidad, y algunas veces se reprochaban el mal comportamiento que habian tenido con su primo, y los remordimientos las quitaban el sueño, y temores desconocidos las asaltaban. Por fin un dia la noticia cundió por la ciudad que el huérfano primo de Agustina llegaba de las Indias con un buque cargado de oro y riquezas. Al desembarcar habia hecho comprar la mejor casa y amueblarla con en mayor gusto. Sus criados eran negros y nadie podia hablar con ellos porque no comprendian el francés. Compró un magnífico carruaje, y fué citado como el modelo de la caridad. Su mesa estaba abierta para todos, y su bolsa se repartia en la de los desgraciados. Sus primas creyeron que se vengaria del mal pasado, y no se atrevian á presentarse: Agustina aguardaba su venida con la mayor confianza. El pueblo todo no hablaba sino de su visita á su prima. Fué á verla, pero nadie supo lo que pasó en ella; sin embargo Agustina parecia contenta, y decia que cuando se tiene confianza en la religion y Dios, que este nunca nos abandona. Era á fines de diciembre, y se aproximaba el dia de los Reyes, en que hacia veinte y un años que sus primas le habian despreciado y arrojado de su casa. La víspera todos sus amigos y parientes recibieron una invitacion para la gran comida, y en una de las habitaciones los pobres tuvieron tambien su mesa. Las bendiciones le acompañaron por do quier. El dia deseado llegó. Cada cual se apresuró á presentarse, y Agustina modestamente vestida se presentó acompañada de un sacerdote, su confesor, y que con su respetable traje parecia dar mayor solemnidad á la comida. Ernesto contó sus sufrimientos, sus viajes, su confianza en la Providencia que le habia protegido siempre, y

mandó poner en la mesa el pastel de los Reyes. Sus primas le miraban sin comprender el final de aquella escena. Agustina las miraba y sonreia. A los postres Ernesto se levantó, y tomando la palabra dijo: «Mi prima Agustina fué buena para el pobre huérfano; ella le protegia contra los insultos, y por último, para recuerdo le dió una cadena al partir para California. Esta cadena vedla aquí. Lleno mi corazon de fe, me hice el primer marino y he ganado un millon; pero antes de presentarme quise saber si mis primas eran mas dulces y caritativas que cuando yo era niño; me presenté mendigando á sus puertas y todas me rechazaron insultando al pobre indigente. Sus corazones eran duros y sin fe ni religion cristiana, y entonces pensé en vengarme; pero me acordé que nuestro Señor Jesucristo sufrió con paciencia y resignacion los insultos de sus verdugos, y que su pasion y muerte fué para rescatar nuestros pecados: esto me hizo cambiar de idea.» Dicho esto, Ernesto dió á su prima que le habia quemado el árbol del laurel, un ramo de brillantes; á la otra una rica medalla rodeada de perlas, con la fecha del dia en que habia partido.

MARGARITA. — Pero ¿y para Agustina?

LA MADRE. — Para su prima Agustina que habia socorrido al huérfano, dado limosna al mendigo y ejercido la caridad con todos, la dió toda su fortuna, y el sacerdote bendijo su union.

CARLOTA. — ¡Qué tierna es esa historia, y cuán verdad es que cuando se hace bien y buenas obras siempre se encuentra la recompensa!

LA MADRE. — Al sacerdote le regaló un magnífico traje para la Santísima Vírgen, y además fundó una iglesia. Todos los años la fiesta de los Reyes era celebrada, y por la mañana al despuntar el alba iban á misa á dar gracias al Señor, porque los habia conservado en su santa gracia.

LUIS. — Yo he leido una historia en que una jóven que era muy pobre, Dios la socorria por medio de un sacerdote. Y que una vez que estaba enferma, creyó ver la aparicion de la Santa Madre del Salvador.

LA MADRE. — La religion católica es el bálsamo de los desgraciados, pues los sacerdotes que son representantes del Señor y sus ministros en la tierra, consuelan y fortifican nuestra alma.

EL PADRE. — Como la tarde está muy buena, estas niñas podrian ocuparse un poco de música ó juegos.

MARGARITA. — Sí, es verdad.

CARLOTA. — ¿Qué dice Vd., mamá?

LA MADRE. — Hijas mias, podeis jugar, ó Angela puede tocar el piano.

ANGELA. — Lo que gusteis.

CARLOTA. — Podemos jugar un poco.

LUISA. — Pero antes quisiera preguntar á mi mamá, ¿de qué es esa sortija que se ha comprado, que tiene un brillo tan grande?

LA MADRE. — Es de diamantes.

LUISA. — ¿Y dónde se coge esa piedra?

LA MADRE. — El diamante está oculto en la tierra, en ciertas partes del mundo. Donde mas se cogia era en la India; allí se encuentran las célebres minas de Golconda. Hoy en dia el Brasil es el que surte á la Europa de estas piedras preciosas.

CARLOTA. — ¿Y sale así tan brillante?

LA MADRE. — No; cuando sale de la mina, el diamante está cubierto de una especie de corteza, y es una materia muy dura. El diamante, generalmente, es blanco, pero tambien hay otras piedras preciosas, como la esmeralda, que es verde el rubí, que es dorado ó rojo; el ópalo, que parece reflejar l colores del arco iris; y el zafiro, que es azul como el firm mento.

CAROLINA. — ¿Y las perlas?

LA MADRE. — Las perlas se cogen en el fondo del mar, y ved cómo. Varios indios suben en una chalupa ó piragua, y uno de ellos se liga el cuerpo con una cuerda, y se llena la boca de aceite para poder respirar. En los piés se pone sea plomo ó hierro para hacer peso y bajar al fondo del agua. Cuando recoge cierta cantidad de conchas, las echa en un

baco y sube á la piragua, y otro indio baja á su turno. Despues las sacan de las conchas, y se mandan pulir.

ANGELA. — Diga Vd., mamá, ¿y los sombreros de paja de Italia?

LA MADRE. — La infortunada reina María Antonieta fué la primera que introdujo la moda de los sombreros de paja de Italia. Esta industria ocupa á los campesinos, y hasta los niños se ocupan de trenzar la paja.

ENRIQUETA. — Dime, Angela, ¿qué estás haciendo?

ANGELA. — Estoy haciendo un dalia.

CAROLINA. — ¿Y con qué haces esa flor?

ANGELA. — Con lana de tres colores que hagan armonía.

LUISA. — Yo antes que salga del colegio, quisiera concluir un trabajo que estoy haciendo, y que puede servir para hacerlas á gancho, segun se desee, ó bordado.

CAROLINA. — ¿Qué hilo empleas?

LUISA. — Azul y blanco, ó blanco solo. (Véase dibujo nº 12.)

ENRIQUETA. — Muy bonito es ese género de labor.

MARGARITA. — ¿Gustais jugar un poco?

CAROLINA. — Sí, con mucho gusto.

ANGELA. — Pues jugad, hermanitas, porque yo voy á concluir un cuello bordado al realce.

LUISA. — ¿A qué deseas jugar? ¿Quieres que juguemos al *Mercado de las flores*?

MARGARITA. — No conozco ese juego.

CAROLINA. — Mirad, nos ponemos todas en corro, y cada una toma el nombre de una flor: *reseda, balsamina, tulipan, pensamiento* y *clavel*. Una hace de vendedora, y otra de señora que viene á comprar. Esta se pasea y pregunta los precios de las flores, y cuando ha escogido una que la agrada, da órden para que el tiesto sea llevado á su casa, y dos niñas cogen por los brazos á la que es elegida.

ENRIQUETA. — Tambien hay el juego de colores. Una niña figura la vendedora de colores, y cada una de las otras forman los colores. La que compra llama, y la vendedora responde: «¿Quién está ahí? — La Santa Vírgen, que viene á buscar un color.» Despues de la Vírgen viene el niño Jesus.

despues viene el diablo, y entonces todas las niñas se ponen delante de la Vírgen y el niño Jesus, y hacen la señal de la cruz para que huya el diablo. Este huye, y la Vírgen y el Niño llevan á las niñas á la santa mansion.

MARGARITA. — Ese es muy bonito é ingenioso.

LA MADRE. — Niñas mias, ya es muy tarde, podemos separarnos.

CAROLINA y ENRIQUETA. — Hasta mañana.

DIALOGO VIGÉSIMOQUINTO.

CAROLINA y ENRIQUETA. — Buenas noches, mis queridas primas, hemos venido mas temprano, porque siendo la última tarde podremos pasar mas largo tiempo á vuestro lado.

LA MADRE. — Sí, hijas mias, tambien nosotros nos alegramos. Pero, Carolina, ¿qué tienes?

CAROLINA. — La pena que Vds. se marchen es la que me tiene triste. Sus lecciones de Vd., tia mia, son tan sábias que nunca podré olvidarlas. Pero desgraciadamente hoy es la última.

LA MADRE. — Mi buena Enriqueta, yo haré que se publiquen nuestras tardes, y una amiga mia se encargara de escribirlás; de ese modo tendreis ese consejero siempre á vuestro lado, y además servirá para todas las señoritas de instruccion y guia.

ANGELA. — Buena idea, mamá, ¿y pondrán nuestros nombres?

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

LA MADRE. — Sí, hija mia, vuestros defectos y vuestras virtudes, porque no hay mejor ejemplo que una familia como la nuestra, pues en ella se ven los caracteres de cada uno.

LUISA. — Hermanito, cuéntanos la historia de la patrona de Paris, si mamá lo permite.

LA MADRE. — Sí, hijo mio.

LUIS. — Hace mucho tiempo, y cuando la Francia era todavía la Galia, habia en un pueblecito cerca de Paris llamado Nanterre, una niña destinada á ser una santa. Paris era una ciudad muy rica, pero poco extendida, y en aquella época habia en Francia muchos bosques, y sobre todo al rededor de Paris. El trabajo y la cultura de las rosas era lo que mas agradaba á los habitantes del pueblecito de Nanterre; en este habia una iglesia con su campanario, y estaba bañado por las aguas del Sena. Hoy en dia existe, aunque mas embellecido. La niña se llamaba Genoveva, su madre Geronza, y su padre Severo. Eran gentes sencillas, y vivian hacia mucho tiempo en el pueblo, cultivando rosas y habas. Genoveva cuidaba los rebaños.

Cuando Genoveva tuvo cuatro ó cinco años, sus padres fueron muy felices porque era buena, dócil y la mas bonita que se conocia en diez leguas á la redonda. Tenia cabellos rubios, y su tez era blanca y sonrosada como una rosa. La llamaban la reina de las flores, y la decian que seria princesa de Roma. No se engañaban, porque es una de las santas mas veneradas de la Iglesia. Cuando sus padres velaban por sus cosechas, ella paseaba sus bonitos corderos y los llevaba á pacer, y ella hilaba y cantaba en honor de nuestro divino Salvador. El agua pura y límpida que corria por los arroyos no era mas pura que su alma. Nunca un pensamiento mundano ó que ofendiese á Dios habia nacido en su corazon. Los niños del pueblo la amaban y los mayores la citaban como un modelo de hermosura y bondad. El ruido del viento, el olor de las flores, el canto de los pájaros, el murmullo del Sena que corria á sus piés, y el azul de ese firmamento, la embargaba, y pensaba en la grandeza del que ha hecho todas esas maravillas. Pensaba en su poder, en su misericordia.

LA MADRE. — ¿Sabes, Luisito, que explicas eso como en un libro?

LUIS. — Es porque lo he leido así, mamá, y lo he aprendido.

MARGARITA. — Yo quisiera ser una niña tan buena.

CARLOTA. — Y yo; pero vamos á ver lo que hizo.

LUIS. — Genoveva tenia siete años, cuando los obispos san German y san Luciano pasaron por Nanterre para ir á Bretaña. Encontraron toda la poblacion arrodillada y que pedia su bendicion. Genoveva estaba arrodillada como los démás; y entonces vieron como una estrella bajar y posarse sobre la cabeza de la niña. San German la llamó, y felicitó á sus padres porque Dios les habia dado una hija como aquella, añadiendo que los ángeles habian festejado su nacimiento, y que su vida seria un tejido de virtudes, y á su ejemplo se convertirian á la verdadera religion los gentiles y paganos, y dirigiéndose á ella la dijo: «Hija mia, decidme si quereis sinceramente ser esposa de Jesucristo.» Sin vacilar la niña de siete años contestó: — Santo Padre, lo deseo con todo mi corazon: rogad á Dios que me haga la gracia de cumplir mi voluntad. — Hija mia, poned vuestra confianza en el Señor, y no olvideis la declaracion que os he hecho. Dicho esto, san German y el otro obispo entraron en la iglesia. Al dia siguiente Genoveva recibió la bendicion de los obispos, y recibió de san German una cruz de cobre, único adorno que debia de ponerse en el porvenir. De este modo aquella niña fué desde la edad de siete años admitida al honor de ser esposa de Jesus.

Genoveva tenia quince años cuando el obispo de Paris dijo que queria confirmar en su vocacion á las jóvenes de su diócesis, y todas las jóvenes que querian tener ese honor, se pusieron en procesion vestidas de blanco para venir á Paris. Estas procesiones llegaron á Nuestra Señora, no la que existe hoy dia, sino una antigua catedral que habia en la ciudad. El obispo confirmó las jóvenes, y vió sobre la cabeza de Genoveva la misma aureola celeste que habia visto san German. Entonces poniéndola las manos sobre la cabeza, dijo: «Esta

es la favorita del Señor y su esposa bien amada. » De vuelta á su pueblo Genoveva construyó un altar de tierra, en medio del cual puso una cruz de flores naturales que cuidaba todos los dias. En la primavera la margarita blanca, la anémona, la primavera, despues las lilas, la vellosina, la rosa, el clavel, el jazmin, las dalias y la verbena. En el invierno violetas silvestres y laurel blanco.

Cuando murieron sus padres, vino á Paris y se dedicó á todos los ejercicios de piedad. De repente fué atacada de parálisis; estuvo tres dias sin dar señal de vida, y cuando se disponian á enterrarla, Dios la hizo volver en sí, fresca y sana como anteriormente; contó que habia tenido un sueño en el cual habia atravesado el cielo, y donde habia visto las cosas mas maravillosas. Genoveva cada dia se hacia mas célebre por su santidad, cuando un acontecimiento la hizo memorable para siempre.

MARGARITA. — ¿Qué fué?

LUIS. — La Galia estaba presa del mayor terror, porque Atila, el cruel rey de los hunos, Atila, el azote de sus pueblos, Atila, el caballero que llevaba con él cien mil caballos y cincuenta mil carros de guerra, Atila, vencedor de los pueblos, devastador de los campos, pasaba las fronteras de la Galia. Habia quemado mas de cien ciudades, y venia contra Paris. Ya se veia el polvo que levantaban sus caballos; ya se oian los clamores de sus soldados; los mensajeros traian el parte de sus crueldades.

Los habitantes de Paris no pensaban mas que en la huida, y recogian todo lo mas precioso para ocultarse en los bosques. Genoveva al primer grito de espanto salió de su retiro. Una voz la habia hablado y la habia ordenado de impedir la huida de los parisienses; reunió á las mujeres, y las condujo á la iglesia catedral pidiéndoles que rogasen con ella. Despues dejándolas en el templo, corrió por las calles, y quiso impedir á los hombres que huyeran. Estos la injuriaron, la maltrataron, cuando de repente apareció un sacerdote: era el cura de Auxerre que volvia de Italia, adonde habia acompañado á san German que acababa de morir; traia á Genoveva varios

regalos benditos que aquel la mandaba; dijo que las últimas palabras del santo habian sido para predecir la gloria de la jóven. A estas palabras cesan los ultrajes. Genoveva inspirada exclamó: «No huyais y vencereis al enemigo; poned vuestra confianza en Dios y en vuestro valor.» Todos se animan y se preparan á defenderse. Cuando Atila recibió la noticia que los habitantes de Paris se disponian á defenderse, se enfureció y abandonó el plan de atacar la ciudad.

CARLOTA. — ¿Pero eso fué milagroso?

LA MADRE. — Sí, hija mia: Genoveva estaba destinada á ser la gloria de su pais. La reverenciaron como una santa, y pasaba sus dias en las plegarias, y la caridad cristiana ocupaba sin cesar sus dias. La primera iglesia que se edificó en Montmartre fué ella la que dió los planos, y procuró la piedra y el yeso, indicando dónde la encontrarian. Santa Genoveva fué muy amiga de santa Clotilde, esposa de Clovis, de quien os he contado la historia; y murió, y fué enterrada al lado de Clovis. Es la santa que mas se venera, y es patrona de Paris.

LUISA. — Diga Vd., mamá, ¿y Juana de Arco?

EL PADRE. — Juana de Arco tambien fué inspirada de Dios, y salvó su pais de la dominacion extranjera.

CARLOTA. — Diga Vd., papá, yo he leido que san Fernando ué rey de España.

EL PADRE. — Efectivamente, él fué quien empezó á librar su nacion de la dominacion de los árabes, y él conquistó á Sevilla.

MARGARITA. — Diga Vd., papá, ¿no tendremos hoy por ser el último dia algun bonito cuento?

EL PADRE. — Sí, justamente voy á contaros uno.

CAROLINA. — Diga Vd., tia mia, ¿la abuelita y el abuelo marchan tambien con Vds.?

LA MADRE. — Sí, y ya nos esperan en Inglaterra.

MARGARITA. — Vamos, escuchad á papá que contará un cuento.

EL PADRE. — Oid.

LA SORTIJA ROBADA.

Serian las ocho de la noche de un dia del mes de mayo, cuando una niña delicada y graciosa se encaminaba á la buena ventura, sin saber á dónde dirigirse, cuando vió venir un carruaje tirado por cuatro caballos; su terror fué tan grande que no pudo mas que dar un grito, y cayó al suelo Una señora que estaba dentro de la berlina miró, y al ver aquella linda criatura se bajó y la tomó en sus brazos; la niña perdió el miedo, é interrogada por la señora, la dijo: « Señora, me he perdido, porque iba á la ciudad vecina á buscar donde servir; mi madre tambien está buscando casa. — Imposible parece, le dijo la señora, que no seas la que yo me figuro. ¿Cómo te llamas? — Me llamo Francisca, pero mi madre me llamaba siempre Paquita. — ¿Qué edad tienes? — Tengo doce años.— La misma edad, murmuró la señora, ojos azules, cabellos rubios, y esa boca tan pequeña y bien cortada. — Dios mio, dijo la camarera que acompañaba á la señora, es un retrato de vuestro esposo y de la niña que habeis perdido. » Paquita no sabia que pensar de todo aquello, y se dejó abrazar y besar por la señora. « Ven con nosotras, la dijo esta, porque es tarde, y debes estar cansada. » Paquita estaba confusa, y nunca habia oido una voz tan dulce como la de la señora. Por fin, la subieron en el coche, y los caballos partieron á galope. A seis leguas poco mas ó menos llegaron á un castillo, donde prepararon una cama á Paquita: ¡qué diferencia de las que hasta entonces habia tenido! Despues de haber cenado, servida por criados, la condujeron á un cuarto elegante y con una cama blanca como la nieve. Cansada de su viaje, se durmió, arrullada por los sueños mas apacibles. A la mañana siguiente la mandaron bajar á un salon, donde halló á la señora, la cual la dijo: « Paquita, yo tenia una hija de tu edad, y hace ocho años que la he perdido; tú te pareces mucho á ella y ocuparás su lugar en mi corazon; escribiremos á tu madre, y la propondré lo que te he dicho, es decir, que te quedarás aquí, y yo me encargo de

tu educacion, si quieres quedarte, porque yo no quiero tenerte contra tu voluntad.» La jóven se puso á llorar y dijo que aceptaba con el mayor júbilo. Aquel mismo dia escribieron á su madre, y contestaron del pueblo que no estaba allí, y que estaba sirviendo, pero que no sabian dónde. Paquita fué vestida con elegancia, y sus maneras se prestaban á la posicion que querian darla. El recuerdo de su madre la afligia, pero se hacian las mas vivas diligencias para descubrir su paradero. Su bienhechora no se cansaba de mirarla, y decia á cada momento: «Es su imágen, Dios me la manda para consolarme.» Los criados, viendo crecer el favor de la jóven, la respetaban y la querian; y ella, buena para todos, aceptaba su nueva fortuna como un favor del cielo. Sin embargo, habia una criada que no miraba sin una secreta envidia que una *igual*, como ella decia, estuviese servida y regalada. Paquita veia la envidia de aquella mujer, pero su buen corazon la impedia pensar que pudiese hacerla daño alguno, y al contrario, trataba de atraerse su buena voluntad; y hasta en una ocasion la salvó de que su madre, que era una buena mujer, fuese á la cárcel por una deuda; pero esto no hizo sino hacer aun mas ingrata á aquella mujer. Siempre que peinaba á su ama ó la vestia, dejaba escapar expresiones mas ó menos indirectamente contra la pobre Paquita, y su ama, creyendo que era por su cariño hácia ella, la perdonaba. «Cuidado, señora, la decia, ¿quién sabe si esa por quien haceis tantos sacrificios sabrá recompensarlos como debe?—¡Es tan buena, tan dulce!—Sí, pero se han visto muchas ingratitudes, y os aseguro que no seria de extrañar que se enorgulleciera con la posicion que la habeis dado; ¡una pobre criada!—Ya sabes, Victorina, que la quiero como si fuera mi hija, porque me recuerda la que perdí.—¿Y quién sabe si la nodriza os engañaria?—No, no lo creo, porque yo misma ví á mi pobre niña muerta.—¡Oh! señora, esto no es mas **que hablar.** » Así se pasaron dos años, y Paquita se disponia con júbilo á festejar el santo de su protectora, como tenia de costumbre; pero á veces Dios nos manda una desgracia para probar la fortaleza de las personas y su confianza en

el Criador. La mañana de aquel dia, Paquita se levantó temprano y se dirigió al cuarto de la señora de Sermiento, que así se llamaba. Entró; pero, contrario á su buen carácter, la recibió friamente, y con la fisonomía séria y severa. « ¿Qué teneis? le preguntó; ¿qué os he hecho para que me recibais de ese modo? — Paquita, ya sabes que hace dos años te recogí pobre y desvalida, y que te he colocado al nivel de las mas ricas señoritas; ayer he comprado una sortija de gran valor, y tú eres la sola que ha entrado en mi cuarto; la sortija no se encuentra, ¿díme si la has tomado? — ¡Yo, señora, tomar una cosa que no me pertenece! — Vamos á ver si la has puesto por casualidad en tu cuarto. — Pero ¿ si no la he visto? » dijo la pobre niña llorando. Sin embargo condujo á su madre adoptiva á su cuarto, y la abrió su cómoda y sus armarios; pero ¿cuál no fué su espanto al ver la sortija cuidadosamente envuelta en un pañuelo y guardada en un rincon de un cajon? Su protectora no podia creer á sus ojos, pero al ver el llanto de Paquita y su rubor, no dudó que fuese ella, y toda su bondad se cambió en cólera, y toda su amistad en odio. — ¡Véte, infame criatura! la dijo; yo te he servido de madre, y ¿has podido robarme esta sortija y olvidarte de todo lo que habia hecho por tí y de lo que eres? ¡Véte! ¡sal de mi presencia, y jamás vuelvas á pisar estos umbrales! —¡Cuando yo os decia bien que era una serpiente que abrigabais en vuestro seno! decia Victorina. ¡Anda, véte, pobretona, y no vuelvas á engañarnos con tu cara hipócrita! » La pobre Paquita, por mas que protestaba, no la creyeron, y fué arrojada de aquella casa. Llena de vergüenza y convencida de su inocencia, anduvo todo el dia errante, y por la noche llegó en casa de unos pobres jardineros que vivian no muy lejos de la casa de su protectora, y que la conocian de haberla visto en la casa. Eran unos honrados campesinos, y la recibieron con los brazos abiertos, no dudando de su inocencia, porque sus lágrimas eran sinceras. Ella se ocupaba del jardin, y todos los dias llevaban flores en casa de su protectora, y aprovechando de eso, era ella la que hacia los ramilletes. Algunos meses se pasaron, y hablando con la buena jardinera, supo que la

tumba del esposo de su protectora se hallaba en el cementerio vecino; y sabiendo que esta tenia una gran veneracion por las cenizas de su esposo, tuvo un placer de adornarla con flores frescas todos los dias, y limpiarla y cuidarla. Como el Señor protege á los buenos, la protegia á ella; y así era, que desde su instalacion en casa de la jardinera parecia que el jardin era una bendicion de Dios: las flores se conservaban mas, y estaban bellas y arrogantes, como para dar gracias á la linda jardinera. Un dia en que estaba ocupada en arreglar las flores de la tumba, oyó un tumulto y vió entrar á la honrada campesina que la habia dado asilo, acompañada del cura del pueblo, de la señora de Sarmiento, de los criados, y detrás de todos á su madre. «Hija mia, exclamó su bienhechora, ven con nosotros, todo está descubierto, y además otras cosas que tú ignoras.» Paquita fué llevada al castillo, y á su llegada se halló con la mesa puesta y el sacerdote que la presidia. Este tomó la palabra, y dijo: «Paquita, tú has sido y eres una jóven pura y honrada; la maldad de una criada hizo que te pusiera en la cómoda la sortija; esa criada ha sido castigada, pues ayer se cayó de una escalera y se rompió una pierna; los remordimientos la hicieron declarar su infamia. No es esto solo; pero el Señor, para mandarte la reparacion, te ha premiado de todas maneras. Tú has sido resignada y has ayudado en sus trabajos á dos pobres campesinos, y además regabas con tus lágrimas la tumba del que te mira desde el cielo y te bendice, pues era tu padre. — ¿Mi padre? ¿Cómo puede ser esto, cuando veo á mi madre al lado de mi protectora? — Escucha, dijo esta: Ayer mismo, cuando Victorina declaraba su falta, tu madre, guiada por tus cartas, llegaba á esta casa. Entonces yo, penetrada del mas vivo dolor, la conté lo sucedido; pero ¿cuál no fué mi asombro al reconocer en ella á la nodriza de mi hija? Entonces ella me contó que estando enferma se habia muerto su hija, y que su marido, temiendo lo que podria suceder si sabia su muerte, se la ocultó; y como casualmente os pareciais tanto, dijo que mi hija era la muerta. Ella lo creyó, y siempre ha estado en esa idea hasta la muerte de su marido, el cual en su última hora la ha declarado el

engaño; ella corria á comunicártelo cuando la casualidad, ó mas bien la Providencia, nos ha hecho encontrar. Tú eres mi hija, y ahora comprendo ese cariño que tú me inspirastes desde el primer momento. — Señora, dijo el buen sacerdote, en todo esto veis la mano de Dios que os ha hecho encontrar á vuestra hija, en el mismo dia en que castigaba la impostura de una criada malvada.» Victorina murió de resultas de la operacion de la pierna, y Paquita vivió feliz y contenta con su madre, quien todos los dias daba gracias á Dios por tener una hija tan piadosa y buena. Ya veis como Dios castiga siempre al malo y da su recompensa al honrado y bueno.

CARLOTA. — ¡Pobre Paquita! yo estaba deseando que se descubriera su inocencia.

MARGARITA. — ¡Qué malvada de criada!

ANGELA. — Pero y su madre ¿no podia haber pensado en su inocencia?

EL PADRE. — Dios permitió su credulidad para hacer resaltar mas su justicia.

LA MADRE. — Hijas mias, querria que puesto que es hoy nuestra última reunion, Angela nos explique cuáles son hoy dia las principales labores de bordados y demás.

LUISA. — Ay, sí, hermanita.

ANGELA. — Los principales bordados, son: *al pasado, al realce, á la inglesa,* en terciopelo con oro, en cañamazo, en papel, en tul, *á cadeneta,* trabajos á gancho, flores de mano, bordados con canutillo, y otros.

CAROLINA. — ¿Y todo eso se necesita aprender?

ANGELA. — Prima mia, lo primero es saber bien trabajar en blanco, es decir, hacer camisas y demás cosas de uso, aprender á repasar, pespuntear, hacer vainicas y buenas costuras; despues todas las otras labores; porque si bien tú estás en buena posicion, hay señoritas que tienen que dedicarse á ganar su vida con las labores y tienen que enseñar á otras, ó bien trabajar para el público.

LA MADRE. — Muy bien explicado, Angela, y ahora nos di-

rás cuál es la forma de escritura que con preferencia debe aprender una señorita.

ANGELA. — La escritura inglesa es la mas correcta y elegante.

LA MADRE. — Para aprender un idioma, ¿cuáles son las principales reglas, Luisito?

LUIS. — Tener una buena gramática y aprender bien los verbos, estudiar lo menos dos horas por dia, y sobre todo, lo mejor para los idiomas, es escribirlos mucho y traducirlos.

LA MADRE. — ¿Y para el piano, Angela?

ANGELA. — Tomar bien la postura y dejarse guiar por el profesor; estudiar mucho las escalas, y cuando se empieza no perder su tiempo en aprender pequeñeces que para nada sirven sino para fastidiar al discípulo de los estudios principales, tales como los arpegios y los ejercicios.

LA MADRE. — ¿Y para el dibujo?

ANGELA. — Elegir bien lo necesario, estudiar mucho, y no tener demasiado amor propio.

LUISA. — ¿Porqué?

ANGELA. — Porque muchas veces nos parecerá que una mano ó una flor ó bien otra cosa dibujada está perfectamente hecha, y sin embargo para personas conocedoras tendrá mucha sombra, ó poca, ó estará mal torneada, etc.

EL PADRE. — ¿Y la pintura, Luisito?

LUIS. — Para la pintura se necesita tener un buen método, y que los colores no sean demasiado fuertes, sobre todo, sujetarse á las reglas del arte.

LA MADRE. — Ahora, hijas mias, voy á daros algunos consejos necesarios para vuestro porvenir, y concluir por contaros una linda tradicion.

MARGARITA. — ¿Qué es tradicion?

LA MADRE. — Lo que llega á nuestro conocimiento por medio de la relacion que han hecho nuestros abuelos á nuestros padres y estos á nosotros. Eso se llama tradicion. la nar-

racion de un hecho que se trasmite de unos á otros. En España hay muchas tradiciones.

CARLOTA. — Si Vd. gustase, mamá, nos contaria primero esa leyenda.

MARGARITA. — Si, mejor seria.

LA MADRE. — Pues escuchad.

Hace algunos años que en un monte de una provincia de España se veia una casa con una cruz de piedra; y tuve ocasion en un viaje de pasar por aquella casita habitada por unas pobres campesinas. Les pregunté el orígen de aquella cruz, y me contaron lo que les habia sido trasmitido por sus antiguos posesores. Antiguamente era una pobre cabaña habitada por un leñador, su mujer y sus dos hijas, todos honrados, buenos y llenos de santo temor de Dios. Una noche de Navidad se hallaban todos reunidos al lado de un buen fuego, y acababan su cena esperando la hora de las doce para ir á misa. La nieve caia en grandes copos, y el aire frio y agudo hacia golpear las maderas de la única ventana que existia en la pobre cabaña. Las niñas se ocupaban en hacer cruces de madera, y el padre y la madre hablaban del porvenir, cuando llamaron á la puerta. Abren, y un extranjero pide hospitalidad: tenia el pelo rojo y encrespado, la frente abombada, y las megillas huesosas y flacas, los ojos pequeños y penetrantes, y cuando se reia, su risa era infernal. Al entrar fué á sentarse al lado del fuego. Pero no bien se habia sentado cuando llamaron de nuevo, y otro extranjero se presentó. Era jóven, y sus largos cabellos rubios caian sobre sus espaldas; á la luz de la lumbre, su barba parecia de oro; su ancha y expresiva frente inspiraba respeto; su cara era de una hermosura majestuosa, y sus ojos azules estaban llenos de bondad y de dulzura; como el primero, pidió hospitalidad. A la vista del recien venido, el hombre de los cabellos rojos frunció el entrecejo, y su cuerpo tembló. Pero pronto adquirió su alegría, y cada vez que reia su boca hacia mil figuras particulares. Sus dedos tenian largas uñas, y para divertir á las niñas les hacia miedo figurando animales feroces. El jóven rubio contaba á las niñas historias tiernas, tales

como la de Ruth la espigadora, que espigaba para mantener á su madre; y la de Tobias, que con su piedad obtuvo la curacion de su padre. Su voz tenia un encanto indefinible, y sus palabras se deslizaban como el rocío entre la flor. Las niñas le escuchaban con la mayor atencion, y se agrupaban al rededor de él. El padre temiendo que le molestaran queria retirarlas, pero él le dijo: — « Me gustan sus juegos y me enternecen sus caricias. El amo á cuyo servicio estoy ha dicho: « Dejad los niños que vengan hácia mí. » (1) El de los cabellos rojos se mordió los labios al oir estas palabras y dijo. — « Buenas gentes, ¿qué esperais para acostaros? — Esperamos la misa de Noche Buena. — ¡La Misa! ¿y quereis ir á misa con un tiempo tan malo y cayendo la nieve á copos? Escuchadme: tengo buen vino de Jerez en mi bota, bebamos gozosamente hasta el nuevo dia, y dejemos á los otros ir á mojarse por esos valles. — No escucheis esos consejos, dijo el jóven; Dios bendice á los que rezan; la oracion y el trabajo, aunque sea pesado, es mejor y aprovecha mas al alma que las alegrías de ese género: en aquel momento dieron las doce. La mujer se levantó y dijo: « ¡Santa Virgen, preservadnos del mal espíritu y os prometo ir á misa con mi marido y mis hijas! » Entonces el piadoso extranjero se sonrió, y una aureola celeste apareció en sus cabellos rubios. Todos cayeron de rodillas, porque reconocieron un ángel del Señor. El entre tanto estaba de pié, con los ojos levantados al cielo y las manos extendidas sobre aquella familia arrodillada, y decia: « Que la bendicion de Dios caiga sobre vosotros, porque habeis preferido servirle, á las diversiones peligrosas. » Al decir esto, el primer extranjero huyó dando un silbido agudo, y en medio de una llama negra y de olor infecto. Era el espíritu del mal. El leñador y su mujer fueron á misa, y rezaron con el mayor fervor para dar gracias al Todopoderoso que les habia mandado un ángel para su salvacion. Cuando volvieron á su casa, encontraron la cabaña trasformada en una habitacion de piedra y una cruz de piedra.

(1) Palabras de la Sagrada Escritura.

CARLOTA. — Es la mas bonita historia que Vd. nos ha contado, y me alegro mucho de la piedad del leñador.

LA MADRE. — Por eso se dice que el poder de Dios está en todas partes, lo mismo en los palacios dorados que en la casa del pescador. Ahora, queridas niñas, os diré mis últimas instrucciones. Vosotras habeis comprendido y habeis hecho todo lo que en vuestra inteligencia juvenil se podia esperar. Dóciles á mis lecciones, me habeis hecho este trabajo dulce y agradable, y al cabo de poco tiempo me habeis dado muestras de vuestro buen carácter. Por mi parte, he dado á mis explicaciones el tinte agradable que he creido debia darles, y vuestra razon se ha desarrollado, y el estudio lejos de fastidiaros os ha divertido. En fin, hoy dia sabeis las cosas mas necesarias en una señorita, y estoy segura que no olvidareis los ejemplos que os he presentado. El tiempo pasa, y cuando mi carrera esté acabada, pondreis por obra los conocimientos que habeis adquirido; entonces conocereis la utilidad de mis pobres lecciones. La mayor felicidad en la tierra es el centro de la familia, y el amor puro y santo de la religion; sin esto no puede haber felicidad, y sin aquella todo es vacío y sin perfeccion. Sed prudentes, laboriosas, amigas de vuestras amigas, é indulgentes para la desgracia; conformarse con los decretos de la Providencia, y estar persuadidas que cuando sucede una cosa, es porque el Señor la habrá creido necesaria. Perdonad las injurias como nuestro Señor perdonó á sus verdugos, y tened siempre presente que por mucho que sufrámos, Jesucristo sufrió mas por salvarnos y lavarnos del pecado.

CARLOTA. — Ay, mamá, no sé porqué tengo una tristeza que no desearia mas que llorar.

CAROLINA. — Y yo.

ANGELA. — Eso es porque vamos á separarnos pronto.

LUIS. — Pero esta noche iremos á casa de Enriqueta para despedirnos de su mamá.

MARGARITA. — Y no volveremos á pasar estas tardes tan agradables.

EL PADRE. — El poder de Dios es grande, y tal vez nos reuniremos mas pronto de lo que pensamos.

CAROLINA. — ¿Quién nos enseñará tantas cosas como aun nos faltan que aprender?

EL PADRE. — Teneis vuestra madre y vuestra profesora.

ENRIQUETA. — Verdad es; pero nos faltarán nuestras primitas, compañeras de nuestros juegos y estudios.

CARLOTA. — Pero antes de separarnos, mamá nos dará su bendicion á todas.

LA MADRE. — Sí, hijas mias, me amais, y estais persuadidas que os amo; buscais mi compañía, y me probais vuestro

aprecio; vuestro corazon siente la separacion como yo la siento; vuestra madre que es tan virtuosa y tan buena os guiará por el sendero de la virtud, y además os queda la mas grande, la mas santa, la mejor de todos los guias, la misma que nos acompañará á nosotros en nuestro largo viaje: *la religion cristiana.*

INDICE

	Páginas.
INTRODUCCION	1
DIÁLOGO PRIMERO	7
Juegos	8
Los oráculos antiguos	9
Diamantina (cuento)	12
DIÁLOGO SEGUNDO	18
La creacion del mundo	20
La desobediencia	23
Diamantina (fin)	28
DIÁLOGO TERCERO	32
El sastre, la cabra y sus tres hijos (cuento)	34
La envidia. — Cain y Abel	39
Las maravillas del arte	43
DIÁLOGO CUARTO	48
El diluvio	50
Mesa cúbrete (cuento)	54
El asno que da oro (cuento)	57

Palo, sal del saco (cuento)..... 61
DIÁLOGO QUINTO..... 66
Eugenia la curiosa (histórico)..... 69
Geografía. — La España. — Rios. — Continentes..... 81
Labores..... 83
DIÁLOGO SEXTO..... 84
Las mariposas..... *ib*
La niña golosa (cuento)..... 86
De qué proviene la lluvia, los truenos, etc..... 89
Los mares..... 90
La torre de Babel..... 92
Lot..... 93
Leccion de piano..... 96
DIÁLOGO SÉPTIMO..... 97
El orgullo..... 98
Manuela y María (cuento)..... *ib.*
Gabores á gancho..... 118
DIÁLOGO OCTAVO..... 119
Graciosa y la hada Amable (cuento)..... 120
El sacrificio de Abrahan..... 135
Las siete maravillas..... 136
Pintura oriental..... 140
DIÁLOGO NOVENO..... 141
Graciosa (fin)..... 142
Las siete maravillas (fin)..... 146
Paises de Europa..... 151
Santa Clotilde..... 152
Casamiento de Isaac..... 155
DIÁLOGO DÉCIMO..... 159
Amada y Georgina (cuento)..... 160
Jacob..... 170
Labores..... 172
El Nilo..... 173
DIÁLOGO UNDÉCIMO..... 174
Georgina (fin)..... 177
José y sus hermanos..... 181
La Saboyarda (anécdota)..... 188

Caminos de hierro..... 190
Los Globos..... 191
Juegos..... ib.
DIÁLOGO DUODÉCIMO..... 193
Cristina (cuento)..... 194
José en Egipto..... 20
La cascada de Itamarati..... 206
Labores..... 207
DIÁLOGO DECIMOTERCIO..... 208
La niña y el mono (fábula)..... 209
Cristina (fin)..... 211
Conquista de las Américas..... 216
Cristóbal Colon..... 217
Reglas de educacion..... 218
Moisés..... 221
Cómo se dibuja en tela..... 223
DIÁLOGO DECIMOCUARTO..... 224
La caridad..... 225
Las dos hermanas (cuento)..... 226
Reglas de educacion..... 235
Francia..... 236
Moisés en el desierto..... 238
DIÁLOGO DÉCIMOQUINTO..... 241
La caja maravillosa (cuento)..... ib.
Salve..... 251
Moisés y las tablas..... 253
Inglaterra..... 254
DIÁLOGO DÉCIMOSEXTO..... 257
La fiesta de la Abuelita..... ib.
El lenguaje de las flores..... 258
Rosa y el ramo de azucenas (cuento)..... 259
La margarita y la espiga (alegoría)..... 267
Labores..... 269
Noemi y Ruth..... 271
DIALOGO DÉCIMOSÉTIMO..... 273
El vaso de plata..... 275
Blanca de nieve (cuento)..... 278

Judit..... 286
Educacion..... 288
DIÁLOGO DÉCIMOCTAVO..... 289
Juana de Nápoles..... *ib.*
Blanca de nieve (cuento)..... 291
Polvo eres, polvo has sido, y polvo serás (anécdota)..... 297
Nacimiento de Jesus..... 299
David..... *ib.*
DIÁLOGO DÉCIMONONO..... 302
El sol y la luna..... 303
Rolando. — Roncesvalles..... 305
La estatua de plata (cuento mitológico)..... 306
Blondina mártir..... 318
DIÁLOGO VIGÉSIMO..... 320
El collar de perlas (anécdota)..... 322
Don Pedro el Cruel (anécdota)..... 329
Fabricacion del papel..... 330
Radegonda..... 331
Reglas de educacion..... 336
DIÁLOGO VIGÉSIMOPRIMERO..... 337
La princesa de la mancha azul (cuento)..... 339
El miedo..... 351
DIÁLOGO VIGÉSIMOSEGUNDO..... 353
San Martin..... 354
La princesa de la rueca de oro (cuento)..... 356
Fabricacion de la porcelana..... 363
Religion de Mahoma..... 364
Los griegos..... 366
Matilde (anécdota)..... 367
DIÁLOGO VIGÉSIMOTERCERO..... 369
Los premios..... 370
Lenguas americanas..... 371
Artes..... 372
Juana la Loca..... 373
La casa de los rosales..... 374
Fray Luis de Granada..... 382
DIÁLOGO VIGÉSIMOCUARTO..... 386

Pepino, rey de Francia..... 387
La enferma imaginaria (cuento)..... 389
Educacion y reglas generales..... 391
El dia de los Reyes..... 394
Pesca de las perlas y diamantes..... 399
DIÁLOGO VIGÉSIMOQUINTO..... 401
Santa Genoveva..... 402
La sortija robada (cuento)..... 406
Labores. — Bordados..... 410
Consejos morales..... 411
La misa de Navidad (tradicion)..... 412

EXPLICACION DE LOS DIBUJOS.

Número 1° Este dibujo sirve para hacerle en tapicería (cañamazo) con lana gruesa, sirve para bandas de muebles poniéndole colores vivos. En cañamazo de seda y con sedas flojas, sirve para tirantes y ligas. Tambien puede servir de cenefas.

Número 2° Cuello á gancho. Este dibujo debe ser con hilo muy fino imitando encaje. Las rosetas del centro son del mayor efecto

Número 3° Bolsillo á gancho. Este bolsillo está hecho con torzal azul y dorado ó hilo de oro. Los cordones están hechos de lo mismo; la flor del centro tiene torzal blanco; se empieza por el medio del centro.

Número 4° Petaca y cenefa. Este dibujo se puede ejecutar en cañamazo, con sedas de colores dorada, blanca y verde; su cenefa puede servir á gancho ó para tapicerias.

Número 5° Fondo á gancho. Este dibujo sirve para el fondo de una bolsa para tabaco; se debe empezar por la malla negra que se halla en el centro; puede hacerse en cañamazo; el bolsillo que le acompaña es la forma de la bolsa figurada; este centro puede servir para el bolsillo número 11°.

Número 6° Cuello á gancho. Este debe ejecutarse con mucha propiedad para que resalten las rosetas; tambien puede hacerse á punto de calceta.

Número 7° Fondo de un gorro griego. Este dibujo se ejecuta

gancho con torzal de colores azul, dorado y plateado ó bien verde.

Número 8º Bolsillo para señora á gancho. Este lindo bolsillo se ejecuta con torzal encarnado, blanco y dorado, ó bien verde y dorado; la boquilla es de oro.

Número 9º Fondo de bolsa griega para tabaco ó para el pañuelo. Es á gancho colores verde, dorado, blanco y encarnado, ó bien verde, dorado y blanco; para señora es muy elegante.

Número 10º Puntilla á gancho. Esta puntilla puede servir para mangas, cuellos y enaguas; puede hacerse tambien á punto de calceta; si se hace con lana sirve para guarnicion de colcha.

Número 11º Papalina de señora para dormir. Este dibujo se hace á gancho con hilo un poco fuerte, y el centro mallas un poco apretadas.

Número 12º Fondo de bolsillo mas pequeño, á gancho, empezando siempre por las mallas negras del centro; puede tambien servir para bordarlo sobre un fondo encarnado ó blanco, en canamazo para muebles ó tapiz.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

928-16. — Paris. Librería é Imprenta de Ch. Bouret.